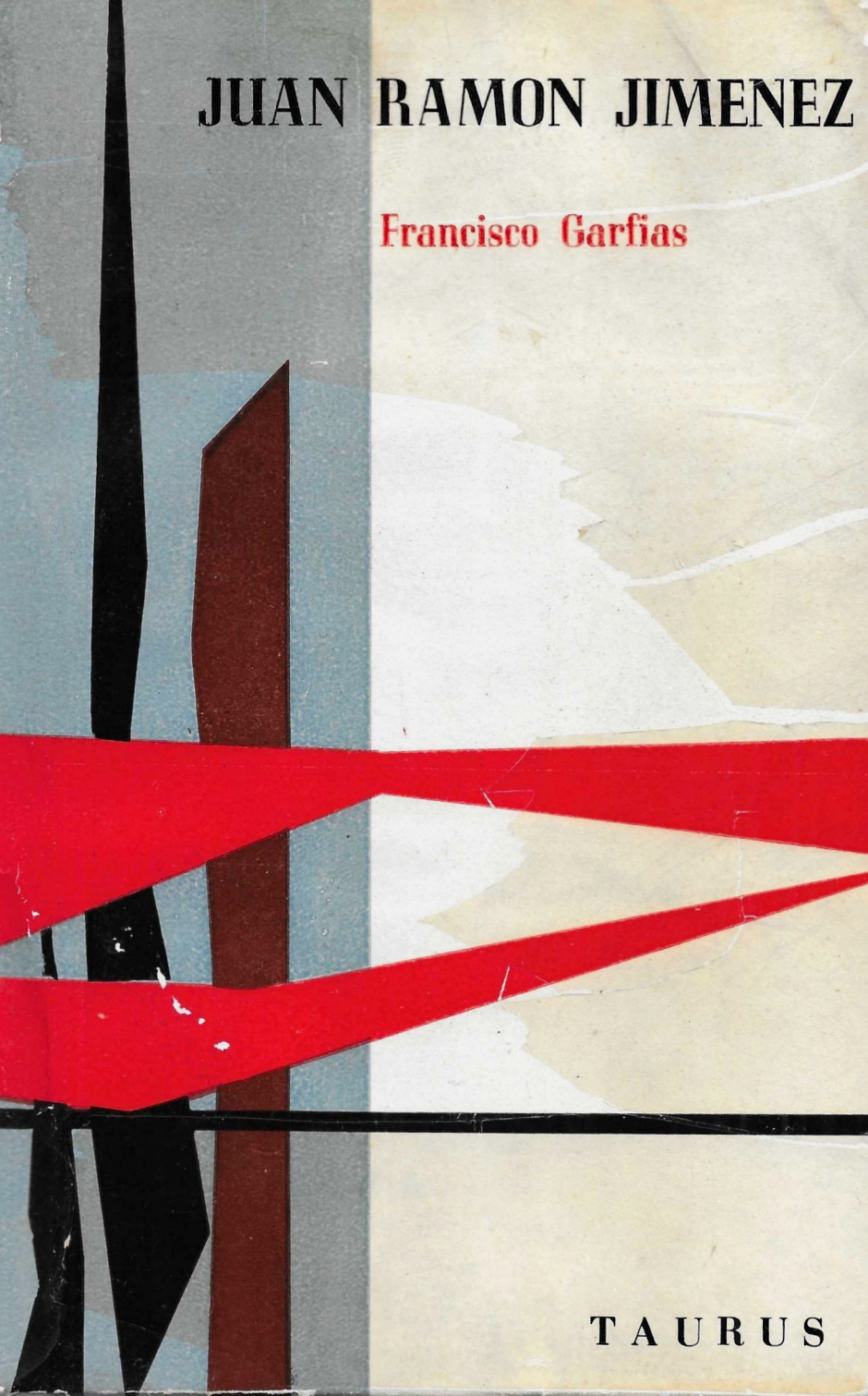
JUAN RAMON JIMENEZ

Francisco Garfias



TAURUS

JUAN RAMON JIMENEZ

Francisco Garfias



PERSILES

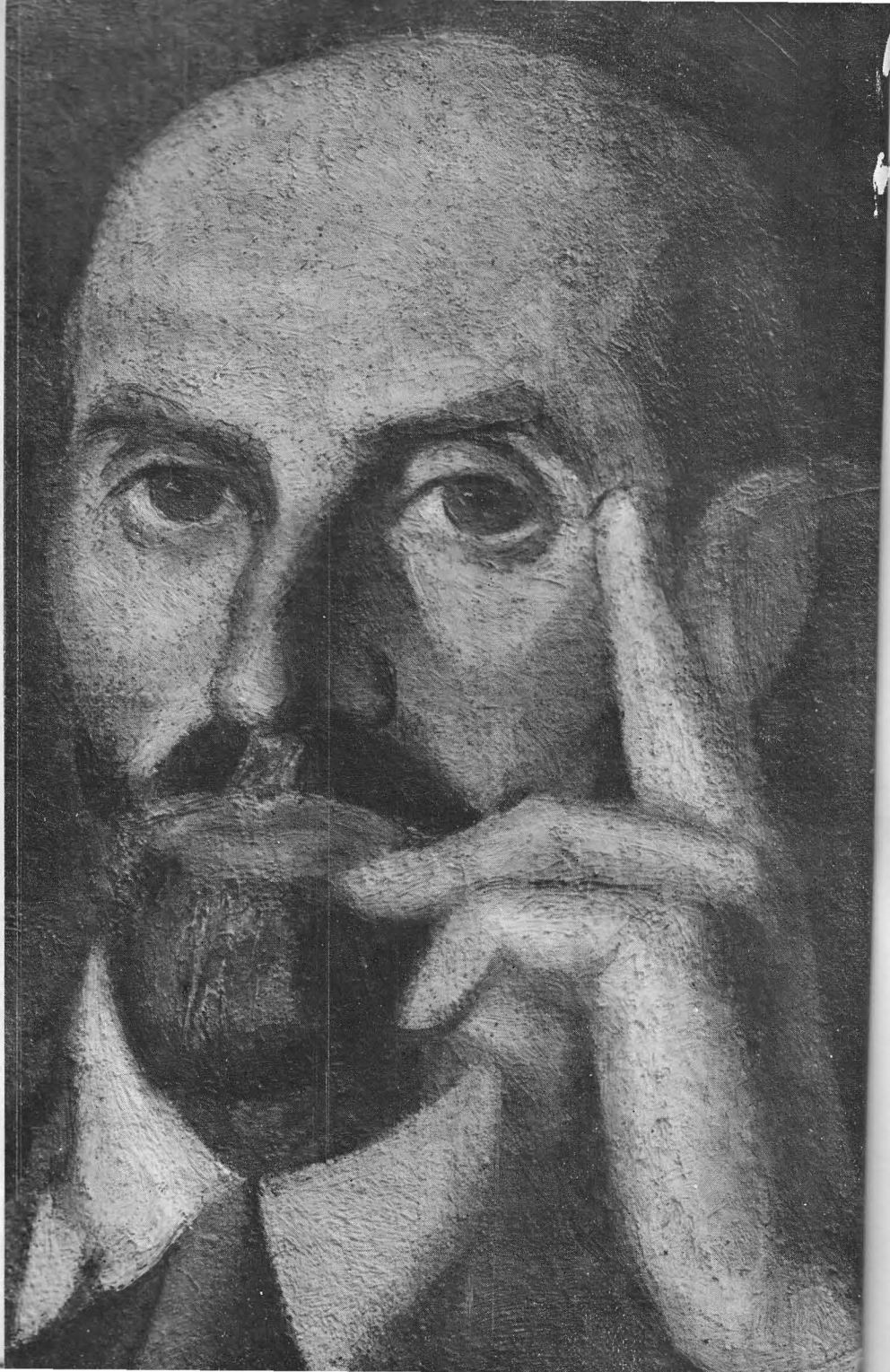
Primera edición: abril 1958

Depósito legal: M. 2510 - 1958

© by TAURUS EDICIONES, S. A. - MADRID, 1958

Nuevas Gráficas, S. A. - Andrés Mellado, 18 - Madrid

Juan Ramón Jiménez, por D. Vázquez Díaz.



JUAN RAMON JIMENEZ

FRANCISCO GARFIAS



TAURUS
Conde del Valle Suchil, 4
MADRID

A la memoria de Miguel Sánchez López

Juan Ramón me llegó de repente, sin previo aviso, como una explosión. Tendría yo trece o catorce años y estaba enfermo. Un día vino a verme don Eustaquio Jiménez, hermano del poeta. Don Eustaquio era la más cabal estampa de caballero que yo recuerdo. Muy pulcro, de una elegancia entonada en grises, envolvía sus apuros económicos de entonces en un suave y aristocrático halo. Don Eustaquio escribía artículos colombinos para los periódicos de Huelva y de Sevilla. Tenía una letra difícil, nerviosa, y una debilidad: hablar del poeta de la familia. Aquella tarde le nombró y dijo de él excelencias. Al despedirse me prometió volver para traerme algún libro de Juan Ramón. Y unos días después, convaleciente yo—sol de primavera en la ventana de mi calle del Caño—, se presentó con un libro apretado, amarillento: era la *Segunda Antolojía poética.*

Súbitamente se me abrió un mundo insospechado, maravilloso, tremendo. Había dejado yo, por entonces, la literatura, la poesía, en manos de Núñez de Arce. Don Gaspar se me había atravesado como un hueso. El acento hinchado, hueco, retórico, de aquellos poemas me habían empalagado. Bien es verdad que algo sabía de Rubén, pero el nicaragüense permanecía para mí en no sé qué nieblas desconcertantes, en no sé qué misteriosos lejos, como envuelto y revuelto en gasas y ensoñaciones. Por otra parte, por la vía cordial, casera,

de tertulia de camilla—tácito, con olores rurales—, se me había acercado Gabriel y Galán. Eso era todo. Y, de pronto, la luz, el arrebato súbito, el relámpago feliz: Juan Ramón. Un repetido mundo de intimidades líricas me amaneció por la sangre toda. Lo demás iba a ser muy fácil. Por aquella deslumbrada escala de Jacob bajaría, luego, el tropel de poetas suyos: Guillén, Alberti, Lorca—el más obstinado—, Cernuda, Dámaso, Aleixandre y, sobre todos, Salinas y Gerardo Diego.

He oído contar algo parecido, después, a varios amigos. Ginés de Albareda me ha referido que, durante años, llevó la *Segunda Antolojía* en el bolsillo, como un breviario. Federico Muelas ha escrito que, en su adolescencia, iluminaba el retrato de Juan Ramón como si se tratase de un bienaventurado. Nada me extraña. Juan Ramón quizá no tenga la diversidad cordial de un Antonio Machado; quizá su obra sea demasiado amplia y dispersa, varia en su insistente gozo, opaca un punto en su naturaleza esencialmente cristalina; pero cuando se ha gustado, cuando se ha entrado en su orbe, en su atmósfera fatal, y se ha prendido con los ojos imposibles del alma, ya no es fácil arrancársela del pecho y se vive encadenado de por vida a su horizonte infinito.

Yo tenía, además, como aliado, su propio paisaje, el mío, el de mis padres. Nacer en Moguer era casi una responsabilidad. Me faltaba la estrella guiadora y la estrella me llegaba, inesperadamente, en las manos de don Eustaquio Jiménez, buen auriga para el mensaje de la belleza consciente.

Amanecer a la poesía, con la poesía, en el paisaje que la alentó, era casi un milagro. Y yo lo estaba vi-

viendo en aquella convalecencia maravillosa, con primavera y todo, con barruntos e insinuaciones de poesía propia, con cielo, tierra y mar dentro y fuera de mis ojos absortos.

Sé que esta anunciación juanramoniana se ha repetido en muchos adolescentes, pero quizá nunca con un adviento tan gozoso, con una salutación tan directa como en mi vida. Olores, sendas, silencios, sol; todo era lo mismo, repetido en mi piel como un dolor enamorado, como una tortura radiante.

VAGOS ANGELES MALVAS

1881. Navidad. La ciudad está igual: calles con yerbas y esquinas de silencios. Todo es navideño: las casas encaladas; los callejones desamparados, que se abren al cielo frío de diciembre; los corrales tibios y pobres, con paja y estiércol, donde siempre hay una higuera transida; el campo que aprieta al pueblo en un abrazo verde y frío; las espadañas con jaramagos y oxidadas veletas; el agua de los pozos, agua oscura y honda... Todo tiene una sencillez betlemita, una humildad y bienaventuranza de Belén, de un Belén desnudo y latidor, con veredas familiares entre chumberas y viñedos, con aljibes y palmeras como Moguer, igual que este Moguer que nos evoca ahora el paisaje tierno de una Palestina deseada...

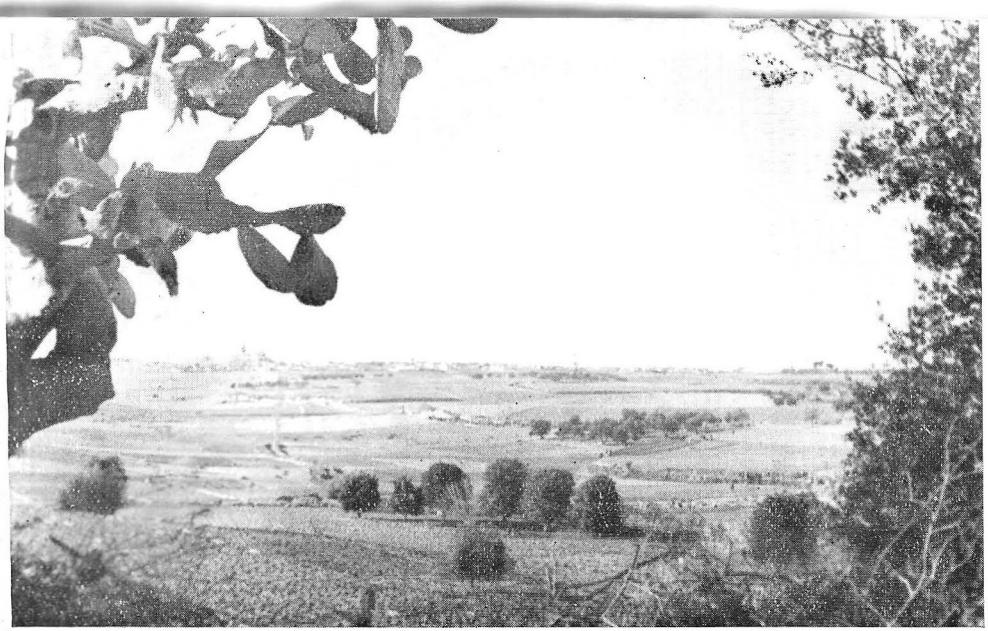
Pues en este Moguer, puro y solo, a donde la Navidad baja como en una inefable pentecostés gozosa, nació Juan Ramón Jiménez. La ciudad estaba igual. 1881. Navidad. Por la calle de la Ribera subiría un rumor entrañable de villancicos. Sobre el Tinto iría cayendo la noche. Cabecearían, dándose importancia de buques, algunos barquichuelos del pequeño muelle. Luna grande por la calle de Santa María. Olor a pestiños, a hornazos, a vino de naranja. Los niños pobres cantarían canciones navideñas por las casas ricas... Todo era propicio.

Nacer en una ciudad tan bella, tan blanca, tan alta y luminosa como Moguer, ya es un regalo de los dioses; pero nacer, además, entre el júbilo navideño de

todos los luceros y de todos los corazones, es un privilegio reservado sólo a los poetas. Nacer o morir, porque esos mismos días, once años antes, había cerrado sus ojos para siempre Gustavo Adolfo Bécquer.

1881. Fué Juan Guerrero Ruiz—«juanramoniano mayor del Reino»—quien recordó que fué éste un año prodigioso y fecundo. En sus días nacieron, a más de Juan Ramón, Pablo Ruiz Picasso, Gregorio Martínez Sierra, Ramón de Basterra, Fernando Villalón, José Gutiérrez Solana, María Blanchar, Ramón Pérez de Ayala... Y, fuera de España, Alexander Fleming, Stefan Zweig, Giovanni Papini, Valery Larbaud...

El día 26 de diciembre comparece en el Juzgado, ante don José Joaquín Rascó y Hernández, Juez municipal de Moguer, y don Isidoro Ruiz de la Prada, Secretario, «Don Víctor Jiménez y Jiménez, natural de Nestares de Cameros, provincia de Logroño, mayor de edad, de oficio propietario, domiciliado en Moguer, en calle Ribera, número dos, presentando por objeto de que se inscriba en el Registro Civil un niño, y al efecto, como padre del mismo, declara: Que dicho niño nació en la casa del declarante, el día 23, a las doce de la noche. Que es hijo legítimo del declarante y de su esposa, doña Purificación Mantecón y López Parejo, mayor de edad, natural de esta ciudad, dedicada a las operaciones propias de su sexo, y domiciliada en el de su marido. Que es hijo-nieto, por línea paterna, de don Manuel Jiménez Sáenz y de doña Ignacia Jiménez, ambos de Nestares de Cameros, provincia de Logroño, difuntos, y por la línea materna de don Ramón Mantecón, natural de Manzanillas, provincia de Huelva, difunto, y de doña María Teresa López Parejo, natural de Osuna, provincia de Sevilla, y vecina



Paisaje moguereño, con la ciudad al fondo. Fotografía obtenida desde los montes.



La torre parroquial. "Parecía de cerca como una Giralda vista de lejos."

La casa de la calle de la Ribera, esquina a la de las Flores, donde nació el poeta y donde vivió sus primeros años.





La calle Nueva—ahora calle Juan Ramó Jiménez—, en la que vivió el poeta hast los veinte años, "cuando murió mi padr —dice—y yo me fuí a rodar por mundo".

de esta ciudad; y que al expresado niño se le había puesto el nombre de Juan Ramón...»

Don Víctor había traído a este matrimonio, de su primera mujer, una hija: Ignacia. De doña Pura le habían nacido Victoria, Eustaquio y Juan Ramón.

Era Moguer, por aquellos años, una ciudad eminentemente vinatera. Al gozo de sus viñedos, en donde se sumergía la blanca paz del pueblo como en una esperanza cierta, se unía el júbilo marinero del Tinto, que entonces tenía un luminoso trajín. Don Víctor, un castellano erguido, de ojos claros y mucho señorío, había llegado a Moguer atraído por el panorama optimista de sus bodegas. Los proyectos maduraron pronto y la casa del castellano de Logroño vivía, cuando nació el último de sus hijos, su mejor momento. Un hermano de don Víctor tenía negocios de vapores y bancas en Huelva. Los puramente vinateros los llevaba él, con su primo Esteban, en Moguer. Tenían amplias bodegas que olían a solera y a pajuela: una en el Castillo, llamada «La Castellana»; otra en la calle de las Angustias, «El Diezmo Viejo», y una tercera en la calle La Oscura, con cinco corrales. Tenían también viñas gozosas, un olivar, una jaca vivaz a quien llamaban «Almirante», y un barco anclado en la Ribera, el *San Cayetano*, que destacaba, «verde y amarillo», cargado de «bocoyes nuevos, preciosos, aromados, cientos, más, todos repletos de vino moscatel que los orillaba de mieles, dispuesto a salir de madrugada para el Puerto, Cádiz, Gibraltar, Málaga». Entre toda la flota moguereña de faluchos y bergantines—*La Estrella, El Lobo, La Joven Eloísa, Enriqueta, La Caprichosa*...—el *San Cayetano* era «el más grande, el más hermoso, el mejor, el más nuevo, el que tenía mejor patrón y

más marineros». Juan Ramón bajaba hasta el muelle al cuidado de un viejo servidor de la casa. «Y Picón lo llevaba a él, al señorito chico, de la mano por el peligro redondo de los bocoyes acumulados, en rebaño, y le contaba del viaje sonriendo en su rubia morenez de hombre de la calle Flores. Luego bajaban a la lancha y volvían al muelle evitando con la cabeza cadenas y maromas. Las popas, los timones de los barcos se agrandaban primero, se agrandaban como monstruos; después disminuían, disminuían, daban una vuelta y se quedaban lejos. Y el *San Cayetano* se perdía al fin entre otros barcos más pequeños, que entonces parecían mayores. Y él se los imaginaba cerrados con sus linternas y sus gatos, más cerca de la otra orilla, ya en la noche verdinegra cruzada de palos y amarras.»

Calle de la Ribera, amplia y luminosa. Se veía, abajo, la marina infinita devorada por las grandes mareas de Santiago; el tren que cruzaba, entre eucaliptos negros, camino de Sevilla; Huelva, al fondo, difuminada y rosa entre cabezos rojos; La Rábida, a la izquierda, derramando sus pinos por la ladera; Palos, asomado al barranco, con su torre desnuda y terrosa... La casa de los Jiménez tenía mucha cristalería de colores en sus balcones mudéjares. Desde la calle, y a través de la cancela, se veían «las lilas, blancas y lilas, y las campanillas azules». Desde el mirador se dominaba todo el pueblo: el campanario de San Francisco, cercano y triste; la espadaña de Santa Clara; la torre parroquial, la más alta y graciosa de la provincia; la palmera grande de la calle de la Aceña... Juan Ramón no olvidará jamás la noche en que subieron todos

«temblorosos y ansiosos, a ver el barco inglés que estaba ardiendo en la Barra».

La casa hacía esquinas a la calle de las Flores y cerca de la puerta de los Jiménez se reunían los marineros, por las tardes, «con sus trajes de paño de varios azules, en hazas, como el campo en octubre. Me acuerdo—dirá después—que me parecían inmensos; que entre sus piernas, abiertas por la costumbre del mar, veía yo, allá abajo, el río, con sus listas paralelas de agua y de marisma, brillantes aquéllas, secas éstas y amarillas; con un lento bote en el encanto del otro brazo del río; con las violentas manchas coloradas en el cielo del Poniente...»

Frente a la casa de don Víctor se alzaba, pequeña y encalada, «la casilla de Arreburra, el aguador, con su corral al Sur, dorado siempre de sol», desde donde el poeta, subiéndose a las tapias, veía Huelva y los cabezos del Conquero. Arreburra tenía una hija que le daba azamboas y besos...

El mismo Juan Ramón nos dirá: «La blanca maravilla de mi pueblo guardó mi infancia en una casa vieja de grandes salones y verdes patios. De estos dulces años recuerdo bien que jugaba muy poco y que era gran amigo de la soledad; las solemnidades, las visitas, las iglesias me daban miedo. Mi mayor placer era hacer campitos y pasearme en el jardín, por las tardes, cuando volvía de la escuela y el cielo estaba rosa y lleno de aviones.»

La escuela de que habla era la de don Carlos Gironá y estaba en la calle Rascón: una casa grande, con patio central de viejas columnas y jardín interior. Desde la azotea, en contados días de privilegio, veían los niños los árboles de la plaza de las Monjas y los muros

solemnes de Santa Clara. Don Carlos Girona era un caballero barbado, de ojos felinos. Como Juan Ramón era muy pequeño, andaba todavía bajo la vigilancia de los auxiliares del Profesor y aun de los alumnos mayores. Mi tío, Rafael Borrero, me contaba que él le enseñó las primeras letras en el cartel. Juan Ramón era un niño ensimismado, que lo miraba todo lentamente desde sus ojos negros; un niño dócil, serio y mate: palideces y ojeras que pedían ya, a gritos, la futura barba negra. Mi padre, que también estudiaba con don Carlos Girona, lo recordaba mucho así, dulce, obediente, puro y lejano, con una rara habilidad para dibujar orlas y letras extrañas en las planas. Es que apuntaba ya su caligrafía deliciosa.

Uno de los auxiliares de don Carlos Girona se llamaba don Paco Silóniz, el cual, no sabemos por qué con claridad, se vió envuelto en un asunto enojoso y hasta fué encarcelado. «Estaba en la cárcel—dice—por aquel robo de aquel tejado de aquel granero de aquella casa de la calle del Sol.» Todo esto lo oía contar Juan Ramón, «de sobremesa, a su tío Esteban, sin creerlo ni mellar en lo más leve su cariño y su admiración por don Paco». El estaba contra todos. Había comprobado cómo lo condenaban «en la calle, en el Casino de los Caballeros, en el teatro, en la velada; pero la idea de que era inocente estaba tan honda y firme en su corazón que hubiese sido capaz de herir a todos en uno, como David a Goliat, con honda, escopeta de salón o tirachinos. Sin embargo, no se atrevía a hablar del asunto abiertamente a los mayores ni a nombrar al auxiliar siquiera. Sólo a Manolito Infante, el secretario de su padre: «¿La cárcel de Moguer tiene camas?»... Veía al auxiliar, con su traje de alpaca gris raído y en-

cojido, en una cárcel preciosa, diminuta y afiligranada, algo así como la Sala de las Damas del Alcázar de Sevilla que él tenía en una tarjeta de colores... Y a la luz difusa y armoniosa, el auxiliar estaba sentado en un cristal del calidoscopio bebiendo despaciosamente una copa de vino dulce del Diezmo Viejo, de aquel que era su delicia, como él decía, puestos en evidencia inocente, al levantar los puños de su camisa, los pasadores de oro de su robo, que eran completamente suyos, muy suyos, suyísimos, del auxiliar don Paco Silóniz y de nadie más».

Moguer, por entonces, era un pueblo señoril, delicioso. En los rancios salones con espejos venecianos y estrados isabelinos, se organizaban fiestas íntimas en donde siempre se cantaban las últimas novedades llegadas de Madrid. Juan Ramón, niño entonces, no asistía a estas mundanas tertulias, pero escuchaba, al pasar por la calle de San Francisco, el *Piazza* negro que tocaba Feliciana Sáenz, una señorita muy distinguida, pechialta, de manos blancas y gordezuelas, que era quien tocaba mejor el piano en Moguer, mejor aún que doña Concha Gancinotto. Porque era la hora de los pianos moguereños, pianos negros, casi de laca, con barrocos candelabros dorados, estremecidos siempre por la inocente escala de un estudio de Bertini o por una fuga o un rondó...

Juan Ramón sabía bien el pasado histórico de Moguer. Don Carlos Girona le había dicho que en los astilleros diminutos del Tinto se había construído *La Niña*, una de las carabelas descubridoras; sabía también que en el Molino de Coba se conservaba aún, escudada y nostálgica, la casa de Alonso Niño... Pero estos recuerdos colombinos no le hacían muy feliz. «Co-

lón—dirá—no me da demasiado bienestar..., que si paró en mi casa, que si comulgó en Santa Clara, que si es de su tiempo esta palmera o la otra hospedería... Los que me gusta sentir bajo mí, como una raíz fuerte, son los romanos, los que hicieron este hormigón del castillo que no hay pico ni golpe que arruine, en el que no fué posible clavar la veleta de la cigüeña...»

Moguer olía a vino, a paz, a gloria pura. En el patio de los Jiménez había claveles, lilas, rosas. Toda la casa estaba fragante. «Un hermoso prisma tentador que había en la vuelta de la baranda de caoba del descanso» le daba a Juan Ramón, «centelleando colores volubles», su primera norma estética. Juan Ramón era un niño bueno, pero difícil. Doña Pura, «bellísima, buenísima, perfecta», le reñía cariñosamente «con pintorescos nombres, exactos como todas las palabra de ella». Le llamaba «Impertinente, Exijentito, Juanito el Preguntón, El Caprichoso, El Inventor, Antojado, Cansadito, Tentón, Loco, Fastidiosito, Mareón, Exajerado, Majaderito, Pesadito y... Príncipe».

Un día don Víctor decide que los niños—Eustaquio y Juan Ramón—vayan a estudiar al Colegio de los Jesuítas del Puerto de Santa María. Juan Ramón tiene once años y una incipiente melancolía inexplicable. Llegó al internado más pálido que nunca, nostálgico ya, con una ordenada tristeza en sus negras pupilas. Iba de luto y él mismo explicará después que «tristón, porque ya dejaba atrás algún sentimentalismo: la ventana por donde veía llover sobre el jardín, mi bosque, el sol poniente de mi calle. El colegio estaba sobre el mar y rodeado de grandes parques; cerca de mi dormitorio había una ventana que daba a la playa y por donde, las noches de primavera, se veía el cielo pro-

fundo y dormido sobre el agua, y Cádiz, a lo lejos, con la luz triste de su faro».

Existe una deliciosa fotografía de Juan Ramón entre sus compañeros de curso, presididos todos por una imagen blanca de la Virgen. Son dieciocho alumnos. Uno de ellos, espigado, fino de cabeza, se llamaba Pedro Muñoz Seca. Otro, carirredondo, con agudos ojos de pájaro, se llamaba Fernando Villalón Daoíz. En el centro, sentado, el más pequeño al parecer, ladeada la pálida cabeza, con traje claro y chalina blanca, está Juan Ramón, ausente, la mirada perdida en el aire caliente, intenso, de la tarde que sube de la bahía.

Los alumnos del Colegio de San Luis del Puerto iban a Jerez a sufrir exámenes. La timidez de Juan Ramón padecía atrozmente. Las mejores calificaciones las alcanzó en Geografía, en latín y castellano, en francés, en Retórica y Poética, en Lógica y Etica y, cosa rara, en Matemáticas. Los cuatro años del Puerto transcurrieron suavemente. Se recuerda, sin querer, otros niños que por estos años estudiaban en colegios de jesuítas. Gabriel Miró, en Orihuela, su *Oleza* de capellanes y devotos; Ortega y Gasset, en el Palo de Málaga...

Moguer, «la blanca maravilla», esperaba al poeta alzado en su cabezo rojo. Pero ya no era la calle de la Ribera, con olor a yodo y a algas. «Mi padre—dice—se fué a la calle Nueva, porque los marineros andaban siempre navaja en mano, porque los chiquillos rompían todas las noches la farola del zaguán y la campanilla y porque en la esquina hacía mucho viento.» La nueva casa era mayor, más blanca aún. Tenía un pozo de mármol y un largo balcón corrido al que daban las habitaciones del poeta. Como en la calle de la Ribera,

también aquí siente la obsesión de la casa de enfrente, «la casa de don José, el dulcero de Sevilla, que me deslumbraba con sus botas de cabritilla de oro, que ponía en la pita de su patio cascarones de huevos, que pintaba de amarillo canario con fajas de azul marino las puertas del zaguán...»

Tras el Puerto, Sevilla. «Al salir del colegio, hubo algo feliz en mi vida: es que el Amor aparece en mi camino.» El amor y la poesía. Comienza la lírica y obsesionante preocupación cromática que no le dejará en adelante. Aparecen los primeros amarillos, los primeros granas, los primeros azules; aparecen los primeros ángeles malvas. Y como la poesía tenía una raíz obsesiva de colores, Juan Ramón confunde, por entonces, lo lírico y lo plástico y se hace pintor. «Sevilla me tuvo entonces, algún tiempo, pintando en los estudios de sus pintores coloristas y fandangueros.» Vive en la calle de Gerona y es alumno del pintor Salvador Clemente, que, en una ocasión, va con el poeta a Moguer para pintar un cuadro sobre la vendimia. Pero sobre el gozo pictórico estallaba, como una luz frenética, el poeta, el poeta que pugnaba desde los catorce años y que ya en el Puerto, y en el juvenil enjambre mariano de las Congregaciones, había dejado sentir su voz en ingenuos versos y líricas oraciones. Ahora era distinto. A la lectura del *Kempis*—su libro favorito en la época de colegial—había sucedido una tremenda inclinación por los románticos. En el Ateneo sevillano devoraba los libros de Bécquer, Rosalía, Verdaguer y algo de Lamartine, Byron, Espronceda, Heine, Schiller, Hugo... Como consecuencia, sus versos de entonces tenían un trasnochado y amargo romanticismo andaluz. «Guadalquivir lloró mis primeros versos, que vieron la luz en

periódicos hispalenses; me creé una pequeña reputación; me llamaban *verdadero poeta*; escribieron sobre mí hombres líricos de Alcalá de Guadaira y de Camas; publicaron mi retrato en un extraordinario de un periódico, y en el artículo encomiástico decía el director que mi inspiración *brillaba con luz propia*.»

¿Cómo eran aquellos poemas? Juan Ramón tenía diecisiete años y una lírica tristeza progresiva. Sus versos de entonces eran, naturalmente, fatalistas, con chispazos, aquí y allá, de conseguidas notas sensuales. Estudiaba por entonces el preparatorio de Derecho en la Universidad Hispalense. Y pintaba. Existen algunos cuadros de esta época: un paisaje de Sevilla, con torre del Oro y todo; parajes románticos, con arroyuelos; un Cristo, entre brumas, que recuerda por la traza al «Cachorro» trianero; algunas copias de Velázquez... El estudiante poeta quemaba demasiado tiempo en estas tentativas artísticas y el curso terminó con un suspenso en «Historia crítica de España».

Juan Ramón vuelve a Moguer, cansado, débil, tomado por una extraña desgana de todo. «Los médicos aconsejaron a mi madre que no me permitiera trabajar; estuve muy pálido, caí al suelo varias veces sin conocimiento. Pero yo era un poco optimista en aquel tiempo y no hacía gran caso de la ciencia... ni de la muerte.»

Los aires de Moguer le confortan. Torna a vivir un momento alegre. Trabaja y proyecta la publicación de un libro. Y vuelve a enamorarse. La amada tiene un nombre níveo y pertenece a una familia muy conocida de Moguer. Juan Ramón escribe versos apasionados, versos de luminosa sensualidad desesperada y románticas quejas. En Madrid se publicaba por aquella épo-

ca un semanario combativo y descarado que regía Dionisio Pérez, donde, entre violentos ataques políticos, comentarios anticlericales y críticas teatrales despiadadas, se intercalaban versos de Marquina, José de Velilla, Leopoldo Díaz, Salvador Rueda, José Rodao, Rubén Darío, Salaverría, Villaespesa... Se llamaba *Vida Nueva* y tenía su sede en la calle de la Montera, de donde pasó más tarde a la de Santa Engracia. Un día decide Juan Ramón probar fortuna y envía «un macabro *Nocturno*» a la corte. El poema causa un pequeño revuelo y es reproducido en varios periódicos. Eran unos versos horribles, de contrastes violentos entre la vida y la muerte. El poeta contemplaba un salón de baile, algo así como la apoteosis de la vida y del placer, y, súbitamente, el sentido de la caducidad de las cosas le trae a la memoria que todo aquello es polvo, muerte, desolación, ruina:

Y mi mente soñó:
Vi en cada uno
de los carruajes llenos por la vida,
un montón de amarillos esqueletos
demacrados, escuetos,
gusanos, fetidez, carne podrida,
polvo, tierra, basura,
ojos, labios y pechos carcomidos,
corazones roídos...
la horrible destrucción de la hermosura.

Animado por este éxito fulminante, el poeta de Moguer envía versos a casi todos los números de *Vida Nueva*. Uno de ellos va dedicado a la muerte de Castelar y termina con un arrebatado e imprevisto «¡¡Vida eterna al Coloso!!», con dos admiraciones. Traduce versos de Ibsen y publica un poema tremendo que le abre las puertas de la fama: *Los amantes del miserable*.

El mismo dirá que era «poesía anarquista—así tocaba—que mis amigos aprendieron de memoria y que yo quisiera poder olvidar». *Los amantes del miserable* se publica en *Vida Nueva* el 3 de diciembre de 1899. Le acompaña una deliciosa fotografía de Juan Ramón casi adolescente y un comentario de Dionisio Pérez en el que dice: «Es muy joven el autor de *Los amantes del miserable*, casi un niño, y no sólo la rebelde forma obedece ya sumisa a su estro, sino que en la concepción de sus poesías se perciben claramente aleteos de un alma gigante.» El poema comenzaba así:

... Hace un frío tan horrible,
que hasta el cielo se ha vestido con su veste más compacta...;
cae la nieve en incesante lagrimeo,
como llanto sin consuelo de algún alma dolorida;
de algún alma que en los aires
vaga triste, sin hallar dulce reposo;
de algún alma que no quiere desligarse de la Tierra
donde viven sus amores más sagrados,
y le envía su recuerdo
en los copos blanquecinos de la nieve;
un recuerdo que entreteje una hermosísima guirnalda
de suspiros, de blasfemias y de besos moribundos...

El poema, que es muy largo y que recuerda insistentemente a Silva, fué recogido después en *Ninfeas*, donde aparece dedicado a un amigo moguereño del poeta, a Federico Molina.

El éxito le trae cartas de Madrid. Comienza Juan Ramón un interesante epistolario con algunos poetas, con Villaespesa sobre todo. Sus afanes de publicar un libro le hace soñar con Madrid, en donde, para sus ilusiones de entonces, todo era posible. Y su aguda adolescencia, nostálgica de todo, «cayó» en la tentación.

Con la primavera de 1900—dieciocho años y una insistente melancolía—, sale para Madrid cargado de ver-

ofuscado por los aires modernistas, pero con un latido romántico, hondo, transido, delicuescente, inevitable...

Moguer se quedaba atrás, con sus granados en cielo azul, con sus casas grandes y blancas, de salones opacos y patios verdes; atrás se quedaban los vagos ángeles malvas moguereños: el río, rojo y viejo, entre la lama; los blandos caminos familiares; las viñas en flor; Montemayor, al fondo; pinos y pinos hacia el mar... Doña Pura, su madre, como tantas veces después, le miraría alejarse, trémula y triste, desde sus lágrimas. Pero Juan Ramón esta vez no siente el dolor de la despedida. Va cargado de ilusiones y de versos, de adivinaciones y esperanzas: temblores, lágrimas, risas y penas que formarán sus dos primeros libros, en donde, «entre tanta frondosidad y tanta inexperiencia, acaso esté—dice—lo mejor, lo más puro y lo más inefable de mi alma».

BORRADORES SILVESTRES

Madrid vivía su hora modernista. Todo giraba en torno de un nombre mágico: Rubén Darío. Juan Ramón, que ya había sentido los lánguidos efluvios desde Moguer, se vió de pronto sumergido en una atmósfera apasionante, en un clima que quería ser una actitud ante el arte y ante la vida. Rubén traía una sensibilidad distinta, resplandeciente, y pretendía que la palabra, por sí sola, tuviese un valor musical, una cadencia viva. «Hay en cada verso—escribía—, además de la armonía verbal, una melodía ideal.» Los poetas jóvenes comenzaban a sentir este influjo y adoptaban, poco a poco, los nuevos procedimientos. La intuición de los ritmos, el amor panteísta a la Naturaleza, todo un mundo fabuloso de paganas deidades, de estanques y de cisnes, de princesas y surtidores, irrumpía en la poesía española al compás de cadenciosos alejandrinos y esdrújulos de efectos sorprendentes. Rubén lo invadía todo.

Pero el Modernismo no era un brote espontáneo, una moda súbita. Había tenido su gestación, y acaso la raíz más honda estaba en los poetas románticos y aun en los primeros románticos hispanoamericanos. Pensemos que ya José Eusebio Caro, por el año de 1838, escribía versos exóticos con ritmos y acentos que recuerdan, insospechadamente, a los que había de adoptar, muchos años más tarde, Rubén:

¡Céfiro, rápido lánzate, rápido empújame y vivo!
Más redondas mis velas pon; del proscrito a los lados,
haz que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren;
haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco...

o aquel otro poema titulado *Estar contigo*:

Volver a mi vida pasada,
olvidar todo cuanto sé,
extasiarme en una nada
y llorar sin saber por qué...

En la misma Colombia había susurrado el pobre José Asunción Silva su famoso nocturno—«germen de tanto en tantos»—. Lo que en Caro era molde difícil, anárquica y severa libertad a un tiempo, en Silva se trueca en desesperado susurro repetido, insistencia en un pie de pocas sílabas:

... se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de [las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de [lágrimas!

Un incipiente Modernismo, vigoroso y exaltado, pugnaba ya en otros poetas americanos, como Othon y Gutiérrez Nájera. Y, no obstante, fué Rubén quien dió a este movimiento categoría de tal; quien fijó y dió normas; quien sentó las bases de esta inquietud moderna o modernista al pasar heroicamente toda la lírica herencia americana, abundosa y despilfarrada, llorona y palabrera, por el cedazo sutil de los simbolistas franceses.

Rubén se jactaba de que las nuevas corrientes poéticas, lo que él llamaba movimiento salvador, hubiera tenido sus primeras manifestaciones en América y no

en España. Se hablaba de «poesía cosmopolita y libre» y se escribía, pretenciosamente: «Existe en la nueva generación americana un inmenso deseo de progreso y un vivo entusiasmo, que constituye su potencialidad mayor, con lo cual poco a poco va triunfando de obstáculos tradicionales, murallas de indiferencia y océanos de mediocridad.»

Rubén daba la pauta y los demás poetas, como a coro, gritaban el nuevo evangelio lírico. Juan Ramón recordará este clima con una concisión admirable: «Valle (eso de Valle Inclán vino después) está leyendo los alejandrinos parnasianos del poema *Cosas del Cid*, de Rubén Darío. Juan Ramón Jiménez, con indumentaria de la época, entra en la casa de Valle Inclán con Villaespesa. Todo el ambiente es sucio. Hay licores de todas clases. Allí había personalidades intelectuales, entre ellas Rubén Darío, perdido por el alcohol. Muchas de las personas que estaban allí han muerto ya. Todos repiten «¡Admirable!», palabra alta de la época; «¡Imbécil!», la palabra baja. Así se hizo la crítica modernista. Por ejemplo: Rubén Darío, admirable; Echegaray, imbécil.»

Todos se perecían por los libros llegados de América. «Villaespesa—dice Juan Ramón—devoraba literatura hispanoamericana, prosa o verso. No sé de dónde sacaba los libros. Es verdad que mantenía correspondencia con «todos» los poetas hispanoamericanos, modernistas o no, porque para él lo de hispanoamericano era ya una garantía. Libros que entonces reputábamos joyas misteriosas y que en realidad eran y son libros de valor, unos más y otros menos, los tenía él, sólo él: *Ritos*, de Guillermo Valencia; *Castalia Bárbara*, de Ricardo Jaime Freyre; *Cuentos de color*, de Manuel Díaz

Rodríguez; *Los crepúsculos del jardín*, de Leopoldo Lugones; *Perlas negras*, de Amado Nervo...» Y, entre todos, las joyas más preciadas eran, naturalmente, los libros del propio Rubén: *Azul*, *Prosas profanas*, *Los raros*...

Cuando llega Juan Ramón a Madrid, encuentra incandescente el clima modernista. «Yo traía—escribe el moguereño—muchos versos y mis amigos me indicaron la conveniencia de publicarlos en dos libros de diferente tono; Valle Inclán me dió el título—*Ninfeas*—para uno y Rubén Darío para el otro—*Almas de violeta*—, y Francisco Villaespesa, mi amigo inseparable de entonces, me escribió unas prosas simbólicas para que fuésemos juntos, como hermanos, en unas páginas sentimentales atadas con violetas.»

Un poco al margen del clima netamente poético, a veces confundida en algún matiz con él, se alzaba ya, espléndida, la que habría de llamarse generación del 98. Sin embargo, a la llegada del poeta de Moguer aún no habían visto la luz tipográfica los versos más representativos de uno y otro grupo. Salvador Rueda iba a caer pronto en desgracia en el ánimo de Rubén, el pontífice. Marquina, que tenía sólo un modernismo aparente, pensaba ya en el teatro. Villaespesa daba su obra sin cesar, como un chorro revuelto. Pero Unamuno y los Machado no amanecerán hasta algunos años después. Manuel Machado, en 1902; Antonio, en 1903; Unamuno no recogerá sus versos hasta 1907...

¿Llegó a ser Juan Ramón un poeta esencialmente modernista? Sus dos libros primeros están, naturalmente, tocados de Rubén. Los dos aparecieron en 1900, en el mes de septiembre, y acaso lo más modernista que contienen es el color de la tinta de la impresión y los

«atrios» de Rubén y Villaespesa. Algunos poemas, más que a Rubén, recuerdan a Silva, al Silva de los *Nocturnos*, sobre todo. Juan Ramón tomaba de los modernistas la música, pero no la esencia. Para éstos, la palabra y su valoración musical imponía normas al pensamiento. Así lo proclamaba Valle Inclán en el «Antiguo Café de Levante». Recogida, intimista desde el principio, mal podía encajar la voz del moguereño en la orquestada sonoridad que Rubén había tomado de los parnasianos y en la que el melancólico poeta andaluz pretendía vaciar sus quejas puramente románticas.

Ninfeas es un libro triste y sensual, lúgubre en ocasiones, lírica desolación que contrastaba con la catarata luminosa del momento. Rubén le envió, desde París, el espaldarazo: un soneto impecable que debió dejar confuso al pálido moguereño:

¿Tienes, joven amigo, ceñida la coraza
para empezar valiente la divina pelea?
¿Has visto si resiste el metal de tu idea
la furia del mandoble y el peso de la maza?

¿Te sientes con la sangre de la celeste raza
que vida con los números pitagóricos crea?
¿Y, como el fuerte Herakles al león de Nemea
a los sangrientos tigres del mal darías caza?

¿Te enternece el azul de una noche tranquila?
¿Escuchas pensativo el sonar de la esquila
cuando el Angelus dice el alma de la tarde

y las voces ocultas tu razón interpreta?
Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.
La Belleza te cubra de luz y Dios te guarde.

Ninfeas fué el segundo tomo de una «Colección Lux», que ya había publicado un libro de Villaespesa, *La copa del rey de Thule*, y que anunciaba *Prosas profanas*, de Rubén, y *Tierra caliente*, de Valle Inclán. Había en el libro juanramoniano una tristeza lírica,

prometedora, en un exceso de recuerdos, de éxtasis, de somnolencias, de cementerios, de otoños, de quimeras y de melancolías. A veces sonaba, falso y decorativo, el parnasianismo aprendido en Rubén:

> En el alma de Flora, Primavera reía...;
> un efluvio virgíneo de pálida armonía
> nació de los rosales de su albo corazón...

Se notaba al poeta primerizo en versos ingenuos como «el ígneo sol de mayo», «el lúgubre silencio de la estancia», «la injusticia lo mataba con su beso traicionero»...; pero a veces se encontraba un becqueriano acento conmovedor:

> Miré su frente pálida
> y le besé en los ojos, sollozando...

En *Ninfeas* aparecía, con el título de *Paisaje del corazón*, un poema que luego se haría familiar en las Antologías:

> ... ¿A qué quieres que te hable...?
> Deja... deja...;
> mira el cielo blanquecino, mira el campo
> inundado de tristeza...
> Sí, te quiero mucho, mucho...
> ¡Ay! aleja
> tus mejillas de mis labios fatigados;
> calla, calla...; mi alma sueña...

Almas de violeta es un libro menos pretencioso, acaso más puro, de una voz baja auguradora, con una decidida preferencia por el octosílabo tradicional. *Ninfeas* estaba impreso con tinta verde; *Almas de violeta*, con tinta morada. El «atrio» de Villaespesa, palabrero y vanal, muy del momento, dista mucho del mármol vivo del soneto rubeniano. «El arte nuevo—dice en él—es liberal, generoso, cosmopolita. Posee las ventajas y

los defectos de la juventud. Es inmoral por naturaleza, místico por atavismo y pagano por temperamento.» Más adelante asegura que «Juan R. Jiménez, el joven autor de este libro, figura a la cabeza de los más esforzados paladines de la nueva cruzada». A pesar de esta proclama, el libro tiene viejas esencias tradicionales. Hay algo en él, todavía, del congregante mariano del Puerto. El primer poema se titula, litúrgicamente, *Ofertorio*, y en el titulado *Solo* clarea el adolescente piadoso que quemara todo un libro de versos paganos:

En lo alto de la montaña,
sobre alfombra esmeraldina,
como un ósculo de nieve,
estaba la blanca ermita
que el sol de sangre besaba
cuando en Ocaso moría...,
y dentro de ella la Virgen,
la Virgen pobre y bonita,
con los labios entreabiertos
en una triste sonrisa...;
la patrona de la aldea,
que se parece a mi niña,
con su carita morena,
con sus rosadas mejillas
con sus ojos melancólicos
y su pura frente altiva...;
¡Y yo adoraba a la Virgen!
¡se parecía a mi niña...!
y en mis horas de tristeza
me encaminaba a la ermita,
y le rezaba a la Virgen
¡y la Virgen sonreía...!

Doña Pura, allá en Moguer, leería con gozo estos ingenuos versos que evocan el paisaje y la ermita de la Virgen de Montemayor, Patrona de Moguer. Este poema sería como un bálsamo en el hogar de don Víctor, en donde empezaban a escandalizarse con el tufillo heterodoxo de algunos escritos del joven poeta.

Como en *Ninfeas*, hay también en *Almas de violeta* recuerdos sentimentales y muchas elegías: ataúdes, fosas, cementerios... El tema de la muerte no tiene en Juan Ramón, por entonces, la grandeza que ha de tener después y que había tenido en un Jorge Manrique, por ejemplo. La muerte heredada de los románticos no tenía halo y quedaba reducida a sus circunstancias: el féretro, el sepulturero, los mármoles... En *Nívea* dice:

> En la cajita nevada
> lleváronla al cementerio;
> manaba un hilo de sangre
> de la herida de su pecho...

Otro poema se titula *El cementerio de los niños*. Otro, *Silencio*, comienza así:

> Campanas, ¡no cantéis!
> ¡que vais a despertarlo!
> Murió riendo el niño;
> murió el niño soñando
> con vírgenes y lirios
> y celestiales cánticos...

Hay en *Almas de violeta*, lo mismo que en *Ninfeas*, un exceso inexplicable de mayúsculas. No sabemos por qué escribe el poeta Amores, Olvido, Paz, Día, Risa, Ensueño, Calma, Lejanía, Trono, Gran Misterio, Quimeras... Anuncia nuevos libros: *Besos de oro*, *El poema de las canciones*, *Rosa de sangre*, *Siempreviva*, *Rubíes*... Ninguno de ellos se publicó jamás. Esto de hacer proyectos que luego no han de realizarse será una característica de la inquietud juanramoniana.

«Aparecieron—dice el propio autor—los dos libros, simultáneamente, en septiembre del año 1900. Jamás se ha escrito, ni se han dicho más grandes horrores contra un poeta; gritaron los maestros de escuela, gri-

taron los carreteros de la prensa...» Pero Juan Ramón no se impresiona demasiado por aquella acogida desastrosa y comienza a preparar un tercer libro.

«Una calle madrileña—escribe Ramón Gómez de la Serna—tenía en aquel momento la concentrada lección de la literatura y de la vida: la calle de Jacometrezo. Quiero dar valor a esa calle porque en ella transita, se ajetrea, se complica la vida de Juan Ramón.» A pesar de lo que dice el formidable creador de las *Greguerías*, no fué en la calle de Jacometrezo donde vivió Juan Ramón a su llegada a Madrid, sino en la calle Mayor y en el número 16, en casa de unos granadinos amigos de su familia. Tampoco Villaespesa vivía en la calle de Jacometrezo, sino en la del Pez. Rubén se hospedaba por entonces en la calle del Marqués de Santa Ana, acompañado de Paca Sánchez, su amada, y allí iba con frecuencia Juan Ramón a visitarle. El moguereño recordará después que a veces lo encontraba escribiendo sobre una consola, de pie y en camiseta. Otras veces acudía a un café de la calle del Príncipe, donde el nicaragüense tenía la tertulia; pero a Juan Ramón le horrorizaba el aire aquél, enrarecido de humos y de palabras fuertes.

Con Villaespesa paseaba el poeta por la Moncloa algunas tardes «acompañados de Elisa, la amada del poeta—de Villaespesa, claro—, y la hermana de Elisa, que, como cuñada del poeta, recibía el homenaje de los poetas sin novia y llevaba sobre el pecho bien curvado, como colgajos de bisuterías, miradas de los contertulios, delirios pálidos, palmas de balcón, rogaciones humildes...»

Pero aquel pintoresco ambiente en el que se mueve la bohemia cochambrosa de algunos poetas y las difi-

cultades que oponen los editores a su ímpetu juvenil, acaban por cansar a Juan Ramón. El no era un artista bohemio, era un señorito andaluz, gran artista por añadidura, enmarcado en oscuro, con algo del Cristo del Expolio del Greco; un caballero pulcro, ordenado en su vida y en su obra, en quien ya se adivina la tremenda preocupación de perfecciones que ha de presidir toda su existencia. Más tarde, escribirá: «El arte es vida. Sin duda. ¿Y por qué ha de ser más bella una vida holgazana y descompuesta que una vida plena y disciplinada?

Hay una anécdota de aquella época. Estaba Villaespesa enfermo, en su revuelto cuarto de poeta pobre, y Juan Ramón fué a visitarle. El joven autor de *Ninfeas* iba, como siempre, correctísimo, en toda su dignidad moguereña. Villaespesa le tomó las manos enguantadas; se las retuvo, agradecido, entre las suyas sudorosas. Juan Ramón, al salir a la calle, quitóse los guantes y los dejó caer al suelo.

La permanencia en Madrid, en tales circunstancias, era difícil. La luz del pueblo le reclamaba en los atardeceres melancólicos. Y un día la nostalgia pudo más que la pequeña gloria cortesana. «Me sentí muy enfermo y tuve que volver a mi casa—escribirá—; la muerte de mi padre inundó mi alma de una preocupación sombría; de pronto, una noche, sentí que me ahogaba y caí al suelo; este ataque se repitió en los siguientes días; tuve un profundo temor a una muerte repentina; sólo me tranquilizaba la presencia de un médico—¡qué paradoja!—. Me llené de un misticismo inquieto y avasallador; fuí a las procesiones, rompí todo un libro —*Besos de oro*—de versos profanos (?)...»

Comienza la obsesión de la muerte. Juan Ramón,

triste, medroso, decepcionado, encuentra su casa sombría, sin la sombra paternal de don Víctor, su padre. Son unos meses difíciles para el poeta. Agudizada la idea de la muerte, busca en un médico amigo, don Rafael Almonte, permanente compañía. Pasan temporadas en el campo, en el bello, alegre y templado campo moguereño, pero los pinos no logran aliviar su tristeza. Cerca de «Fuentepiña», la casa de campo del poeta, hay otra, «Nazaret», entre eucaliptos, donde vive el doctor Almonte. Juan Ramón siente una noche el hálito frío de la muerte y, lleno de terror, corre por el pinar en busca del médico amigo. Es ya la madrugada. La casa de «Nazaret» está cerrada y en silencio. Todos duermen. El poeta no se atreve a llamar y, lleno de un terror súbito, invencible, sin alientos para alejarse del médico y volver a su casa, pasa la noche en el umbral, envuelto en una manta. El alba fría le sorprende derribado en el quicio.

«Me llevaron al Sanatorio de Castel d'Andorte en Le Bouscat, Bordeaux. Allí, en un jardín, escribí *Rimas*, que publiqué en Madrid el año siguiente. Era el libro de mis veinte años...»

Desde el sanatorio, el poeta hace excursiones por todo el Pirineo francés acompañado del doctor Lalanne. El paisaje recio, de pinos y mar, de Arcachón, le impresiona. El poeta comienza, por entonces, a leer a los simbolistas franceses y a familiarizarse con Verlaine, Mallarmé, Rimbaud... También lee a D'Annunzio. *Rimas* es producto de todas estas lecturas y de la lucha tenaz por salir del clima modernista, americanista, en donde estaba sumergido.

Rimas es un libro más ponderado que los anteriores. Algunos poemas de *Ninfeas* y *Almas de violeta*

vuelven a publicarse aquí, seleccionados y corregidos. Así, los versos desdeñados quedaban condenados para siempre. Bécquer es, en este libro, un eco permanente. La misma delgadez expresiva, la misma calidad amorosa, pero pasado todo por un tamiz de lecturas recientes y sensibilidad propia. Y, de pronto, un grito personal, ahogado, purísimo:

Y me dijo: ¿a dónde vas?
Y le dije: a donde el cielo
esté más alto y no brillen
sobre mí tantos luceros.

O aquel poema que luego se hará familiar con el título de *Adolescencia:*

En el balcón, un momento
nos quedamos los dos solos;
desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.

El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño.

Le dije que iba a besarla;
la pobre bajó los ojos
y me ofreció sus mejillas
como quien pierde un tesoro.

Las hojas muertas caían
en el jardín silencioso,
y en el aire fresco erraba
un perfume de heliotropo.

No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.

Lo demás es tanteo, inseguridad, nostalgia—¿de qué?—, y el tema insistente, mortificante, de la muerte:

¡Para siempre cuajadas sus venas!
¡para siempre cerrados sus ojos,
para siempre su boca entreabierta!

«A finales del año 1901 sentí nostalgia de España, y después de un otoño en Arcachón me vine a Madrid, al sanatorio del Rosario, blanco y azul de Hermanas de la Caridad bien ordenada. En este ambiente de convento y jardín he pasado dos de los mejores años de mi vida. Algún amor romántico, de una sensualidad religiosa, una paz de claustro, olor a incienso y a flores, una ventana sobre el jardín, una terraza con rosales para las noches de luna... *Arias tristes*...»

Si en *Rimas* se perfilaba ya la personalidad del Juan Ramón definitivo en algún instante, *Arias tristes* marca el momento de su primera plenitud. Un vago acento becqueriano, de un Bécquer imposible pasado por Heine y por Verlaine, y por el canto popular andaluz, se derrama melancólicamente por todo el libro, triste y bello como un otoño. El sentimiento musical, superviviente en libros sucesivos, da una dorada entonación a estas arias de aparente sencillez que traían a la poesía española un anhelo de perfección, un gusto inusitado por la belleza pura. Entre el sueño y la vida, se levanta la voz entrecortada como una dulce protesta, como una lírica disconformidad entre la realidad y la fe, entre la vida y la belleza...

El mismo Rubén, asombrado, escribe: «Se llama Juan, como el Arcipreste, y Jiménez, como el Cardenal...», y tiene «la transparencia de un espíritu fino como un diamante y deliciosamente sensitivo. He aquí un lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine, y que permanece, no solamente español, sino andaluz, andaluz de la triste Andalucía». Porque a tra-

vés de modulaciones musicales, por sobre todas las sugestiones líricas imaginables, flotaba, quedamente, el bordón sentimental de su Andalucía baja y marinera:

Yo dije que me gustaba
—ella me estaba escuchando—
que, en primavera, el amor
fuera vestido de blanco.

Alzó sus ojos azules
y se me quedó mirando,
con una triste sonrisa
en los virginales labios.

Siempre que crucé su calle,
al ponerse el sol de mayo
estaba seria, en su puerta,
toda vestida de blanco.

Antonio Machado escribió: «El libro es un preludio admirable. Es la vida que el poeta no ha vivido, expresada en las formas y gestos que el poeta ama. Así, tal vez, quisiera vivir el poeta. Una tenue bruma de somnolencia envuelve muchas cosas soñadas, y un soplo de primavera latente y constante las anima. ¡Bello libro de juventud en sueño!...»

La estancia en el Sanatorio del Rosario, rodeado de jardines, es fundamental para el poeta. Bajo la vigilancia del doctor Cimarro, Juan Ramón vive unos años tranquilos, entregado al gozo de su creación. Es en esta época cuando toma contacto con los Machado, que han vuelto de París, y cuando proyecta la publicación de una «revista seria y fina: algo como el *Mercure de France*—escribe a Rubén Darío—: un tomo mensual de 150 páginas, muy bien editado. Nosotros mismos costeamos la revista; así, puedo decir a usted que vivirá mucho tiempo; es cosa madura y muy bien calculada. Nada de lucro; vamos a hacer una revista que

sea alimento espiritual; revista de ensueño; trabajaremos por el gran placer de trabajar...»

La revista se llamó *Helios* y en ella colaboraron los Machado, Martínez Sierra, Salvador Rueda, Rusiñol, Martínez Ruiz, Pérez de Ayala, Benavente, González Blanco y otros.

«Yo agradecería infinitamente—continuaba la carta de Juan Ramón a Rubén—que nos enviara algo de lo que haga o tenga hecho: versos, prosa. Y, además, que nos concediera usted permiso para copiar algunas cartas o fragmentos de las cartas que usted escribe para *La Nación*...»

La contestación del maestro al joven poeta debió traer advertencias prácticas. Los poetas también tenían derecho *a vivir*, y para ello deberían percibir algún estímulo económico por sus trabajos literarios. Era muy triste, pero era así. Juan Ramón contestó, disimulando su turbación por aquella salida inesperada: «La revista, como es natural, no puede desde ahora mismo pagar una colaboración escogida; ojalá pueda pagarse ella misma, o costarnos poco—desde luego, no queremos ganar dinero—. Tenemos colaboración de Benavente, Valle Inclán, etc., gratuita, y además todos nosotros, los jóvenes, trabajaremos mucho y se traducirá bastante del alemán y del inglés. Los originales franceses no se traducirán. Así, pues, lo de menos sería pagarle, y pagarle a buen precio, pero entonces los demás querrían también que les fuesen abonados sus trabajos, y la revista nacería muerta, pues, aunque tenemos una gran voluntad—y hemos quitado los elementos corrosivos, aun de talento—, no estamos muy ricos, y menos ahora, que hay que abonar muchas cosas—papel, cubiertas, cabeceras, anuncios, etc.—por adelantado. Cla-

ro es que usted dirá: «Entonces, ¿a qué se ha dirigido usted a mí? ¿Voy a trabajar por gusto?» Es verdad, mi querido maestro, y tiene usted razón; perdóneme. Ahora bien: si dentro de tres o cuatro meses la revista puede—como creemos—pagar, acudiremos a usted nuevamente y en primer término. Todo esto se lo digo por encargo de mis cinco compañeros, tres de los cuales son Agustín Querol, Martínez Sierra y Ramón Pérez de Ayala, este último un poeta joven de bastante talento y muchísima cultura. Ahora le hablo yo solo: como quiero que usted colabore a todo trance, y en sitio de honor, porque creo que usted es el primer poeta de los que hoy escriben en castellano, y con una gran superioridad sobre todos, y porque, aunque le traté pocos días, le profeso un cariño entrañable, he de trabajar constantemente con mis amigos a ver si muy pronto conseguimos poder encargarle trabajos pagados, y pagados espléndidamente, mi querido poeta. De modo que esperemos a entonces. Y no se enfade usted conmigo...»

El entusiasmo sincero de Juan Ramón hizo que Rubén se ablandara al fin, y muy poco después el poeta de Moguer recibía la primera colaboración del nicaragüense: *Un soneto a Cervantes.*

Desde este momento la correspondencia entre los dos poetas es mucho más confidencial y entrañable. Juan Ramón le da cuenta de sus estados espirituales en unas bellísimas epístolas que son hoy inapreciables reliquias. En una ocasión, escribe: «Usted sabe cuánto me pesa la triste preocupación de la muerte repentina. Si yo estuviera bien, iría con usted para estar juntos al lado de la mar de España en estos días de enero, tan llenos de sol por ahí y tan helados, tan grises en esta ciudad. Viviendo

al lado del doctor Simarro, tengo una tranquilidad relativa, y como él apenas sale, paso bien el día, y la noche sobre todo, tan horrible a veces. ¡Si yo tuviera esa libertad que todos tienen!... Me da miedo conocer gente nueva; sueño que cada uno trae un fondo de espinas, y nosotros, los que somos de cristal, de flores, de cosas sutiles y frágiles, no podemos resistir mucho... Me habla usted de mi aislamiento, ¡mi aislamiento! Yo he sido siempre, como usted sabe, un aislado; como que la soledad es buena amiga de la bondad y de la belleza. Ahora bien: la cuestión es ésta: ¿Dónde debe uno aislarse? ¿En un pueblo como Moguer? Hay paz, hay silencio... relativo; se reciben libros, revistas, cartas; pero no puede ir uno a un museo, a un concierto, a un parque monumental... Ultimamente me había trazado un plan: estudiar bien algunas lenguas muertas y completar mi cultura en las modernas, para poder leerlo todo—todo no, yo sé que esto no es posible—, pero... ¡mucho de todo, sí! Mas aquí no hay maestros de nada, como no sea de salud. El sol, el cielo azul, el campo verde, la arena roja, son cosas que, sin un fondo de tesoros mentales, pueden conducir a una apoteosis a lo Rueda, ¡tan temible! La soledad del sabio sería el ideal perfecto. Llegaría uno a escribir sin gritos, a escuchar solamente el enorme rumor del gran silencio de oro del día, el hervidero de plata de la noche sin fin. Ninguna ciudad del mundo es «la única»; por lo tanto, todas son malas... o todas son buenas... Desde Lérida, sueño con las columnas de Tebas o con las Pirámides; desde Atenas soñaría con un Tokio del siglo XVIII; desde Babilonia, con el Londres actual; desde París, con... ¡el jardín de las Hespérides! Y

quizá la impresión de las lecturas sea, en resumen, lo mejor.»

Rubén contestaba a estas cartas interminables con sabios consejos en lo literario y en lo humano. Le preocupa la rara enfermedad de Juan Ramón. En una ocasión, le escribe a Moguer: «Espero que hayan pasado ya, en usted, esas cosas absolutamente nerviosas, o que me dé noticias de que usted se ha entregado a acciones, sueños y asuntos en los cuales uno vence hasta la enfermedad o el temperamento, que son nuestros peores enemigos.»

Entretanto, Juan Ramón prosigue su lírica tarea cada día más apremiante. *Arias triste* había tenido una gran acogida. Escribieron de él, elogiosamente, Martínez Sierra, Antonio Machado, la Pardo Bazán, González Blanco, Navarro Ledesma, Rubén, Azorín... Y a partir de este momento, Juan Ramón se convierte en el joven poeta admirado de todos, un poeta lleno de posibilidades infinitas, raíz ya del futuro lírico de España. Del modernismo francés que Rubén había impuesto, Juan Ramón tomaba sólo la libertad hacia la belleza, lo que había de novedad y de descubrimiento, pero suprimía lo vano, hinchado, maravillosamente hueco. De ahora en adelante, y durante algunos años, no podrá eludir la riqueza parnasiana, el hervidero verbal, la fascinante y deslumbradora fuerza de las imágenes, pero por debajo de todo este riquísimo ropaje aleteará su recogida y delgada voz pura. Las palabras, los colores, la música encerrarán, como en un joyel fastuoso, el pensamiento siempre espiritual y renovado. Y es ahí, por debajo de todas las opulencias, donde hay que buscarlo en toda esta época que él llamará, luego, «la de mis borradores silvestres».

«Una larga estancia en las montañas de Guadarrama me trae las *Pastorales*; después viene un otoño galante —azul y oro—, que da motivo a un *Diario íntimo* y a muchos *Jardines lejanos*. Es éste un período en que la música llena la mayor parte de mi vida.»

Pastorales es, como *Jardines lejanos*, libro de paisaje ideal, con campanas, con nieblas, con coplas desmayadas, con lunas amarillas; todo envuelto, cerrado, en una luz de crepúsculo. Aparece con él un peligro del que Juan Ramón se librará poniéndose para siempre en guardia: la facilidad. La reacción será un cambio permanente de postura lírica. En adelante tendrá una tremenda preocupación por el matiz distinto, por lo difícil fácil, preocupación que ya apunta en estos versos de *Pastorales:*

> Y si soñáis, son los vivos
> los que están muertos, y ahora,
> son los muertos los que viven...

O al hablar de la luna:

> ... su inflamada
> redondez radiante, corta,
> minúscula, la majada...

O aquella sensación de madrugada remota:

> El campo débil y triste
> se iba alumbrando. Quedaba
> el canto roto de un grillo,
> la queja oscura de un agua...

Súbitamente, la nostalgia revive su moguereña calle de la Ribera:

¡Granados en cielo azul!
¡Calle de los marineros!
.....
Como si el viento trajera
el sinfín, y, en su revuelto
afán, la pena mirara
y oyera a los que están lejos...

Jardines lejanos se publicó en 1904 y fué escrito muy poco antes. Como los dos libros anteriores, está compuesto de romances breves, en un tono lírico de musicalidades interiores, donde late una constante sensualidad. Se inicia en este libro un anhelo de supervivencia, de desasosiego: una progresiva inquietud:

Para sentir los dolores
de las tardes, es preciso
tener en el corazón
fragilidades de lirios...

Estar lleno de fragancias
tristes y de llantos íntimos,
tener gestos de mujer,
melancolías de niños...

¿Cómo están escritos estos versos? Imaginamos al poeta nimbado por una luz rara y dulce. Sabemos que alguna vez escribía llorando. El mismo confiesa que lloraba cuando escribía:

Era blanca y triste. Era
de un corazón como el mío...

En 1903, Juan Ramón se traslada, desde el Sanatorio del Rosario, a la casa particular del doctor Simarro, con quien ya le une una estrechísima amistad. Por mediación del doctor, entra en contacto con la Institución Libre de Enseñanza. Allí conoce a don Francisco Giner, cuya amistad influirá poderosamente en la orientación de su vida.

De 1904 a 1907 hay un paréntesis de silencio, de tristeza, de desolación, en la vida del poeta. Juan Ramón cae en un abatimiento indefinible y vuelve a Moguer, a su Moguer, desilusionado y exhausto. «La ruina de mi casa—escribirá—acentúa nuevamente mi enfermedad y es una época lamentable en que no trabajo nada; la preocupación de la muerte me lleva de las casas de socorro a las de los médicos, de las clínicas al laboratorio. Frío, cansancio, inclinación al suicidio...»

Poco a poco va desapareciendo el patrimonio familiar. Ya no vive doña Pura en la casa grande, de mármoles blanquísimos, de la calle Nueva. La señora se ha instalado en una casa menos importante de la calle de la Aceña. Los hermanos se han ido casando. Ignacia, la mayor, con don Pedro Gutiérrez; Victoria, con don José Hernández Pinzón, de los descendientes de Martín Alonso... El poeta, que gusta tanto de los niños, no prestará atención, en esta época, a sus primeros sobrinos: Pepe, Blanca, Lola, Victoria, Enrique... Vuelve a sentir el temor súbito, incontenido, de morir en cualquier instante. Siente de nuevo la necesidad apremiante de la compañía de un médico. Hay ahora en Moguer un doctor joven, don Luis López Rueda, casado con una prima del poeta, Manuela Jiménez. Será éste quien sustituya al doctor Almonte. Juan Ramón, valiéndose de la amistad y el parentesco, hace que el médico se quede en su casa por las noches. Pero tal estado de cosas es difícil de prolongarse, y un día el poeta decide instalarse definitivamente en casa del joven matrimonio López Rueda. Así estará siempre junto al médico. Con éste, para no separarse nunca, visitará a los enfermos. Mi madre recuerda que cuando don Luis venía a casa a ver a mi abuelo enfermo, Juan Ramón

le acompañaba, silencioso, ensimismado. Y él, que tanto temor tenía a la muerte, entraba, sin la menor aprensión, en todos los hogares en donde hubiese enfermos, contagiosos o no.

Junto a la casa donde se hospeda Juan Ramón con sus primos, viven las de Almonte, varias hermanas jóvenes y solteras. Una de ellas, María Dolores, toca muy bien el piano. Juan Ramón, algo mejorado, distrae sus preocupaciones en aquellas íntimas veladas musicales. Otra de las Almonte, Susana, le divierte con «su risa alegre y loca», en la que había, según unos versillos del poeta, «una fiesta de perlas y de rubíes». Susana me contaba, poco antes de morir, que Juan Ramón era delicioso en la intimidad, con mucho sentido del humor, y que decía, un poco bromeando, que el mejor poeta del mundo era Rubén Darío, y después él. De aquella tertulia era también lujo femíneo Dolores Bedoya, una muchacha menuda, gentil, muy expresiva, a quien Juan Ramón decía, riendo, que la querría tener siempre sobre su mesa de trabajo. Por entonces le nace al matrimonio López Rueda la primera hija y Juan Ramón hace de padrino.

De cuando en cuando recuerda su ambiente madrileño, el incesante clima literario de la corte. ¡Qué distante le parece ahora el mundillo cerrado, asfixiante, en que se debaten los jóvenes escritores! Por Moguer pasa una racha de aire puro. Los días son suaves, templados, y Juan Ramón siente, cada día con mayor intensidad, un profundo desprecio por todo aquello que no sea la Belleza. Sin embargo, a veces siente la necesidad de un espíritu semejante al suyo, de una inteligencia capaz de comprenderle. Por entonces escribe a Unamuno: «Mi querido maestro: Le envío a usted mis

últimos libros. Tengo un verdadero gusto en ponerlos en sus manos. Cien veces, antes de ahora, he pensado en enviárselos, pero muchas de mis proposiciones se derrumbaban vanamente cada día, entre la enfermedad constante que me anula la voluntad, y el ansia de contemplación que me devora. En fin, nada es el tiempo. Deseo de usted una opinión sincera y severa, teniendo en cuenta que para mí la opinión no es como para un «literato profesional» con afán de popularidades. Idealista como soy, la vida no tiene otra importancia para mí que la que le doy con mis éxtasis y con mis ensueños; y lo que estimo, porque mis sentimientos son ya musicales al nacer, es mi propia alma y mi misma carne; no son los míos «dolores literarios», como alguien dijo; mis anhelos, mis dolores, mis sonrisas, son ecos que yerran por mis versos. Lo que quiero saber es los puntos de contacto que mi espíritu pueda tener con el suyo, tan derramado y tan complejo. Su admirador y amigo Juan Ramón Jiménez. Tengo el dolor de anunciarle que he puesto su nombre al frente de *El dolor solitario*, libro que he terminado ya, o, mejor dicho, serie de poesías que forman ya un libro.»

La paz del pueblo, la amistad, el reposo, la música, algún amor... El poeta ha vuelto a sus versos. Otra vez el campo florido, cálido, amantísimo. Sus primos tienen una finca cerca del Pino de la Corona, «La Huerta de las Monjas», donde pasan temporadas. Juan Ramón va con ellos, con ese ansia de contemplación de que habla en su carta a Unamuno. Hay un naranjal en flor y un arroyo delgadito que cruza la huerta. El poeta escribe baladas campesinas que van formando, poco a poco, un libro delicioso, de honda raigambre paisajística y frutal: *Baladas de primavera*, libro lleno de cho-

pos, de chamarices, de amapolas, de pinares, de tranquilidades violetas, de canciones entroncadas con las del Siglo de Oro y que serán el germen de esa lírica popular tan explotada después. En *Baladas de primavera* está incluído uno de los poemas más famosos de Juan Ramón: *La mañana de la Cruz*, una explosión luminosa al compás de la flauta y el tamboril moguereños. La mariposa tiembla sobre la rosa, hay sol en los verdores de la pradera, el verderol endulza los crepúsculos... Todo es propicio para la poesía. Juan Ramón recordará, años más tarde, aquella vida «de soledad y de meditación, entre el pueblo y el campo, con el rosal de plata de la experiencia en flor, la indiferencia más absoluta para la vida y el único alimento de la belleza para el corazón...»

Es también la época de las *Elegías*, que abarcan tres libros diferentes con un mantenido acento lírico: *Elegías puras*, *Elegías intermedias* y *Elegías lamentables*, escritas casi todas ellas en el año 1907, en permanentes versos alejandrinos de gran riqueza y vago aire modernista. En las *Elegías* abundan los efectos expresivos —jardines, fuentes, ruiseñores, parques, valles de plata, rosas sangrientas—, pero, por fortuna, no hay mitología. Un bello aire campesino y cierta libertad en los acentos apea a los tres libros de la monotonía machacante del verso francés, tan en boga.

Para ir y venir a «Fuentepiñas», la casita de campo de su familia, y a «La Huerta de las Monjas», se le ha hecho indispensable un amigo ideal, «pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no tiene huesos». Es un burrillo de la hija del casero, de *Giralda*, al que Juan Ramón le ha tomado mucha ley. «Le gustan las naranjas mandarinas,

las uvas moscateles...» Como ya es poeta barbado y ausente, los chiquillos, cuando pasa sobre el burro por las calle de los Hornos, por la calle de San Antonio o por la calle de la Fuente, le llaman «el loco». El poeta, que se ha alejado de los hombres, «chorreando belleza propia», ha encontrado la compensación de todas las posibles amistades renunciadas en aquel asno plateado que tiene negros ojos de azabache, negros espejos donde se copia la soledad de los campos. La experiencia es peligrosa. De aquella amistad están naciendo, sin advertirlo el poeta, unas páginas inmortales. Del peligro de lo grotesco va a salir tan airoso que el poema que va surgiendo—un diálogo imposible y posible, de franciscanas raigambres líricas—, sonará, luego, de extremo a extremo del idioma. De momento, él mismo no puede pensar en la gloria que le espera al burrillo, y sigue escribiendo por las viñas, por los naranjales en flor, por los caminos hondos, unos poemas en prosa nueva, inventada, con una gota de sol andaluz en cada sílaba y una fina cristalería en cada frase. La «elejía andaluza» no sólo será la elegía de *Platero*, sino la elegía del poeta y la elegía de todo un pueblo alto, triste, claro, luminoso, blanco. Juan Ramón se va llenando los bolsillos de belleza pueblerina. Escribe sin cesar sobre sucesos reales, leves. El ocaso en los pinos, la siesta, la tormenta, el alba, el Pino de la Corona, la Ribera, la nube, el pan, la carretilla... Y sobre este fondo radiante, vívido, va colocando un friso de personajes inmortales: Aguedilla, Darbón, «la arrulladora», la pobre tísica, el niño tonto, Anilla «la Manteca», Pepe «el Poyo», aquella niña que no podía con sus ojos negros... La prosa—como apuntaba Díez Canedo—se ha hecho poesía.

El año 1906 escribe *Las hojas verdes,* que pertenece a una serie de libros proyectados bajo el título general del *Olvidanzas* y del que sólo apareció éste. No se pupublica hasta 1909, y se inicia con él la preocupación por el espacio y el tiempo:

> Creímos que todo estaba
> roto, perdido, manchado...
> —Pero, dentro, sonreía
> lo verdadero, esperando...

O en el titulado *Primavera:*

> ¡Qué me importa nada
> teniendo mi cuerpo y mi alma!
> ¿Pasado? ¡Que caiga!
> ¿Presente? ¡Sí, pasa!
> ¿Futuro?...

La soledad sonora, que se publica en 1911, está compuesto de poemas escritos hacia el año 1908. Está dedicado a la soledad e inspirado en un verso de San Juan de la Cruz. La primera parte se compone de treinta y cuatro poemas en alejandrinos aconsonantados, de dos o tres estrofas cada uno y los temas de siempre—lunas, jardines, ensueños—, adquieren un vago tinte romántico en una diversidad cromática de gama fría. La segunda parte consta de treinta y un poemas breves —octosílabos asonantados—con las mismas persistentes notas, aunque más ligero, al parecer, de ropaje literario y lleno de toques fugaces que hacen más impresionista la visión. En la tercera parte volvemos a encontrar alejandrinos: treinta y tres poemas eminentemente musicales, con ecos de Laforgue, Regnier, Poe...

Comienza a colaborar en la revista *Renacimiento,* en donde deja esta nota de su ideal estético de entonces: «Dentro de mi alma—rosa obstinada—me río de

todo lo divino y de todo lo humano, y no creo más que en la belleza. Sobre todas las cosas bellas, amo la música, porque es una fragancia de emoción... Odio el palacio frío de los parnasianos. Que la frase esté tocada de alma; que evoque sangre o lágrima, o sonrisa; que en el vocablo haya siempre un subvocablo, una sombra de palabra, secreta y temblorosa, un encanto de misterio, como el de las mujeres muertas o el de los niños dormidos... Dadme siempre una mujer, una fuente, una música lejana, rosas, la luna—belleza, cristal, ritmo, esencia, plata—, y os prometo una eternidad de cosas bellas. He sido niño, mujer y hombre; amo el orden en lo exterior y la inquietud en el espíritu; creo que hay dos cosas corrosivas: la sensualidad y la impaciencia; no fumo, no bebo vino, odio el café y los toros... y, en fin, tengo mi frente en su idea y mi corazón en su sentimiento.»

En 1911 se publica *Poemas mágicos y dolientes*, escrito en 1909. Entre otras, trae la novedad del color amarillo. «Flores amarillas», «amarillas mariposas», «rosas amarillas», «guirnaldas amarillas», «barcos amarillos», «cúpulas amarillas», «instante amarillo»... Y junto al amarillo predominante, el grana, el morado, el malva. Es un libro de líricos colores: «verdeoro el jardín», «el agua dorada», «orinegras las hojas», el «sopor azul», «la llama morada y escarlata», la costa «carmín de oro», la «flor celeste»... Y, súbitamente, el invierno:

> ¿Dónde se han escondido los colores
> en este día negro y blanco?
> La fronda, negra; el agua, gris; el cielo
> y la tierra de un blanquinegro pálido;
> y la ciudad doliente
> una vieja aguafuerte de romántico...

Un año más tarde se publica *Melancolía*, del que escribió Azorín: «Se compone todo él de breves poesías de doce versos. Pudiera creerse que un libro así ha de adolecer de monotonía; pero no hay tal; la gama visual y emotiva del poeta es tan grande que el lector va de una en otra página emocionado y hechizado... El poeta está en el tren; junto a él se halla una mujer bella, espumeante de batista blanca. Una escena de amor, de pasión... «pasa el colorismo de oro de los pueblos». Se ven torres con azulejos en cielos de esmalte. Las calles se abren hacia el tren; en ellas, mujeres con un cántaro en la cadera saludan... Se perciben sones metálicos de campanas que suenan unas vísperas; anhelos pasajeros quedan atrás en «villas momentáneas»; la brisa de la tarde orea las mejillas. La dama se recoge el cabello; «en sus ojos floridos las praderas pasaban»... No podrá darse una más sugeridora idealidad basada en una más escrupulosa y menudamente observada realidad. El acercamiento a la vida real es—lo repetimos—lo que ha determinado el espléndido renacimiento de nuestra lírica y ha hecho posible un poeta tan delicado y sutil como Juan R. Jiménez.»

Laberinto fué escrito entre 1910 y 1911 y publicado, por *Renacimiento*, en 1913. Se compone de siete partes: Voz de seda, Tesón, Variaciones inefables, La amistad, Sentimientos musicales, Nevermore y Olor de jazmín. Por sus páginas cruzan las sombras, el perfume, de muchas mujeres: Natalia; Graciela, la «hermana mayor de Rosalina»; Clara, motivo de un bello poema de fiebre; Georgina Hübner, cuya existencia real o inventada ha dado lugar a mucha literatura; Genoveva, Berta, Jeanne Roussie «la Romántica»; María, Carmen, Luisa, Denise, «que miraba de lado, doblando la ca-

beza, como las palomas»; Blanca, ¿su primera novia moguereña?; Susana, «que olía a jazmín blanco»... ¿Quiénes fueron? ¿Sólo nombres, estampas fugaces enmarcadas en un instante lírico, o dejaron huellas perdurables en el alma del poeta? Por el libro, por este bello y casto libro, cruzan mudas, entre asonancias, en un confuso «laberinto» de belleza y de pena, de pureza y de sueños... :

> Hora de castidad. ¡Angelus! Apartaos,
> pensamientos de carne. Que todo sea rosa, rosa,
> como esta luz de luna de la tarde,
> que hiere los cristales, melancólica...

Después de *Laberinto* aparece *Platero y yo*, en edición reducida. El libro causa un revuelo tremendo. La lírica elegía trae a la literatura española una naturaleza distinta, un frescor iluminado y una lección de humildad y sencillez convertida en obra de arte. Situemos el suceso en 1914 y quedaremos asombrados. ¡Qué gozo, aquella ráfaga de aire puro, directo, entre tanta literatura de café y de esfuerzo! El poeta va a entrar de lleno, sin advertirlo, sin quererlo, en el gusto de una selecta mayoría o de una minoría mucho mayor. El libro se vende y se comenta. La crítica se vuelca en elogios. Y, tres años más tarde, la Editorial Calleja lanza una nueva edición completa. Desde entonces, en creciente gozo, *Platero* ha sido el libro más leído de Juan Ramón, el más famoso y uno de los más importantes. «Voy a entretenerme—escribía el poeta hace poco, en el prólogo de la edición de París—en escribir un recuento de las ediciones de *Platero*. Claro es que me será difícil detallarlas todas, ya que hay muchas de editores indignos, que, aparte de robarlas, las hacen feas, lo que les perdono menos que el robo vil. La primera vez que se

publicó esta edición menor fué en la serie «Juventud», de *La Lectura*, de Madrid, y no era sino una selección hecha por los editores—y que luego ha servido de modelo para las ediciones menores—del libro completo, ya escrito casi todo en esa fecha, 1912. En 1916 vino la primera edición completa de la Casa Calleja, y de esta casa pasó años después a Espasa-Calpe, luego a la «Residencia de Estudiantes», y en 1936, año de la guerra en España, a la editorial «Signo», casas todas éstas madrileñas. En 1937, Espasa-Calpe reimprimió en Buenos Aires dos ediciones: la completa y la menor, que aún circulan. La Editorial Losada dió luego tres ediciones simultáneas, de las cuales no se volvió a reimprimir la segunda, que era la mejor presentada. Gustavo Gili, de Barcelona, hizo una hermosa edición para bibliófilos, riquísimamente ilustrada por José Mompou, y Saturnino Calleja acaba de reimprimir la suya de 1916, aunque bastamente presentada, tan bella que fué la primera, en Madrid. Repito que no puedo hablar de las ediciones piratas españolas ni hispanoamericanas de algunas de las cuales he comprobado en estas Américas que se venden copiosamente por sus precios económicos. Esto quiere decir que muchos muchachos y muchas personas mayores pueden leer este libro completo o fragmentado en buena parte del mundo. Me complazco ahora en escribir (porque decirlo lo he dicho infinidad de veces) que el impulso inicial del éxito se lo dió a *Platero* don Francisco Giner cuando el librillo salió en la colección «Juventud».»

Juan Ramón no menciona algunas ediciones, como la de León Sánchez Cuesta, de 1926; la de París, de 1953; las de Aguilar, de 1953 y 1955... Sin contar, claro es, las muchas ediciones hechas por un mismo

editor. De la económica de Losada, por ejemplo, se hicieron once ediciones en diez años. Tampoco habla el autor de las ediciones francesas, italianas, inglesas, holandesas, alemanas, suecas, portuguesas, vascuence, israelí...

Pero tornemos a lo nuestro. Juan Ramón ha vuelto a Madrid, con ánimos esta vez de residenciarse, definitivamente, en la capital. Las cartas de sus amigos y admiradores han hecho el milagro. Aparece entonces en su vida un personaje fabuloso: Ramón Gómez de la Serna. Ramón y Juan Ramón no se conocieron personalmente hasta el año 1911, pero ya antes, y durante cuatro años, había existido un copioso epistolario entre el poeta de Moguer, que ya tenía barba y excelencias líricas, y el escritor madrileño, que hacía sus primeras piruetas literarias. Tan asidua y cordial eran las cartas, que llegaron a tutearse, cosa insólita en aquellos tiempos. El poeta andaba en su Moguer, desganado de todo, enfermo de lunas y de versos, y Ramón insiste, una y otra vez, en la necesidad de que vuelva a Madrid. «Me han dicho—escribe en una de aquellas cartas que formarían un libro epistolar delicioso—que vendrás, pero deberías venir de incógnito y amaríamos juntos el café que no le place a nadie y la calle que tiene esa arbitrariedad y la mujer más elegiaca que baila en un sitio solitario. No son refinamientos ni voluptuosidades, son contradicciones que han de ser muy invisibles y muy indecibles, y en las que hay que cansarse sin ningún gesto brillante y periodístico. Y aquí todos son cada vez más periodistas: los literatos, los pintores, los escultores y los toreros. No estoy de incógnito aquí y me escondo a veces en los portales. La calle ha de estar vacía de todos los periodistas para

poder pasear por ella. ¿Viste a Blanca y al teniente de... en mi fervoroso Moguer? Cuéntame estas cosas, porque yo creo en el esfuerzo de las voluntades lejanas... Y ahora un poco sobre Prometeo. Prometeo necesita las prosas que prometiste y que te he recordado siempre. Ya hoy, el pedírtelas es una cosa desgarradora y desesperada. ¿Quizá las hayas reservado para más adelante? ¿Quizá es un regalo que hiciste un día de Santa Femenina de una mujer con un dulce nombre? Un abrazo de Ramón.»

Las cartas, cada día más apremiantes, contribuyen no poco a que Juan Ramón retorne a Madrid. Ramón va a la estación a esperarle y, por primera vez, se contemplan mutuamente. El poeta confesó después que había encontrado al madrileño bastante «lleno», «lleno y con saturada voz de lleno». Ramón, que había imaginado al moguereño blando y suave, confiesa que le produjo una fuerte impresión. «Juan Ramón—escribe—me dió miedo. Era imponente y mayestático, y me resultó inaudito que nos tuteásemos. ¡Con aquella barba morada de negra que era, como teñida con moras de moreras!»

Por indicación del poeta, Ramón le tenía reservada habitación en una pensión cercana a una casa de socorro. El moguereño seguía padeciendo con la idea obsesiva de la muerte y estaba más tranquilo sabiéndose cerca de los médicos y las farmacias. Ramón se lo perdonaba todo porque le profesaba una gran devoción. Hacía muy poco tiempo que había escrito un precioso artículo titulado *Dos libros admirables del admirable Juan Ramón*. Y se ofreció a acompañarle a todos sitios. Madrid, a través de Ramón, cobraba para el poeta un aire distinto. Las calles tenían evocaciones inesperadas;

en los balcones había mujeres tristes, mujeres enlutadas, pálidas y ojerosas entre palmas mustias. Juntos visitan al poeta Ortiz de Pinedo, un poeta que tenía «cara de papel secante»; a Cansino Assens, que trabajaba en la *Correspondencia de España*, en la calle del Factor; a Francisco de Acebal, que era «la barba rubia que se enfrentaba con la terrible barba negra de Juan Ramón».

Un buen día—es difícil precisar por qué—se enfrió la amistad entre los dos escritores formidables. Ramón explica que el gran poeta califa necesitaba «la compañía de un introductor de embajadores más que la compañía de un literato bohemio empedernido y manso como yo». Ramón padeció por entonces pesadillas y vió una enorme golondrina monstruosa, con un gigantesco murciélago azul, golpeándose en las paredes de su alcoba. Juan Ramón dijo que el madrileño desperdiciaba su talento «de libro a café, de teatro a periódico, de tren a circo—minero constante de las inagotables galerías de la imajen directa natural, la rica pirita de su dentro de maleta nebulosa, caótico panal cuadrado y redondo a un tiempo...» Pero, entre los dos, ¡qué honda admiración permanente! Porque los dos buscaban, acaso sin reparar en la coincidencia, la misma cosa: lo distinto, la chispa, el hallazgo fatal, la pirueta lírica y humana, lo personal en suma.

Juan Ramón dirá: «Entre la carga sustanciosa que lo llena hay, no hay duda, bastante corazón.» Y más adelante: «Hombre ancho, bajo, pleno, saludable, excesivo, inventor, bueno de España.» Y Ramón, sobre sus greguerías juanramonianas, que forman la silueta más literaria y caprichosa que se ha escrito sobre el poeta, coloca esta frase como un epitafio: «El día de la Poe-

sía Final—anterior al Juicio Final—habrá antes del examen oral supremo un examen escrito en que se habrá de acreditar el sentido poético de los que murieron diciendo que eran poetas, y ese día, Juan Ramón Jiménez merecerá el premio de honor.»

Si la amistad de Ramón no fué lo duradera y fidelísima que ellos mismos se prometían en las cartas, el poeta, en cambio, va a encontrar en un muchacho murciano, dulce y reconcentrado, el verdadero símbolo de la amistad. Juan Ramón se hospeda en la calle Villanueva, en la pensión Arizpe. Su habitación es amplia y el poeta la ha decorado con el retrato que le hiciera Sorolla, con otro del pintor Emilio Sala, con paisajes marineros de Huelva, con un cuadro pequeño de Romero de Torres y unas copias de Goya hechas por Sorolla. Juan Ramón está junto al balcón, recortado en el aire de la tarde. Se ve, tras el poeta, unos árboles de paisaje triste, el palacio de la marquesa de Bolaños, la tarde delgada y lírica... Así le vió por vez primera el que había de ser su mejor amigo hasta la muerte: Juan Guerrero Ruiz.

Juan Ramón le muestra su último libro, *Laberinto*, todavía con la tinta fresca. Le explica su lucha con los editores y los impresores. El quiere una edición clara, limpia, sobria, justa. Los colores llamativos en la portada le horrorizan. Cree en el libro, físicamente, como en una obra de arte. También le dice que quiere hacer desaparecer sus primeros versos.

«Voy a publicar desde *Arias triste*. Tengo una labor muy copiosa, dispuestos para su impresión hasta veintitantos volúmenes. Trabajo mucho, apenas salgo de casa y no me gusta el trato superficial de las gentes...»

Juan Guerrero Ruiz se lamenta de no haber dis-

La casa blanca de la calle Nueva, con su balcón corrido al que daban las habitaciones del poeta.





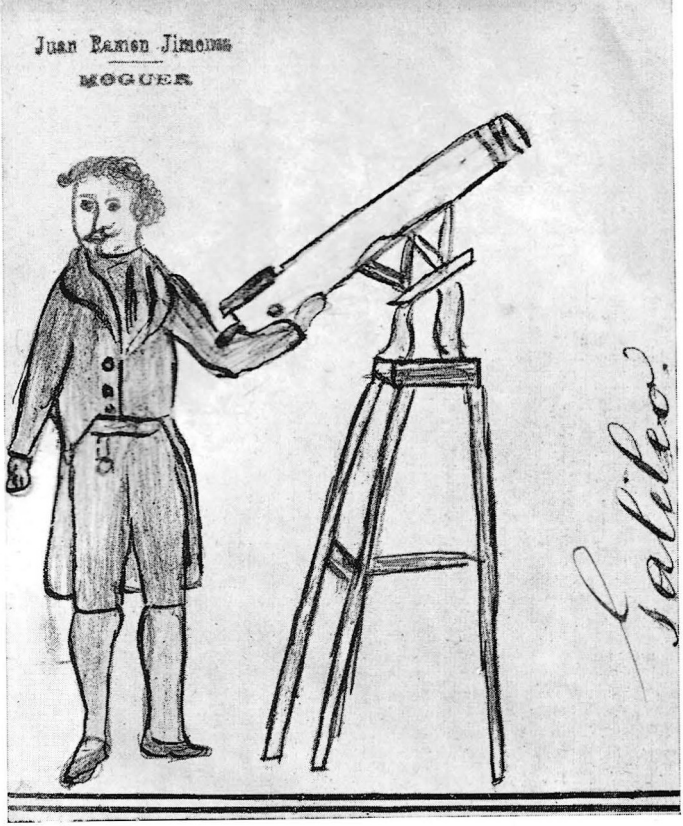
El pozo. "¡Qué palabra tan honda, tan verdinegra, tan fresca, tan sonora!"

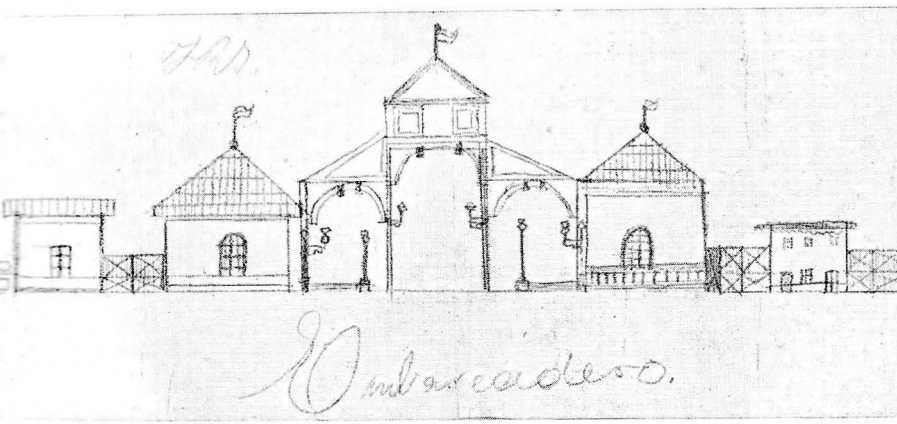
Don Victor Jiménez y Jiménez, padre del poeta.





La madre, doña Purificación Mantecón y López-Parejo.

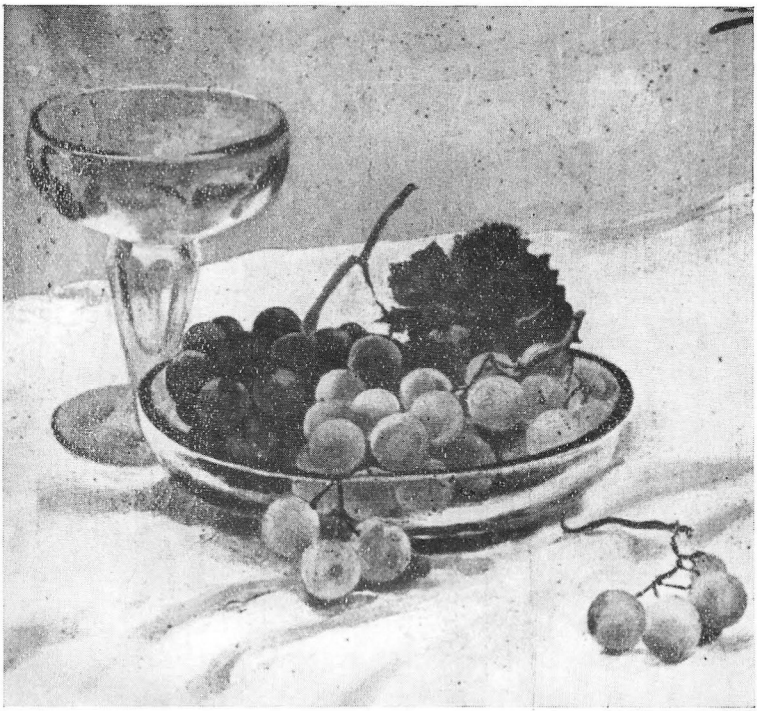




Dos dibujos de Juan Ramón niño En el titulado "Embarcadero", se puede apreciar alguna semejanza arquitectónica con la Residencia de Estudiantes, la de la "alta colina de los chopos", donde Juan Ramón vivió unos años apacibles y fecundos.



Juan Ramón tendría unos ocho años cuando dibujó esta cabeza de caballo. Sobre él campea el sello con su nombre de que nos habla en "Platero". Era un tiempo en que no se adivinaba aún al burrillo que había de hacer a Moguer universal.

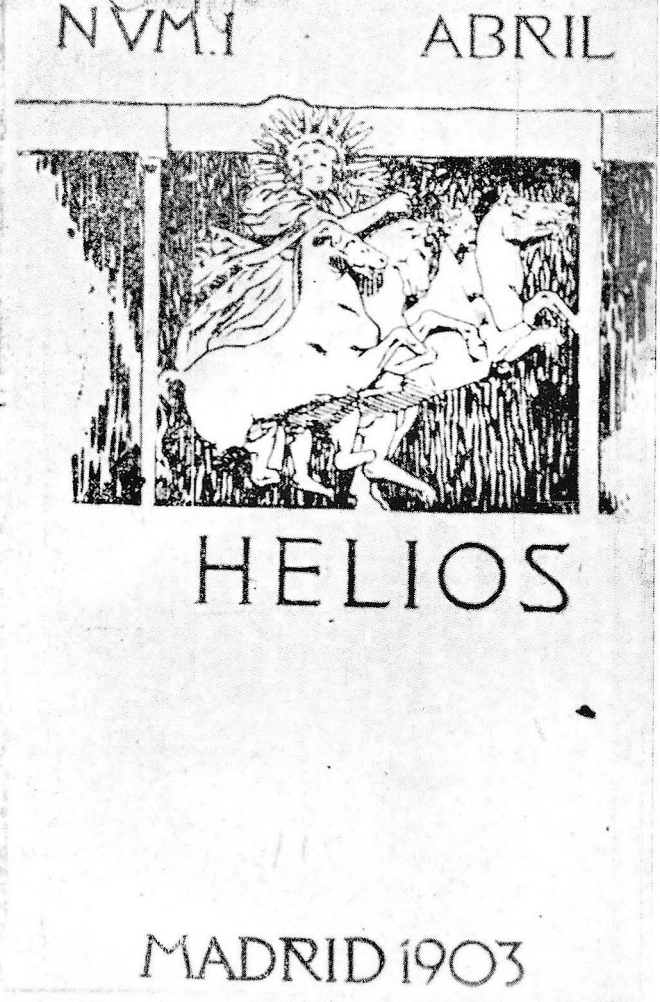


Juan Ramón confunde, por entonces, lo lírico y lo plástico y se hace pintor a la manera de aquellos pintores sevillanos "coloristas y fandangueros". Este bodegón es de esa época.

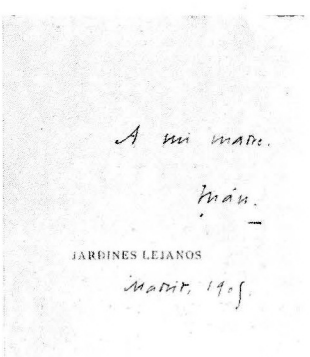
El pino que cela la tumba de "Platero", junto a la casita de "Fuentepiña". "Yo te enterraré al pie del pino grande y redondo del huerto de la Piña..."





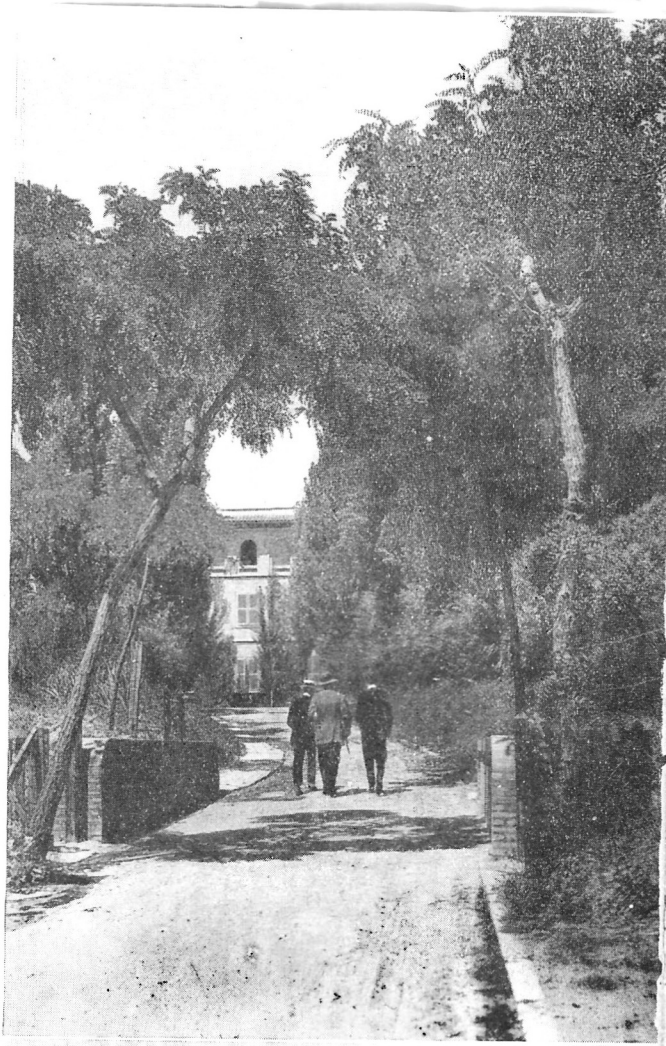


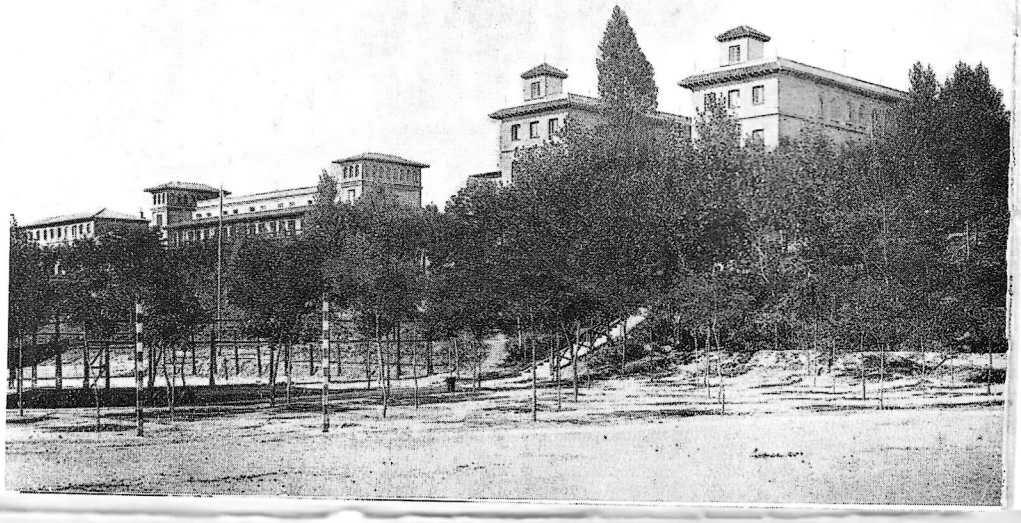
La revista *Helios*, 1903. Juan Ramón vive entregado, por entonces, al gozo de su creación.



Dedicatoria de Juan Ramón a su madre en "Jardines lejanos", donde todavía no aparece la bella y extraña caligrafía posterior.

La Residencia albergaba la flor y nata de las letras de entonces. El lugar era alto, sano y bello, y el edificio estaba rodeado de jardines con chopos.









Juan Ramón titula uno de sus libros inéditos de entonces "La colina de los chopos".



Zenobia y Juan Ramón en la época del "Diario de un poeta recién casado". A partir de entonces, Zenobia fué la compañera vigilante y celosa, la inefable colaboradora del poeta.



puesto de «una taquigrafía invisible» que le hubiera hecho recoger, «como piedras preciosas, todas las palabras del poeta». Porque el moguereño habla suavemente, en un andaluz hondo y reposado. Gerardo Diego, muchos años después, recordará «su fascinación, la implacabilidad de su dialéctica, y el acento quebradizo de su voz pastoral, como de oboe». Esto mismo sentiría Juan Guerrero aquella tarde de mayo de 1913...

—Moguer—le dice el poeta—es muy bonito; allí tengo comodidades de que aquí carezco; las casas tienen patios de mármol, jardines, fuentes... Ahora voy a ver si me instalo en un piso modesto—el lujo, aunque pudiera tenerlo, no lo quiero, me molesta—donde pueda tener todas mis cosas muy bien ordenadas. Yo soy el orden mismo y aquí, claro, no puedo...

Hablan de literatura. Juan Guerrero es un vocativo de las letras y quiere saber las opiniones del maestro. Juan Ramón le habla de los poetas contemporáneos y sobre todos ellos pone un nombre entrañable: Antonio Machado.

Guerrero va anotándolo todo en su corazón. Ya es el amigo en ciernes. «Seguramente no hay en España —escribe—un espíritu mejor ilustrado, más culto, que el de este hombre admirable.»

También el poeta ha visto en él una gran sensibilidad dispuesta a la amistad íntegra y maravillosa. Le pregunta por Murcia, por la huerta, por los cielos levantinos... Y le regala un ejemplar de *Las hojas verdes*, con esta dedicatoria: «A mi querido amigo Juan Guerrero Ruiz, íntimamente.» El poeta ha entrevisto en el tímido muchacho, sobrio e inteligente, al amigo ideal, la admiración y el cariño a prueba de todos los

contratiempos y sobre todas las circunstancias imaginables.

—En Moguer he estado ocho años; estaba enfermo, en el campo, y he escrito mucho... Verá usted un apunte de Sorolla sobre Moguer...

Juan Guerrero piensa que está como soñando. Tal es la emoción que le produce la presencia del poeta a quien admira profundamente a través de muchas lecturas. Los ojos de Juan Ramón tienen un fulgor extraño. Guerrero pensaría, sin duda, en aquellos poetas arábigo-andaluces de quien el moguereño es heredero directo.

—Yo recibo, por término medio, dos o tres cartas por semana, interesantes. Hay algunas muchachas americanas que leen mis libros y sin conocerme me escriben comunicándome sus sentimientos; tengo una colección de cartas deliciosas. Son muy inteligentes las sudamericanas...

Juan Ramón tiene—sigue pensando Juan Guerrero—el físico que él se había imaginado. Una calva incipiente le hace el rostro más alargado, más ascético. La barba, negrísima, está pulcramente recortada y le da al rostro un aire nazareno y meditativo. Guerrero adivina como un halo a su alrededor...

—Yo vivo en un ascetismo espiritual, vivo por la poesía, por el arte, y no sólo en la poesía, sino en todo, procuro ajustar mi vida a una norma de perfección moral...

Maravilloso. Era esto lo que pensaba el murciano que el moguereño había de decirle. Vivir para la poesía, en la poesía y fuera de ella, y hacer de todo, lo vivido y lo soñado, una norma de perfección. Juan

Guerrero escribe sus impresiones de esta primera visita procurando ajustarse a la más estricta realidad. Y acaba con este grito juvenil y entusiasta:

«¡Dios bendiga y deje mucho tiempo entre nosotros a este alma de poeta de sus cielos!»

La amistad entre Guerrero—a quien García Lorca llamará «Cónsul de la Poesía»—, y el autor de *Platero* va a seguir una línea ascendente. Nadie como este admirador infatigable va a seguir, va a estimular, va a cuidar la obra admirable del admirable poeta. Jorge Guillén le llamará «juanramoniano mayor del Reino» y Paul Valery le nombrará «el amigo de Juan Ramón». Después de Zenobia, la dulce y exquisita esposa del poeta, nadie le guardará una fidelidad mayor, una más ferviente y cariñosa lealtad.

Pero, entretanto, Juan Ramón ha decidido clausurar su tiempo poético. En adelante, todo será distinto. Piensa en una antología, muy severa, de su propia obra, donde salva muy pocos poemas de cada libro publicado y algunos de otros libros—muy numerosos—totalmente inéditos. El moguereño inicia otro camino, más cerrado y más alto, de mucha más responsabilidad. Desecha algunos proyectos, se busca a sí mismo, cierra los ojos y sueña con su Obra, con mayúscula.

Y APARECIO DESNUDA TODA...

Si observamos, de conjunto, toda la primera época juanramoniana—1900-1915—, veremos cómo el poeta se ha ido adentrando en sus temas esenciales: el amor, la eternidad, la belleza, la Obra... Por todos los caminos—pueblo, paisaje, tristeza, mujeres, música, nostalgia—, Juan Ramón va llegando, múltiple y solo, a su propia pureza. Caminos balbucientes, perdidos, intrincados, de violetas primerizas, de tristes arias líricas, de elegías inevitables, de hojas verdes, de soledades sonoras, de laberintos de seda, de jardines lejanos, de magia y de dolor. Entre tanta divagación lírica, entre tantos «borradores silvestres», vemos, aquí y allá, algún atisbo de plenitud total; oímos, de vez en vez, la poderosa voz futura:

> Deja que digan. Todo es nada. Sólo vale
> la convicción suprema de la eterna armonía...

Existen una serie de libros inéditos, sólo conocidos fragmentariamente en las Antologías, que marcan esta transición, esta ascensión cada vez más llena de aire desnudo: *Historias, Libros de amor, Domingos, El corazón en la mano, Bonanza, La frente pensativa, Pureza...* Acaso sea este último el más tocado ya de eternidad, y de este libro admirable elegiríamos, como muestra de depuración en el camino hacia una poesía esencial, el poema titulado *Levedad*. El poeta, «en la quietud augusta» de la madrugada, siente el aliento del

mundo, la sensación de plenitud de lo mínimo, en el moverse el visillo de la ventana «al aire vago»:

¡Plenitud de lo mínimo,
que llena el mundo y fija
el pensamiento inmenso,
en su vaguedad —hoja
que cae, gota
que brilla,
olor que pasa...

Es que hasta ahora ha sido milagro imprevisto lo que en adelante va a ser familiar. Un tiempo se clausura y una nueva etapa, difícil, de exigencias mortificantes, se proyecta ante los ojos del poeta. En adelante, vivirá, soñará, amará, sufrirá, en poesía. Sus arrebatos, sus tanteos, su tristeza, su soledad, su fidelidad, en suma, lo han dejado en alma viva, en belleza viva, en poeta vivo. No le asusta la soledad, que es su amiga de siempre; ni el silencio, del que está enamorado. Está ya en el centro de sí mismo. Conoce los senderos. Tiene cautiva la belleza y está dispuesto a todo para que el fantasma lírico no se le vaya de las manos por falta de energía, por falta de vigilante observancia, por falta de amor.

Un conocido y bellísimo poema nos da el resumen de la historia ideal del poeta. Caigo en la tentación de traerlo aquí porque el poema encierra la clave de esta tramutación:

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño;

Luego se fué vistiendo
de no sé qué ropajes:
y la fuí odiando sin saberlo.

Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!

... Mas se fué desnudando,
y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.

Y se quitó la túnica
y apareció desnuda toda...
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

Y apareció desnuda toda. Los ropajes, las innecesarias opulencias han caído súbitamente y la poesía juanramoniana ha entrado, de lleno, en la Poesía. Es el premio, la recompensa a toda una vida de renuncias, a veinte años de trabajo ideal, a la entrega total y enamorada de un alma. De ahora en adelante, podrá ser lo que quiera. Nadie podrá asustarse del egocentrismo del poeta, de su increíble audacia. Todo lo puede quien a todo renuncia. Será tronco del árbol de lo eterno y alimentará con su sangre a las estrellas. Todo, en adelante, será posible para él.

Doña Pura y Moguer le ven alejarse un día más pálido que nunca, traslúcido ya, como iluminado hacia dentro por una luz de milagro poético. Moguer y doña Pura pueden estar tranquilos, porque el poeta viajará con ellos por todo el universo, y donde quiera que esté, todo será Moguer y el recuerdo cálido de la madre ausente. El coche de caballos, que lo lleva a la estación de San Juan del Puerto, va partiendo el silencio de la madrugada, un silencio que parece quedarse fosco, sin pecho donde golpear, sin oídos que lo entiendan, sin caracola lírica que lo mude.

Llega a Madrid hacia finales del año 1911. A este tercer y definitivo viaje ha precedido la almoneda total de los bienes familiares. El poeta quiere, dentro de

lo posible, hacer también almoneda de sentimientos. Es preciso olvidar la casa grande con cancela al jardín y pozo de mármol, y la inefable «Fuentepiñas», con aromos y naranjos y noria... Todo ha ido desapareciendo poco a poco: bodegas, pinos, viñas, olivares... El Banco de España ha dicho su última palabra, y el fuego del Palacio de Justicia devora las pocas probabilidades del pleito. «La Justicia ardía—escribe Ramón Gómez de la Serna, su gran amigo de entonces—aparatosamente, y se veían humos negros que salían de los legajos de los procesos, humos aterciopelados que salían de las togas que se quemaban. Se depuraba la propia justicia y parecía libertarse del peso almacenado de las sentencias. Tenía más prisa en arder que otros edificios. Y estando contemplando aquel volcán con ventanas y cúpulas, me acordé de pronto del pleito de Juan Ramón, que yo sabía que estaba en estrados, sobre la mesa del tribunal ya. Hubiera corrido a la sala 2.ª, intentando el salvamento de los documentos que abonaban el derecho del poeta al resto de su fortuna en la empresa vinatera, pero ya se derrumbaba el ala de aquel salón.» El fuego consumía las escasas posibilidades, acaso para que todo, en la vida del poeta, fuera más difícil y más puro. Contemplando la avaricia de los que aprovechaban el instante de aquella dolorosa liquidación, escribiría tal vez:

Todo para ellos, todo todo:
viñas, colmenas, pinos, trigos...
—Yo, bastante
he tenido
con mi ilusión de luz,
con mi acento divino.
He sido cual la rosa, todo esencia;
igual que el agua, sólo desvarío;

y fueron ellos tierra sana a mi raíz ansiosa
y cauce humano a mi raudal altivo—.
... Todo; que si ellos no han pensado nunca,
¡qué pobres habrán sido!

Ramón le había reservado habitación en la calle de Gravina, cerca de la casa de socorro por exigencia del poeta. De allí pasaría a la calle Villanueva, y muy poco después, a la Residencia de Estudiantes, en donde vive hasta 1916, año de su boda.

La Residencia albergaba la flor y nata de las letras de entonces. Allí vivían Menéndez Pidal, Antonio Machado y Unamuno. Allí llegarán más tarde Rafael Alberti y Federico García Lorca. El poeta tiene ocasión de tratar íntimamente a Ortega, que frecuenta mucho la Residencia y con el que proyecta un homenaje a Azorín en Aranjuez. La Residencia estaba al principio en la calle de Fortuny, y de allí pasó a los terrenos del Hipódromo. El lugar era alto, sano y bello. El edificio estaba rodeado de jardines con chopos. Juan Ramón, que seguía escribiendo sin cesar, titula uno de sus libros inéditos de entonces, *La colina de los chopos*. Dirige las ediciones de la Residencia de Estudiantes con el esmero y pulcritud que venía poniendo en sus propios libros, y, más tarde, la Casa Calleja le nombra su director literario...

Pero lo importante es decir que Juan Ramón, de cara ya a lo bello permanente, sigue labrando su obra, entregado totalmente a los tres momentos de la tarea: creación, depuración, ordenación.

¿Influencias? ¿Nuevas lecturas? En los *Jardines lejanos* había dado los nombres de sus poetas favoritos: Fray Luis, Bécquer, Rubén, Heine, Poe, Rossetti, Verlaine, Musset, Maeterlinck, Laforge, Francis Jammes...

Bécquer había sido un eco casi persistente. También lo había sido Rubén, su ídolo, sobre todo en una extensa zona bien visible de su obra total. Rossetti le llegaba con los aires prerrafaelistas, tan en boga, y a los que Juan Ramón prestó evidente atención. Francis Jammes se vislumbraba en aquel detenerse, franciscanamente, en las cosas sencillas, tanto en algunos versos de *Baladas de primavera*, por ejemplo, como en el mismo *Platero*... Se habló, después, de la influencia de Tagore, sobre todo en sus poemas en prosa, pero las fechas nos demuestran con precisión el error de tales suposiciones. Cuando los poemas del indio se conocen en España, en las admirables versiones de Zenobia y del propio Juan Ramón, la prosa poética del «Andaluz universal» había dado ya el milagro lírico de *Platero*. La primera versión de Rabindranath, *La luna nueva*, es de 1915, y la primera edición de *Platero* es, como hemos dicho, de 1914. En casi todos los libros de poesía del moguereño hay, además, poemas en prosa que tienen ya el tono vago, la musicalidad y la calidad interior de sus prosas posteriores. Lo que sí cabe afirmarse es que el Tagore que se conoce en España tiene mucho, en su traducción casi ideal, del ritmo sutil, de la levedad del poeta de Moguer. «En algunas ocasiones—escribe Díez Canedo—, compatriotas del poeta indú nos han afirmado que estas versiones, fieles, sin duda, a la forma inglesa, tienen poco que ver con la de los originales bengalíes, y acaso en la vestidura española puede advertirse semejante circunstancia. Es un caso de recreación evidente. En el general desconocimiento de aquellos originales, bien podríamos decir que el texto de Rabindranath Tagore a que no es ajena la mano de Juan Ramón Jiménez, le ha dado, más que

un modelo que seguir, un tema que traer a su peculiar manera, mediante la intervención de quién más cerca de él puede estar para ceder a su influencia y su gusto.»

¿Nuevas lecturas? Sí, en la segunda época juanramoniana se aprecia, aun dentro ya de lo puramente personal, lejanos ecos de lecturas recientes, sobre todo de los poetas de lengua inglesa. ¿Shelley, Browning, Blake? ¿Citas, recuerdos, de Emily Dickinson, de Walt Whitman? ¿Frost, Robinson? Es difícil precisar. Que Juan Ramón leía y que sigue leyendo a los poetas de ayer y de hoy, es evidente. La poesía, y el arte en general, necesita enriquecerse con todas las experiencias, y no basta, naturalmente, la propia. Por muy cerrado, hermético, imbuído en sí mismo que permaneciera el moguereño en esta nueva etapa, su anhelo de perfección constante, su constante inquietud le llevaba, curioso, a contemplar el campo ajeno, seguro ya de la verdad del suyo. Y él mismo no ha dejado nunca de reconocerlo.

El año 1916 es un año fecundísimo para el lírico de Moguer. Publica *Estío*, prepara la primera Antología de sus versos y escribe *El diario de un poeta recién casado* y *Eternidades*. El alto aire de la colina de los chopos ha hecho el milagro. Juan Ramón está optimista, alegre y enamorado. Pero antes, entre 1914 y 1915, ha escrito, como para liberarse en adelante de todos los obstáculos formales, los *Sonetos espirituales*, libro capital porque supone el adiós a una poesía rimada, vaciada en moldes clásicos, que al poeta se le había quedado estrecha. Juan Ramón, antes de volcarse definitivamente en los poemas de forma inventada, casi siempre libres, ha querido pasar por la tortura inquisitorial del soneto, al que nunca había sido demasiado

aficionado. Con esta norma impuesta—tal los místicos en la vía ascética antes del gozo del hallazgo—, se entrega voluntariamente y encierra el «ansia pura», «la claridad sin fin», ilimitada, en la limitación de los catorce versos. El empeño es difícil porque el poeta es ya «el poeta puro» por excelencia, poeta en poesía desnuda, y es preciso meter todo el noble anhelo, toda la desnudez, dentro del marco apretado, exigente, del soneto. De la experiencia nacieron estos bellos, fuertes, delicados y perfectos poemas que no revelan ningún esfuerzo al parecer. La idea corre, del principio al fin, como ajena a la severidad métrica, sencillamente, holgadamente. A veces, un endecasílabo—Juan Ramón tiene a estas alturas un asombroso oficio de poeta—vale por todo un capítulo de estética:

¡Ay, qué vivir de bienaventuranza...
.....
primer color de tu ascensión gloriosa.
.....
su oro total con mi oscurecimiento...
.....
¡Memoria, ciega abeja de amargura!
.....
Mas el dormir me ata con sus rosas...

El libro está dividido en tres partes: Amor, Amistad, Recogimiento, y se abre con una salutación titulada, juanramonianamente, *Al soneto con mi alma.* Un aire enamorado, suavísimo, estremece todo el libro lentamente y lo salva del mármol frío, del yeso impuesto, del vaciado sin sangre...

Estío se publica un año anterior, pero trae ya el toque agudo de liberación como nota predominante. *Estío* («a punta de espina») está dedicado a Azorín «en su severo escepticismo resignado con una rama perma-

nente de yedra cogida al estío». Tiempo. Espacio. El poeta gravita, empieza a gravitar, en su soledad. A partir de ahora las fechas no tendrán valor. *Estío* viene del año 1915, pero lo mismo podía ser del año 1930. Ya Juan Ramón está en él como está en él la Belleza. Verdor, amanecer de agosto, oro..., ¿qué más da? Verdor sin fin, amanecer inevitable, algarabía de agosto, oro eterno... El poeta va y viene de su canción alegre a su mayo perpetuo, de su viaje inmóvil a su Eva desnuda, de su viento lírico a su jardín fatal. Va y viene, y las cosas, en correspondencia, van y vienen a él, por él. Todo—vida, amor, alegría—, en su tristeza permanente:

Viene a mí que estoy triste.
Mas estoy triste de ella.

Y le sonrío, alegre,
para poder seguir
solo con su tristeza.

Está lleno de amor. Lo acaba de encontrar, definitivo, invasor, subiendo de sí mismo como un chorro de agua, y escribe con vehemencia, llevándolo, aquí y allá, como «una deslumbrante joya». Y este amor parece que lo alza, que lo acerca a su fin único—¿adivinación, acaso?—, a su infinito inevitable. Todo lo lleva a sus lejos líricos:

Lejos tú, lejos de ti,
yo, más cerca del mí mío;
afuera tú, hacia la tierra;
yo hacia adentro, al infinito.

Porque el poeta percibe ya la claridad tantos años esperada y puede gritar:

Sólo mi frente y el cielo.
¡Los únicos universos!
¡Mi frente, sólo, y el cielo!

—Entre ellos, la brisa pura,
caricia fiel, mano única
para tantas plenitudes...
La brisa, que baja y sube...—

Arriba, todo lo vivo,
todo el sueño en mi sentido,
poblando a aquél de las alas
que a su armonía él le baja.

Nada más.
—¿Acaso, eres
tú la brisa que va y viene
del cielo, amor, a mi frente?—

He dicho que el año 1916 es fecundísimo para Juan Ramón. Más que fecundo, es un año clave, porque el 2 de marzo de 1916 contrae matrimonio con Zenobia Camprubí Aymar en la iglesia católica de Saint Stephen, de Nueva York. Pero este acontecimiento merece capítulo aparte. *El diario de un poeta recién casado* marca la señal dichosa de este viaje nupcial, y en él todas las melancolías, todos los otoños de sus paisajes anteriores, se truecan por el bronco, vital, esplendoroso, espectáculo del mar. El libro, de prosa y de verso, uno de los más bellos y maduros de Juan Ramón, lo editará Calleja al año siguiente, año en que también aparece la primera Antología de sus versos—*Poesías escogidas (1899-1917) de Juan Ramón Jiménez*—, editada por «The Hispanic Society of America», de Nueva York.

En 1918 aparece *Eternidades*, escrito entre 1916 y 1917. El poeta, ya casado, ya ordenada su vida, se ha entregado a la angustia lírica, dominadora, de lo eterno. El libro está sencilla y llanamente dedicado: «A mi mujer.» Y en él campea el lema ideal, adoptado de una vez para siempre: «Amor y Poesía cada día.»

Con lo primero que tropezaba el poeta, al querer captar sus vibraciones interiores, era con la dificultad de hallar la palabra exacta, esa palabra que habrá de recoger, en adelante, pétalo a pétalo, la rosa esencial, soñada, de su anhelo lírico:

No sé con qué decirlo,
porque aún no está hecha
mi palabra.

Esta tortura de dar con la expresión justa será como un viento obsesivo por todas las páginas del libro:

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
... Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas...

Y, en otro momento:

¡Forjadores
de espadas,
aquí está
la palabra!

Una fe ciega, arrebatada, súbita, le hace seguir, como una flecha al blanco, hacia la diana de un sinfín lírico. Y como el final está dentro de él, la carrera le va minando, en un introvertido galope consciente. Así, se grita:

¡No corras, ve despacio,
que a donde tienes que ir es a ti solo!

Empieza a vivir una doble vida disconforme entre las que el corazón—su corazón de sangre—se agita febrilmente, «distendido»:

Mis pies ¡qué hondos en la tierra!
Mis alas ¡qué altas en el cielo!

Se sube al firmamento puro, a encender su «velar en las estrellas». Y se olvida de él y de todo pensando en todo y en él:

> Todos los días, yo soy
> yo, pero ¡qué pocos días
> yo soy yo!

Y siempre, como fondo humano de estos anhelos ilimitados, el amor, el amor ya suyo, tranquilo, familiar. A la mujer va su queja, su sueño, y es ella la que enjuga, la que comprende, la única compensación en esa difícil, brusca, desesperada reacción contra la vida:

> —Ella dice que oyó
> mi llanto, que la hacía
> llorar conmigo.
> Y no podía despertarme—.

Olvido. Afán de hacerse nuevo cada día, a su gusto. Voluntad deleitosa ante el secreto que le aguarda. Presencia de una muerte que ha de trocarlo en memoria pura. Contemplación. Renovación de sentimientos. «Esplendor agudo y vehemente.» Pureza cuajada en su alegría, en su tornar constante. Amarguras:

> Cada otoño, la vida
> afirma, en un martirio lento,
> el ideal.

Vive ya en el centro de sí mismo, rodeado de un momento infinito, con una sola aspiración permanente, invariable, frenética: ¡lo eterno!:

> Está tan puro ya mi corazón,
> que lo mismo es que muera
> o que cante...

o bien en el arrebato final:

¡Palabra mía eterna!
¡Oh, qué vivir supremo
—ya en la nada la lengua de mi boca—,
oh, qué vivir divino
de flor sin tallo y sin raíz,
nutrida, por la luz, con mi memoria,
sola y fresca en el aire de la vida!

Después de *Eternidades* aparece *Piedra y cielo* (1917-1918), que se publica el año 19. El libro está dedicado a Ortega y Gasset—«voluble en lo permanente»—, y, en su primera página, encontramos, como una reacción a su afán perpetuo de crear y de recrear, de «revivir» o rehacer, un brevísimo poema que muchos hicieron, después, norma suya:

¡No le toques ya más,
que así es la rosa!

Así como de *Eternidades* se desprendía un movimiento ascendente hacia lo eterno de la poesía, de *Piedra y cielo* se desprende una enorme preocupación por que el poema, no ya la palabra, sea portavoz del mensaje espiritual del poeta:

Canción mía,
canta, antes de cantar;
da a quien te mire antes de leerte,
tu emoción y tu gracia;
emánate de ti, fresca y fragante!

Enrique Díez Canedo ha señalado tres manera en la obra juanramoniana: manera sentimental, o sea, la de sus cuatro o cinco libros primeros, con marcada inclinación al romance octosílabo; manera pictórica —impresionista, diría yo—, con decidido regusto por el alejandrino rubeniano, y manera sintética, que se abre, anchurosa, al verso leve de forma, idealista, des-

nudo. Pues bien: *Piedra y cielo* será tal vez el libro que centre, por su intención, este tercer período. He aquí un poema clave:

Canción corta, canción corta;
muchas, muchas;
como estrellas en el cielo,
como arenas en la playa,
como yerbas en el prado,
como ondas en el río...
Canción corta; cortas, muchas;
horas, horas, horas, horas
—estrellas, arenas, yerbas,
ondas—; horas, luces; horas,
sombras; horas de las vidas,
de las muertes de mi vida...

Afán de creación, que es y no es lo mismo que afán de eternidad. El poeta quisiera romperse en canciones, en luces, como un agua estallada. Le angustia la prisa de crear, de dar su chispa instantánea a cada instante. Y, sin embargo, su conciencia poética le lleva a detener el ímpetu, el ansia de ese «potro en mayo»:

¡Esta prisa permanente,
contenida,
con mi freno, cada instante!
.....
¡Ay, afán verde y fresco,
fuego de mi pasión por lo futuro,
amor de porvenires
que un día habéis de ser pasados, ay!

Otra parte muy considerable de *Piedra y cielo* está dedicada al recuerdo. Siempre Juan Ramón había sido un poeta nostálgico, pero aquí el recordar tiene ya la angustia de la contemplación del instante en lo eterno. El poeta quiere prender cada uno de esos momentos en que ha ido muriendo. El recuerdo es él, un él borrado que a toda costa quiere revivir, atraer, detener en lo imposible, arrancar a lo imposible ido.

Conviene aclarar, al llegar a este punto, que el ideal incesante del poeta no va a seguir, en adelante, una línea recta, como se podría pensar, sino que su anhelo va a describir un círculo alrededor de sí mismo. Acaso sea esto lo que se le ha reprochado alguna vez; pero ya hemos dicho que Juan Ramón ha encontrado en sí mismo su alimento espiritual, la razón de su yo poético, y cualquier recorrido fuera de su órbita destemplaría la alta y repetida cuerda musical e ideal por la que había luchado toda su vida. En esta conciencia de su yo permanente está basada su doctrina poética; en este constante roce con su alma está su mayor gozo y acaso su mayor gloria, porque pocos poetas pueden ufanarse del hallazgo de un dogma lírico irrectificable en su constante rectificación, de un orbe poético repetido, solitario si se quiere, pero personalísimo y perfecto.

Este recluirse en él para ser poeta sólo—poesía en movimiento—fué el signo que marcó lo que podríamos llamar la escuela juanramoniana. Una nueva generación pugnaba ya en España. En 1919 llega a Madrid, y a la Residencia de Estudiantes, Federico García Lorca. Federico traía una carta para el poeta de Moguer que le había dado en Granada Fernando de los Ríos. La viveza, la expresividad, el entusiasmo de Lorca, alegran a Juan Ramón, aunque lo encuentra un poco «duro de oído» para la rima. El granadino recibe del maestro advertencias y consejos utilísimos, y es tanto el entusiasmo de Lorca, que lo pone en relación con su familia y hasta el maestro se hospeda con los García Lorca en algún viaje a Granada. Federico—escribe Claude Gouffon—«gustaba de repetir que la influencia de Jiménez sobre los poetas de su generación había empezado en un jardín. Debía ser alrededor de 1919, quizá un poco

más tarde, en esos senderos de laurel que Juan Ramón había diseñado quince años antes para la Residencia de Estudiantes, de Madrid. Lorca, Alberti, Moreno Villa, Salvador Dalí, Luis Bruñel, eran entonces huéspedes de la Residencia. Lorca leía sus *Canciones*; Alberti, su *Marinero en tierra*; Salinas, su *Presagios*; Guillén, algún fragmento de su *Cántico*, al que habría de consagrar toda su vida. Pero todos estos combates apuntaban a este único objeto: seducir, convencer a aquel hombrecito de barba negra y suave voz.»

No obstante su estrecha relación con Federico, el discípulo predilecto fué siempre Alberti. «Por aquellos apasionados años madrileños—escribe el poeta del Puerto—, Juan Ramón Jiménez era para nosotros, más aún que Antonio Machado, el hombre que había elevado a religión la poesía, viviendo exclusivamente por y para ella, alucinándonos con su ejemplo. En 1924 publiqué yo en *La Verdad*, hoja literaria de Murcia, varias canciones de mi *Marinero en tierra*, todavía inédito. Por alguien me enteré que a Juan Ramón le habían gustado mucho. Y fuí a verle.»

Marinero en tierra fué para Juan Ramón un verdadero descubrimiento. «Le voy a decir a «el Andaluz universal»—escribía a Alberti—que adelante un «Sí», para que pueda lucir todavía en el aire ligero de esta goteante primavera la tremolante cinta celeste y plata de su Marinerito.»

Alberti era más joven que sus compañeros de grupo y traía a la poesía un aire fresco, marinero y jovial aprendido en los versos juanramonianos de raíz netamente popular. Donde Lorca había bebido los «verdes» y el «limón», el «morado» y el «naranja», Alberti había visto unos granados en cielo azul, una pena marinera

y aldeana, un salobre regusto de cintas milagreras y un sinfín revuelto de corazones al viento del mar.

De otro tipo es la influencia que Juan Ramón ejerce en Guillén y en Salinas. En Salinas, por ejemplo, no está tanto el eco en la palabra como en la forma interna, en la desnudez y en la simplificación, siempre tomando del maestro lo cordial, humano y hondo. En Guillén está, en cambio, la preocupación intelectual, un afán de perennidad, la fórmula de exactitud más apremiante. Mientras los dos jóvenes poetas andaluces —Lorca y Alberti—tomaban del moguereño la gran vena popular y entrañable, Salinas y Guillén se robustecían en la otra vertiente: en el poeta desnudo, en la órbita de la belleza difícil a la que se llega renunciando a todo.

Entretanto, la influencia en América no era menor. América estaba empalagada de himnos, de clarines, de salutaciones. A partir de Rubén, el aire se había llenado de huecos cánticos que tenían ya sequedad de proclamas. Santos Chocano comenzaba a hastiar cuando se oyó la voz andaluza distinta del poeta de Moguer, una voz que suponía la reacción contra la «superficialidad cantada». Los más jóvenes hicieron eco, muy pronto, de aquella voz que prometía salvaciones líricas, y un grupo de los más cansados del modernismo y ansiosos de la nueva pauta que llegaba de España inventaron a Georgina Hübner con el solo objeto de recibir cartas y versos del autor de *Arias tristes*.

Durante estos años, Juan Ramón va dando a luz una serie de revistas literarias con unidad todas ellas: el afán de exaltar la belleza. La primera se llamó *Indice*, y en ella, junto a los ya consagrados—Ortega, Azorín, Alfonso Reyes, Pérez de Ayala, Antonio Ma-

chado—, empezaron a colaborar los más jóvenes. La segunda de esta serie de publicaciones se llamó *Sí*, y era aún más selecta que la primera. En julio de 1925 apareció el primer número, formado por cinco pliegos, el primero de ellos con unos bellísimos poemas de Dámaso Alonso, muy en la línea juanramoniana, titulados *El viento y el verso*. La tercera revista se llamó *Ley*, y está fechada en 1927. No tengo noticias de que apareciera más que un número, en donde se insertaban trabajos de Alberti, Altolaguirre, Carmen Conde... y dibujos de Wladyslaw Jahl, Dalí y Benjamín Palencia.

Pero, antes de todo esto, hay que reseñar la aparición de dos libros capitales de Juan Ramón, *Belleza* y *Poesía*, que marcan la madurez de esta segunda época. Los dos son selecciones de muchos libros escritos entre 1917 y 1923 que permanecen inéditos. «Como si otro atavismo—lo que tiene de bodeguero nativo—le inspirase en este sistema, guarda las botellas de las antiguas cosechas y sólo saca caldos viejos, vinos ya hechos, antiguos, añejados, depurados», escribe Ramón Gómez de la Serna. Pues bien: muestras de esa solera lírica añejada y auténtica son *Belleza* y *Poesía*: selecciones de unidades poéticas que permanecen en su ineditez: *La realidad invisible, Unidad, Hijo de la alegría, Fuego y sentimiento, Luz de la atención, La mujer desnuda, Ellos, La muerte, Forma de huir, El vencedor oculto...* De todos estos libros hay muestras, para los buenos catadores, en *Belleza* y *Poesía* que mantienen el mismo tono, el mismo equilibrio, la misma intensidad, la misma perfección, la misma conciencia de su destino. En *Poesía* hay desvelo de tiempo y de espacio, concentración evidente, mar ideal, persecución de lo infinito, lucha persistente:

¡Despiértate la memoria,
revuelve su joyerío;
haz en tu agua profunda
pedazos el alto sol!

El poeta sigue intentando penetrar en el arcano del vivir y el morir. Fiel a su ética y a su estética, lo feo le tortura con su brote de luz contraria:

¡No te he perdido, instante feo,
como creía; no!
Aquí tengo las flores venenosas
que me abrió la pasión, con raíz en mi sangre
convulsiva,
¡tan bella en su cálida tristeza!

Y, de pronto, le reverdece su vieja, nunca dejada, obsesión de la muerte: de una muerte que tiene un sentido espiritual mucho más acusado. Se diría que comienza a rozar, en no sabemos que aleteo débil, la pura ortodoxia. Ya no hay desesperanzas; hay aceptación casi gustosa:

¿Cómo, muerte, tenerte
miedo? ¿No estás aquí conmigo, trabajando?
¿No te toco en mis ojos; no me dices
que no sabes de nada, que eres hueca,
inconsciente y pacífica? ¿No gozas,
conmigo, todo: gloria, soledad,
amor, hasta tus tuétanos?
¿No me estás aguantando,
muerte, de pie la vida?
¿No te traigo y te llevo, ciega,
como tu lazarillo? ¿No repites
con tu boca pasiva
lo que quiero que digas? ¿No soportas,
esclava, la bondad con que te obligo?
¿Qué verás, qué dirás, adónde irás
sin mí? ¿No seré yo,
muerte, tu muerte, a quien tú, muerte,
debes temer, mimar, amar?

Y aún más, con casi ecos de Santa Teresa o de algún otro místico del diez y seis, en el poema que comienza:

¡Vela, que vas a morir!
¡No le dés muerte a tu muerte,
con tu sueño!

Memoria. Relente. Rosas frescas. Primavera total. Remordimiento. Y, entre uno y otro tema repetido, alguna canción alegre, algún retornar a las auroras de Moguer, deslumbrante y deslumbrado.

En *Belleza* se acusa un sosiego mayor. Toda la vida se le ha quedado al poeta pendiente de ese círculo en movimiento que es su poesía. Este girar es la máxima razón de su existir:

¡Esta vida, que amo
más que mi vida —movimiento,
dentro de mí, de un yo inmortal, más yo
que yo—; que me hace
sombra y olvido, que me hace
afán y luz...

La afirmación—«un yo inmortal»—, que suena a increíble soberbia, está, sin embargo, muy cerca del «yo cristiano». La Belleza, a la que Juan Ramón concede todo su culto, está escalando, sin proponérselo, los últimos peldaños hacia lo divino. Hay un momento en que el poeta parece haber dado con la Mina. Pero es sólo una ofuscación. El poeta sigue desorientando a la memoria mientras se vuelca como un chorro en la Obra:

Crearme, recrearme, vaciarme, hasta
que el que se vaya muerto, de mí, un día,
a la tierra, no sea yo...

De la muerte a la luz, del infinito a la carne, de la realidad al recuerdo, del amor a la sombra, el poeta va cosechando plenitudes.

Y como si su vida quisiera estar en paz con su obra, Juan Ramón se recluye aún más en sí mismo y vive

una vida marcada por su imposible soledad. Esta norma de apartamiento, exagerada tal vez en algún instante, le fomenta la suspicacia, la exigencia con él y con los demás, la intrasigencia como reacción contra la vulgaridad. El poeta se hace más difícil cada día en lo humano. Llegar hasta él es de una tremenda dificultad. Cualquier ruido le pone enfermo. Anatemiza a los poetas oficiales, arremete contra el arte gastado, muerto. Se ha convertido en un dios airado que reparte sus rayos y sus truenos entre los mentirosos y falsos profetas de la poesía. Pero esta actitud de poeta puro malhumorado le ha de traer serios disgustos. Algunos de sus propios discípulos se sienten aludidos, y uno de ellos, Jorge Guillén, aprovecha una ocasión favorable—el sentirse ofendido el maestro al ver que un trabajo suyo no se insertaba en la página de honor prometida—para vaciar contra él muchos odios acumulados desde hacía tiempo. Sobre el asunto Jiménez-Guillén se ha escrito mucho, acaso con demasiada ligereza. Podríamos traer aquí algún documento que aportaría ciertamente alguna luz al asunto, pero sabemos que esto, lejos de agradar a Juan Ramón, le disgustaría, a pesar de favorecerle plenamente. Desde hace muchos años, Juan Ramón ha querido olvidar el asunto enojoso. Por otra parte, recientemente Guillén ha desechado los viejos rencores y ha declarado, con motivo del Premio Nobel juanramoniano: «Todos nos sentimos solidarios, a la hora de la verdad, con lo que es verdaderamente nuestro. A Juan Ramón Jiménez correspondía y corresponde asumir ante el mundo la gloria del poeta, del gran poeta en nuestro idioma castellano. Debía el Premio Nobel, sumo honor intelectual de este siglo, poner en evidencia de mediodía al evidente patriarca de la poe-

sía española. Todos hemos leído, releído y admirado su obra; más aún: todos la hemos vivido. Pero nadie tanto quizá como algunos poetas de mi generación. A quienes en lo esencial permanecemos adictos a las convicciones de nuestra juventud, nos emociona contemplar, alumbrada por el sol del Premio Nobel, la poesía de nuestro Juan Ramón Jiménez.»

De otra índole, y muy posterior aunque con raíces antiguas, es la polémica Juan Ramón Jiménez-Pablo Neruda. Neruda, que es indiscutiblemente un tremendo poeta, está en esa línea revuelta, sucia, oscura y fea que ha horrorizado siempre a Juan Ramón. Nadie mejor que el moguereño ha señalado las altas y las bajas del gran chileno. En 1939, escribía: «Tiene Neruda mina explotada y por explotar; tiene rara intuición, busca extraña, hallazgo fatal, lo nativo del poeta; no tiene acento propio ni crítica llena. Posee un depósito de cuanto ha ido encontrando por su mundo, algo así como un vertedero, estercolero a ratos, donde hubiera ido a parar entre el sobrante, el desperdicio, el detrito, tal piedra, cual flor, un metal en buen estado aún y todavía bello. Encuentra la rosa, el diamante, el oro, pero no la palabra representativa y tramutadora; no suple el objeto o el sujeto con su palabra; traslada objeto y sujeto, no sustancia ni esencia... Es acaso un rebuscador que encontrase aquí y allá, por su camino, un pedazo de carbón, un vidrio, una suela de zapato, un ojo perdido, una colilla, etc., y los fuera uniendo y pegando sin ton ni son por el tablero de su taller...»

Esta «caricatura lírica» sobre Neruda fué incluída, pocos años después, en *Españoles de tres mundos*. A raíz de su publicación, Neruda arremete contra Juan Ramón por ciertas inexactitudes que según él hay en

el libro al hablar de los poetas americanos y, concretamente, en el capítulo dedicado a José Asunción Silva. El crítico mejicano José Revueltas publicó, por entonces, en el *Repertorio Americano*, un interesante artículo donde se quejaba de la incomprensión juanramoniana para lo americano y, sobre todo, para la poesía de Pablo Neruda. Por otro lado, Tomás Rueda Vargas y Baldomero Sanín Cano, amigos y admiradores de Silva, publicaron artículos defendiendo al poeta de los *Nocturnos* y quejándose de la severidad del juicio del poeta español. Juan Ramón rectificó, suavizó sus aristas para con Silva y con Neruda—siempre dentro de su verdadero sentir que condenaba la poesía cerrada y turbulenta—y pidió perdón a todos. Pero recientemente, con motivo de la concesión del Nobel a Juan Ramón, Neruda, en una conferencia de prensa, dijo, entre otras muchas inexactitudes: «El defecto de Juan Ramón es querer ser más europeo que español y buscar un refinamiento espiritual a lo Valery, que en éste es posible por el equilibrio clásico de Francia, pero que en España, volcánica y contradictoria, no corresponde.» Creemos que Neruda, en vez de divagar con principios falsos, debió alegrarse hasta los tuétanos por un premio que recaía, en cierto modo, sobre toda la poesía de habla castellana y, por lo tanto—y a pesar de él y sus consignas—, sobre él. Y aun en el caso de poner reparos, no era el de ausencia de raíz española el más indicado. Ligereza y falta de estudio de la obra juanramoniana quedan en evidencia, porque el «Andaluz universal» tiene un cimiento lírico, hondo y definitivo, de abolengo español, y jamás vientos ajenos pudieron desgajar el árbol firme de sus convicciones.

Pero no podemos detenernos en estas polémicas que dejaron más o menos huellas. Hemos de volver a la soledad del poeta que empieza a cansarse de su nombre. Esta soledad voluntaria, cada día más exigente, le hace rehusar cualquier homenaje proyectado en honor suyo, como el del Ateneo de Sevilla, o hacia otra persona, aunque se trate de un poeta tan ilustre como Paul Valery. En 1924, viene Valery a Madrid a dar una conferencia al Ateneo. Aprovechando su estancia en la capital, se organizaron algunos actos en honor del poeta francés. Todos pensaron en que Juan Ramón, máximo representante de la poesía española, asistiese a tales homenajes, pero el moguereño se limitó a enviarle a Valery «seis rosas con silencio» a las que acompañaba la siguiente carta: «Querido y puro poeta: Razones de estética y de ética-estética «españolas actuales»—que no pueden ni deben tener significado para un poeta de fuera pasajero por España—me impiden asistir a sus conferencias y a los actos organizados en su honor estos días de usted en Madrid. Nunca asisto «aquí»—alguna vez que lo hice quedé asqueado para siempre—a conferencias ni comidas y, en general, a ningún acto colectivo. Aparte de esto: ante un poeta tan secreto, tan exacto, tan raro como usted, mi mejor homenaje es el sacrificio de la persona: palabras, frases, gestos; mala, viciosa retórica corporal, en suma. De modo que yo degüello, pensando en usted, las posibles palabras insensatas o de sentido mediocre—¡ya habrá usted oído bastantes!—en holocausto de la incierta palabra sola, cuyo único equivalente poético voluntario es el silencio suficiente. Vayan, en cambio, a usted, de mí, esas primaverales rosas granas españolas, hermanas de aquellas francesas de sus cuatro mágicos versos de *Le Serpent*,

en los que palpita, flor de la manzana, y sobre toda rosa patria, «la» rosa del paraíso terreno universal. Su verdadero lector y amigo invisible, *Juan Ramón Jiménez*.» (Con seis rosas.)

Valery contestó con este poema dedicado «a Juan Ramón Jiménez, que me envió tan preciosas rosas»:

... Voici la porte refermée.
Prison des roses de quelqu'un?
La surprise avec la parfum
Me font une chambre charmée!
Seul et non seul entre ces murs,
Dans l'air les présents le plus purs
Toute douceur et gloire muette...
J'y respire un autre Poéte.

El cansado de su nombre comienza a cansarse también de Madrid y sueña con alguna ciudad andaluza donde vivir en pura poesía. Quieren hacerlo académico, llevarlo y traerlo por ateneos y ateneíllos madrileños mientras él sueña, con los oídos cerrados a todas las tentaciones, en una Sevilla irreal donde establecer su tienda fabulosa. «Obligado desertor de Andalucía —escribe—, habitante simultáneo de toda mi grande, hermosa, eterna España, detesto más cada día nuestra ridícula necesidad madrileña. En mi movimiento interno, toda idea de capitalidad la relaciono siempre con una Sevilla posible o con una imposible jeneralidad. En todo caso, puedo asegurar que muchas veces no escribo en Madrid cuando escribo en Madrid.»

«Quiso ser—escribe Ramón—quien no pudo ser—se le llevó el viento el sombrero de copa—, y es mucho más de lo que quiso ser.» Mucho más. Acaso él mismo está asombrado de su isla de soledad, de silencio, de renunciaciones. Sólo en ella puede hacer su capricho; el dar su sangre, si es preciso, por ese diamante in-

vendible que es la poesía, su poesía. Está dentro de una rueda de fuego, de una rueda de luz movible: arrepentimientos, fe súbita, locura, calma, guerra, fragor estético... Y escribe: «La Belleza me es familiar y tengo los dones completos de la Poesía: sensualidad, genio, gusto, vista, universalidad, crítica, idea... Las dos normalidades que más me gustan son: quedarme en casa con mi mujer y mi obra y viajar con mi mujer y conmigo. Leo menos cada vez porque cada día entiendo menos lo que no sea mío, y porque estoy siempre sin tiempo, chorreando belleza propia. Por cada página que depuro, creo veinte cada día, ¡qué no podré depurar!»

Sin claudicaciones «ni gratuitas ideas fijas provincianas», Juan Ramón ha alcanzado su ritmo: un ritmo que no es «de reloj ni calendario, sino de tiempo verdadero».

LA ALEGRIA DE ZENOBIA

En el año 1909, el pintor Sorolla tuvo necesidad de ir a Moguer, Palos y La Rábida en busca de ambiente para la composición de un cuadro sobre Colón y los Pinzones. El encargo había sido hecho por Huntington, director y fundador de la Sociedad Hispánica de Nueva York. Sorolla, al pensar en los lugares colombinos, recordó a Juan Ramón, su buen amigo, allá en su Moguer, y le escribió una carta rogándole al poeta que le orientase para el inminente viaje al histórico rincón. La contestación no se hizo esperar. Juan Ramón, fino, cortés, siempre en señor, invitó a su casa al famoso valenciano para todo el tiempo que fuera preciso. Y así fué cómo Sorolla llegó a Moguer una tarde del otoño de 1909.

Yo recuerdo, muy vagamente, a otro pintor recorriendo las calles moguereñas, buscando en los rostros de los hombres del pueblo la huella racial de los descubridores. Me refiero a Vázquez Díaz cuando, allá por el año 1930, pintaba sus famosos frescos rabideños. Pues bien: algo así haría Sorolla, acompañado del poeta, bajo el tibio sol del otoño onubense. Una tarde, en La Rábida, el pintor necesitó de unos prismáticos y el guarda de los jardines del Monasterio, que estaba presente, se ofreció para ir a pedírselos al ingeniero jefe del Puerto, que estaba pasando unas vacaciones en el maravilloso alcor colombino. Unos minutos más tarde volvía el guarda con los prismáticos y con la invitación,

por parte del ingeniero y de su hija, de que pasaran, Sorolla y su guía, a tomar una taza de té a la casita. Juan Ramón consultó el reloj, miró el poniente y les mandó decir que lo agradecían mucho, pero que se les hacía tarde para el regreso. Y así fué cómo, teniéndola tan cerca, no conoció, en aquella ocasión, a la hija del ingeniero Camprubí: a Zenobia Camprubí Aymar.

Habrán de pasar tres años para que el poeta vea por primera vez a la que ha de ser su mujer. El «International Institute for Girls» se alzaba junto a la Residencia de Fortuny, donde se hospedó algún tiempo Juan Ramón. Dirigía el Instituto Susan Hungtinton, que tenía una amiga muy inteligente, de ojos muy claros, a quien llamaban «la Americanita», acaso por su aspecto físico o tal vez por su ascendencia sajona. Y otra vez fué La Rábida el motivo de que los dos coincidieran en un lugar determinado. Una conferencia sobre el famoso cenobio rabideño llevó a los dos a la Residencia de la señorita Hungtinton, y un matrimonio norteamericano hizo la presentación. Juan Ramón y Zenobia hablaron aquella tarde de La Rábida con verdadero entusiasmo, y la nostalgia del plácido y bello paraje hizo el milagro de que Juan Ramón se enamorase de «la Americanita».

Zenobia era hija de don Raimundo Camprubí, navarro de Pamplona, y de doña Isabel Aymar, portorriqueña. Era—«¿cómo era, Dios mío, cómo era?»—de tez blanca, ojos celestes, pelo rubio, muy gentil y expresiva, muy inteligente y humana...

Ella misma explicará, muchos años después: «Como era corriente en la época, mis padres creían que a los hijos varones los debían preparar para la lucha por la vida, pero en el caso de las niñas, los mismos padres

o quienes los suplan deben encargarse de la lucha. La niña debe permanecer exenta de toda obligación en este sentido. Mi madre, sin embargo, hacía dos excepciones a esta regla: la mujer puede, sin desdoro, dedicarse a la enseñanza o a escribir. Se ve que la enseñanza me acechaba por más de un resquicio, pero, hasta pasados los cincuenta y de este lado del charco, no se decidió a acometerme en serio.»

«Yo estaba—continúa—enlazada por el destino a América; mi madre, mi abuela, mi bisabuela y mi tatarabuela fueron portorriqueñas, aunque todas casaron con extranjeros o, por lo menos, forasteros. Mi padre pertenecía a este último grupo, puesto que era peninsular, nacido en Pamplona y, como ingeniero de caminos, vino a Puerto Rico a terminar la carretera central de Coamo a Ponce, en donde conoció a mi madre y en donde nació su primer hijo. Mi abuelo materno era norteamericano, y de allí, sin duda, la apariencia engañosa que, entre mis amigas madrileñas, me valió el mote de «la Americanita». Mi madre logró que sus hijos varones se educaran en universidades norteamericanas, con el resultado natural, aunque impremeditado, de que se quedaran en los Estados Unidos.»

El noviazgo del poeta duró cuatro años, durante los cuales Juan Ramón no habló a nadie, más que a los muy íntimos y a la poesía, de su amor. En estos años, ella venció la resistencia de su madre, que parece ser que se inclinaba por un pretendiente norteamericano. Lo importante, lo maravilloso era que al poeta le había llegado la alegría de Zenobia como un hosanna. La colina de los chopos fué escenario de aquel júbilo instantáneo, de aquel brote de alegría imprevisto que clareaba el ánimo del poeta. El 17 de enero de 1916—se-

gún el *Diario de un poeta recién casado*—Juan Ramón partió de Madrid para encontrarse en Nueva York con Zenobia, que estaba allí con su madre, desde hacía unos meses, con motivo del nacimiento de la primera sobrina. Juan Ramón inicia así su lírico diario:

¡Qué cerca ya del alma
lo que está tan inmensamente lejos
de las manos aún!

El día 21 de enero está en Sevilla. ¡Qué deliciosa evocación, con su alegría de ahora, la del poeta en la ciudad de su adolescencia! La Giralda—«tallo libre», «palmera de luz»—tiene, con el recuerdo de la amada, una nueva gracia intacta, recién nacida:

Giralda, ¡qué bonita
me pareces, Giralda —igual que ella,
alegre, fina y rubia—,
mirada por mis ojos negros —como ella—,
apasionadamente!

Ese mismo día sale de Sevilla para Moguer. El poeta quiere despedirse de su madre, de sus hermanos, contagiarlos a todos de una alegría nunca sentida acaso hasta este instante de plenitud vital. Y al llegar al pueblo, al viejo pueblo siempre suyo, da este grito, que es como un olvido de lo demás un instante: del mar y del amor que le aguardan:

Moguer. Madre y hermanos.
El nido limpio y cálido...
¡Qué sol y qué descanso
de cementerio blanqueado!
Un momento, el amor se hace lejano.
No existe el mar; el campo
de viñas, rojo y llano,
es el mundo, que el mar adorna solo, claro
y tenue, como un resplandor vano...

En Moguer quiere, en una semana, recorrerlo todo. Porque todo está igual: las calles, el cielo alto, el pinar, la viña alegre... Y también está igual el cementerio donde reposan sus muertos, donde él ha querido siempre reposar: el cementerio blanco de sus primeros versos.

El 27 de enero, en un «duermevela» lírico, va otra vez, en tren, de Moguer a Sevilla:

> A Sevilla le echo los requiebros
> que te echo a ti. Se ríen,
> mirándola, estos ojos que se ríen
> cuando te miran.

Recuerda unos versos de Villasandino y, al pasar por Dos Hermanas, camino de Cádiz, envía, con el pensamiento, salutaciones líricas a sus dos grandes amores:

> —Dos cables: «Madre, Novia: Moguer, Long-Island; Flushing: Naufragué, en tierra, en mar de amor.»

Cruza los Puertos, que le dan, un momento, la fragancia de sus años de colegial y el miedo de acordarse de aquel instante muerto en que fué feliz. El 29 de enero está ya en Cádiz, frente al mar. Ya sólo le separa el agua de la alegría de Zenobia:

> Aun cuando el mar es grande,
> como es lo mismo todo,
> me parece que estoy ya a tu lado...

Embarca el 30, y ese mismo día incorpora a su melancolía todo el poder del mar. Cielo. Soledad. Monotonía:

> En ti está todo, mar, y sin embargo,
> ¡qué sin ti estás, qué solo,
> qué lejos siempre de ti mismo!

Mar. Mar y cielo. Lluvia insistente. Sol puro. Mar azul, rojo, oro, morado, verde, negro, «abierto en mil heridas cada instante»... El 20 de febrero está en Birkendene, Caldwell; el 26, en Garden City; el 29, en Nueva York... Y, súbitamente, la noticia de la muerte de Rubén, su Rubén:

Sí. Se le ha entrado
a América su ruiseñor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Sí. Se le ha entrado
a América en el pecho
su propio corazón. Ahora lo tiene,
parado en firme, para siempre,
en el definitivo
cariño de la muerte...

Pero en Nueva York hay primavera. Zenobia, alegre siempre, resumirá así el acontecimiento: «Juan Ramón se presentó en febrero de 1916 y, sin perder tiempo, nos casamos el 2 de marzo del mismo año. De esta primera estancia conjunta en América recuerdo sólo, como episodio chistoso, el del rollizo policía irlandés con quien nos tropezamos a la puerta de la Alcaldía de Nueva York, cuando íbamos en busca de los consabidos documentos. Con el índice en alto nos amonestó: «You'd better look out! It's easier to get in than to get cut!» (¡Ojo! Es más fácil dar con la entrada que con la salida.) ¡Después de treinta y ocho años todavía no la hemos encontrado!»

Visitan algunas ciudades americanas: Boston, Filadelfia, Washington... Al poeta le impresiona vivamente el cementerio de Broadway, abierto al ruido de las grandes avenidas, y encuentra extraño el Domingo de Ramos neoyorquino:

¿Domingo? Las campanas
no dicen nada, el sol está
traducido en un oro débil. Dios
no entiende...

Le hacen miembro de «The Hispanic Society of America», para la que pintará Sorolla su retrato. Visita bibliotecas y clubs; regala sus libros a la «Unión Benéfica Española» de Nueva York...

Más cementerios. Algunos pequeños, recogidos; otros grandes como ciudades. En el de Montelair, escribe: «Dan ganas de alquilar una tumba para pasar aquí la primavera.» Y más adelante: «El mayor atractivo, para mí, de América, es el encanto de sus cementerios sentidos, sin vallas, cercanos, verdadera ciudad poética de cada ciudad, que atan con su paz amena y cantada de pájaros, en medio de la vida, más que los jardines públicos, que los puertos, que los museos... Una niña va entre las tumbas—violetas y azules bajo lo verde, de su casa a otra, tranquila, deteniéndose abstraída a sonar su muñeca o a seguir con los ojos una mariposa—. En los cristales colgados de yedras de las casas próximas se copian las cruces, a la fresca paz cobijada por la espesura que hermana, en una misma sombra, casa y tumba. Los pajarillos de ahora vuelan de la cruz a la ventana, tan tranquilos entre los vivos como la niña en la colina, entre los muertos.»

Se siente feliz. Quiere detener el tiempo en este instante del amor rotundo. El 6 de junio, «entre baúles cerrados», escribe:

Le taparía el tiempo
con rosas, porque no
recordara...

El 7 embarca rumbo a Cádiz. Otra vez el mar. El mar

desnudo. El mar con sol, al fresco, mar de pintor, agua total, mar despierto... El 15 de junio escribe uno de sus poemas más hermosos:

Hasta estas puras noches tuyas, mar, no tuvo
el alma mía, sola más que nunca,
aquel afán, un día presentido,
del partir sin razón...

Prosas y versos juntos, confundidos. Melodía y noche. El poeta va tomando posesión del mar:

Por doquiera que mi alma
navega, o anda, o vuela, todo, todo
es suyo...

El 20 de junio le amanece en Cádiz. Junto a él, la risa de Zenobia es como la sinfonía de la llegada, del retornar a sus tierras del Sur. La ciudad parece que se adelanta a recibirlos

igual que un largo brazo fino y blanco,
que España, desvelada en nuestra espera,
sacara en sueños..

Otra vez Sevilla, Sevilla con Zenobia y con la alegría de los tres, y el puesto de claveles en la calle de las Sierpes. «La tarde va cayendo, y como una mantilla negra, al anochecer viene sobre Sevilla; y la luna, roja igual que un clavel, asoma entre su nuca, fresca con el rocío.» Y, al fin, Moguer y doña Pura, lo inalterable:

¡Qué bien le viene al corazón
su primer nido!
¡Con qué alegre ilusión
torna siempre volando a él; con qué descuido
se echa en su fresca ramazón,
rodeado de fe, de paz, de olvido!

El 1 de julio están ya en Madrid.

Los Jiménez comienzan su vida madrileña—una vida ordenada, fecunda, armoniosa, que va a durar veinte años—en la calle del conde de Aranda. Zenobia, la dulce y maravillosa compañera, es ya el ángel del poeta. En adelante, Juan Ramón podrá darse enteramente a su obra. Ella, en afanoso ir y venir, habrá de ocuparse de todo lo material para que el artista no queme su tiempo en otra cosa que no sea el puro chorrear de la belleza propia. Ordena y dispone graciosamente las estancias del poeta, en donde no faltarán nunca flores —amarillas a ser posible—en jarros de cerámica, libros amorosos, cuadros agradables, cuartillas blancas, lápices afilados y silencio perfecto.

La primera ocupación del joven matrimonio fué la de seleccionar y corregir la Antología que ese mismo año edita la Sociedad Hispánica de Nueva York. Ahora, con el estímulo, la alegría y el amor de Zenobia, el tiempo cunde milagrosamente. El poeta se siente feliz, animado por la presencia serena, luminosa, de su mujer. Preparan la edición completa de *Platero*, publican los *Sonetos espirituales* y el *Diario de un poeta recién casado* y colaboran en la traducción de *Jinetes hacia el mar*, de John M. Synge y en algunos de los libros de Tagore. El hogar de los Jiménez es un centro de paz, de armonía, de laborioso silencio...

Buscando una mayor soledad, un mayor aislamiento para la obra, se trasladan de la calle del conde de Aranda a la de Lista; después a Velázquez y, últimamente, al 32 de Padilla, donde viven hasta el año 1936.

Pero Zenobia no es sólo la compañera vigilante y celosa, la inefable colaboradora del poeta. Actividades de otra índole ocupan sus horas. No se limita a las traducciones, a los trabajos editoriales, a poner en limpio,

impecablemente, la producción, cada día mayor, del poeta. Dinámica, emprendedora, inquieta, con una sólida preparación para la vida y un refinado gusto para el arte, idea el modo de traer a Madrid, en una exposición permanente, muestras seleccionadas del arte popular español tan variado: cerámicas, cueros, bronces, encajes, loza, cristal, bordados... Y al fin logra ver realizados sus sueños al inaugurar la exposición en la calle de Santa Catalina. Juan Ramón, desde su isla lírica, asiste complacido al dinamismo alegre de Zenobia y le ayuda, a ratos, en la dirección artística de la empresa.

Años fecundos, plácidos. Juan Ramón se va encastillando en su soledad, en su voluntario aislamiento. Ya hemos dicho que su última revista es *Ley*. A partir de entonces, y un tanto cansado y desengañado de esta clase de publicaciones, el poeta dedica su tiempo a su crear y a la publicación de páginas sueltas, entregas líricas en primorosos cuadernos, diarios estéticos personalísimos. Ya ha aparecido, en 1922, la famosa *Segunda Antología poética*, donde se recoge lo más sencillo y espontáneo de su obra. «Sencillo—dice—entiendo que es lo conseguido con los menos elementos; espontáneo, lo creado sin «esfuerzo». Pero es que lo bello conseguido con los menos elementos sólo puede ser fruto de plenitud, y lo espontáneo de un espíritu cultivado no puede ser más que lo perfecto. (A menos que se exija, para «conseguir» eso que suele llamarse sencillo y espontáneo, la incultura y la pereza.) De otro modo, volviendo la idea: la perfección, en arte, es la espontaneidad, la sencillez del espíritu cultivado.»

Después de la segunda Antología aparecen *Poesía* y *Belleza*, y es a partir de 1926 cuando comienza la

entrega de sus cuadernos sueltos: versos, prosas revividas, cartas, aforismos, páginas de doctrina poética... *Unidad* está compuesto por ocho cuadernos. *Obra en marcha* es sólo un pliego de cuatro páginas. *Sucesión*, ocho pliegos; *Presente*, veinte cuadernos... En todas estas publicaciones hay un verdadero gozo en resucitar nombres y fechas de la infancia y de la adolescencia: capítulos de una biografía lírica caprichosa, nombres que vienen a la memoria del corazón, a veces sólo recordación de un nombre alrededor del cual el poeta va acumulando materia lírica, sensaciones casi dormidas: Ciriaca Marmolejo, don Paco Silóniz, Feliciana Sáenz, Pelayito Infante... ¡Qué placer este revivir, sin tiempo ni espacio, con impresionismo de pintor poeta, en menudos rasgos de poeta pintor, los seres y las cosas. Cinta Marín, la Cubanita y aquel Joselito Figuraciones—el poeta niño—tan cargado de fantasía moguereña. Y, junto a estas páginas, creadas o recreadas, de la infancia, el poeta, cada día mejor prosista, va recogiendo en unas personales caricaturas líricas, de «héroes españoles variados», su impresión sobre escritores famosos: Fernando Villalón, Rosalía de Castro, Ernesto Giménez Caballero, José Ortega y Gasset, Benjamín Jarnés, Federico García Lorca... Comienza su colaboración en *El Heraldo de Madrid* y después en *El Sol*, donde bajo el lema general de «Poesía escrita» o «Con la inmensa minoría», publica versos y prosas cada día más depurados y exigentes.

El poeta concibe ahora toda su obra, pasada ya por una serie de tamices verdaderamente increíbles, bajo el título amplio, único, de *Unidad*. Irá dedicada «a la inmensa minoría» y agrupados en volúmenes en esta forma: Verso: 1, *Romance*; 3, *Canción*; 5, *Estancia*;

7, *Arte menor*; 9, *Silva*; 11, *Miscelánea*, y 13, *Verso desnudo*. Prosa: 2, *Verso en prosa*; 4, *Leyenda*; 6, *Viaje y sueño*; 8, *Trasunto*; 10, *Caricatura*; 12, *Miscelánea*, y 14, *Crítica*. Complemento: A, *Resto*; B, *Traducción*; C, *El padre matinal*; D, *Artes en mí*; E, *Críticos de mi ser*; F, *Cartas*, y G, *Complemento general* (poesía no escrita).

De todo este proyecto que nos hubiese dado una obra lírica en verso y prosa impar en toda la literatura española no cuajó más que un volumen: *Canción*, aparecido el año 1935. En *Canción* recogía el poeta todos aquellos poemas, conocidos o no, que tenían un aire musical. Como nombre del autor figuraba sólo en él las tres iniciales—J. R. J.—y abajo, como símbolo, la rama de perejil de los espartanos. El libro está, naturalmente, dedicado a Zenobia, «a quien quiero y debo tanto estas canciones que le gustan y tantas de las cuales ha anticipado y confirmado ella con su espíritu, su bondad y su alegría». Porque la alegría de Zenobia está en este libro acaso como en ningún otro del poeta, un libro claro, alegre, musical, armonioso, de impecable impresión, en donde campean los dos lemas vinculados ya a la ética-estética juanramoniana: «Amor y poesía cada día» y «Como el astro, sin precipitación y sin descanso».

El año 1936 lee Juan Ramón, en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes, una conferencia—la primera de su vida—con el título de «Política poética». Todos deseaban que el poeta pusiera en claro su actitud ante los acontecimientos políticos que ya se hacían obsesionantes por aquellas fechas. Pero Juan Ramón, en su conferencia, soslaya sagazmente el punto político y propone un único y universal partido posible: el de la

poesía. Porque la libertad, para él, consiste en trabajar gozosamente en un clima armónico en lo moral y en lo físico, clima que sólo podía darlo el sentimiento poético de las cosas y la justicia clara y firme que encierra el mundo poético.

Con la guerra, la situación económica de los Jiménez se hacía cada vez más difícil. Las liquidaciones de los libros eran cada día más escasa y las rentas que Zenobia recibía de América quedaron suspendidas. Por otro lado, el clima madrileño se hacía por momentos más denso. Un aire amargo, de muerte y de tragedia, de separación y de exterminio, oscurecía la esperanza que el poeta tenía puesta en la juventud española. Los escritores hacían falsa literatura de propaganda; el teatro se había convertido en instrumento de ideas políticas. Juan Ramón se ahogaba en aquel Madrid lleno de proclamas, de manifestaciones, de versos subversivos. Una sola cosa preocupa a los Jiménez: los pobres niños españoles desamparados, niños de todas las provincias españolas llegados a Madrid en busca de una protección oficial escasa. Zenobia y el poeta se hicieron cargo de doce de aquellos niños provincianos instalándolos en uno de aquellos hotelitos amueblados que desde hacía algún tiempo subarrendaba Zenobia a extranjeros.

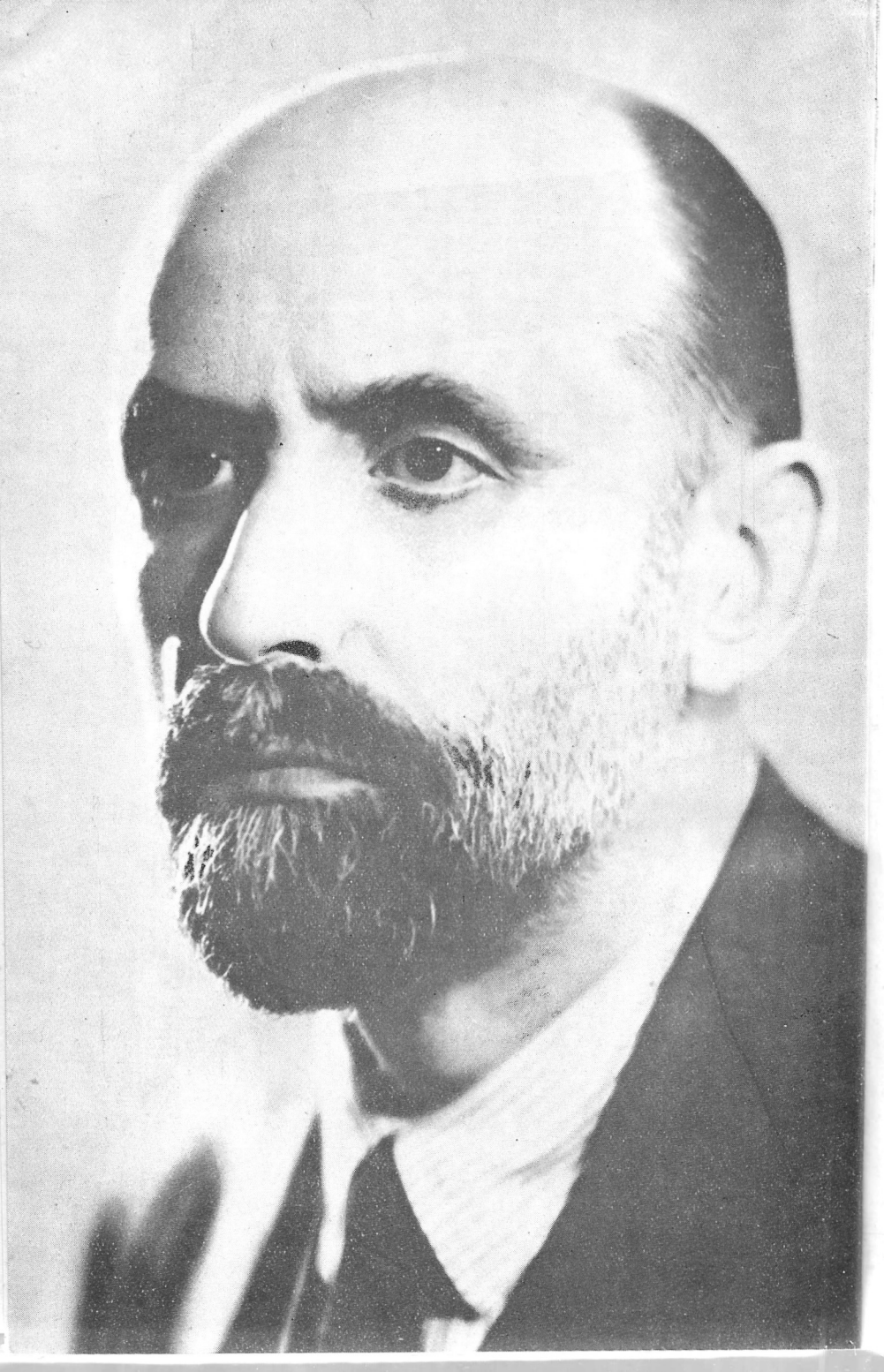
Pero el ambiente se hacía asfixiante para el poeta, y el 22 de agosto de 1936 Juan Ramón y su esposa salieron de España, camino de París. En Cherburgo embarcaron en el *Aquitania* rumbo a los Estados Unidos. Otra vez el mar. Pero ahora el poeta va entristecido. Atrás queda España: los muertos y los vivos, los libros y los recuerdos. El poeta piensa en la pobre Patria dividida y la entrevé nimbada por un halo, por un

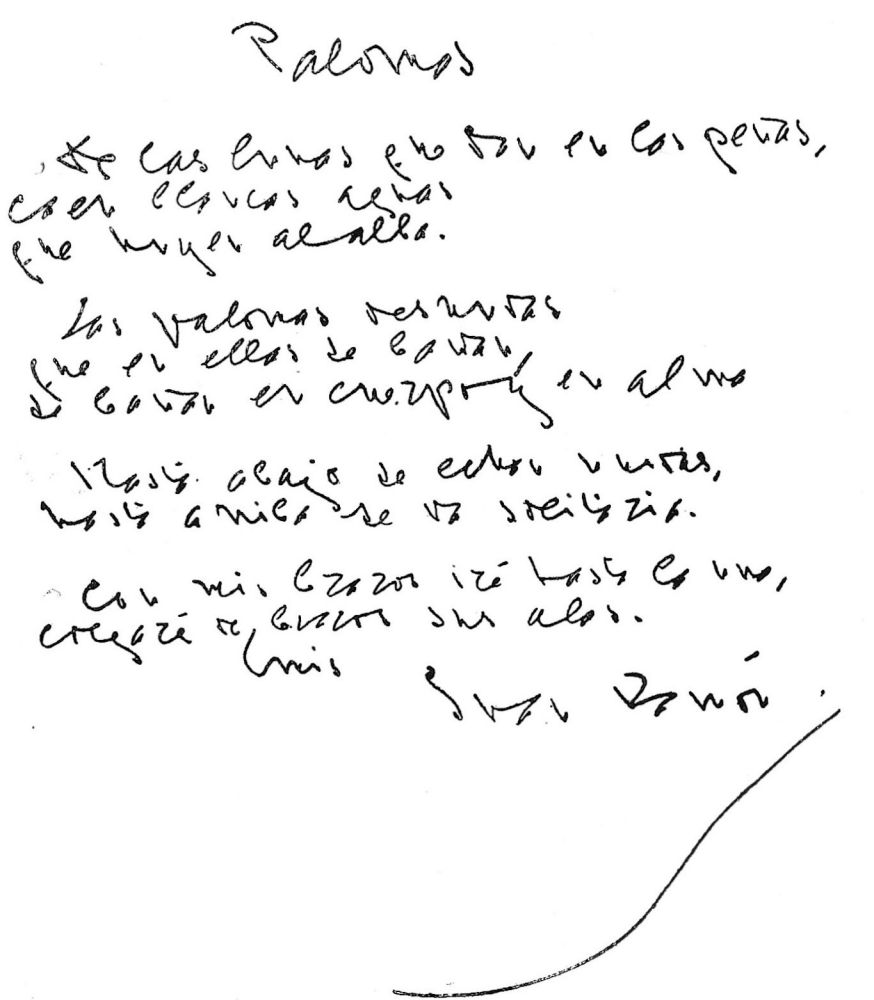
resplandor dramático. Hasta el mar copia su tristeza y se ofrece a su sensibilidad duro, revuelto, tenaz, enemigo, distinto de aquel mar de su diario enamorado. El poeta, ahora, está cansado, lleno de una preocupación sombría y de una nostalgia creciente. No escribe nada, no puede ocuparse de nada. Antes de salir de Madrid, Azaña le ofrece un alto puesto diplomático que Juan Ramón rehusa. Más tarde, escribirá: «He mirado poco el agua, al mar. Mi ser, cuerpo y alma, no estaban, este segundo viaje a América, tan distinto del primero, con el presente mar tranquilo, estupidamente tranquilo, sino con la lejana, enloquecida tierra.» Pero junto a él, abierta como una rosa en junio, dispuesta siempre a sostener al poeta la vida y el afán, estaba la sonrisa de Zenobia. Porque aunque también Zenobia lleva el alma atribulada, finge, para serenar a Juan Ramón, una alegre despreocupación y se esfuerza en hacer ver optimista lo que era realmente dramático. Así, dejando a un lado lo que de trágico tenía aquella llegada a América, escribe con su buen humor de siempre: «En veinte años las cosas pueden cambiar mucho y de allí mis primeras dificultades. Por nada del mundo habría yo querido confesar a Juan Ramón que, en un ambiente que me había sido tan familiar, me sentía completamente ajena. El primer día en Nueva York, preferí cambiar la hora del baño a la noche por no confesar que no entendía el funcionamiento de la modernísima fontanería norteamericana. Juan Ramón, con haber conocido a América mucho menos que yo, era quien mejor observaba el cambio sobrevenido en el país. Lo que más le chocaba era la laxitud en obedecer las reglas, tan respetadas antes: el viajero que fumaba





Dos fotografías del poeta hechas por el pintor Benjamín Palencia.

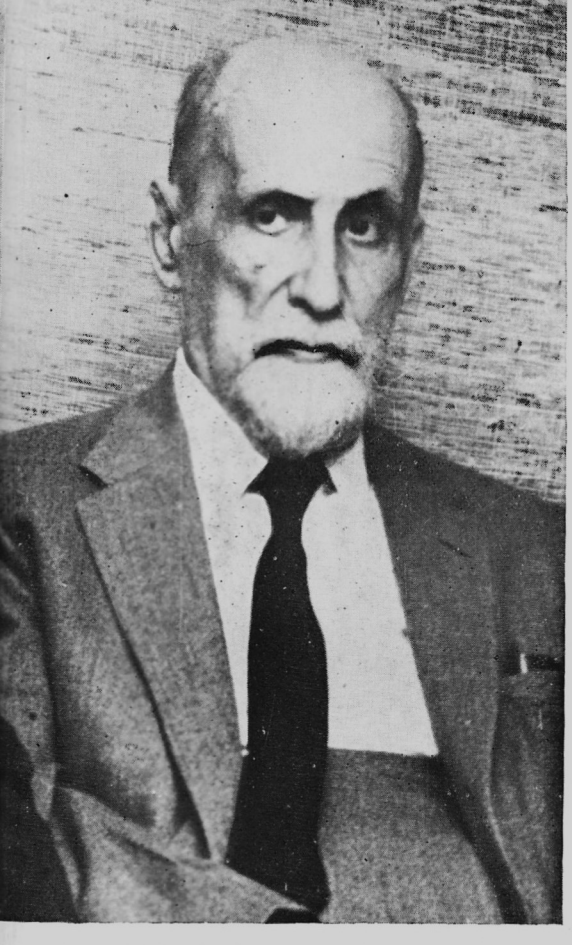




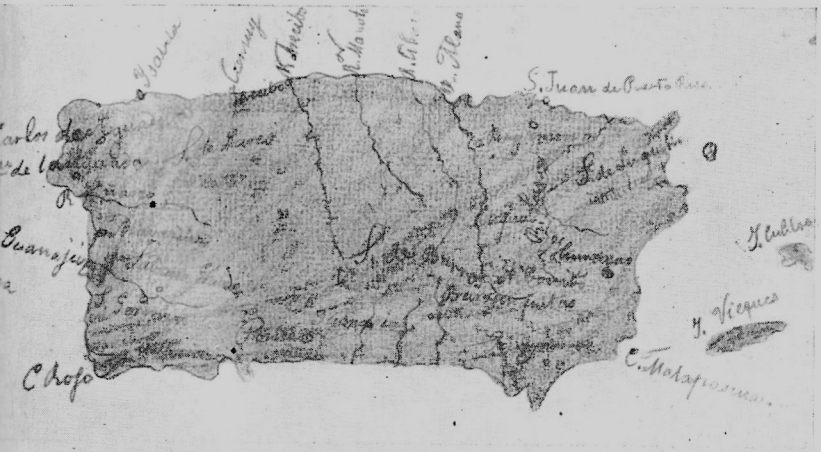
Facsímil de un poema juanramoniano.



Joaquín Sorolla pintó este retrato del poeta en 1916, para la Hispanic Society of America, de Nueva York.



El paisaje claro de Puerto Rico conforta al "Andaluz Universal". Es la isla que el poeta dibujara a los ocho años como una adivinación.



Juan Ramón Jiménez



Zenobia será hasta su muerte la alegría del poeta: una sonrisa, una luz inalterable.

bajo el cartel de «No smoking», el automóvil abandonado bajo el «No parkings».»

Sólo una semana duró la estancia de los Jiménez en Nueva York. Tras un breve viaje a Long Island y otro, más breve aún, a Washington, salieron rumbo a Puerto Rico. Zenobia escribe: «¡Oh fantásticas historias de Puerto Rico en el tercer cuarto del siglo pasado, llevadas al terreno de lo legendario por la distancia y la añoranza de mi madre! Todo ello iba mecido por el verdor ondulante de sus cañaverales, que era ya lo único real que pudiera enlazarme con el pasado. Desde la cubierta del barco contemplaba yo la «islita verde» y me enamoraban el color de su mar y sus colinitas de juguete, inmediatas a la costa. No iba a la calma rural de la soñada hacienda sureña, sino al ambiente constructivo de una Universidad, de un departamento de educación, de unos profesores muy conscientes de sus responsabilidades.»

La llegada de los Jiménez a la isla puso en el ánimo del poeta un poco de paz y serenidad. Los profesores de la Universidad de Río Piedras le hicieron una acogida entusiasta. Pero, sobre todo, lo que más emocionó a Juan Ramón fué el grupo de niños portorriqueños que, a poco de llegar, se presentó a darle al poeta la bienvenida. Zenobia recordará después que uno de ellos, lector infatigable de *Platero*, después de conversar con Juan Ramón sobre el burrillo moguereño y sus andanzas, se acercó a ella y le dijo: «Y, es claro, como se murió *Platero*, tuvo que casarse con usted.»

La primera conferencia que Juan Ramón pronunció en América fué en la ciudad de Ponce. Los Jiménez se hospedan en el Hotel Meliá, y una mañana, al salir del hotel la esposa del poeta, encontró a un chiquillo

sentado en la acera mirando hacia el balcón que daba a las habitaciones de Juan Ramón. Zenobia se le acercó para preguntarle qué hacía allí tan de mañana. Y el chiquillo, señalando hacia el balcón, preguntó tímidamente: «¿Allí es donde él está?»

La Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, enterada de que el poeta andaluz está en Puerto Rico, le invita a dar una serie de conferencias y le encarga de la dirección de una Antología de poesía cubana. «Nos metimos—escribe Zenobia—en un barquito francés que entonces hacía el recorrido de las tres islas españolas del Caribe, que nos llevó, tocando unas horas en Santo Domingo (¡qué fuerte impresión de «la Hispaniola»!), a Santiago de Cuba. Al siguiente día, y después de emocionarnos profundamente con los recuerdos del 98, tomamos un rápido automóvil para La Habana, atravesando así la isla casi de punta a punta en unas horas. Entrando en la capital, no podíamos salir de nuestro asombro por el enorme contraste entre esta ciudad y el resto del país. La Habana es para mí un recuerdo «de vida opulenta que, al atardecer, se hacía todavía más suntuosa con el alboroto de grandes cúmulos encendidos, brotados del mar por el horizonte Norte. Pero éste es un recuerdo espléndido, no divertido, y me aparto de la anécdota regocijante.»

En Cuba encuentran los Jiménez un grupos de amigos inolvidables, amigos que les hacen olvidar, por un momento, los sufrimientos morales y las preocupaciones de la guerra. Conocen a la familia Loynaz—una familia de finísimos poetas—y a otros artistas de la Isla. Juan Ramón comienza a trabajar, pero muy escasamente. Las noticias que llegan de la Patria le tienen en vilo. ¿Qué será de su casa de Madrid, de sus

libros, de los amigos, de sus hermanos en el lejanísimo Moguer, que ahora imaginaba grande y dominador?

«En enero del 39, y antes de que el final de nuestra guerra invalidase nuestros pasaportes, ya que el trabajo de Juan Ramón en Cuba había terminado, quisimos instalarnos en los Estados Unidos, en donde hacía muchos años residían mis tres hermanos, el mayor de los cuales era como un verdadero padre para mí.» Pero Nueva York, con su tráfico desconcertante y sus mil ruidos, era un infierno para el poeta, deseoso siempre de soledad y de silencios, y los Jiménez, peregrinos de una paz deseada y difícil, embarcan para Miami, donde el paisaje de pinos y el cielo alto y tenso recordarán al poeta sus parajes moguereños. Viven, primero, en la avenida Alhambra, y, después, alquilan un hotelito en la calle de Sevilla, en la zona residencial de Coral Gables. Es éste un paréntesis de sosiego, un «sonriente remanso» que corta, súbitamente, la segunda guerra mundial.

Tras de Miami, Washington. La Oficina de Coordinación de Asuntos Americanos organiza unos programas radiofónicos en defensa de la paz y Juan Ramón se ofrece a colaborar en ello, aunque por poco tiempo. Más importante y pertinaz fué el trabajo que los Jiménez desarrollaron en la Universidad de Maryland, ambos como profesores.

La salud del poeta, con tantas impresiones y tantas nostalgias, se resiente, y la vieja obsesión de la muerte vuelve de nuevo a llenar de tristeza el alma del «Andaluz universal». «Las primeras Navidades pasadas en nuestro aislamiento hubieran sido tristes. Gracias a la radio resultaron de una emoción indescriptible. En la soledad del campo, de improviso, irrumpió Radio Es-

paña con el programa de romances viejos de don Ramón Menéndez Pidal. Escribimos nuestro contento a amigos de Madrid, y en la Nochebuena (cumpleaños de Juan Ramón), recogidos en la soledad de nuestro hogar, corriéndonos por las mejillas lágrimas de alegría y pena mezcladas, escuchamos la primera velada dedicada «al poeta ausente».»

Porque en Madrid, entretanto—un Madrid ya repuesto de los horrores de la guerra—, se recordaba al moguereño con toda la estimación y el cariño que merecía. En 1947, al homenaje navideño de Radio Nacional se suman las voces de Gerardo Diego, Ginés de Albareda, el fidelísimo Juan Guerrero Ruiz, entre otros. Juan Ramón agradeció mucho a Albareda — entonces subdirector de radiodifusión—la calidad cordial del homenaje. «Lo que usted me dijo aquella noche—escribía al poeta del *Romancero del Caribe*—me conmovió profundamente. Y con su voz, además, me pareció lo más entrañable: caliente y palpitante. Yo publicaré esa página, con las otras, alguna vez, en algún libro mío, sin carácter de homenaje. El Pino de la Corona—agrega, nostálgico—no es el que está junto a la casita que fué mía, hoy tan abandonada, según me dicen, después de cincuenta años. Está en el pinar de Montemayor, la finca que fué de una de mis hermanas y ella me lo regaló a mí. Se ve desde Fuentepiña, subiéndose a los cabezos. Es gigantesco. Y su copa era y será faro diurno de los marineros que vienen por la Barra.»

Las veladas radiofónicas en honor del poeta se fueron sucediendo año tras año. A veces, como en el año 1950, Juan Ramón pasaba las Navidades sumido en su letargo de pesimismo y desgana de todo y lloraba con las voces amigas, que, en un instante, parecían le-

vantar su ánimo totalmente abatido. Pero ya antes, en el verano del 48, realizaron los Jiménez un viaje por la América del Sur, verdaderamente triunfal para el poeta. La Sociedad «Anales», de Buenos Aires, invitó, con todos los honores, a Juan Ramón para una serie de conferencias que habían de ser un suceso rara vez igualado en el país. «El barco—escribe Zenobia—dejaba atrás las costas del Uruguay y entrábamos, por la ría, hacia Buenos Aires. Juan Ramón miraba atónito el color leonado del río y exclamaba: «¡Ahora se comprende el andar sobre las aguas!» Ya el muelle está a la vista y se divisa la mancha confusa de los que esperan. Algunos viajeros creen reconocer a sus familiares. Juan Ramón y yo nos ponemos de acuerdo sobre la manera de proceder, en caso de que nadie haya acudido a recibirnos. Uno se quedará con el equipaje mientras el otro irá al teléfono a llamar a las oficinas de «Los Anales» para preguntar en qué hotel estamos alojados... El barco va tomando posiciones para atracar, yo no distingo bien aún las cara, cuando oigo una especie de cántico repetido: «¿Dónde está Juan Ramón? ¿Dónde está Juan Ramón?» El se asoma. Gritos de alegría. Antes de que se instalen sanidad y emigración, la juventud impetuosa se abre paso e invade la cubierta. Nuestros anfitriones y algunos amigos que se han enterado de nuestra llegada tienen que penetrar en el grupo estudiantil, como pueden, para dar con Juan Ramón. No hemos puesto pie todavía en Buenos Aires y ya sabemos que hemos encontrado allí un segundo hogar.»

Al llegar al hotel, después de un verdadero esfuerzo entre los admiradores del poeta, que les cierran el paso, encuentran la grata sorpresa de que las habita-

ciones reservadas al matrimonio están totalmente llenas de flores amarillas, las flores predilectas de Juan Ramón.

Juan Ramón había aceptado dar las conferencias creyendo que se trataba de algo íntimo, en una sala reducida, un poco en familia, pero su estupor es indescriptible cuando se percata de que ha de actuar en un teatro enorme abierto a todos los públicos. Zenobia confesaba después que jamás lo había visto tan agitado, tan visiblemente nervioso. Desde un palco proscenio le contemplaba ella y procuraba enviarle la alegría de su sonrisa como reconfortante eficacísimo. Y el éxito esperado quedó pálido ante la realidad. Abiertas las puertas del teatro, desbordante el público, parando por un buen rato la circulación, escuchó en silencio por los micrófonos la voz del más grande poeta español contemporáneo. La salida es verdaderamente difícil. Zenobia intenta llegar hasta él, pero una masa humana, enardecida, los separa. Al fin, después de muchos esfuerzos, pueden abrazarse en el *hall* del hotel. «Toca esto, me dice señalándome las solapas y el delantero de su abrigo. Los toco y, puesto que no llueve, me choca encontrarlos mojados. Entonces nos cuenta cómo, a la salida del teatro, un grupo de jovencitas lo espera, y una se abalanza a él y se le coge al cuello llorando. Juan Ramón la abraza un tanto perplejo y le pregunta qué le pasa. La niña no le suelta, sollozando: «¡Tantos años! ¡Tantos años! ¡Y encontrarlo al fin!» Mirándola él se pregunta cómo puede hablar de «tantos años», hasta que ella le dice que leía a *Platero* en la escuela.»

En Uruguay le reciben un gran número de niños cantando canciones españolas.

En 1950, el poeta se siente muy enfermo y corta, inesperadamente, la labor que venía entregando a las más importantes revistas de España y América. Todo es un puro recuerdo dolorido. El poeta piensa en su familia, mermada tristemente por la guerra y sus angustias. Un sobrino y ahijado suyo, Juan Ramón Jiménez Bayo, alférez provisional, había muerto en el frente. Poco después moría su hermano Eustaquio. Años más tarde, su hermana Victoria... El poeta recuerda el cementerio blanco al norte de su Moguer imposible. Una rara, inexplicable, mezcla de miedo y de deseo a la muerte le tiene absorto en él, sin ánimos para la poesía ni para la vida. Zenobia piensa en la conveniencia de un retornar a Puerto Rico, donde todo es más familiar. La Universidad de Ríos Piedras le había invitado a dar unas conferencias y la esposa del poeta aprovecha la ocasión para convencer a Juan Ramón de las ventajas de un retorno a la isla.

Desde esta fecha, la Universidad será para el poeta y su mujer como un hogar verdadero. El rector Jaime Benítez le anima a emprender nuevamente una vida intelectual serena, con paréntesis de descanso necesario. En diciembre de 1952, da una conferencia en el Teatro de la Universidad; poco después pronuncia otra en la Escuela de Medicina. Alrededor de su persona hay un halo casi de milagro. Los jóvenes poetas le miran como a un ser sobrenatural. Juan Ramón se interesa por ellos, los anima, les aconseja. Toda la Universidad tiene puestos los ojos en el gran poeta español, que se va quedando cada vez más en espíritu al vaciarse, humanamente, sobre su obra trascendente. Por iniciativa de Juan Ramón se crea un Museo de Bellas Artes. Colabora en las revistas portorriqueñas *La Torre* y *Aso-*

mante y llama a la isla—la verde isla que se le ofrece con primores de novia—«Isla de la simpatía y el primor». Por último, la Universidad le ofrece un ala del edificio para que instalen allí, Juan Ramón y Zenobia, sus libros y recuerdos, en agradecimiento por haber regalado el poeta todos sus libros a la Biblioteca de la Universidad. Zenobia inicia la tarea de colocar primorosamente los estantes, los cuadros, el inmenso fichero, la interesantísima correspondencia... La sala va tomando, poco a poco, un aire noble, añorante, de una belleza casi triste. Porque Zenobia, la alegría del poeta, está enferma desde hace algún tiempo y en vano opone su vitalidad radiante al avance progresivo de un mal incurable: el cáncer. Piensan en España. Zenobia quiere regresar a la Patria cuanto antes y dejar, a su muerte, a Juan Ramón entre los suyos. Hace proyectos, ordena la obra, prepara una tercera Antología y consuela a Juan Ramón, que sigue con sus crisis nerviosas, más agudas ahora al adivinar, tras la sonrisa inalterable de su esposa, el desenlace inevitable.

Este estado de cosas se prolonga desde 1951 hasta 1956. Durante estos años, Zenobia, olvidando su propia dolencia, sigue clasificando, con una abnegación implacable, libros, recuerdos, fichas bibliográficas... A veces tiene que guardar cama, pero desde ella continúa ayudando al poeta, seleccionando, perfilando, catalogando el inmenso material. Es ella quien, hasta última hora, contesta las cartas, resuelve los problemas editoriales, pone en limpio los manuscritos, clasifica los recortes de prensa. Y, entretanto, la idea de volver a España se va desvaneciendo. Cada día se siente con menos fuerzas para un viaje así. En 1955, el poeta cae gravemente enfermo, y Zenobia, que lleva ya el germen

de la muerte, saca fuerzas de flaqueza, alegría de desolación, para levantar poco a poco el ánimo abatido del «Andaluz universal».

Consciente de que su compañía es vital para Juan Ramón, quiere luchar aún más con la muerte, y en septiembre de 1956 embarca rumbo a Estados Unidos en busca de un médico que pueda alargarle un poco la vida. De unos días antes de embarcar es esta carta que revela su extremada preocupación por las cosas del poeta. La letra, firme, voluntariosa, aparece ya insegura, dolorida, pero el espíritu es el mismo, y entre el dolor de la certeza fatal se vislumbra la calidad de su espíritu alegre. La carta dice así: «Querido amigo Garfias: Al fin ayer me llegó su carta con su cariñosísimo artículo sobre J. R. y Moguer publicado en *A B C*. Era el tercer ejemplar que nos llegaba en pocos días: el primero, enviado por los niños del profesor Arocena, argentino, actualmente en la Facultad de la Universidad de Puerto Rico, residente en Madrid estos días; en seguida llegó el recorte que nos mandaba Gomera. No recordaba yo la dirección suya, y por eso sólo pude enviarle un recado indirecto por su «Carta», pero sobre todo debo decirle que este invierno ha sido fatal para mí desde el punto de vista de la salud, y que en este momento estoy en vísperas de salir para el Hospital de Boston, en que me operaron hace cinco años, a ver si resuelven mi situación, que aquí sigue empeorando hace meses; así que todas las ilusiones de viaje a España se han venido abajo, aunque mi médico me venía prometiendo que para junio estaría bien del todo. J. R. había mejorado muchísimo y me venía dirigiendo una nueva antología que esperaba enviar a España en abril y que se me queda sin terminar sobre

la mesa de trabajo. Así queda también a medio instalar la sala estudio de J. R. en la Biblioteca de la Universidad, a la que regaló sus libros y que yo esperaba convertir en el mejor archivo de sus cosas. El año pasado estuvo aquí un profesor de la Universidad de California (Donal F. Fogelinis), que prologó y anotó la correspondencia de Rubén Dario con J. R. muchacho y que debe salir uno de estos días editado por la Universidad de Miami. Este verano viene, becada, a trabajar en un libro sobre J. R. una profesora portorriqueña que hizo su tesis doctoral sobre él y que ahora pretende ampliarla haciendo de ella una biografía que, según me escribe, va a publicarse en España. Además, creo piensa hacer la bibliografía del número de la Revista Hispánica que Angel del Río piensa dedicar a J. R. Voy a relacionarla con usted o, mejor, ya queda usted advertido de que ella le escribirá, ya que yo tengo que salir de aquí el día 24 y ella no llega hasta el 4 ó el 6 de julio. Se llama Graciela Palau de Nemes (el marido es de ascendencia yugoeslava). Gracias por todo otra vez, Garfias, y comprenda que J. R., más afligido ahora por mi marcha, está demasiado deprimido para hacerlo en persona. Perdone los garabatos, porque llevo bastante tiempo sin poderme incorporar. Espero que cuando vuelva de Boston me hayan insuflado ya, por lo menos, dos años más de vida. Ayer mismo he entregado a mi amiga señora de Rafael Hernández de P. R. uno de los recuerdos que pensaba llevar a la Casa Biblioteca de Moguer para que se lo entregue a nuestro sobrino Paco en Sevilla, en cuyas manos vamos depositando lo que se nos ocurre que pueda interesar cuando la casa esté ya en condiciones. Se trata de la medalla que le otorgó la Sociedad Hispánica y

que es muy bonita. Mr. Hanshington llevaba varios años sin otorgarla a nadie y hace unos pocos se le ocurrió conceder ocho a un tiempo. Buscaré la relación exacta en el libro historial de esa Sociedad. Recuerdo que entre las ocho estaba Ortega y Gasset y Pérez de Ayala. También había no españoles. Quería haber enviado también el diploma de doctor *honoris causa* de la Universidad de Méjico, pero no di, en ese momento, con el lugar en que lo tengo guardado. J. R. ha dado poca importancia toda su vida a estas cosas, pero le parece bien enviarlas a su pueblo. También quería enviarles traducciones de *Platero* en muchos idiomas, y a Juanito Gorostidi hice un envío de las traducciones seleccionadas alemana y vasca. La última en salir es la israelí (muy curiosa), y pronto debe aparecer la sueca y la francesa. Suya, agradecida, Zenobia.»

Al final de la carta venía la letra «aljamiada» del poeta. Decía así: «Un abrazo muy fuerte de Juan Ramón, que se va.» Pero la que se iba, la que se estaba yendo sin remedio, era Zenobia. Desahuciada, pero llena de una entereza cristiana realmente admirable, vuelve la alegría del poeta a Puerto Rico. Todavía sonríe desde su postración. Sabe que va a morir, pero adivina que antes ha de alumbrar con su última sonrisa la glorificación total del poeta.

LA LUZ CON EL TIEMPO DENTRO

Entre las muchas y bellas definiciones que Juan Ramón nos ha dado de su Moguer natal siento predilección por ésta, contenida en un romance redivivo de 1898:

> Cuando yo era niñodios,
> era Moguer, este pueblo,
> una blanca maravilla;
> la luz con el tiempo dentro.

La luz con el tiempo dentro, y dentro de ese tiempo, de ese espacio de pureza, ahora y siempre, su obra, que es más, acaso, que su propio corazón.

Es un privilegio de los escritores puros esta conjunción del ser frente al paisaje, frente a un paisaje determinado que puede llegar a ser estado del alma. No se dan el paisaje y la obra aisladamente. Hay finísimos vasos espirituales que comunican a la Naturaleza con su obra de arte; con la suya, hecha a su imagen y semejanza siempre. Entre las juncias, olorosas de artesana honradez, suele surgir el milagro de unas manos gráciles para toda labor de íntima constancia; el pinar puebla el alma de secretas claridades, ocultas siempre bajo una áspera corteza de renunciamientos, y frente a la llamarada de las espigas de junio nacieron los poemas más calientes y acendrados. Estado del alma es el paisaje moguereño en Juan Ramón.

Cuando Arias Montano vuelve a su peña de Aracena para prepararse a bien morir, cree que el latido de su

corazón tiene una continuidad en el milagro del agua serrana: un agua diseminada en venas prodigiosas de luminosas inquietudes; agua que baja, trémula, por toda la peña y deja en los troncos una antigua pureza estremecida. San Juan de la Cruz suspiraba, desde su noche oscura, por el paisaje de Segovia, escenario de amor donde tantas veces le llegara la «oscura noticia». Aquel paisaje donde el otoño deslíe chopos y piedras, era la concreción de su dolor suave, de su arrebatado vuelo. ¿Cómo piensa Bécquer, el Bécquer traslúcido de la última hora, en las orillas del Guadalquivir? Aquellas márgenes le enseñaron a soñar, y cuando el sol se deshizo y el pasmo de la angustia atravesó, como un dardo, su silencio, el poeta pensó que en la tarde apacible de su río se había hecho, de pronto, la noche. ¿Qué encontró Antonio Machado en aquella Soria purísima, iluminada interiormente como por un cirio de amarillo estupor? ¿Qué buscaba Francis Jammes en las aldeas del Sur, a la hora del *Angelus*? Cada poeta—cada escritor—tiene tras de sí un paisaje que le alimenta, que le alza, que le convoca. Tras de Valle Inclán veremos una Galicia de lluvia menudita y pertinaz, de viejos cementerios con atrios románicos en donde todavía se oye la voz delirante de la Mari-Gaila. Tras de Gabriel Miró hay un levante luminoso en donde «Sigüenza», huidizo, misterioso, siempre puro y solemne, recoge trozos vivos, calientes, palpitantes, de belleza y de pena como si fueran tréboles frescos. Tras de Unamuno, veremos una Salamanca dorada, plateresca, madura por él de sugerencias y normas. Siempre el paisaje con el hombre en una comunión de olores, de colores, de síntesis vitales. Tras de Juan Ramón Jiménez se alza,

dulce, convocador, amigo, celeste, el paisaje del pueblo que lo vió nacer, «la luz con el tiempo dentro».

Porque con lo primero que tropieza el viajero al llegar a Moguer es con la luz, una luz que se exalta en la cal, una luz frenética que se apodera de los ojos. Luego, el viajero comienza a vislumbrar muchas cosas que antes habían pasado inadvertidas: un cerrado silencio, una quietud perfumada, un viejo cansancio... Es que la ciudad empieza a ofrecerse, lenta, remansada, transida, con su pena andaluza triste y clara, marinera y solemne:

Cuando yo era el niñodios,
era Moguer, este pueblo,
una blanca maravilla;
la luz con el tiempo dentro.
Cada casa era palacio
y catedral cada templo;
estaba todo en su sitio,
lo de la tierra y el cielo...

Todo estaba en su sitio: la luz, el árbol, la belleza, el amor. Toda la infancia, agolpada, como un pomo de oro. El romance trasciende en su honda sencillez y se abre como una vieja rosa amarillenta:

Yo me sentía muy chico,
hormiguito de desierto,
con Concha la mandadera,
toda de negro con negro,
que, bajo el tórrido sol
y por la calle de Enmedio,
iba tirando doblada
del niñodios y su perro:
el niño todo metido
en hondo ensimismamiento,
el perro considerándolo
con aprobación y esmero.

Se ha detenido el tiempo. «La vida sin estancias—dice Gracián—es un camino largo sin mesones.» El poeta

se echa en el quicio del recuerdo, mesón inalterable. Recordar es un modo de descansar de vivir.

Continúa el romance redivivo:

¡Qué tiempo el tiempo! ¿Se fué
con el niñodios huyendo?
¡Y quién pudiera ser siempre
lo que fué con lo primero!
¡Quién pudiera no caer,
no, no, no caer de viejo;
ser de nuevo el alba pura,
vivir con el tiempo entero,
morir siendo el niñodios
en mi Moguer, este pueblo!

Ya está hecha la biografía. Nacer y morir—alba pura permanente—en la luz con el tiempo dentro. El romance no da la síntesis de todo lo que queríamos decir.

Ramón Gómez de la Serna creyó adivinar como dos Mogueres distintos. «Uno—dice—, el real, con sus versos de periodismo de pueblo, y otro, el Moguer misterioso, del poeta despectivo y, por encima de las cosas, del D'Annunzio español». Nosotros pensamos que quizá Moguer no sea ni lo uno ni lo otro; ni un pueblo oscuro «con su almanequería de extraviado y deportado en su caserío», ni el Moguer irreal de los plenilunios, «con sus plintos vacíos porque el poeta había raptado las estatuas, con sus mujeres vestidas color pasa y sus escaleras que se hunden sobre lagos sin fondo». Demasiada, buena, falsa, opulenta, maravillosa literatura. No, Moguer es un pueblo andaluz venido a menos, que no es poco; un pueblo de cal y de sol, recogido y tácito, con calles de yerbas y espadañas con jaramagos, algún que otro escudo altisonante, un campanario, un río... Lo justo.

«Primero en la calle de la Ribera—nos dirá el propio Juan Ramón;—; después en la calle Nueva—luego Cá-

novas, luego Fray Juan Pérez—.» Juan Ramón era un adolescente que pintaba. Entre pincelada y pincelada, una mirada al paisaje. El espíritu se acomoda fácilmente a lo que es bueno y agradable. El paisaje de Moguer era agradable y bueno. Había, primero, viñas, muchas viñas, algún almendro, un rectángulo de trigo verde, un senderito dócil, un sorprendido manantial... Luego, bruscamente, una colina roja y un fondo de pinos. Lo que el poeta llamará después «su dolor sombrío» se distraía ya entre lirios blancos y cárdenos lirios. Crecían en el arroyo de Montemayor, en el arroyo de la Cañada del Peral. El pintor escribirá:

La tarde moría
en idealismos
violetas y blancos
lo mismo que lirios.

«Fuentepiña, la casita de campo de los Jiménez, está sobre esa colina rojiza, verdeante a trozos, que asoma, viniendo de los montes, al pueblo tendido al sol. Subimos, imaginativamente, para evocarlo, por un camino estrecho, torpe, enraizado: el camino de San Antonio. Arriba, en la casa donde vivió el poeta, hay ahora una lírica emoción de abandono y ausencia. Quedan algunos aromos—mimosas, le llaman en Castilla—, algunos asientos de madera del viejo parque. Queda, sobre todo, alto, inmenso, rumoroso, el pino grande que cela la tumba inadvertida de *Platero*. «Tú, si te mueres antes que yo, no irás, *Platero* mío, en el carrillo del pregonero, a la marisma inmensa, ni al barranco del camino de los montes... Vive tranquilo, *Platero*. Yo te enterraré al pie del pino grande y redondo del huerto de la Piña, que a ti tanto te gusta. Estarás al lado de la vida alegre y sana.

Los niños jugarán y coserán las niñas en sus sillitas bajas a tu lado. Sabrás los versos que la soledad me traiga...»

Vienen, luego, los estudios en el Puerto; luego, la Universidad de Sevilla; y las deseadas vacaciones en Moguer; y el primer viaje a Madrid. La casa grande le devolvía, a cada retorno, su nostalgia caliente en los cristales irisados de la montera, en la roja bugambilia del patio. El pueblo empieza a ser su piedra de toque. El paisaje de Moguer comienza a iluminarle por dentro, dulce, entrañable, mortificante a veces:

> Aquella tarde, al decirle
> yo que me iba del pueblo,
> me miró triste —¡qué dulce!—,
> vagamente sonriendo.
> ... Y me dijo: «¿Adónde vas?»
> Y le dije: «Adonde el cielo
> esté más alto y no brillen
> sobre mí tantos luceros.»

... El naranjal derrama aún su espeso aroma, pero la noria está parada, ruinosa. Abajo, en la sequedad de los bancales, el manantial ofrece un vaho de frescura. Hay un sendero retorcido, entre chumberas. Se llega, después, a la viña; luego, la cuesta pelada; a la izquierda «Nazaret», entre eucaliptos, y el pinar que se derrama por la ladera. Desde arriba se adivina «la huída del río»; la ciudad, con su torre de lumbre; Montemayor, con su Virgen tostadita de aire campesino como una labradora; la fuente vieja... No sabemos si caminamos por el paisaje, buscando la huella del poeta, o si nos internamos por la obra buscando el paraje amado. *Ninfeas, Almas de violeta, Rimas, Arias tristes...* «Desde Bécquer—escribía Rubén Darío—no se ha escuchado en este ambiente de la Península un son de arpa,

un eco de mandolina más personal, más individual.» *Arias tristes:*

> Voy a cerrar mi ventana
> porque si pierdo en el valle
> mi corazón, quizás quiera
> morirse con el paisaje.

En estos versos, escritos en Madrid pero llenos de nostalgias moguereñas, está la clave de su pasión paisajística. Corazón y paisaje, fundidos en una sola, alta, evidente, clarísima nota lírica. Las cosas—el pájaro, la piedra o el río—no pertenecen ya sino a su mundo, un mundo que se va creando para alimento de su espíritu. La disposición de las cosas empieza a nacerle transida de ese descolorido símbolo suyo; es decir, que el río, la piedra o el pájaro, que pasaron del paisaje a su alma, se ofrecen ahora, transformados por él, en una confidencia natural. Veremos cómo en adelante toda su obra, a través de sus estados anímicos, de su integral egocentrismo, se derrama suavemente, en una fina lírica nostálgica de paisaje moguereño. Cuando Miró alienta su paisaje levantino, nos sentimos todos un poco Sigüenza, como si hubiésemos participado de las sensaciones que él nos da. Cuando Juan Ramón nos dice:

> Se paraba la rueda de la noche...

sólo pensamos en él, en sus alados castillos donde una noche de estrellas reflejadas se ha parado de súbito. Y, sin embargo, si continuamos el poema, esa «cinta sencilla de suave violeta» que abrazaba amorosamente a la tierra, no era otra cosa que el morado primero de las auroras de Moguer.

Por eso la poesía de Juan Ramón es triste, casi siempre, como la ciudad que la alentó. «Tristeza o ale-

gría, ¿qué son al fin—escribía Antonio Machado—sino esas mismas sensaciones fundidas y acrisoladas al contraste de nuestra luz interna que dice: vivimos hacia la vida o hacia la muerte?» En Jiménez, como en Valéry, o, más exactamente, como en Francis Jammes, se advierte que en la definición reside la «materia de tránsito» que el poeta logra. Pero no se empobrece la exclamación con este repetirse de ideas representadas, sino que esta pura «dramatización de los recuerdos» levanta aún más su gallardía lírica. Carlo Bo escribe: «Aun en la fantasía musical de los relatos, en la evidencia casi lógica de los tránsitos, la novedad de Jiménez es la de ser decadente hasta un cierto punto dentro de los límites de la evocación, la de haber llevado al lector al mismo centro del fantasma lírico.»

Desde su primera época—salvando tal vez los dos primeros libros—el poeta va recomponiendo su paisaje. Se inicia en sus tanteos arrebatados—Bécquer y los simbolistas—, en la primera época de sus nostalgias —langores, que diría Raimundo Lulio—. Todo esto derramado por fuera, pero en el hondón de su soledad ya el ángel ha visitado el corazón del poeta. Juan Ramón escribe, directamente, del corazón a la pluma. A la luz de los amaneceres de Moguer—malvas, rosas, violetas, dorados, grises—, el poeta empieza a glorificarse. No sabemos si la ciudad hizo al poeta o si el poeta creó la ciudad. Ya es lo mismo. Y hay un camino que se retuerce, y sube, y se cansa, y se pierde al fin; y un río que se aleja, herido, delgado, por la vieja marisma descubridora; y una luna que se alza por la calle de Santa María, redonda, desnuda, inmensa; y un oro nuevo y dulce de trigo maduro; y un grana y un morado que nadie, antes que él, había vis-

to. Todo a través de su poesía pura, «vestida de inocencia». «Pudiendo ser oscuro y complicado—escribía por entonces Rubén—, es cristalino y casi ingenuo. Se diría que tiene timidez de orfandad si no se le vieran brillar, a la luz de la luna, sus espuelas de oro.»

«Borradores silvestres» ha llamado el poeta a toda su primera época. Se repite en ella constantemente la obsesión del paisaje moguereño. A veces, en dos versos cabe todo el encanto, toda la gama triste y suave de la Andalucía del sudoeste:

> Mira, la luna es de plata
> sobre los geráneos rosas.

O aquellos cuatro versos que dan una triste, exacta emoción de noche lunada y honda:

> Viento negro, luna blanca.
> Noche de todos los Santos.
> Frío. Las campanas todas
> de la tierra están doblando.

A veces adquiere familiares regustos. Se entrevé al poeta en su silencio cerrado—cristalería hacia el patio, cortinas y pasos apagados en las alfombras—, de donde escapa a la caricia materna, a la fraterna y entrañable consolación:

> Tú me mirarás sufriendo,
> yo sólo tendré una pena;
> tú me mirarás sufriendo,
> tú, hermana, que eres tan buena.

Porque siempre hay una hermana en estos poetas puros: una hermana blanca y suave que comprende y alienta.

Su sensibilidad extraordinaria—el roce de la seda le hacía saltar las lágrimas—le lleva a lo más elemen-

tal y tosco del campo moguereño, clareándolo de belleza:

El guardia del sandiar
suena el latón. Los rabúos
huyen, las huertas ya solas,
a los pinares oscuros.

O en aquel romance inolvidable:

Esa música que tocan
en la velada del pueblo,
¿es para la luna blanca
y sola del cementerio?

A veces la descripción es tan certera y justa, que nos hace revivir el momento en su propia y exacta realidad. Estos versos que siguen, a fuerza de verdad emocionada, nos hacen tornar a la calle de la Ribera, donde el poeta nació y donde vivió sus primeros años:

¡Granados en cielo azul!
Calle de los marineros;
¡qué verdes están tus árboles,
qué alegre tienes el cielo!
¡Viento ilusorio del mar!
¡Calle de los marineros
—ojo gris, mechón de oro,
rostro florido y moreno—!
La mujer canta a la puerta:
«Vida de los marineros;
el hombre siempre en la mar,
y el corazón en el viento.»

O aquella primavera estallada en la fiesta de la Cruz, cuando todo Moguer se exalta del tambor de las romerías. He aquí la mañana, con sus gritos y su azul desconcertante:

Dios está azul. La flauta y el tambor
anuncian ya la cruz de primavera.
¡Vivan las rosas, las rosas del amor,
entre el verdor con sol de la pradera!

Pero el poeta huye de los hombres. La soledad le atrae, como un vértigo. Los pinos le circundan, conmovidos de la fidelidad del poeta. Porque todas las ciudades, aun las más recogidas y austeras, tienen un instante de explosión ferial. Las cruces, el Rocío, las veladas de septiembre, ponían triste el corazón de Juan Ramón. El Corpus, con su incienso celeste y su voltear de campanas sobre la plata del aire, le coge desprevenido. Viene, con *Platero*, de los montes, cuando la Custodia relumbra en el umbral de la Parroquia, tintineante de campanillas y pámpanos. «Entrando por la calle de las Fuentes—dice—, las campanas que ya habíamos oído tres veces desde los Arroyos, conmueven, con su pregonera coronación de bronces, el blanco pueblo.» Y cuando la ciudad hierve con el trajín de la feria—pitos y cohetes, banda de música y tómbola—el poeta se nos escapa a su soledad. «Nos hemos quedado solos, *Platero* y yo. ¡Qué paz! ¡Qué pureza! ¡Qué bienestar! Dejo a *Platero* en el prado alto y yo me echo, bajo un pino lleno de pájaros que no se van, a leer.» Abajo, la tarde se enciende de festejos y el niño pobre se mira, atónito, con el flamante, tieso y triste traje nuevo:

Campanas. Las cinco. Lírico
sol. Colgaduras y cirios.
Viento fragante del río.
La procesión, ¡oh, qué idílico
rumor de platas y vidrios!
Relicario con el brillo
de ocaso en su seno místico!
... El niño, entre el vocerío,
se toca, se mira... «¡Hijo!»,
le dice el padre bebido
—una lágrima en el limo
del ojuelo, flor de vicio—,
«pareces un niño rico»...

Pero el poeta está con el paisaje, en su soledad sonora. Cuatro versillos nos darán su emoción, en el encantamiento de la soledad:

Palacio de encanto,
el pinar sombrío
arrulla con llanto
la huída del río...

Desde allí verá la ciudad, blanca, tendida, como un blanco lebrel al amor de los pámpanos. Prorrumpe la torre, la cúpula de la Parroquia, las espadañas conventuales, una palmera acaso:

¡Infancia! ¡Campo verde, campanario, palmera,
mirador de colores...

Es también la época de los temores de la ausencia. Es que comienza la inquietud viajera, «la nostalgia de ciudades aguda con la primavera». El poeta irá, en adelante, de aquí para allá, en una incesante peregrinación poética. Por donde quiera que va, todo es suyo. El lo dice así. Los caminos del mundo y los de su obra van paralelos, sin encontrarse jamás. «Jiménez—escribe Carlo Bo—ha ofrecido también constantemente las razones de su peregrinación, de su elevado itinerario poético.» Pero, qué dolor a la hora del arranque, del trasplante anímico. Moguer es ya, para él, la explicación de su mundo. Y se apaga, melancólico, ante la idea de partir:

Yo no volveré. Y la noche
tibia, serena, callada,
dormirá al mundo, a los rayos
de su luna solitaria.
Mi cuerpo no estará allí,
y por la abierta ventana
entrará una brisa fresca
preguntando por mi alma.

Tiene la obsesión del coche de caballo, en el que vienen las sorpresas postales—cartas, libros, recuerdos—y el que ha de llevarle a la estación, queriendo y sin querer, en una doble sensación de apresuramiento y retardanza, de deseo y de lágrimas:

¡Oh, triste coche viejo, que en mi memoria ruedas!
¡Pueblo que en un recodo de mi alma te pierdes!
¡Lágrima grande y pura, lucero que te quedas
temblando, en la colina, sobre los campos verdes!

Esta preocupación no le dejará:

Solía ser en el estío. El viejo coche
se llevaba a los otros...

Y más concretamente:

Cuando el reló de la torre
da las doce—yerve el aire—,
el coche de Pedro entra
—cascabeles—por la calle.
Un viajante de comercio
baja, con un mundo grande.
Modas que aquí llegan como
al cementerio la carne.
En seco, mi alma espera
aguaje que la levante.
Desde El Cristo, se ve el mar
solo, diamante de sangre.

Y en otro lugar:

Llovizna. Algunas gotas mueren sobre el cristal.
Los molinos de viento son vagamente rosas.
Huye más el paisaje... Y la ciudad se pierde
allá en el campo inmenso, que un sol difícil dora...

El Cristo, el Molino de viento, dos puntos moguereños, dos paisajes distintos pero fieles en la nostalgia caliente del poeta. Súbitamente, se le agudiza la idea de la separación definitiva:

El tren arranca lentamente. El pueblo viejo...

Es una sensación que le oprime líricamente y le deja escapar esta queja:

... Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol
y con su pozo blanco.

Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.

Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará, nostálgico...

Pero llega la hora. En la calle espera el coche de caballo, el coche de Pedro tal vez. En el patio hay una tristeza honda, de mármoles y aguas ocultas. En el umbral esperan las maletas, preparadas ya. Hay un desasosiego en toda la casa grande y blanca. La madre no dice nada. Doña Pura—blanca, dulce, maravillosa—tiene miedo de que una palabra rompa en lágrimas el silencio difícil. El poeta va y viene, con los ojos colgados de las cosas, dolorosamente ausente, buscándose a sí mismo en el aire de su alma:

—Madre, me olvido de algo y no me acuerdo.
Madre, ¿qué es eso que olvido?
—La ropa va toda, hijo.
—Sí, mas me falta algo y no me acuerdo...
Madre, ¿qué es eso que olvido?
—¿Van todos los libros, hijo?
Todos, mas me falta algo, y no me acuerdo...
Madre, ¿qué es eso que olvido?
—Será... tu retrato, hijo.
—¡No, no! Me falta algo, y no recuerdo...
Madre, ¿qué es eso que olvido?
—No pienses más, duerme, hijo...

Clarea el alba. Hay un rodar apresurado sobre los adoquines de la calle Nueva. Las últimas casas tienen

un resplandor de cales madrugadoras. Jesús, el viejo cementerio blanco, húmedo de relente, con sus cipreses oscuros como gritos verdinegros...

—¡Madre, madre, ya sé lo que me faltaba:
todo, tú, yo!

El viento silba. Es el norte. Abajo, la marisma, sola, infinita; el río delgado, trémulo, sangriento, camino de La Rábida... Y el poeta roto, deshecho, mirando la ciudad que se pierde en la bruma rosa de la madrugada:

(El cochero va cantando.
Los lejanos eucaliptos
aún nocturnos, dejan ver,
doblándose, el repetido
humo del tren. Bajo el puente,
Ríotinto
torna su onda grana al pueblo.
La marisma inmensa. El niño
del carabinero grita
tras el coche. «Adiós». Crujido
de arena bajo las ruedas
duras... Olor a marisco
podrido...)

Juan Ramón, lejos de Moguer, inicia una etapa poética más urgente, más desnuda. Parece como si en el pueblo todo estuviese enredado de luceros, sin posible voluntad redentora. Comienza a purificarse en su propia pureza. ¡Qué anchuroso ya, y qué brillante, el camino del alma! Ya lo ha prendido todo—el ave, la flor, el agua, los rojos crepúsculos—y deja caer del pecho, como un dios, una estrella divina. El silencio lo busca, lo reclama. Lo pequeño—¡lo grande!—le martillea. Y a partir de este momento el poeta entra de lleno en la esencia de la poesía. Ya no hay palabras, casi. Queda, sólo, el sentimiento, el estado del alma,

la raíz inmutable, el universo recogido, la eternidad. La Belleza única, absoluta, absorbe sus horas. Se aleja de los hombres «chorreando belleza propia». Ha creado a la poesía un camino nuevo, virgen, inmarcesible. *Estío, Eternidades, Belleza, Piedra y cielo...* La Obra —con mayúscula—es ya definitiva, pero el paisaje, dondequiera que esté, será siempre el de Moguer, el suyo, inmutable, inmutable en su alma a través de vuelos y latitudes:

> No, esta luz viva y rosa no está dando aquí;
> esta luz da en la torre grana de mi pueblo,
> da en la casa de cal, cristal y mármol,
> ¡la casa blanca con balcones verdes donde yo nací!
> ¡No, no me envuelve esta ciudad,
> me rodea el Molino
> de Viento rojo todo, Montemayor frondoso, el Río
> Tinto, la Fuente Vieja del Pinar!
> Este aire abierto, bello, ¿qué ha de estar aquí?;
> está en el mar, mi henchido mar del Sudoeste
> —en las Dehesas, las Marismas solas—,
> en las viñas alegres, ¡flor de la uva!, donde yo nací.

El Molino de viento. Montemayor, las Dehesas, Las Marismas... El poeta adquiere un alto acento al ir enumerando cada rincón amoroso. Parece que la palabra lo lleva y lo trae, en un poder de la obicuidad, por todas partes. Viviendo su paisaje, en el recuerdo, se hace más musical y simple, como si tornara, en una onda de amor y de nostalgia, a su primera época de colores fragantes. El poeta encuentra a Moguer por todo el orbe. Se cansa de su nombre; viene y va, tocando y sin tocar la rosa, por su obra en marcha. Depura y chorrea novedad a cada instante. «La Belleza —escribe en 1928—me es familiar y tengo los dones completos de la Poesía: sensualidad, jenio, gusto, vista, universalidad, crítica, idea.» Y de pronto, el dios se conmueve, torna a su niñez y le tiembla la voz:

«Perdón. De niño, mi madre, bellísima, buenísima, perfecta, me reñía cariñosamente con pintorescos nombres, exactos como todas las palabras de ella, gráfica maravillosa que son las de mi léxico...»

Cuando vuelve a Moguer se humaniza:

> Te digo, al llegar, madre,
> que tú eres como el mar; que aunque las olas
> de tus años se cambien y te muden,
> siempre es igual tu sitio,
> al paso de mi alma.

O aquel otro poema inserto en el *Diario de un poeta:*

> ¡Qué bien le viene al corazón
> su primer nido!
> ¡Con qué alegre ilusión
> torna, siempre, volando, a él; con qué descuido
> se echa en su fresca ramazón,
> rodeado de fe, de paz, de olvido!
> ... ¡Y con qué desazón
> vuelve a dejarlo, pobre y desvalido!
> ¡Parece que, en un trueque de pasión,
> el corazón se trae, roto, el nido,
> que se queda en el niño, roto el corazón!

Alguna vez ha vuelto a Moguer. ¡Qué fiel, a través de los años, el paisaje a sus ojos!

> Al entrar nuestro coche por el puente grande
> —silencio pensativo—ya enfrente la estación,
> el río, rojo y lleno...

Y más emocionadamente en aquel poema de *Auroras de Moguer*, recogido en *Belleza:*

> Cómo el tren en que llego
> alborota con truenos, pito y humo
> —¡pito temblón y alegre que ellos ya oirán!—
> los rebaños serenos de la infancia;
> las dulces islas de candor,
> en donde un día puro
> pací las flores y bebí las aguas
> de primavera...

Y en *Poesía* incluye otro bello trozo de *Auroras de Moguer*, henchido de amoroso reencuentro:

¡Los álamos de plata
saliendo de la bruma!
¡El viento solitario
por la marisma oscura,
mordiendo —terremoto
irreal— la difusa
Huelva lejana y rosa!
Sobre el mar, por la Rábida,
en la gris perla húmeda
del cielo, aún con la noche
fría tras su alba cruda
—¡horizonte de pinos!—,
fría tras su alba blanca,
la deslumbrante luna.

En 1947 se funda en Moguer la Biblioteca «Juan Ramón Jiménez». Ya, desde varios años antes, se venía celebrando en «Fuentepiña» un acto literario en homenaje al poeta, al que acudían profesores y alumnos de la Universidad veraniega de La Rábida. En el paisaje puro, alto, dorado de septiembre, las palabras de Morales Oliver, Moreno Báez y otros catedráticos y poetas, adquirían un dulce, vago, inefable acento de nostalgia y deseo. Juan Ramón, desde América, seguía emocionado el fervor con que Moguer le recordaba. La carta que voy a intercalar a continuación está fechada en Washington el 19 de junio de 1948 y va dirigida a los que asistieron al acto inaugural de la Biblioteca moguereña. Dice así:

«Mis queridos amigos: En septiembre último recibí la jenerosa carta que ustedes, acompañando la de Aurelio Viñas y otros amigos míos viajeros de La Rábida, tuvieron la bondad de dirigirme. Todos los días, desde entonces, he pensado en todos ustedes y en contestarles. ¿Por qué no lo he hecho hasta ahora?

»Cuantos me conocen bien, me comprenderán fácilmente. Yo nunca he sido partidario de homenajes de ningún género, y siempre que me ha sido posible, he evitado los que se me han pensado dedicar. Hace poco tiempo, por ejemplo, y la tercera vez en veinticinco años, he resignado una noble invitación de la Real Academia Española para un sillón. Y hará unos treinta y cinco años, huí de Moguer cuando un grupo de amigos de nuestra provincia me anunciaron que iban a festejarme en ese querido pueblo mío. ¿Qué contestar, pues, a la carta de ustedes?

»La verdad es que yo me avergüenzo de los homenajes y honores semejantes, y me avergüenzo, más que nada, porque creo que no los merezco. Yo no soy nadie ni nada más que un trabajador enamorado de mi trabajo, y en él encuentro mi recompensa. Por eso escogí desde joven, como símbolo de recompensa, la ramita de perejil de los espartanos. Siempre he deseado una vida apartada, silenciosa, sencilla. Estoy arrepentido de la mayor parte de los libros que he publicado, y mi obsesión actual es no haber esperado a estos últimos años de mi vida para haber impreso mis escritos, digo, cuando ya no pudiese mejorarlos más, cuando les hubiese dado lo mayor de mí, cuando hubiese cambiado mi obra por mí mismo y ya no pudiese yo ser mucho tiempo testigo ni crítico de ella. Y darlos como justificación de una vida de trabajo vocativo.

»Mucho honor significa para mí, en lo más íntimo de mi ser completo, que Moguer, mi hermoso pueblo blanco y alto, siempre presente en mi vida y en mi obra, me recuerde con tanta constancia. Esas reuniones en Fuentepiña, cada septiembre de estos últimos años, me renuevan cada vez no sé qué mezcla de ale-

gría y de pena; porque, ¿cómo puedo corresponder a tanta consideración y que me evidencia más, por lo perseverante de ustedes, mi poco merecimiento? Y lo que digo de ustedes lo digo de los buenos amigos forasteros, escritores, artistas, profesores y estudiantes que vienen de la Universidad de La Rábida a darle significado general a mi vieja casita de campo.

»En cuanto al nombramiento de esa Biblioteca moguereña y a la edición del cuaderno de mi leal amigo Enrique Moreno Báez, ¿qué podré añadir? ¿Qué pudiera escribir yo que expresara este sentimiento abrumador de nostalgia y remordimiento? Ahora estoy preparando una edición completa de mis escritos en prosa y verso, los nuevos y los revisados, y esa será la obra mía que yo quisiera depositar en mi Biblioteca. Mis libros anteriores, los de mi primera juventud enfermiza y triste sobre todo, que a nadie puede beneficiar con su lectura, no debiera figurar ahí ni en ningún sitio. Yo les iré enviando, cuando consiga ejemplares, los libros siguientes: *Sonetos espirituales, Estío, Platero y yo, Poesías escogidas,* edición de Nueva York; *Diario de un poeta, Eternidades, Piedra y cielo, Segunda Antología poética, Poesía en verso, Belleza en verso, Unidad, Sucesión, Presente, Hojas, Poesía en prosa y verso,* escogida para los niños; *Canción, Verso y prosa para niños,* edición de Puerto Rico; *Españoles de tres mundos, La estación total, Voces de mi copla, El Zaratán, Romances de Coral Gables,* los tres últimos en edición de México, etc. Empiezo hoy remitiéndoles, en paquete certificado, *Platero y yo,* edición de La Cometa, Gustavo Gili, de Barcelona, que consta de 200 ejemplares y que se venden a 1.250 pesetas. (A mí me han regalado dos ejemplares, de los que yo regalo uno

a la Biblioteca.) Seguirá pronto otro paquete que contendrá: *Poesías escogidas*, edición de The Hispanic Society of America, que consta de 600 ejemplares, imposibles de conseguir ya; *La estación total*, edición de Buenos Aires; *Voces de mi copla...* También les enviaré todas las traducciones de Rabindranath Tagore, que hicimos mi mujer y yo; los libros que se han publicado sobre mí en Alemania, Italia, Uruguay y México por Emy Neddermann, Carlo Bo, Gastón Filgueira y Enrique Díez Canedo, y cuanto yo publique desde hoy o se publique (de importancia) sobre mí. Desde Buenos Aires, para donde salimos mi mujer y yo en julio a dar una serie de conferencias, le pediré a mi editor, Losada, que les envíe una colección de libros escogidos por mí de autores diferentes.

»Y no crean ustedes, mis queridos amigos, que soy un desagradecido, pues no lo soy, sino un moguereño leal y pudoroso; leal a mí mismo y a mi pueblo, que, aunque lo he evocado tanto en verso y prosa, todavía no he podido expresarlo como yo quisiera. En la introducción a mis conferencias hablo de Moguer y de gentes de Moguer. (¿Conocen ustedes el libro de Cesáreo Fernández Duro *Los hermanos Pinzón en el descubrimiento de América?*)

»Me propongo estar en relación frecuente con ustedes y mi Biblioteca. ¿En qué casa se ha instalado? ¿Y quién es el Bibliotecario?

»Un buen abrazo para cada uno de ustedes de su amigo *Juan Ramón*.»

La carta revela el recuerdo constante, permanente a través de viajes y éxitos, de su «blanca maravilla».

«El clima de Nueva York—escribe Zenobia—le resultaba duro a Juan Ramón, así que decidimos embar-

car para Miami. Allí los pinos recordaban a Juan Ramón su Moguer natal y se consolaba mirándolos:

En la luz templada y una
llenaré con alma llena,
el pinar rumoreará
firme en la arena primera.»

Por toda América va derramando su recuerdo. El mar es como un imposible entre su presente y su pasado:

Yo sé de dónde
los pájaros han venido
a cantarme por la noche.

Yo sé de dónde
pasando vientos y olas,
a cantarme mis colores.

El 21 de junio de 1955 la Diputación Provincial de Huelva acuerda adquirir la casa de la calle Nueva—la casa blanca con pozo de mármol y cristales de colores—para convertirla en museo y biblioteca juanramonianos. La idea partió de algunos poetas amigos, entre ellos Adriano del Valle. Al principio se pensó comprar la casa alta de la calle Ribera, donde naciera el poeta y donde viviera los primeros años. Un comentario publicado en la revista *Caracola* abrió a Juan Ramón, de par en par, las puertas de su recóndita nostalgia. Otra vez el nombre de Moguer, y sus calles, y su aire claro y marinero, y su campo alegre, golpeando en las sienes del poeta. Moguer no le olvidaba y quería que el retorno tuviese un camino glorioso y noble. Juan Ramón podría volver a su pueblo y allí encontraría hogar y paisaje entrañables. Zenobia soñaba ya con el viaje. Volverían a Moguer, al menos temporalmente, y a Sevilla. Moguer le llamaba con su voz antigua, como una

claridad. Moguer era fiel a sí mismo y a la encendida voz de su poeta. Los paisajes de su memoria seguían alumbrando, milagreando. Juan Ramón soñaría despierto. ¡Qué difícil gozo el del encuentro, azules cálidos, malvas altísimos, violetas amigos...! Y en abril de 1954 envía a la revista *Caracola* esta carta que rezuma moguereñidad desbordada:

«Querida *Caracola*: He leído la nota en que refieres el deseo de Adriano del Valle (que agradezco en su valor) de que el Estado español compre y me regale la casa donde nací y viví los dos primeros años de mi vida, para que pueda morirme en paz allí, como naciera. También he sabido por ti que don Francisco Summer, gobernador civil de Huelva, había coincidido en pensamiento con la iniciativa del poeta, y que se proponía conseguir del Estado que la casa se adquiriese nada menos que por suscripción nacional. No sé cómo corresponder a tanta generosidad de poeta y gobernador. Pero yo tengo que decir algo en este asunto que, por fortuna para todos, no ha prosperado.

»La casa de la que habla es Cuartel de la Guardia Civil hace muchísimos años y sirve muy bien para cuartel. Yo nací en esa casa, que mi padre levantó cuando Moguer no tenía la carretera de Sevilla y todo el tráfico se hacía por el río. Entonces, la calle de la Ribera, donde está la casa, esquina a la de las Flores, era la principal del pueblo, y unos ricachones que habían ya edificado en ella convencieron a mi padre para que edificara la suya frente a la de ellos. El arquitecto de Sevilla que se encargó de hacerla le fabricó a mi padre esa casa ridícula, con toques «árabes» como las estaciones del ferrocarril en el trayecto de Huelva a Sevilla, que él también dirigió. La fiesta aguada le costó

a mi padre un dineral, porque la azotea se hundió dos veces y todo lo demás estaba lleno de inconvenientes.

»Años después se abrió la carretera de Sevilla, que lleva a la estación ferroviaria de San Juan del Puerto, ya que Moguer, poblachón interior de Tartesos, no tiene estación. Mi padre, harto ya de la casa de la calle Ribera, le tomó alquilada a un hermano suyo una de la calle Nueva, a la que nos mudamos corriendo y en la que viví hasta mis veinte años, cuando murió mi padre y yo me fuí a rodar por el mundo. Esta casa, cuya fotografía te mando por si quieres publicarla, ya que la otra la publicó *Clavileño*, es la que llenó de experiencias, que luego serían entes y sombras, mi niñez y mi primera juventud; recuerdos que he escrito en varios libros míos publicados o inéditos: *Platero, Entes y sombras de mi infancia, Piedras, flores y bestias de Moguer, Josefillo Figuraciones*, etc. De la primera sólo conservo rápidas ideas turbias de niño chico, que he referido en páginas con *Fernandillo, Casa azul marino, Granadilla* y algunas más. El poema *Continente de estrellas*, que publiqué en tus páginas, ocurre en esta casa, y ese largo balcón que ves y al que daban mis habitaciones es el que, como un palco a un teatro, me asomó a otras muchas páginas mías; como las grandes ventanas de la fachada trasera, que dan al jardín, al corral, a la calleja y al campo.

»Cuando, por un error grave, reconocido por don Eduardo Dato, defensor de mi familia ante el Supremo, en un pleito ganado en Sevilla, el Banco de España, «que nunca se equivoca», según declaró cínico su defensor, decretó la ruina de todos nosotros como herederos de un capital embargado, y se incautó de todo lo nuestro: las casas del pueblo, las del campo:

Sabariego, de mi hermano; Fuentepiña, que me regaló mi tío padrino; Montemayor, la finca más hermosa de Moguer; de las cuatro bodegas, sueño dorado mío por sus huertos y corrales: el Diezmo Viejo, la Escura, la Castellana y el Molino de Coba; y de las viñas, olivares y pinares por donde discurrió tanto a pie o a caballo mi apartamiento embelesado..., nos fuimos entonces a vivir a casa de alquiler, menos mis hermanas, cuyos maridos adquirieron en la subasta del Banco la casa grande de la calle Nueva y otras fincas, y yo seguí entrando y saliendo en ellas. Esta calle Nueva se fué llamando sucesivamente, que yo recuerde, Cánovas del Castillo, Fray Juan Pérez de Marchena y no sé si ahora sigue llamándose «Alférez Jiménez Bayo», por mi heroico sobrino ahijado. A la calle de las Flores le pusieron mi nombre y luego se lo quitaron, y de las dos cosas estuve muy agradecido.

»Si yo volviera a España con mi mujer, cosa difícil por nuestra situación actual, pues todas nuestras pertenencias particulares las dispersamos al salir y sería imposible rehacer nuestra vida a nuestra edad, no sería para vivir del todo en Moguer. Muertos nuestros padres, dos de mis hermanos, tres sobrinos, uno de ellos mi ahijado que tanto queríamos y nos quería, y con el resto de mi familia esparcida por España, la «blanca maravilla de mi pueblo, la luz con el tiempo dentro» sería para mí páramo de pena, aunque tenga en él algún familiar y tantos buenos amigos. Lo único que me queda a mí en Moguer permanentemente es la sepultura de los míos en un blanco cementerio, que era mi paseo favorito cuando yo vivía en Moguer de muchacho, y no por un romanticismo enfermo, sino, al contrario, por la contagiosa alegría que flotaba en su

limpio recinto, lugar grato de descanso, lleno todo de árboles y abejas, pájaros y flores. El cementerio de Moguer fué siempre tónico para mí, pero no sería posible todavía vivir con mi mujer en un nicho.

»Quedo siempre tuyo, querida *Caracola* de Málaga. Y perdóname esta divagación; pero me diste una ocasión extraordinaria de revivir un pasado, tan lejano hoy de mí y tan querido ya como el sueño de un dormido, y no supe mejor cómo corresponderte. *Juan Ramón.*»

Pero la nostalgia, a través de climas y circunstancia, sigue latente. En *La estación total*—tal vez el libro menos impregnado de paisaje moguereño—encontramos también alguna alusión conmovedora, alguna deslumbrante señal de moguereñidad. Así, dice en uno de sus poemas:

> Te veo mientras pasas
> sellado de granate primitivo,
> por el turquí completo de Moguer...

Y en *Animal de fondo*—encuentro con su dios deseante y deseado—, que ya inicia el principio del final de su obra, entre clamores hondos y apagados, penúltima voz de su tercera época, desvelo logrado, premio de ese «dios de sus presentes días» que lo levanta y lo colma, la queja por su Moguer sencillo es como una copla mansa entre tanto salmo consciente y alto:

> Dios hoy azul, azul, azul y más azul,
> igual que el Dios de mi Moguer azul
> un día...

Y en otro momento:

> La cruz del sur me está velando
> en mi inocencia última,
> en mi volver al niñodios que yo fuí un día
> en mi Moguer de España.

O aquel poema que titula *Con mi mitad allí*, y que comienza:

> Mi plata aquí, respuesta de la plata
> que soñaba esta plata en la mañana limpia
> de mi Moguer de plata...

Aún hay en el último poema grande suyo, en el titulado *Espacio*, poema de voz distinta, tremendas añoranzas de su Moguer natal, de un Moguer ya confuso y revuelto. Escuchadle:

> ¡Qué amigo un árbol, aquel pino, verde, grande, pino
> redondo, junto a la casa de mi Fuentepiña! Pino de la
> Corona, ¿dónde estás?; ¿estás más lejos que si yo
> estuviera lejos? ¡Y qué canto me arrulla tu copa
> milenaria que cobijaba pueblos y alumbraba
> de su forma rotunda y vigilante al marinero!
> .....
>
> No, ese perro que ladra al sol caído,
> no ladra en el Monturrio de Moguer,
> ni cerca de Carmona de Sevilla,
> ni en la calle Torrijos de Madrid;
> ladra en Miami, Coral Gables, La Florida,
> y yo lo estoy oyendo allí, no aquí, no aquí, allí...
> .....
>
> Dulce como la luz es el amor,
> y esta New York es igual que Moguer,
> es igual que Sevilla y que Madrid.
> Puede el viento en la esquina de Broadway,
> como en la esquina de las pulmonías de mi calle Rascón,
> conmigo;
> y tengo abierta la puerta donde vivo con sol dentro...

Y junto a este extraño poema alucinante, Juan Ramón revive una canción antigua, una copla del tiempo de Moguer, y publica en 1954:

> Como soy de Moguer
> y de Sevilla,
> canto mis ilusiones
> por seguidillas.

Sevilla, Madrid, España... Ya todo es Moguer para el poeta, un Moguer grande y dominador como el recuerdo cierto, como la estampa viva de su madre, de su casa de mármoles, de su pinar con crepúsculo...

Y, entre tanto—Puerto Rico, la gloria, la muerte de Zenobia, alegría y dolor, nostalgia y muerte—, Moguer es otra vez como la boca de España—lo vuelve a ser—, la boca de España que clama por América. Calles con hierbas, esquinas de soledad, veletas oxidadas, espadañas con jaramagos y una orilla gloriosa con tres velas de afanes milagrosos. Porque si de allí nació el prodigio, por allí, por el pueblo abierto al mar y a la aventura, sangra la nostalgia, la nostalgia de España que ahora más que nunca puede hacerse gracia y paz de retorno en «la luz con el tiempo dentro».

CONCIENCIA POETICA

Internarse en la obra de Juan Ramón Jiménez es empresa seriamente arriesgada. Bajo la aparente calma melancólica de su paisaje lírico, late un mundo revuelto, de extrañas e inasequibles penumbras, de chispazos y retrocesos, de arrepentimientos súbitos, de inestables credos estéticos. En su larga vida de poeta fecundo, el moguereño universal no ha encontrado—no ha querido encontrar—lo que pudiéramos llamar estabilidad, cómoda permanencia. Para ser gran poeta le hubiese bastado remansarse en cualquiera de sus etapas sucesivas. En el principio fué ya poeta excepcional. El Juan Ramón de sus primeros diez libros hubiera pasado a la historia universal de la poesía sin necesidad de proseguir su ardiente y desasosegada tarea de artista elegido de los dioses. Pero sobre sus perfecciones y logros flotaba un don divino, un acuciante designio que le hacía responsable de toda postura cómoda y que le mantenía en vilo para no caer en la tentación del recodo fácil o el halago formal. Juan Ramón supo, desde muy joven, de esta responsabilidad. Su misión no estaba sólo en cantar, sino en remover el canto, en sufrir cada uno de sus tiempos, en voltear el silencio, en sacar nueva chispa al pedernal emocionado de la entraña lírica. Juan Ramón tuvo, desde el principio, conciencia plena de esta misión que le estaba reservada desde siempre.

Aceptado el milagro poético, con todas sus consecuencias, sintióse fuerte para iniciar todas las rutas.

Dentro de este tremendo signo, de este asombroso pasmo, todo fué, en adelante, posible para él. Se sintió poseído de todas las audacias: afirmar la vida, proclamar el derecho de la esperanza, vivir en poesía, vibrar dentro de la fe y el amor. Y todo, en soledad, en elaboración callada, en sondeo silencioso e imposible. Porque Juan Ramón pertenece a un tipo de poeta extático, introvertido, a un tipo de poeta-artista: orbe cerrado, difícil, amplio, pero no general, limitado en lo universal; poeta para almas líricas; minoritario, en suma. Obsesionado con esta consigna, empieza a redondear su obra. Nada le importa tanto como la contaminación con lo «otro». El mismo explica cómo la literatura española, la poesía concretamente, «ha seguido dos líneas constantes y seguras desde sus comienzos: una popular, colectiva, impulsiva (Poema del Cid, Arcipreste de Hita, una parte del Romancero, Marqués de Santillana, Santa Teresa, Lope, Cervantes, Espronceda, Unamuno, Valle Inclán, García Lorca, por ejemplo); otra minoritaria, individualista, estática (Berceo, Auto de los Reyes Magos, Garcilaso, Fray Luis de León, Herrera, Góngora, Quevedo, Calderón, Gracián, Duque de Rivas, Rubén Darío, Gabriel Miró, por ejemplo)». En esta segunda línea, que él mismo señala, está su obra. Juan Ramón es como el final de esta cadena de poetas estáticos, la «estación total» a donde rinde su viaje este afanoso, constante y permanente peregrinar lírico.

A Juan Ramón importa menos, siempre, el efecto, el halago primero, que la permanencia. Toda su obra, mientras viva el poeta, ha de estar metida, como en una tibia agua salvadora, dentro de su propia y lenta depuración. Nada hay definitivo. Todos son borradores más o menos aproximados a la Poesía que él lleva den-

tro. «Por cada página que depuro—nos dirá—creo veinte cada día; ¡que no podré depurar!» Hacer y rehacer, crear y recrear, es la constante, «sin aceleración y sin descanso», del poeta. En un principio es el brote instantáneo, el golpe instintivo, el hallazgo fatal. Así nace el poema. Pero después, en la distancia, ha de quedar aislado, fuera de él mismo y de sus circunstancias, inactual en suma. Lo ideal para el poeta sería que cualquier poema suyo tuviera vida propia, aislada, sin fecha ni lugar determinado. «El poema se escribe con actualidad. Pero luego—agrega—hay que librarlo de su actualidad. Y ¡malo cuando no puede librarlo el poeta o cuando él solo no se libra!» Poesía en soledad, sin nombres, con la emoción pura.

En la primera época juanramoniana, la época de los silvestres borradores, encontramos ya, dentro de la algarabía silenciosa de colores y quejas, aquí y allá, algún grito consciente ahogado por la música inefable. Son los primeros brotes de ese gran árbol de ansiedad y de norma, de purificación gozosa, que ha de ser luego, y para siempre mientras aliente el poeta, la ascensión permanente de su obra lírica. De sus primeros libros son estos versos sueltos:

Yo soy lo que me está esperando.
.....
Sin fin de tanto fin.
.....
¡Que yo mismo no me acuerde
de mí!
.....
Creemos los nombres.
.....
Sueño, pájaro eterno...
.....
¡Saca, como una espada, alegre y pura,
la luz de tu serena inteligencia!

Cualquiera de estos versos sueltos pudieran pertenecer a sus últimos libros o, mejor, a los publicados entre 1915 y 1936. Pero lo que en *Laberinto* o en *Pastorales* era excepcional, se hará luego materia permanente. Por la soledad entra de lleno en la depuración, y la propia pureza le hace escoger, como tema dominante—con la muerte, la eternidad, el amor—, el de su propia obra. Parece que llegando a este punto se alimentase sólo de sí mismo y que sólo en contacto con su propia poesía fuera capaz de seguir siendo poeta. Así, la poesía, liberada de temas casi siempre, es como un espejo en donde se copia la propia belleza de la poesía juanramoniana. Empieza a tener con su poesía —con la Belleza—una relación amorosa, un casi idilio permanente, y todo—carne, paisaje, espíritu, amistad—se funde en la sola y única preocupación absorbente: la Obra. Como un *perro divino*, comienza a ahondar en sí mismo mientras se oye el aullido largo «contra el sol inmortal»:

¡Aquí está! ¡Venid todos!
¡Cavad, minad, cavad!
Mis manos echan sangre
y ya no pueden más.

A veces se cree eje en esa eternidad—belleza sola—perseguida. A viva fuerza sostiene él esa instantánea primavera sin fin de la poesía. Y es capaz de escribir:

Sé bien que soy tronco
del árbol de lo eterno;
sé bien que a las estrellas
con mi sangre alimento,
que son pájaros míos
todos lo claros sueños...

Sé bien que cuando el hacha
de la muerte me tale,
se vendrá abajo el cielo.

Siente el manantial que no cesa en el corazón oscuro y aspira a que ese chorro, alzándose, encuentre el chorro derramado de la eternidad. Entretanto, él es el domador de ese agua de sentimiento y fuego que hierve bajo su mano voluntariosa:

¡Hervor constante y sereno
de mi trabajo: inquietud
y contención en un cáliz.

Pero a veces le llega, por el camino del cansancio, la desilusión. Parece que humanamente no pudiera resistir tanta soledad imperfecta. «Ruido, mala temperatura, grito, incomodidad, picos, necesidad de alteración política, falta de respeto, pago escaso, etc., todo contribuye a que el hombre interior español viva triste. La tristeza, que tanto se ha visto en mi obra poética, nunca se ha relacionado con su motivo más verdadero: la angustia del adolescente, el joven, el hombre maduro que se siente desligado, solo, aparte, en su vocación bella.» Entonces sueña con una eternidad de belleza en la que él encontraría su descanso:

Sólo en lo eterno podría
yo realizar este ansia
de la belleza perfecta.

En lo eterno, donde no
hubiese un son ni una luz
ni un sabor que le dijeran
«¡basta!» al ala de mi vida...

Pero estos instantes de desfallecimiento duran poco. La nostalgia de todo lo que posee le hace otra vez cantor; y escribe su epitafio ideal:

Libro acabado,
caída carne mía,
labrador subterráneo de mi vida.

Para seguir en su centro, alrededor de su árbol único:

Que nada me invada de fuera,
que sólo me escuche yo dentro.
Yo, dios
de mi pecho.

Intenta definir la poesía. Su conciencia lo lleva y lo trae por los hondos caminos de la razón lírica. Se va derramando en aforismos. ¿Qué será la poesía para él? «Emanación, levantamiento, sorpresa, *antelectura*.» «Un éxtasis que no mate lo vivo», nos dirá en otra ocasión. Pero tampoco éxtasis porque el poeta ha de sentirla vitalmente, en plenitud física. «Poesía, principio y fin de todo.» «Vida interior, la belleza eterna, mi obra.» «Obra: soledad, tiempo.» Pero su ética-estética sigue sufriendo, caminante en busca de la palabra inteligente. ¿Qué será la poesía? Juan Ramón sigue anticipándose, precursor de sí mismo, gravitando cada día en su silencio suficiente. Se hinca en la blancura de la cuartilla para dejar todas sus palpitaciones porque «a la tierra hay que irse usado, gastado». A veces cree asistir a su propio desconcierto y grita: «Me está volviendo loco la razón.» Para acabar en un puro asombro de su propio peregrinar lírico con esta asombrosa confesión: «¡Qué espectáculo el de mi imaginación en movimiento!» Y, entre tanto, la Obra, con mayúscula, sigue su marcha fiel:

Día tras día, mi ala
—¡cavadora, minadora!,
¡qué duro azadón de luz!—
me entierra en el papel blanco...

—¡Ascensión mía, parada
en futuros del ocaso!—

... ¡De él, ascua pura inmortal,
quemando el sol de carbón,
volaré revificado!

Es la hora de los poemas breves, como sentencias, como gotas de filosofía poética caídas, goteadas, de la conciencia de saberse astro en el firmamento lírico universal. Jamás un poeta español tuvo tal osadía. Y, sin embargo, su doctrina egocéntrica no suena nunca a narcisismo. Su voz nos llega siempre de lo remoto y lo imaginamos en lo tremendo bello, «como una enorme e iluminada figura fantasmal de profeta que se anuncia en la soledad de su desierto». Su voz nos sorprende, nos sobrecoge, pero nunca nos hastía. Su egocentrismo atroz está compensado por su propia belleza y por la belleza de la doctrina que acumula, germen fresco y jugoso, de ahora y de siempre, inactual como a él le gusta.

Juan Ramón va definiendo así, en pura poesía, a la Poesía pura. Y aún parece no haber dado con la definición soñada. «Si yo hubiera podido desenvolver, conservar, imprimir mi obra poética en la forma, en una de las formas soñadas y pensadas, durante tantos años, por mi fe y mi duda, hubiese regalado, a lo último, un libro en blanco con el título *Poesía no escrita*.» Y añade: «Escribir poesía es aprender «a llegar» a no escribirla, a ser, después de la escritura, poema en poeta, poeta verdadero en inmanencia consciente. ¡Qué belleza armoniosa y pacífica este libro en blanco, en blanco voluntario, respetado blanco final, con silencio de muerte y transfiguración! Los que hubieran leído mi obra poética, yo mismo, contemplando ese libro en blanco, sorprenderíamos sin duda, en sus páginas con nada fijo y con todo en onda, una completa poesía suprema, una síntesis de combinaciones poéticas, clave de toda mi obra escrita y superior a ella, un yo sobre el yo mío.»

Por esto ha de despreciar fatalmente lo anecdótico. Cualquier poema que en su origen estaba ligado a una circunstancia, a la pasión instantánea de una fecha, en sucesivas versiones se fué despojando o ahondando, hasta quedar en sensación sin tiempo. Así, dice en la *Antolojía* del año 1922:

> Dios está azul. La flauta y el tambor
> anuncian ya la cruz de primavera.
> ¡Vivan las rosas, las rosas del amor,
> entre el verdor con sol de la pradera!

Y en *Canción* (1935):

> Dios está azul. La flauta y el tambor
> anuncian ya la luz de primavera.
> ¡Vivan las rosas, las rosas del amor,
> entre el verdor con sol de la pradera!

Lo que tenía de anecdótico en la mañana moguereña de la Cruz, se levanta hasta el concepto universal de la luz, de la belleza.

Otras veces corrige el poema intercalando varios versos de mayor fuerza expresiva. Así, en *El viaje definitivo*. El año 1922 dirá:

> Se morirán aquellos que me amaron;
> y el pueblo se hará nuevo cada año;
> y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado
> mi espíritu errará, nostálgico...

Y en *Canción:*

> Se morirán los que me amaron;
> y el pueblo se hará nuevo cada año;
> y lejos del bullicio distinto, sordo, raro
> del domingo cerrado,
> del coche de las cinco, de las siestas del baño,
> en el rincón secreto de mi huerto florido y encalado,
> mi espíritu de hoy errará, nostálgico...

Para, veintidós años más tarde, en la *Tercera Antología* (1957), volver al frescor de su más fragante primavera, a los años 1910-1911, en que nació el poema, por dejarlo en su primera y más sencilla versión:

> Se morirán aquellos que me amaron;
> y el pueblo se hará nuevo cada año;
> y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
> mi espíritu errará, nostálgico...

A veces nos desconcierta con una palabra sustituída por otra, sobre todo cuando el poema es tan conocido y entrañable como aquel *Penas blancas*—en plural en la primera y segunda Antologías; *Pena blanca*, en *Canción*—, donde el poeta ha jugado con dos palabras de significación distinta, como «tristeza» y «demencia»:

> Ha querido la luna
> —¡esa luna de llantos!—
> acercarse a la tierra.
> ¿Para qué? ¡Quién lo sabe!
> ¿Para darme tristeza?

Así lo habíamos aprendido en nuestra adolescencia. Pero el poema volvemos a encontrarlo, desconocido, en *Canción:*

> Se ha quedado la luna
> (esa blanca de llanto
> pensativa y solemne)
> prisionera en la tierra.
> ¿Para qué? ¡Quién lo sabe!
> ¿Para darme demencia?...

El «se ha quedado» por el «ha querido» y el añadido de «pensativa y solemne» no nos choca tanto como esa «demencia» inesperada e inquietante que sustituye a la «tristeza», tan natural y consustancial en el poeta. Cintio Vitier escribía en *Asomante*, la revista portorrique-

ña: «¡Qué herejía, para mí, aquella «demencia», dura e increíble, en lugar de la «tristeza» natural y húmeda de un Bécquer más intenso, más agudo!» Y añade: «Pero después las dos palabras—tristeza, demencia—se fueron abriendo, echándose su hálito una en la otra, soltando sus ocultos rayos confundidos, como una flor amarilla en otra blanca, un perfume ardiente en otro cándido; como si una luna interior y más violenta iluminara todo el campo ya enlunado, triste y puro, del idioma. Era tristeza, era demencia. Era el trastorno del anhelo.» Y nos ha alegrado ver otra vez la «tristeza» en su punto, en el punto exacto del poeta, en la versión de la *Tercera Antolojía*, donde las palabras vuelven y se acomodan, como el corazón, a su primer nido. Este gozo del reencuentro con las formas primeras da a esta Antolojía tercera un encanto íntimo de retorno y de inefabilidad.

A veces bastan tres versos para aislar todo el poema de su circunstancia y recrearlo en una mayor profundidad, en un temblor más acuciante y vivo:

—¿Sabremos nosotros, vivos,
ir donde está ella?
—... Pero ella sabrá venir
a nosotros, muerta.

y el poema, bellísimo antes y después, adquiere más hondura, más desasosiego, con los tres versos intercalados después:

—¿Sabremos nosotros, vivos,
ir donde está ella?

(¡Qué cruce subterráneo,
qué aéreo tropezar
de belleza y de pena!)

—... Pero ella sabrá venir
a nosotros, muerta.

Y aun esta versión, que nos pudo parecer la mejor—que se lo pareció a él un momento—, quedó, no obstante, bajo el vigilante ojo, el ojo agudo y ambicioso y exigente, el ojo que no cesa. Y en la última corrección —la última hasta ahora—se ajustó a su forma original, a la que creemos hechura primera que, en definitiva, no conocemos.

«A mí me he exigido y castigado más que a nadie, y prueba de ello es el proceso de mi obra y mi vida», escribe. La poesía de Jiménez es, con este hervir constante de perfección, una poesía viva. Alguien dijo que el poema moría al escribirse. De esta muerte ha librado Juan Ramón a toda su obra con la permanente revisión. La poesía, así, no acababa de salir del horno espiritual del poeta o entraba y salía, a su antojo, para caldearse, moldearse, ajustarse, vivificarse, según la temperatura espiritual de su autor. «La contemplación de su Obra —dirá Díez Canedo—nos da en Juan Ramón Jiménez el tipo más perfecto de poeta consciente que se puede señalar en la literatura española, donde tanto abundan los improvisadores, los fáciles.» Huir de la facilidad, apartarse de cualquier camino trillado, por tentador que sea, es y ha sido máxima preocupación en el poeta de Moguer. Jamás se dejó llevar, arrastrar, por la corriente más o menos colorista de la hora. Toda su obra es un escape, una fuga consciente, primero del modernismo, que estaba en él, y después de una serie de «ismos» tentadores que pasaban, sin rozarlo, como aves de paso, por su «reino permanente». Ultraísmo, creacionismo, subrealismo, gitanismo, marinerismo, tremendismo, realismo... «En poesía y en todo, en todo lo que viene o no de la poesía y va o no a ella. Casas que poseían sólidos, bellos, fijos muebles de estilo, los cam-

biaban por falsos artefactos incómodos, con laberintos de tallos de loto, como ahora los tubos niquelados; los juguetes de salón eran como los de la hojalatería y el alambrismo de hoy; igualmente absurdas las lámparas; las fachadas, tan odiosas como las del lecorbusierismo; todo de igual pacotilla, oquedad y ligereza.»

Ya veremos cómo lo tremendo de su conciencia poética lo lleva al terreno místico. Hay una afinidad innegable entre lo que siente Juan Ramón y lo que anhelaban los poetas del dieciséis español, salvando, naturalmente, la raíz divina. Juan Ramón crea su obra como una oración. Lo que San Juan de la Cruz llevaba al terreno del conocimiento de Dios, Juan Ramón lo acerca al mundo de la Poesía. Anhelo místico es acercarse a la divinidad; anhelo poético es llegar al centro mismo del fantasma lírico. «La única lírica escrita posible—nos dirá—la iniciaron, con el sentir del pueblo, los escasos y extraños místicos, cuyo paisaje era la peña adusta y el cielo maravilloso. Lo intentaron, como era natural, volando. Por eso la mejor lírica española ha sido y es fatalmente mística.»

Perfección, conciencia poética: he aquí el urgente, el inevitable signo. «Mi reinado empieza, en idea y forma, cada cinco años», escribe. Desde cada una de estas regias plenitudes de que habla, la Poesía tendrá una realidad más honda dentro de su alma. Su Obra —con la que ya no puede—tendrá que sufrir necesariamente una constante revisión. Su conciencia lírica, su permanente sentido de la responsabilidad, le reclama, desde todos los ángulos de su obra, una inminente atención desesperada.

Nada parece estar en su punto exacto. Todo simula alzarse, aquí y allá, reclamando vigilancia, exactitud,

desnudez, calma final. Pero la Obra crece y el poeta mengua; no es posible un abrazo total; por todas partes se le desmanda, a chorro verdadero, su propia abundancia. El poeta acude, aquí y allá, en amorosa entrega, pero la Obra—la suya, de su espíritu—le ha vencido.

DIOS DESEADO Y DESEANTE

Hemos visto cómo toda la obra poética de Juan Ramón iba desembocando, poco a poco, en un puro, recto, gozoso anhelo de eternidad. Desde los primeros versos condenados se advierte esta decisiva preocupación por acercarse a la Belleza, como en un rito religioso o fatal. Despojar a la poesía de todo ropaje, quitarle a la hermosura su corteza material, clavar su lírico hazadón de luz en busca de la mina presentida, era, sin proponérselo acaso, una manera de buscar a Dios, a ese Dios parcial o total que había de revelársele un día inesperadamente.

Decíamos que este afán incesante le hace tocar lo puramente dogmático en contadas ocasiones. El poeta anhela liberarse del peso de la carne. Sabe que tras el telón desconocido de la muerte hay una noble, luminosa jornada y que la poesía—su Poesía—no será del todo entendida y expresada por él hasta no entrar en la estación total de lo eterno. Necesita el complemento de la muerte para vivir del todo la Belleza:

> Yo no seré yo, muerte,
> hasta que tú te unas con mi vida
> y me completes así todo...

y, más explícitamente, con más ahinco y vehemencia, con más conciencia de lo eterno puro que lleva dentro del alma que pugna:

No somos más que un débil saco
de sangre y huesos,
y un alfiler, verdad, puede matarnos;
pero corre en nosotros la semilla
que puede dejar fuera de nosotros
la mariposa única.

Esta noble inquietud empieza a cuajar en un libro excepcionalmente bello: *La estación total*. El título ya indica la certeza de estar llegando a ese centro inmanente que tanto y tan afanosamente había buscado. Los poemas insertos en este libro fueron escritos, casi todos, entre 1923 y 1936, pero el libro no se publica hasta 1946. Lo que hasta ahora había sido arrebato instantáneo, chispa central, variante dominio, en estas páginas encuentra su descanso. Desde que el poeta llega a este centro mágico, todo se ha convertido en claridad:

Desde entonces, ¡qué paz!,
no tiendo ya hacia fuera
mis manos. Lo infinito
está dentro. Yo soy
el horizonte recojido.

Ya está en su sitio perpetuo. La galería da «al único levante» posible y todo está ya casi tan limpio y tan puro como la eternidad misma. El ser que siempre había querido ser aparece aquí saboreando su paraíso, «estatua ardiente en paz del dinamismo». ¡Cuánta renunciación para llegar a ello, cuánta purificación y castigo impuesto! Pero el milagro está ya en sus manos:

Chorreo luz: doro el lugar oscuro,
trasmino olor: la sombra huele a dios,
emano són: lo amplio es honda música,
filtro sabor: la mole bebe mi alma,
deleito el tacto de la soledad.

Soy tesoro supremo, desasido,
con densa redondez de limpio iris,
del seno de la acción. Y lo soy todo...

En esta encontrada plenitud el poeta halla la «cima reina». Y es ahora, en redondez absoluta de perfección, cuando siente el primer paso, la primera sensación de lo divino. En el poema titulado *Ser súbito* está ya, en ciernes, la posterior revelación:

> Por la tierra y el aire,
> no sé si agua o fuego.
> Los ojos, entreheridos
> de espinas, confusión
> de la luz de su sueño y de la otra,
> lo entrevieron, con forma, deslumbrados,
> fuljente en las facetas
> de las estrellas...

y, más concretamente, en *Su sitio fiel*, uno de los poemas más altos y bellos que se hayan escrito jamás:

> El fin está en el centro. Y se ha sentado
> aquí, su sitio fiel, la eternidad.
> Para esto hemos venido. (Cae todo
> lo otro, que era luz provisional.)
> Y todos los destinos aquí salen,
> aquí entran, aquí suben, aquí están.
> Tiene el alma un descanso de caminos
> que han llegado a su único final.

Es que ya está presente el dios silencioso que ha de inundarlo, «el embriagado dios del suceder», el mismo en parte que alentaba en sus días dichosos de la infancia y que cruzaba por su fe y su esperanza, «sellado de granates primitivos por el turquí completo de Moguer»:

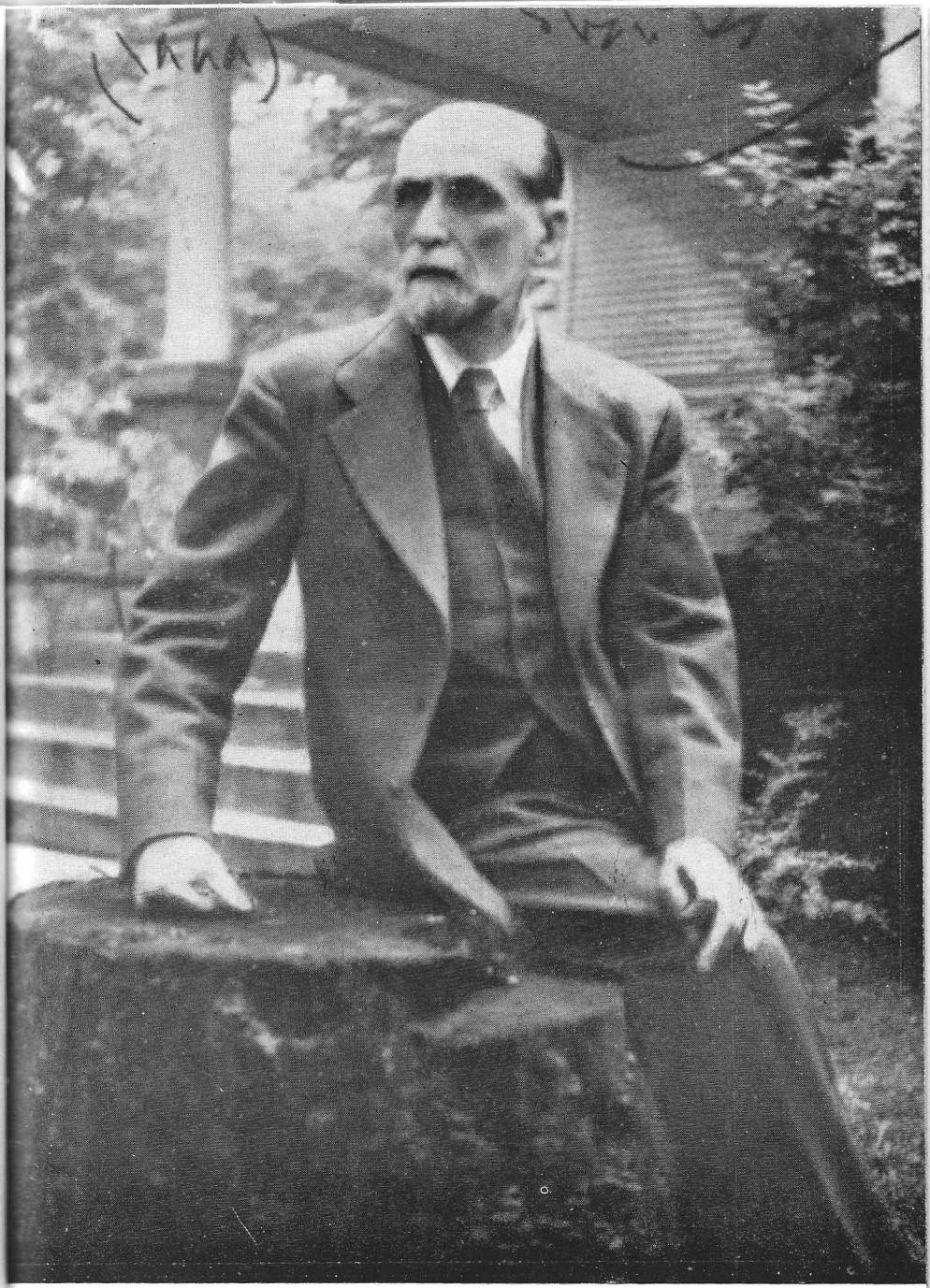
> Te veo sonreír; acariciar, limpiar,
> equilibrar los astros desviados
> con embeleso cálido de amor;
> impulsarlos con firme suavidad
> a sostener la maravilla exacta
> de este cuartel del incesante mundo...

Y, súbitamente, se despierta en su alma la duda. ¿Será

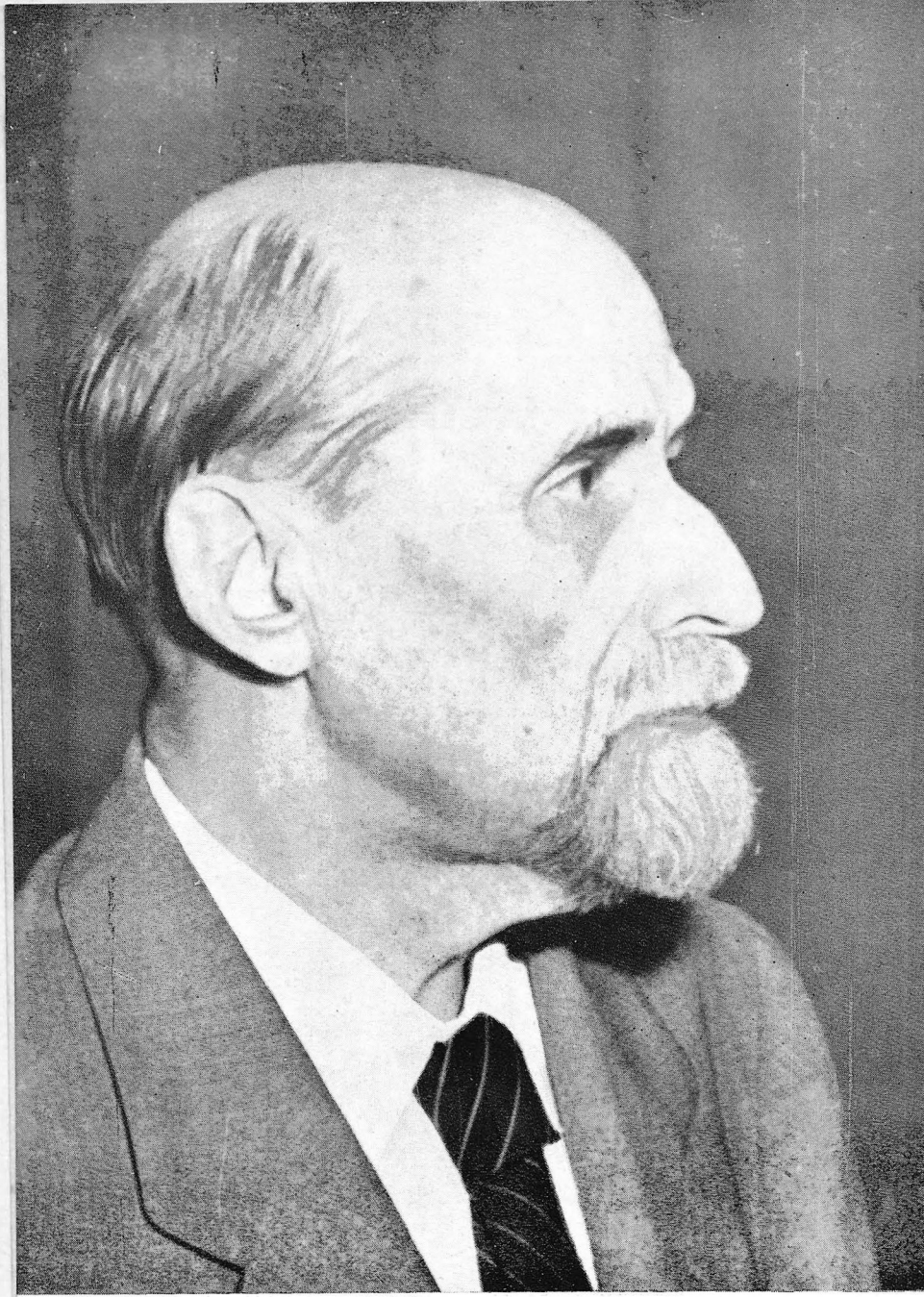
éste el Dios creador, el Dios cristiano de sus padres, Aquel azul de la mañana moguereña de la Cruz primaveral? Todavía no, quizás, porque el dios que se inicia en el poeta tiene un círculo aislante de belleza y de pena, un pomo de hermosura robados al Dios del Génesis. Superpuestos los dos, concepto sobre concepto, el dios poético ocupa una parcela en el orbe infinito del Amor creador. El poeta ha raptado del Dios poderoso y eterno una chispa insólita, áurea, infatigable, de hermosura, que alumbra su existencia, que le va a alimentar de luz la Poesía. Su dios es sólo reflejo del Dios único:

> No sé si eres el único
> o la réplica májica del único;
> pero, uno entre dioses descielados tú,
> solo entre carnes de ascensión,
> sin leyes que te afeen la mirada,
> yo voy a ti porque te veo
> trabajando belleza desasida,
> en tus días sin trono,
> en tus noches en pie.

Cuenta Graciela Palau de Nemes que Juan Ramón encontró a su dios deseante en un viaje por mar. Los grandes conceptos de la poesía, de su poesía—mar, amor, desnudez total, obra, muerte—, se fundieron súbitamente en una abrasada plenitud que el poeta esperaba desde su adolescencia. «Juan Ramón—dice—encontró su dios, sinónimo de conciencia, en alta mar a su regreso de Buenos Aires. La idea del dios de la poesía le había asediado antes de salir para Buenos Aires: esta idea, que expresa la plenitud de su sentimiento, había apuntado desde su primer viaje por mar a Nueva York; se había acentuado al regreso, pero no llegó a cristalizar en sucesivos viajes por las circunstancias en



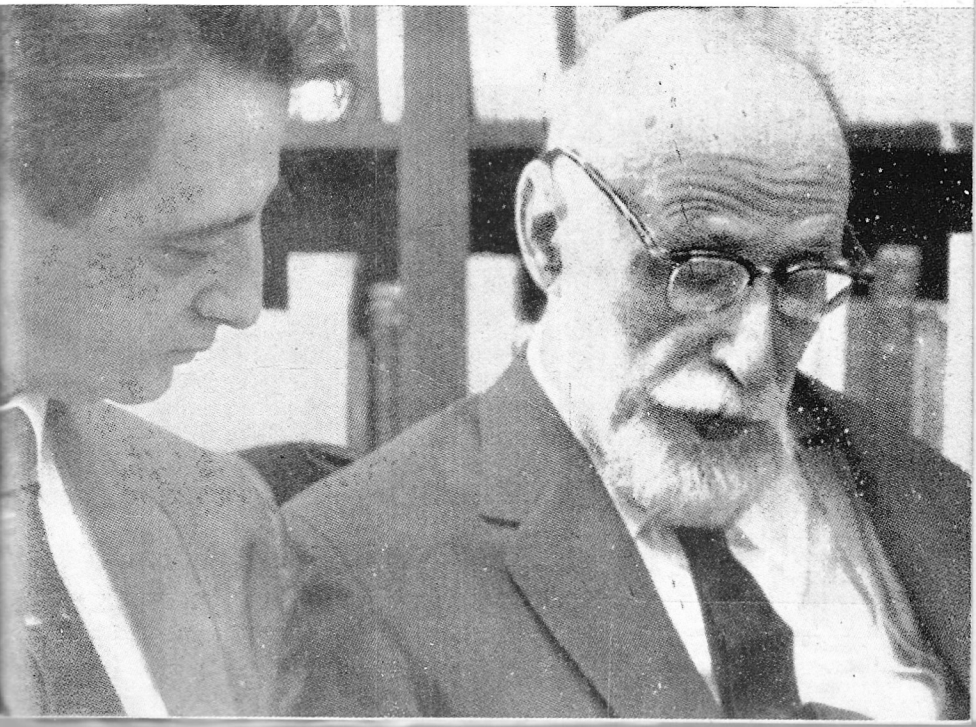
Alrededor de su obra, como alrededor de su figura, hay un halo, un resplandor inevitable.



Juan Ramón tiene abierta la vida—ojos, manos, alma, corazón y verso—a una pureza que es poesía en movimiento.



El Rector Jaime Benítez recoge el premio otorgado por la Academia Sueca.





El poeta con el Rector, Jaime Benítez, y el Doctor español, Luis Ortega, en el momen
de recibir la noticia del Premio Nóbel.

que hizo los mismos. A raíz de la revolución española, el poeta estaba demasiado preocupado para dar rienda suelta a su instinto creador. Repuesto ya del choque, el mar volvió a darle sentimiento de lo eterno y lo universal: «en mi tercero mar estabas tú», y creó los versos de *Animal de fondo*, con la idea propia de un dios universal que sirviera para todo, dios de la belleza por la conciencia, goce de la belleza universal.»

Juan Ramón venía de Buenos Aires y traía aún, pegado al oído, el rumor de los *hosamnas*. El mar le aguardaba en su virtud, en su fuerza, en su dominio incesante. Y fué entonces cuando, súbitamente, le madura la idea de una divinidad poética, más allá de él y en él mismo, fruto de su desvelo permanente, toque de gracia que lo alzaba a lo eterno, a aquello por lo que había suspirado toda su vida.

Es difícil precisar, al llegar a este punto, el matiz, la última y secreta unión, el estado interior, la garantía de legitimidad, los efectos externos de este «conocimiento». Santa Teresa explica la transformación de un alma diciendo, deliciosamente, que el gusano de seda se convierte «en una mariposa blanca muy graciosa». ¿En qué instante el gusano de la luz de la poesía juanramoniana sufre el choque de la gracia consciente? El «hallazgo», aunque fuera de la órbita puramente ortodoxa, tiene mucho de fenómeno místico. Lo que los teólogos llaman «fenómenos concomitantes» — toques, ímpetus, heridas, llagas de amor—, y de los que San Juan de la Cruz nos da una magistral descripción, acuden forzosamente a nuestra memoria. Los toques místicos son—dicen los técnicos del amor divino—una especie de impresión sobrenatural que deja en el alma la sensación de haber sido tocada por el mismo Dios.

Pero en el caso del dios juanramoniano—un dios limitado, parcial, sólo dios de la belleza o la poesía—, ¿qué efectos, qué concomitantes fenómenos, qué impresión dejó en el alma del poeta? ¿Y qué relación existe, desde entonces, entre esa divinidad revelada o inventada, invasora o dominante, y la vida y la obra del «cansado de su nombre»?

Juan Ramón nos dice: «Para mí la poesía ha estado siempre íntimamente fundida con toda mi existencia y no ha sido poesía objetiva casi nunca. Y ¿cómo no había de estarlo en lo místico panteísta la forma suprema de lo bello para mí?» Y continúa: «Al final de mi primera época, hacia mis veintiocho años, dios se me apareció como en mutua entrega sensitiva; al final de la segunda, cuando yo tenía unos cuarenta años, pasó dios por mí como un fenómeno intelectual, con acento de conquista mutua; ahora que entro en lo penúltimo de mi destinada época tercera, que supone las otras dos, se me ha atesorado dios como un hallazgo, como una realidad de lo verdadero, suficiente y justo. Si en la primera época fué éxtasis de amor y en la segunda avidez de eternidad, en esta tercera es necesidad de conciencia interior y ambiente en lo limitado de nuestro moderado nombre. Hoy concreto yo lo divino como una conciencia única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también y al mismo tiempo.» Y refiriéndose concretamente a *Animal de fondo,* dice: «Estos poemas los escribí yo mientras pensaba, ya en estas penúltimas de mi vida, repito, en lo que había yo hecho en este mundo para encontrar un dios posible por la poesía. Y pensé entonces que el camino hacia un dios era el mismo que cualquier camino vocativo: el mío, de escritor poético, en este caso; que todo mi

avance poético en la poesía era avance hacia Dios, porque estaba creando un mundo del cual había de ser el fin un dios.»

Avanzar hacia dios ha sido, en síntesis, toda la obra del poeta. Ya lo hemos ido viendo. Ascensión pura. Divinización en lo humano. Y, al fin, la transparencia súbita, el relámpago feliz:

> Dios del venir, te siento entre mis manos,
> aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
> de amor, lo mismo
> que un fuego con su aire.

Pero ¿qué significaba este dios para el poeta? ¿Desde qué prisma lo veía su ardiente forjador? ¿Qué estímulo, qué parentesco, qué distancias entre el poeta y su conciencia, entre el fuego y su aire?:

> No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
> ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
> eres igual y uno, eres distinto y todo;
> eres dios de lo hermoso conseguido,
> conciencia mía de lo hermoso.

La esencia es ya conciencia; la conciencia del poeta y la del mundo: forma suma de conciencias. Todos los moldes del poeta estaban llenos de esa suma. Y de pronto los moldes se rompen y la gracia, la esencia, queda libre, en su etérea ingravidez:

> Eres la gracia libre,
> la gloria del gustar, la eterna simpatía,
> el gozo del temblor, la luminaria
> del clariver, el fondo del amor,
> el horizonte que no quita nada;
> la transparencia, dios, la transparencia,
> el uno al fin, dios ahora solito en lo uno mío,
> en el mundo que yo por ti y para ti he creado.

El poeta que hizo de su vocación un rito y de su

obra un dogma está ahora seguro de que dios—su dios—está con él. Si él había creado un mundo aparte, a través de increíbles renuncias, a ese mundo había de llegar, estaba seguro de ello, su dios para posesionarse de toda su belleza. Ahora el poeta, como en un séptimo día, descansará:

> Ahora puedo yo detener ya mi movimiento,
> como la llama se detiene en ascua roja
> con resplandor de aire inflamado azul,
> en el ascua de mi perpetuo estar y ser...
> Todos los nombres que yo puse
> al universo que por ti me recreaba yo,
> se me están convirtiendo en uno y en un
> dios.
>
> El dios que es siempre el fin,
> el dios creado y recreado y recreado
> por gracia y sin esfuerzo.
> El Dios. El nombre conseguido de los nombres.

Animal de fondo, el libro que recoge el más importante suceso poético de la vida del gran poeta, está concebido, como hemos dicho, el año 1948, pero no se publica hasta 1949. Son estos poemas un anticipo del libro *Dios deseante y deseado*, posterior a *Lírica de una Atlántida*, *Hacia otra desnudez* y *Los olmos de Riverdale*. Lo publica «Pleamar»—Buenos Aires—en su colección «Mirto», dirigida por Rafael Alberti, y en edición bilingüe. La versión francesa es de Lysandro Z. D. Galtier.

A simple vista es un libro extraño, cerrado, brumoso. Es preciso, para llegar a su esencia, amor y afanosa lectura. Es preciso, sobre todo, antecedentes. Porque el libro es culminación, eslabón final de un proceso glorioso. El poeta, tras ese encuentro con su dios que ya hemos comentado, piensa que el orbe que le rodea late alterado por el suceso:

Todas las nubes arden
porque yo te he encontrado,
dios deseante y deseado;
antorchas altas cárdenas
—granas, azules, rojas, amarillas—
en alto grito de rumor de luz.

Del redondo horizonte vienen todas
en congregación fúljida
a abrazarse con vueltas de esperanzas
a mi fe respondida.

Para Juan Ramón fué siempre el mar estímulo de sucesivas aventuras líricas. Su dulce mar del Sur le dará su primera conciencia—inconsciente conciencia—poética. El mar le dará, más tarde, la explicación, la medida de su amor, en aquel diálogo de mar y poeta enamorado. Este mar de ahora le forjará la eternidad de su total estación sin espacio ni tiempo:

En este mar tercero
casi oigo tu voz; tu voz del viento
ocupante total del movimiento;
de los colores, de las luces
eternos y marinos.

Tu voz de fuego blando
en la totalidad del agua, el barco, el cielo,
lineando las rutas con delicia,
grabándome con fúljido mi órbita segura
de cuerpo negro
con el diamante lúcido en su centro.

Allí, entre «los cúmulos oro del cielo azul», habita su dios hablador, su dios excelso. Por allí le llega, dirigido a su mina, a su entraña abierta, en el místico «trueque más gustoso conocido de amor y de infinito»:

Tú vienes con mi norte hacia mi sur,
tú vienes de mi este hasta mi oeste...

El poeta recuerda a su dios azul de su Moguer per-

dido y añorante, lejano y presente. «Dios está azul», dijo entonces. También hoy dios está azul,

> azul, azul y más azul,
> igual que el dios de mi Moguer azul,
> un día.

¡Qué silencio enamorado entre el poeta y su tremenda posesión! Por todas partes asoma, irrumpe, estalla, el ser supremo. «Entre la arboladura serena y la alta nube», «en el levante matinero», obligando al poeta a contarlo en verso raro. Y entre labios, ojos, manos, qué luz, qué perspectiva, qué elevación interna. A veces el poeta cree que su dios es visible desde su dominación redonda y alta:

> Todos te ven; todos te vemos!
> .....
> A todos llegas tú por tus mil lados;
> en todos vives tú con tus mil ecos;
> no hay chispa tuya que no hiera
> un ojo alegre o triste.
>
> Tú eres corona en pie que todos pueden
> quitarse de la cálida cabeza
> y dejarla en el beso recaída.
>
> Porque tú amas, deseante dios, como yo amo.

En el geranio, bajo el limón, junto al pozo, en todas partes, estaba el deseado dios. El poeta no lo había visto. Por eso estaba triste, siempre triste. Ahora ve con claridad meridiana cómo estaba separado de aquella hermosa conciencia última por un breve corazón de sangre o de rosa:

> Un corazón de rosa construída
> entre tú, dios deseante de mi vida,
> y, deseante de tu vida, yo.

Ahora ve cómo cae sobre el mundo iluminando todos los resquicios. Piensa que la luz del mediodía es su resplandor absoluto, resplandor de esa conciencia pura que está en él. Y ese resplandor le toma, le lleva y le trae, le domina y le obedece, poseedor y poseído, por todo el orbe. No fué en vano la renunciación. «Hoy pienso—escribe—que no he trabajado en vano en dios, que he trabajado en dios tanto cuanto he trabajado en poesía. Y yo sé que las dos jeneraciones que están ahora tras de mí están encuadradas en la limitación del realismo mayor; pero también sé que otras jeneraciones más jóvenes han tomado el camino abandonado en nombre de tales virtuosismos asfixiantes; el camino que siguió mi jeneración y que venía ya de la anterior a la mía, camino mucho más real en el sentido más verdadero, camino real de todo lo real. Con la diferencia de que ésta es la realidad que está integrada en lo espiritual, como un hueso semillero en la carne de un fruto; y que no excluye un dios vivido por el hombre en forma de conciencia inmanente resuelta en su limitación destinada; conciencia de uno mismo, de su órbita y de su ámbito.»

Juan Ramón había sido siempre un poeta religioso a su modo. Su constante contemplación de la Naturaleza no le había impedido tener una vida interior plenamente espiritual; un misticismo, una fe intransigente, implacable. Aquel conjunto maravilloso de bellezas físicas formaba parte de un conjunto sobrenatural entrevisto aquí y allá, en decisivas notas altas. Esa religión —ese dios—le fascina hasta el punto de que todo lo demás le llega a sobrar un día. Pero ese sentimiento, un día presentido, no llega a invadirle hasta la hora de lo que podríamos llamar su revelación, una revela-

ción distinta—es preciso insistir—a la sentida por otros poetas, como Francis Jammes o Paul Claudel. Claudel pudo escribir un día: «En un instante mi corazón fué tocado y creí.» La certidumbre de Juan Ramón es de otra índole y en ella no hay figura concreta. El poeta francés afirma: «¡Es alguien, es un ser personal como yo!» En Juan Ramón es como la luz de una antorcha agitada por él mismo, alimentada por su propio fuego. El dios de Juan Ramón no existe aislado, sino que brota como eslabón último de su campo poético. Claudel piensa que su poesía es reflejo de Dios. Juan Ramón cree que su dios está en su poesía como un fuego en su aire.

Acaso sea el padre jesuíta Francisco Aparicio quien primero entendió las limitaciones del dios juanramoniano. «Desde luego—dice—que no hay en él un sentido cristiano: desde el primer poema—insuperable poema, por otro lado—aparece excluído un Dios redentor, ejemplo, personalmente distinto de la conciencia íntima del poeta. La prosa de las *Notas* finales lo aclara decisivamente: «Hoy concreto yo lo divino como una conciencia única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también y al mismo tiempo.» El sentido religioso que lleva a esto sería la conciencia del hombre cultivado, el depurado esteticismo, el camino de lo poético, que él considera profundamente religioso, «esa religión inmanente, sin credo absoluto, que yo siempre he profesado». Yo creo que en esa limitación está llegando Dios hasta el poeta. Nada hay en contra. Juan Ramón tiene abierta la vida, ojos, manos, alma, corazón y verso, a una pureza que es camino seguro. Lo demás lo hará el dolor. Lo que hay ya en él, alzándolo, no es todavía el Dios grandes del Génesis,

«el que le dió un destino poético que tan bien ha cumplido. Ese Dios de su infancia—termina el padre Aparicio—y de su madre, el Dios del niño de Moguer, tan verdadero como entonces, que ojalá encuentre el dulce poeta lejano en «las últimas de su vida». Entonces sí que podrá estallar «alegre de alegría llena», y mirarle a los ojos.

en igualdad segura de expresión.»

LAS LAGRIMAS DEL NOBEL

Quiero volver al hilo biográfico del poeta e imaginármelo, en sus momentos tranquilos, allá en su casita de Hato Rey, en la «isla del primor y la simpatía». El pequeño hotelito en donde viven los Jiménez en San Juan es pequeño, ordenado, claro y silencioso. Tiene un jardincillo y una terraza haciendo esquina. Como yo no tuve la fortuna de llegar hasta allí he de valerme de la descripción que hicieron otros. Rafael de Penagos, por ejemplo, habla de un «flamboayant», ese árbol casi fabuloso, como una llama. «Recuerdo—dice Penagos—aquella casa grata y limpia—cuadros y libros—, aquella copa inicial de vino español en su hogar antillano y—dominándolo todo, iluminándolo todo—la gentil, efusiva, cordialísima sonrisa de Zenobia. Su sonrisa heroica. Porque ella sabía lo irremediable de su mal. Y porque por encima de su enfermedad terrible estaba siempre el desvelo, el apoyo, la placidez sin desmayo en que hizo que descansara el gran poeta. Era una luz aquella sonrisa. Una de las luces humanas que me han impresionado más...»

Más minuciosa es la descripción que del hotelito hace Ricardo Gullón, el gran juanramoniano: «A la derecha, entrando, la salita de estar y cuarto de trabajo donde Juan Ramón tenía su rincón favorito, y alrededor, en el suelo y sobre una mesita, montones de papeles varios: correspondencia, borradores, copias de poemas, hojas de aforismos, notas... Al fondo de la casa, tras el comedor, los dormitorios y un cuarto lleno de

libros...» Me interesa mucho imaginarme la casa lo más aproximadamente posible a la realidad. Conozco las casas en que el poeta vivió en Moguer, y fotografías de sus pisos de Madrid, hasta de aquella pensión de la calle Villanueva en donde Juan Ramón vivía allá por el año 1913. No he visto nunca fotografías del interior de la casita de Hato Rey, de sus habitaciones que me imagino llenas de libros; habitaciones entonadas, sobrias, por las que Zenobia distribuiría cacharros de cerámica llenos de lápices muy bien afilados. Esto de tener siempre a mano lápices y cuartillas era una previsión de ella, porque al poeta se le caía el aforismo o el poema como al árbol el fruto maduro, y había que estar prevenido.

Creo que en la vida de Juan Ramón tiene una gran importancia las casas. Desde aquella de la calle de la Ribera, en el Moguer de finales de siglo, hasta esta de Hato Rey, hay una sucesión de estancias, bibliotecas y azoteas que han dejado huella perdurable en los versos del poeta. Las azoteas también. Lo imaginamos en Moguer, en Madrid, en San Juan, en una alta terraza, allí donde lo viera Rafael Alberti por vez primera:

Subí yo aquella tarde
con mis primeros versos
a la sola azotea
donde entre madreselvas y jazmines
él en silencio ardía.
Le llevaba yo estrofas
de mar y marineros...
Le llevaba también
tardes de su colegio...
Estaba él derramado
como cera encendida en el crepúsculo,
sobre el pretil abierto
a los montes con nieve perdonada
por la morena mano
de junio que venía...

En las épocas en que Juan Ramón estaba mejor de su enfermedad, aliviado de su obsesionante tristeza de la muerte, trabajaba a gusto y mucho. Intenta hacer una revisión—¿otra?—de toda su obra poética «para no tocarla más». Zenobia escribía cartas a las que Juan Ramón ponía una coletilla de su puño y letra con la que las epístolas adquirían, de pronto, un valor de misterio y lejanía. Al mediodía, a veces, paseaban. Los Jiménez conversaban con los niños, contemplaban el paisaje jubiloso y volvían a casa con el ánimo bien templado. Ya Nemesia—la cocinera portorriqueña—tenía preparada la comida. Juan Ramón comía poco y a veces sentía nostalgias de la sencilla cocina moguereña. Recuerdo que en una ocasión escribía Zenobia a Victoria—la hermana del poeta—pidiéndole la receta de las «patatas en paseo» porque a Juan Ramón se le habían antojado. Por las tardes, Zenobia leía en alta voz, o recibían alguna visita...

El paisaje claro, alegre, vívido, de Puerto Rico, conforta al «Andaluz universal». Conservo varios emocionantes, ingenuos, graciosos dibujos de Juan Ramón niño, que son un tesoro. Entre ellos destaca un mapa de la isla de Puerto Rico, con sus ríos, sus ciudades y su mar rayado de azul. La contemplación de este dibujo tiene una honda emotividad indecible. El poeta tendría por entonces unos ocho años. ¿Adivinación? ¿Extraña y lírica coincidencia? Aquella isla, dibujada hace setenta años por él, le aguardaba, abierta al cielo antillano, con su verde corazón de aguas y frondas, para que el poeta peregrino encontrara su más alto dolor y su más alta gloria. «Isla del primor y la simpatía», la llamó. «¡Qué riqueza, qué belleza de color, de forma, de expresión, sobre todo en el pueblo!» Porque la vida de

Juan Ramón va a tener aquí un remanso cálido. Todo: Naturaleza, amigos, silencios, parece acumularse alrededor del alto, cansado y maduro corazón inmenso. «Mi vida—resume—fué salto, revolución, naufragios permanentes. Moguer, Puerto de Santa María, Moguer, Sevilla, Moguer, Madrid, Moguer, Francia, Madrid, Moguer, Madrid, América, Madrid, América... Y en América, Nueva York, Puerto Rico, Cuba, La Florida, Washington, la Argentina, Puerto Rico, Maryland, Puerto Rico. Y en cada viaje, la casa a cuestas, mudanza de todo y pérdida de tanto: cosas, cosas, libros, libros, libros, y, sobre todo, manuscritos, manuscritos, manuscritos... Y en cada sitio, volver a empezar, volver a empezar; y durante todo el tiempo, del comienzo al fin, enfermedades, enfermedades, enfermedades. Lo que me queda de mi trabajo constante, amasado con voluntad más constante cada vez, son estos libros...» El poeta del orden, de la soledad, de la quietud, envuelto, tomado, presa de una vida vertiginosa odiada; traído y llevado por violentas ráfagas inevitables. Pero en la isla de Puerto Rico encuentra, aunque sólo sea de un modo parcial, la paz soñada. Aquella isla que él dibujara hace setenta años en Moguer.

Desde España le escriben los poetas jóvenes pidiéndole versos para sus revistas. El admirable y fidelísimo Juan Guerrero le envía libros y noticias. Los poetas portorriqueños van formando a su alrededor como un halo... Juan Ramón da en la Universidad un curso sobre Modernismo. Sus clases, muy personales, no tenían normas ni sistema pedagógico. Obedecían a su estado espiritual y en ellas se mezclaban los recuerdos, las citas, las lecturas, los juicios críticos... Acude a la sala en donde Zenobia va instalando el mejor archivo de

sus cosas. Allí van quedando sus originales, los libros más queridos, las cartas, los retratos, las fichas, los recortes de prensa... Sigue adorando las flores, sobre todo las rosas—sus rosas—amarillas. «Cuando Navidad llega—escribe Gullón—, la isla brilla como encendida por el fulgor de las flores de tono rojizo llamadas «pascuas». Todo a lo largo de los jardincillos inmediatos a su casa de Santurce brillan estas flores, bellísimas y sin aroma, transformando los setos en brasa de hermosura. Véanlas—decía—: ¡Qué precioso aguinaldo de la tierra!»

Juan Ramón sigue fiel a otro sentimiento permanente en su vida y en su obra: la música. Acude, cuando está bien, a los conciertos, sobre todo cuando los programas incluyen a sus músicos preferidos: Beethoven, Bach, Chopin... Los mismos, aproximadamente, que los de su primera época (*Arias tristes*, Schubert; *Jardines lejanos*, Schubert, Schumann, Mendelssohn; *Pastorales*, Beethoven...), y que son, también, los preferidos de Zenobia. Ordena, escribe, corrige, escribe, proyecta, escribe... «Alguna vez—dice Ricardo Gullón—se volvía a nosotros con un libro o revista en la mano, y leía en voz alta dos o tres líneas de Rubén, de Antonio Machado. «¡Qué hermoso», decía, y tornaba a la lectura, inmerso durante unos minutos en lo pasado, que allí, en la semipenumbra de la biblioteca tropical, parecía doblemente distante, alejado en el paisaje y la distancia tanto como en el tiempo.»

Pero la paz, el vivir tranquilo, se turba con la obsesiva, mortificante, tremenda obsesión de la muerte.

—Esto se acaba, se acaba... En mi corazón sólo funciona un ventrículo... No sé cómo he podido escribir

lo que he escrito... ¿Y cómo acabar la obra?... Todo está deshecho, falto de revisión... Y esto se acaba.

Zenobia, herida de muerte ya, intenta envolverlo en su sonrisa extraordinaria. Zenobia será, hasta el último instante de su vida, el faro luminoso.

—Esto se acaba, se acaba...—le decía el poeta.

Pero la que se estaba acabando, irremediablemente, era ella.

La obra de Juan Ramón adquiere una resonancia universal. Las traducciones de sus libros—sobre todo de *Platero*—se multiplican. Alrededor de su poética, como alrededor de su figura, hay un halo, un resplandor inevitable. Se da su nombre entre la media docena de grandes poetas de todo el mundo, y es, sin duda alguna, el más grande poeta de habla española de toda una época y uno de los más firmes puntales de toda la lírica castellana. En 1949, y desde las páginas de la revista *Insula*, se pide, acaso por primera vez, el Premio Nobel para el «Andaluz universal». A partir de 1953 hay en Suecia un enorme interés por conocer la obra del gran lírico. Ernest Dethorey, profesor sueco, da varias conferencias sobre el poeta. Arne Haggqvist, traductor de *Platero*, pronuncia un discurso juanramoniano a través de la radio. Gabriela Mistral traduce poemas del moguereño para la revista *B. L. N.* En Italia se lee y se comenta *Animal de fondo* y se publican traducciones de muchos poemas de Juan Ramón. La Universidad de Maryland, impulsada por Graciela Palau, propone la candidatura del poeta para el Premio Nobel. Varias universidades hispanoamericanas se interesan en el asunto. La propuesta ha de ir avalada. Se piden los Reglamentos de la Institución. Se acumulan elementos

justificantes. Llegan a Suecia cartas, libros, abundantes datos bibliográficos, una edición de *Platero* para ciegos y discos con la palabra cálida, viva, del poeta. El profesor A. E. Zucker, de la Universidad de Maryland, redacta la petición oficial. Comienza a sonar el nombre de Juan Ramón como muy posible candidato al Nobel...

Su nombre ya había sonado en las anteriores convocatorias. Esta vez tenía como rival a un ex diplomático francés, Alexis Leger, famoso bajo el seudónimo de John Perss. La candidatura del poeta estaba apoyada por el secretario general de las Naciones Unidas, por un famoso escritor y por un miembro de la Academia sueca. Frente al empeño de los amigos del candidato francés estaba, desnuda, clara, rotunda, la fuerza de una obra íntegra, llameante, sin mácula. La rotundidad de ésta se impone y el día 25 de octubre de 1956, a las quince y treinta (hora española), el secretario de la Academia sueca informa al poeta de la concesión del Premio Nobel, al mismo tiempo que le invita a ir a Estocolmo para recibir personalmente el Premio el día 10 de diciembre, aniversario de la muerte de Alfred Nobel. La Academia añadió que el Premio había sido concedido por «su poesía lírica, que en el lenguaje español constituye un ejemplo de elevado espíritu y pureza artística». Y el secretario, Anders Oesterling, manifestó por radio: «Para la Academia sueca ha sido una satisfacción especial hacer del Premio Nobel este año un tributo a la literatura española, que por varias razones ha tenido poco éxito en esta competición internacional. Han pasado treinta y cuatro años desde que se concedió el último Premio Nobel a un español, el dramaturgo don Jacinto Benavente. Por ser un soñador idealista, Juan Ramón Jiménez representa

la clase de escritor a quien Alfred Nobel gustaba apoyar y recompensar. Representa la orgullosa tradición española, y haberle concedido el laurel es también laurear a Antonio Machado y Federico García Lorca, que son sus discípulos y le elogiaron como un maestro.» Poco después las agencias transmitían la noticia por todo el mundo y el nombre de «El cansado de su nombre» figuraba, con grandes titulares, en todos los periódicos y revistas de los cinco continentes.

Juan Ramón recibió la noticia junto al lecho de Zenobia. La alegría del triunfo golpeó, sin éxito, el corazón del gran poeta. De vuelta de Boston, de una última tentativa de mejoramiento, Zenobia se hallaba gravísimamente enferma en la Clínica Mimiya, y allí, junto a ella, estaba el «Andaluz universal» cuando le dieron la noticia. El Rector Jaime Benítez, encargado del mensaje, explicó: «Nos abrazamos. Luego leí a Zenobia mis comentarios a la concepción del Premio. Zenobia hizo un esfuerzo y lo comprendió. Sus ojos brillaron por un momento, y luego empezó a llorar.»

También lloró el poeta, negándose a leer la prensa. Permaneció en silencio. Sólo al cabo de unas horas, declaró: «Mi agradecimiento a todos aquellos que han contribuído a que se me conceda este inmerecido galardón. Debido a la grave enfermedad de mi esposa, el Premio Nobel me apena profundamente. En cuanto a mí, no tengo nada que decir.»

Ajeno al clamor de la gloria, a la alegría con que en España se recibía la noticia, el poeta, «la mano en la mano de una enferma, su mujer», se concentraba en su dolor sin consuelo. Una enfermera puso fin al empeño de algunos periodistas obstinados: «El poeta permanece en silencio. Creo que no hay esperanzas de

una conferencia de prensa, ni las más remotas esperanzas...»

Zenobia le sonreía, como siempre. No pudo hablar, pero comprendió perfectamente toda la trascendencia de la noticia. Su reacción fué comenzar a canturrear villancicos españoles. Así, el día 26 y el 27. Un sobrino de Juan Ramón, venido desde Sevilla, Francisco Hernández-Pinzón, les acompañaba. Por él sé de los últimos instantes de Zenobia, de su entereza, de su admirable resignación y de la espiritualidad de sus últimos días. Recibió los Sacramentos varias veces. Cuatro días antes de la noticia del Premio se agravó súbitamente. Luego, pareció reponerse, como si sólo esperase la gloria del poeta para dejar este mundo. Sonreía a todos, agradecida. Escuchaba la nueva con los ojos abiertos y miraba a su marido como en una última, indecible, armoniosa, bella felicidad. Periodistas, amigos, admiradores, telegramas, cartas, teléfonos, nervios... Todo quedaba en la antesala. José María Massip intenta llegar hasta la intimidad del poeta para dejarle un cuestionario. Juan Ramón no puede escribir. Su sobrino Paco le ayuda. El dicta penosamente. A veces le brilla la mirada con un fulgor extraño. Luego torna a decaer; vuelve a Zenobia, a la tristeza de su alma.

—¿Le satisface el Nobel?

Juan Ramón confiesa que, en tales circunstancias, le entristece profundamente. Y luego añade:

—Es una pena que la Academia dejase morir a Unamuno, a Antonio Machado, a Ortega... De los vivos, aún hay remedio: Pío Baroja, Menéndez Pidal...

—¿Le alienta el Premio a continuar su obra?

El poeta responde que toda su vida ya es un perfecto desaliento.

—¿Qué salvaría usted de su obra?

—Nada.

—¿Qué poetas españoles le interesan más?

Juan Ramón recuerda los nombres entrañables: Jorge Manrique, Garcilaso, San Juan de la Cruz, Fray Luis, Unamuno, Antonio Machado..., ¡el Romancero!

—¿Se siente contento de lo que hizo?

—No.

El periodista le pide un mensaje para las nuevas generaciones. Juan Ramón aconseja que continúen con el gran fervor que han demostrado estos años en esas incontables revistas poéticas juveniles españolas... Luego habla de su tierra, de su región, de su pueblo:

—Siempre he echado de menos a Andalucía y a Moguer. Me gustaría volver a ver la casa donde viví... Pero ya no es posible.

Al despedirse Massip, Juan Ramón, «estrechando —dice el corresponsal de *A B C*—mi mano con la suya, fina y delicada, me dijo a guisa de despedida: «Un saludo a todos los que me recuerdan y a todos los que me olvidan.»

El día 29 vuelve a empeorar Zenobia, y esta vez sin posible recuperación. La metástasis le fué cubriendo los pulmones y el sistema respiratorio. Fué imposible someterla a un tratamiento con oxígeno, y aunque le fueron facilitados cuidados especiales, no pudo reaccionar. A las cuatro y cinco de la tarde cerraba los ojos para siempre la que había sido, durante cuarenta años, la admirable compañera del poeta, la alegría, el sostén, la inspiración, el reposo, «la flor, tú» del «Andaluz universal».

Graciela Palau de Nemes sintetiza así el doloroso trance: «Marchó en su último viaje tres días después

de anunciado el Premio. Se fué un domingo, por la estela de una ilusión lograda. A Zenobia siempre le gustaba salir de viaje los domingos.»

Sus amigos y admiradores la vieron por última vez en la «Sala de Zenobia y Juan Ramón Jiménez» de la Universidad portorriqueña, en el mismo sitio en que ella se sentaba a ordenar los papeles del poeta. Estaba serena, muy tranquila de expresión, rodeada de flores amarillas...

Juan Ramón susurraba:

—No, no es posible. Zenobia no está muerta. Ella es inmortal.

Su vida había sido un perfecto poema. Se había inventado una vida impalpable, como una campana de aire y de luz, para que el poeta pudiera vivir aislado de todo aquello que pudiera entorpecer su obra en marcha. Carmen Castro escribió pocos días después de su muerte: «Su vivir siempre activo le dió incalculable juventud. No puedo creer en la edad que dice el calendario. Tenía una belleza muy suya. Clara. Cara buena. Bonita. Silueta bien movida. Elegante. La finura hecha mujer. A mí Zenobia nunca me pareció de verdad; la veía en una transparencia de voz muy dulce, ramo de hojas frescas en la mañana pura con risa alegre...»

Había muerto en la tarde del 29 de octubre, festividad de Santa Zenobia. El sobrino del poeta quiso que Juan Ramón, la noche del duelo, descansara, pues estaba muy agotado. Pero él musitó:

—En Moguer se quedan los familiares velando el cadáver. Quiero que todo sea como allí.

El entierro, a pesar de las circunstancias excepcionales que rodearon la muerte, fué sencillo. Después de la ceremonia religiosa, a la que asistió el poeta, le dieron

sepultura en el cementerio de Porta Coeli, un cementerio claro, tranquilo, como aquellos que Juan Ramón había cantado siempre.

Después de la muerte de Zenobia la vida del poeta entra en una fase de tristeza y abandono realmente horrible. Al dolor de la pérdida de la esposa se suma su aguda neurastenia, a la que Juan Ramón se abandona totalmente, falto ya de estímulos y esperanzas. Sus familia intenta traerlo a España. Tal vez el retorno a la Patria y el recuerdo con los suyos le puedan mitigar un poco su amargura. Así lo pensaba también Zenobia, que dejó dispuesto el viaje y que rogó al sobrino que se encargase de todo. El paisaje, el sol, la paz y el clima de su juventud harían el milagro de levantar el ánimo del poeta. Así debería ser. Pero Juan Ramón, a la hora de decidirse, siente un miedo espantoso. Miedo de la muerte que le persigue, miedo de dejar a Zenobia en tierra extraña, miedo de él mismo, de su falta de aliento para todo, de su inexperiencia para la vida, de la soledad de su alma. En vano Paco, su sobrino, intenta convencerle. Juan Ramón se refugia en su dolor. No quiere que le hablen. Le molesta la luz, le molestan todos los olores, cree que va a morir a cada instante... El sobrino, desengañado al fin, retorna solo y el poeta se interna, cada día más, en una increíble, penosísima, crisis de angustia.

Entre tanto, en España se celebra el triunfo del poeta español. Conferencias, homenajes, peregrinaciones a Moguer. La ciudad se ha convertido en itinerario lírico obligado. Hasta la blanca casita de «Fuentepiña» llegan los poetas españoles, montados en burros moguereños, para celebrar el homenaje nacional. En Barcelona, en Sevilla, en París, en Buenos Aires... Por todas partes

cunde el júbilo. Se le nombra hijo predilecto de Moguer. Se le dedican las páginas enteras de varias revistas literarias. Se multiplican las ediciones de sus libros. «La inmensa minoría» se dilata, se abre, como una rosa universal. Pero el poeta sigue en su mutismo desesperante. Sin Zenobia, la luz de sus ojos, todo se le torna amargo, oscuro, imposible. Se encierra en una habitación con su dolor. Su casa está sellada por un signo tremendo. Nadie llega a su isla torturada. ¿Qué hace, qué piensa, cómo está Juan Ramón Jiménez? He aquí la pregunta que se hacen todos. Las cartas sin contestar, los negocios editoriales abandonados, interrumpido el chorro lírico... ¿Qué siente, qué proyecta el «Andaluz Universal»? En estos meses llega a Puerto Rico un gran amigo suyo, José María Pemán. Hasta el escritor gaditano había llegado el rumor de que el poeta estaba decidido a no recibir a nadie, que hasta había colgado un letrero en su puerta prohibiendo la entrada a cualquiera que fuese. Pero Pemán no vacila. Apenas en la isla, llega a la puerta del poeta y llama.

—Dígale—le dice en voz alta a la criada—que ha venido a verle José María Pemán.

Juan Ramón le oye y sale a abrazarle, llorando. Es un Juan Ramón caído, descuidado. El estado de su barba es lamentable. Las apariencias hablan claramente de su postración, de su pasividad para todo.

—Entramos allí—explica Pemán—, al cuarto oscuro en el que no ha entrado ni luz desde que se llevaron a Zenobia. ¡Que ni la luz lo profane!, había dicho. Luego me pasó a otra habitación llena de fotografías de ella. Allí están la mascarilla de la esposa y el vaciado de una mano. Juan Ramón la besa: «Esta mano, esta mano que escribió tanto a máquina para mí... Ella,

sólo ella, era la merecedora del Premio Nobel; ella tenía derecho; yo, no...

Sobre un papel de avión hay unos versos recientes. Juan Ramón le dice:

—Intento hacer la *Elegía de Zenobia*... pero no lo lograré... no puedo... no podré nunca.

Pero no hay el menor síntoma de que sus facultades mentales se hayan oscurecido. Pregunta por España y los españoles, por Andalucía, por Cádiz, por Moguer. Su memoria es magnífica y el cariño que siente por todo lo español es de la mejor ley. Pemán lo abraza. Juan Ramón vuelve a su dolor. ¿Qué hacer? ¿Qué se podría intentar?

—Respetar—contesta Pemán a un periodista que le interroga—. Juan Ramón tomó siempre la poesía como una moral. Lo admirable en él no es lo conseguido, sino lo renunciado.

Y es verdad. ¡Cuánto renunciamiento, cuánta negación por dejar limpio, brillante, solo, el diamante espiritual de la poesía! La poesía como una moral. He aquí el signo que señala su obra y que la hace distinta y distante en el lírico firmamento de la poesía universal. ¿Romántico, becqueriano, modernista, simbolista, parnasiano, rubeniano? ¿Heine, Poe, Rossetti? ¿Moreas, Samain, Paul Fort, Maeterlinck, Jammes, Rimbaud, Pierre Louys, Eliot, Blake, Synge...? Mucho más hondo y más alto. El surtidor le nace en el alma y es imposible precisar la raíz, la fuente milagrosa. Todo lo demás ha rozado apenas su diamante personal, el suyo, el que Dios ha puesto en el centro de su destino de poeta. ¿Vida, poesía? Es lo mismo. En él los dos conceptos están superpuestos, ajustados. No es posible contemplar lo uno sin percibir lo otro. Juan Ramón hizo

de su existencia poesía en movimiento, llama levantada, camino hacia la eternidad. Su hora, su vigor, su espacio, no es de ayer ni de hoy, «sino de tiempo verdadero».

Juan Ramón ha vuelto a la vida. Así lo han dicho las linotipias de todo el mundo. El rector de la Universidad de Puerto Rico, doctor Jaime Benítez; su médico, don Ramón Fernández Marina, y una enfermera, la señorita María Guzmán, acabaron con la tortura del poeta. Le sacaron de su casa llena de recuerdos y de sombras, le llevaron al hospital de Hato Teja, le sometieron a un tratamiento riguroso, a una disciplina inapelable, a la luz, al aire, a la convivencia. Le alimentaron por medio de tubos, le hicieron ejercitarse mentalmente, le recortaron el pelo, la barba, las uñas; le vistieron con dignidad... Y el alma gigantesca comenzó a aletear, a salir de la tiniebla, a recobrar la vida. Aún quedaba sol, nubes, flores, caminos. El vientecillo afilado traía un aroma retozona, casi de primavera. La vida estaba allí, aguardándole. El la había olvidado. La tristeza de ánimo y la anemia han desaparecido. Queda el dolor, pero un dolor resignado, hermoso, casi amigo. «Era un naufragio agarrado a un ensueño que las aguas desintegraban». Ahora vuelve a ser una palpitatación. Más: la forma de una huída. Piensa en Zenobia, ahora más suya que nunca, y puede decir con Fraulein Tesman: «Es maravilloso, Dios mío; ahora está, al mismo tiempo, conmigo y en el cielo.»

«Hubo que ser cruel con él», escribe José María Massip. Juan Ramón había llegado a aborrecer los olores. No se podía fumar en su presencia. Ahora, sí. La enfermera, una tarde, encendió un pitillo. El poeta hizo

un gesto de dios ofendido. Pero la enfermera, impasible, le dijo:

—Sus amigos le toleran muchas cosas; tolere usted también las cosas de sus amigos, don Juan.

Se rindió al fin:

—Está bien—dijo—, pero no me llame don Juan; yo soy Juan Ramón.

Juan Ramón. J. R. J. «El Andaluz Universal». «El Cansado de su nombre»... De nuevo volvía a serlo todo. Acudió al cementerio de Porta Coeli, habló con los niños, volvió a sus clases de la Universidad, saludó a los poetas, escribió cartas... Ni impaciencia, ni cuidados; recuerdos y silencios... ¡Silencios! En el silencio, la voz de un niño, la de un agua, el paso de la brisa; un sollozo, un eco, un verso errante. La vida es buena, útil, bella, justa. El día abre su sol, la rosa su fragancia, la hoja su verdeoro. De vez en cuando parece que se oye la voz que ha callado para siempre. «Es como cuando se sienta uno en una fuente, como cuando se lee bajo un árbol, como cuando se deja uno llevar de la onda por un poético río... Y se sienten ganas de no irse nunca; de abrir hasta lo infinito, como rosas blancas, estas rosas blancas, puras, plenas; de quedarse prendido en este imán de candor, en el crepúsculo eternizado de esta última lección de austeridad y de hermosura.»

Su palabra viva, actual, glorificada, viene de lo alto y allí termina o descansa. Por eso, cuando alguien, a raíz de la concepción del Nobel, se le acercó para preguntarle cuál era su poeta preferido, él, vislumbrador de la Belleza eterna, contestó sin titubeos: —Dios.

Su obra ha sido y es la más alta señal de su fe, de su esperanza y de su amor.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS

ALMAS DE VIOLETA. Atrio de Francisco Villaespesa.—Madrid, 1900. 114 págs., 8.° Con un retrato fotográfico del autor. Tipografía Moderna.—5 ptas.

NINFEAS. Atrio de Rubén Darío. — Madrid, 1900. Colección Lux, II (extraordinario). Retrato del autor por Ricardo Baroja. Tipografía Moderna.

RIMAS.—Madrid, 1902. Fernando Fe, Imp. Moreno, 8.° 8 ptas.

ARIAS TRISTES. Arias otoñales. Nocturnos. Recuerdos sentimentales.—Madrid, 1903. Fernando Fe, Tip. de la «Revista de Archivos», 288 págs.

JARDINES LEJANOS. Jardines galantes. Jardines místicos. Jardines dolientes.—Madrid, 1904. Fernando Fe, Tip. de la «Revista de Archivos», 288 págs.

ELEGÍAS PURAS.—Madrid, 1908. Tip. de la «Revista de Archivos», 80 págs., 8.°—2 ptas.

ELEGÍAS INTERMEDIAS.—Madrid, 1909. Tip. de la «Revista de Archivos», 76 págs., 8.°—2 ptas.

OLVIDANZAS: LAS HOJAS VERDES.—Madrid, 1909. Tipografía de la «Revista de Archivos», Fernando Fe, 74 págs., 8.°—2 ptas.

ELEGÍAS LAMENTABLES.—Madrid, 1910. Tip. de la «Revista de Archivos», 80 págs.—2 ptas.

BALADAS DE PRIMAVERA (1907).—Madrid, 1910. Fernando Fe, Tip. «Revista de Archivos», 86 págs., 8.°—2 ptas.

LA SOLEDAD SONORA. La soledad sonora. La flauta y el arroyo. Rosas de cada día (1908). — Madrid, 1911. Fernando Fe, Tip. «Revista de Archivos», 240 págs., 8.°—3,50 ptas.

PASTORALES. La tristeza del campo. El valle. La es-

trella del pastor (1905). — Ediciones Renacimiento, Imp. V. Prieto, 225 págs., 8.° Madrid, 1911 (dos ediciones).

POEMAS MÁGICOS Y DOLIENTES. Ruinas. Francina en el jardín. Marinas de ensueño. Estampas. Perfume y nostalgia (1906).—Fernando Fe, Tip. de la «Revista de Archivos», 214 págs., 3,50 ptas. Madrid, 1911.

MELANCOLÍA. El tren. El alma encendida. La voz velada. Tercetos melancólicos. Hoy. Tenebrae (1910-1911).— Madrid, 1912. Tip. de la «Revista de Archivos», 214 págs.—3,50 ptas.

LABERINTO. Voz de seda. Tesoro. Variaciones inefables. La amistad. Sentimientos musicales. Nevermore. Olor de jazmín (1910-1911).—Madrid, 1913. Renacimiento. Tip. Editorial, 279 págs.

PLATERO Y YO (Elegía andaluza).—Ilustraciones de Fernando Marco. 1 vol. en cartoné de 142 págs. Editorial «La Lectura», Bibl. «Juventud». (Se acabó de imprimir el 12 de diciembre.) Primera edición. Madrid, 1914. 141 págs.—2,50 ptas.

ESTÍO (A punta de espina) (1915).—Madrid, 1916. Ediciones Calleja, Imp. Fortanet, 178 págs., 8.°—3,50 pesetas (tres ediciones). .

PLATERO Y YO (Elegía andaluza) (1907-1916).—Primera edición completa, Edit. Calleja, 1 vol. de 322 págs., en rústica. Madrid, 1917.—3,50 ptas. ejemplar.

POESÍAS ESCOJIDAS (1899-1917). — Madrid, 1917. Imp. Fortanet, 600 ejemplares hilo numerados, 4.°—20 pesetas.

POESÍAS ESCOJIDAS (1899-1917) DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. The Hispanic Society of America. Nueva York, 1917. Madrid, Fortanet.

SONETOS ESPIRITUALES (1914-1915).—Madrid, 1917. Editorial Calleja, Imp. Fortanet, 138 págs., 8.°—Rústica, 2 ptas.; tela, 4,25 ptas. (cuatro ediciones).

DIARIO DE UN POETA RECIÉN CASADO (1916).—Madrid, 1917. Edit. Calleja, Imp. Fortanet, 8.°—5,75 ptas. (tres ediciones).

ETERNIDADES. Verso (1916-1917).—Madrid, 1918. Edit.

Calleja, Imp. A. de Angel, 178 págs., 8.°—3,50 ptas. (tres ediciones).

PIEDRA Y CIELO. Verso (1917-1918).—Madrid, 1919. Edición «Ateneas», Tip. Fortanet, 175 págs., 8.°—3,50 pesetas.

PLATERO Y YO.—Edición especial numerada en papel hilo. Tirada especial de 100 ejemplares. Edit. Calleja. Madrid, 1917.—10 ptas. ejemplar.

PLATERO Y YO (Elegía andaluza).—Segunda edición completa. Edit. Calleja. Madrid, 1917.—En tela, 4,50 pesetas.

SEGUNDA ANTOLOGÍA POÉTICA (1898-1918).—Espasa Calpe. Madrid, 1922. Colección Universal núms. 688 a 691. Con una breve introducción—sencillo y espontáneo—en forma de carta a D. Manuel García Morente, director de la colección. 356 págs., 16.°—2 ptas.

POESÍAS ESCOGIDAS.—Selección y prólogo de P. Henríquez Ureña. México, 1923.

POESÍA (en verso) (1917-1923).—Madrid, 1923. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra; Talleres Poligráficos, 8.°, tela, 125 págs.—6 ptas.

BELLEZA (En verso) (1917-1923).—Madrid, 1923. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra; Talleres Poligráficos, 8.°, tela, 126 págs.—6 ptas.

PLATERO Y YO (Elejía andaluza).—Madrid, 1926. Imp. Zoila, Edit. L. Sánchez Cuesta, 136 págs., 8.°, encuad. 8 ptas.

PLATERO Y YO (Elejía andaluza) (1907-1918).—Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, serie IV, volumen II. Madrid, 1926. 318 págs, tela azul.—6 ptas.

UNIDAD (ocho cuadernos).—Madrid, 1925. León Sánchez Cuesta, librero. Imp. S. Aguirre.

OBRA EN MARCHA (Diario poético de J. R. J.).—España, sin día, 1928. León Sánchez Cuesta, librero. Suplemento, en la edición privada: J. R. J., por Juan Bonafé; en colores.

ETERNIDADES. Verso.—Segunda edición. Ed. CIAP. Madrid, 1931.

SUCESIÓN (ocho pliegos).—Imp. S. Aguirre. Madrid, 1932.

POESÍA EN PROSA Y VERSO (1902-1923) DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. Selección de Zenobia Camprubí Aymar.—Edit. Signo. Madrid, 1932. Talleres Gráficos Herrera.

PLATERO Y YO (Elejía andaluza).—Edición igual a la anterior. Madrid, 1932.

PLATERO Y YO (Elejía andaluza).—Con ilustraciones de Fernando Marco. Bibl. «Juventud», Edit. Espasa Calpe. Madrid, julio, 1933.

POESÍA EN PROSA Y VERSO (1902-1932) DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. Selección de Zenobia Camprubí Aymar.—Segunda edición, Edit. Signo. Madrid, 1933.

PRESENTE (veinte cuadernos).—Madrid, 1934. Imp. S. Aguirre.

SEGUNDA ANTOLOGÍA POÉTICA (1898-1918).—Segunda edición, Espasa Calpe. Madrid, 1933.

PLATERO Y YO (Elejía andaluza).—Edición igual a la anterior de Espasa Calpe, con fecha 1936 en la portadilla. En tela varios colores. Se acabó de imprimir, según el colofón, en marzo de 1937.

PLATERO Y YO (Elejía andaluza).—Madrid, 1934. Editorial Signo, 1 vol. de 312 págs. en tela encarnada.—6 ptas.

I (Hojas nuevas, prosa y verso, 1935).—Madrid. Son veinte hojas.

CANCIÓN.—(Como nombre del autor, sólo las iniciales J. R. J.) Dedicatoria a Zenobia Camprubí Aymar y un poema facsímil. Madrid, 1936. Ed. Signo, Tip. S. Aguirre, 434 págs.

POLÍTICA POÉTICA.—Madrid, 1936. Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Instituto del Libro Español, Imp. de S. Aguirre. Conferencia leída en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes. Madrid, 15 de junio de 1936.

VERSO Y PROSA PARA NIÑOS.—Con un prólogo del poeta, siete dibujos y un mensaje de los niños de Puerto Rico. Edición escolar. (Selección, notas preliminares, apuntes biográficos y críticos, vocabularios y notas finales, de Carmen Gómez Tejera y Juan Asencio Alvarez-Torre.) La Habana, 1937.

La poesía cubana en 1936 (Colección).—Prólogo y apéndice de Juan Ramón Jiménez. Comentario final de José M.ª Chacón y Calvo. Institución Hispanocubana de Cultura. La Habana, 1937.

Ciego ante ciegos.—La Habana, 1938. Publicaciones de la Secretaría de Educación.

Platero y yo (Elejía andaluza).—Buenos Aires, Espasa Calpe, 1 vol. de 140 págs., 21 de septiembre de 1937.

Platero y yo (Elejía andaluza).—1 vol. de 140 págs. Buenos Aires, 1937.

Platero y yo (Elejía andaluza).—Con ilustraciones de A. Rossi. 1 vol. de 158 págs., cartoné. Editorial Losada. Buenos Aires, 1939.

Platero y yo (Elejía andaluza).—Nueva edición completa, con ilustraciones de Norah Berges. Losada. Buenos Aires, 1942.

Segunda edición igual a la anterior, 1946.

Tercera edición igual a la anterior, 1948.

Platero y yo (Elejía andaluza).—Edición económica. Edit. Losada. Buenos Aires, 1940. Artes Gráficas B. U. Chiesino. 122 págs.

Segunda edición económica, 1940.

Tercera edición económica, 1941.

Cuarta edición económica, 1943.

Quinta edición económica, 1944.

Sexta edición económica, 1945.

Séptima edición económica, 1946.

Octava edición económica, 1947.

Novena edición económica, 1947.

Décima edición económica, 1949.

Undécima edición económica, 1951.

Españoles de tres mundos (Caricaturas líricas) (1914-1940).—Editorial Losada. Buenos Aires, 1942. Imp. López. 170 págs.

Sonetos espirituales (1914-1915).—Colección Rama de Oro. Buenos Aires, 1942.

Antología poética.—Editorial Losada. Buenos Aires, 1944. Imp. López. 330 págs. (dos ediciones).

Eternidades (1916-1917).—Editorial Losada. Buenos Aires, 1944. Imp. López. 156 págs.

BELLEZA (En verso) (1917-1923).—Editorial Losada. Buenos Aires, 1945. Imp. López. 156 págs.

VOCES DE MI COPLA. — Nueva floresta en la Ed. Stylo. México, 1945.

EL ZARATÁN.—Con 19 grabados de Alberto Beltrán. Colección «Lunes», núm. 20. México, 1946.

LA ESTACIÓN TOTAL CON LAS CANCIONES DE LA NUEVA LUZ. Edit. Losada. Buenos Aires, 1946. Imp. López. 165 páginas.

ROMANCES DE CORAL GABLES (1939-1942).—México, 1948.

ANIMAL DE FONDO.—Pleamar. Buenos Aires, 1949. 129 páginas. Con la versión francesa de Lysandro Z. D. Galtier. Imp. López.

ESTÍO (A punta de espina).—Editorial Losada. Buenos Aires, 1944. Imp. López. 144 págs.

POESÍA (En verso) (1917-1923).—Editorial Losada. Buenos Aires, 1946. Imp. López. 129 págs,

PIEDRA Y CIELO (1917-1918).—Editorial Losada. Buenos Aires, 1948. Imp. López. 144 págs.

DIARIO DE POETA Y MAR (Nueva versión de «Diario de un poeta recién casado»).—Editorial Losada. Buenos Aires, 1948. Imp. López.

VERSO Y PROSA PARA NIÑOS. México, 1948. Edit. Orión (tres ediciones).

PLATERO Y YO (Elejía andaluza).—Edición ilustrada con litografías de José Mompou. Ed. Gustavo Gili. Volumen sexto de la colección «La Cometa». Barcelona, 20 de noviembre de 1947. Edición de 200 ejemplares en varios tipos de papel, 112 págs.

SONETOS ESPIRITUALES (1914-1915). — Editorial Losada. Buenos Aires, 1949. Talleres Gráficos Americalee. 128 págs.

ANTOLOGÍA PARA NIÑOS Y ADOLESCENTES.—Selección de Norah Berges y Guillermo de Torre. Ed. Losada. Buenos Aires, 1951. 236 págs.

PLATERO Y YO (Elegía andaluza).—Selec. Airón. 1 vol. de 296 págs., con una sobrecubierta dibujada por Luis Vigil, tela marrón. Edit. S. Calleja. Madrid, 1952.—60 ptas.

PLATERO Y YO (Elegía andaluza).—Con un prólogo ori-

ginal del autor para esta edición. Ilustraciones de Lobo. Un vol. de 130 págs, tela amarilla. Libraire des Editions Espagnoles. Paris et Toulouse. Imprimé en France, a Paris, 1953.

DIARIO DE POETA Y MAR.—Afrodisio Aguado. Tela amarilla y un retrato del poeta, 276 págs. Madrid, 1955.

PLATERO Y YO (Elegía andaluza).—Con ilustraciones de R. Alvarez Ortega. Aguilar. Colección Crisol. Madrid, 1953.

PLATERO Y YO (Elegía andaluza).—Con ilustraciones de Rafael Alvarez Ortega. Aguilar. Colección literaria. 403 págs. Madrid, 1955.
(2.ª edición, 1956; 3.ª edición, 1957.)

TERCERA ANTOLOGÍA POÉTICA (1908-1953).—Un tomo piel y oro. Biblioteca Nueva. Madrid, 1957.—250 ptas.

SONETOS ESPIRITUALES.—Afrodisio Aguado. Madrid, 1957. Con un prólogo de Ricardo Gullón.

EL ZARATÁN.—Edición conmemorativa de la apertura de la Biblioteca «Juan Ramón Jiménez» en su Casa de Moguer. 1.000 ejemplares numerados, ilustraciones de Gregorio Prieto. Madrid, 1957.

EN FRANCES

ANIMAL DE FONDO.—Versión francesa de Lysandro Z. D. Galtier. En la misma edición española de la Editorial Losada. Buenos Aires, 1944.

POESIES.—Traduction par Guy Lévis Mano. Texte Espagnol (tirada de 1.080 ejemplares). París, 1955.

PLATERO ET MOI.—Traduction par Claude Couffon. París, 1956.

EN INGLES

PLATERO Y YO.—Ed. notes..., method exercise and vocabulary by Gertrude M. Wals. With a crit. intr. by Federico de Onís. III by Mand a. Miska Petershan. Heath's Modern Languages Series. Heath and Co. Un vol., 136 págs. London, s. a.

Hay otras ediciones iguales a la anterior en el «Heath's Contemporary Spanish Texts». New York, sin año.

FIFTY SPANISH POEMS.—With English tralation by J. B. Trend. Oxford, Thed Dolphin Book Co., Ltd., 1950. 97 págs.

PLATERO AND I (An Andalusian Elegy).—Translated from the Spanish by William and Mary Roberts. Dwawings by Baltasar Lobo. Oxford, Thed Dolphin Book Company. First published, 1956. Printed in breat Britain for the Dolphin Book Co., Ltd. Oxford, by Robert Stockwel limited, 5-13 Baden Palace, London, S.E.I. This traslation is for Juan Ramón, Zenobia, and Betsy.

EN ITALIANO

PLATERO Y YO.—Traducción de Carlo Bo. Un vol. de 120 págs. Vallecchi Ed. Firence. Junio de 1943.

PLATERO Y YO.—Edición con prólogo y notas de C. M. Bertini. Leonardo. Milán, 1944.

POESI DI JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.—Versioni con testo a frente Franceso Tentori. Guarda. Parma, 1946.

POESI.—Edición comentada por Luigi Panarese. C. Editrice Mandadori.

PLATERO E IO (Elegía andaluza).—Traducción y notas de S. PELLEGRINI. Un vol. de 128 págs. Coll. «Orizzonti». Ausonia Ed. Siena. Junio de 1949.

ANIMALE DI FONDO.—Traducción de Rinaldo Froldi. Casa Editrice Sausoni. Firence, 1954.

EN HOLANDES

PLATERO Y YO (Elegía andaluza).—Introd. y notas de B. J. Fernández de la Mata. Cubierta y dibujos de Jan Reder. Un vol. de 192 págs. Ed. «Plus Ultra». Amsterdam, 1945.

PLATERO EN IK (Andaloezische elegie). Traducción de P. Verhoog. Amsterdam, 1951. G. de Boer Jr. 88 páginas.

EN SUECO

SILVER OCH VAG. Tolkning av Arne Häggqvist. Stockholm. Wahlström & Widstrand. Originalets Titel: «Platero y yo». Teckningar Av Baltasar Lobo. Stockholm, 1956. A. B. Gustaf Lindströms Boktryckeri.

EN PORTUGUES

PLATERO E EU.—Trad. de Athos Damasceno. Porto Alegre. Ed. Globo. 285 págs. 1953.

POEMAS TRADUZIDOS. Trinta e duas cançoes de Juand Ramón Jiménez. — Traductor: Manuel Bandeira. Rio Janeiro, 1945.

EN ALEMAN

PLATERO UND ICH (Eine Andalusische elegie).—Traductor: Doris Deinhard. In Insel-Verlag, 1953.

ROSE AUS ASCHE (Cuatro poemas traducidos al alemán por Erwin Walter Palm. Piper Buche rey Verlag, 1955).

EN HEBREO

PLATERO Y YO.—Traducido y publicado en Israel en 1956.

EN VASCUENCE

PLATERO Y YO.—1955.

PROLOGOS

NIEBLA. Poemas de Tomás Domínguez Ortiz, con un prólogo de... Huelva, 1900. 125 págs.

TEATRO DE ENSUEÑO, de Gregorio Martínez Sierra, con un prólogo de... Madrid, 1900.

LA COPA DEL REY DE THULE Y LA MUSA ENFERMA, de Francisco Villaespesa, con un prólogo de... Madrid, 1900.

ARBOL AÑOSO. Poemas de Narciso Alonso Cortés, con un soneto dedicado «A la Poesía, árbol joven y eterno, castillo de Belleza», de... Valladolid, 1914. Tip. Vda. de Montero. 89 págs.

LA CASA DE LA PRIMAVERA, por Gregorio Martínez Sierra, con un prólogo de... Madrid, 1921.

EL COHETE Y LA ESTRELLA, por José Bergamín, con una caricatura lírica de... Madrid, 1923. Biblioteca de Indice. Edit. Rivadeneyra.

PRESAGIOS. Poemas de Pedro Salinas, con una visita de... Madrid, 1924. Talleres Poligráficos.

MARINERO EN TIERRA. Poemas de Rafael Alberti, con una carta de... Madrid, 1925.

DÉDALO, por Juan José Domenchina, con una caricatura lírica de... Biblioteca Nueva. Madrid, 1932.

POESÍA ESPAÑOLA. Antología por Gerardo Diego, con un prólogo de... Signo. Madrid, 1932.

BOSQUE SIN SALIDA. Poemas de María Luisa Muñoz de Buendía, con un prólogo de... Huelva, 1934.

POESÍAS COMPLETAS, de Juan José Domenchina (1915-1934), con dos caricaturas líricas y un epigrama de... Signo. Imp. S. Aguirre. 280 págs. Madrid, 1936.

LLUVIAS ENLAZADAS, por Concepción Méndez, con un retrato lírico de... La Habana, 1939.

LA RAMA VIVA, por Francisco Giner de los Ríos. Prólogo de... Ediciones Tzontle. México, 1940.

DOBLE ACENTO, por Eugenio Florit, con un prólogo de... La Habana, 1937.

POESÍAS, de Jaime Delclaux, con un poema prólogo de... Editorial Hispánica. Imp. S. Aguirre. Madrid, 1943.

CARTAS A PLATERO, de Paulita Brook, con un prólogo de... México, 1943.

RIMAS, de Gustavo Adolfo Bécquer, con una prosa inédita de... Buenos Aires, 1945. Colección Mirto. Pleamar. 269 págs.

POEMAS PRÓLOGOS en toda la obra de Rabindranath Tagore, traducida al castellano por Zenobia Camprubí de Jiménez en colaboración con el poeta.

CONFERENCIAS, ARTICULOS, POEMAS SUELTOS

NOCTURNO.—«Vida Nueva», 42. Madrid, 26 de marzo de 1899.

SARCASMO (Un soneto).—«Vida Nueva», 47. Madrid, 30 de abril de 1899.

VANIDAD.—«Vida Nueva», 50. Madrid, 21 de mayo de 1899.

EN LA MUERTE DE CASTELAR.—«Vida Nueva», 52. Madrid, 4 de julio de 1899.

EGOÍSMO.—«Vida Nueva», 53. Madrid, 11 de junio de 1899.

A VARIOS ¿AMIGOS?—«Vida Nueva», 56. Madrid, 2 de julio de 1899.

LA GUARDILLA.—«Vida Nueva», 59. Madrid, 23 de julio de 1899.

PLEGARIA.—«Vida Nueva», 67. Madrid, 17 de septiembre de 1899.

EL CISNE.—«Vida Nueva», 70. Madrid, 8 de octubre de 1899.

PAISAJE.—«Vida Nueva», 72. Madrid, 29 de octubre de 1899.

¡DICHOSO!—«Vida Nueva», 75. Madrid, 12 de noviembre de 1899.

HORRIBLE MASCARADA.—«Vida Nueva», 76. Madrid, 19 de noviembre de 1899.

LOS AMANTES DEL MISERABLE.—«Vida Nueva», 78. Madrid, 3 de diciembre de 1899.

POESÍAS DE IBSEN. El minero. Poder del recuerdo. ¡Partida! A mi amigo el orador revolucionario. Pájaro y pajarero (traducciones).—«Vida Nueva», 83. Madrid, 7 de enero de 1900.

A UN DÍA FELIZ.—«Vida Nueva», 85. Madrid, 21 de enero de 1900.

MARCHITA.—«Vida Nueva», 93. Madrid, 18 de marzo de 1900.

LAS NIÑAS.—«Electra», 2. Madrid, marzo de 1901.

MÍSTICAS.—«Electra», 1 y 3. 30 de marzo de 1901.

PAISAJE DEL CORAZÓN.—«Electra», 4. 6 de abril de 1901.

MÍSTICA.—«Electra», 5. Madrid, 13 de abril de 1901.

LA CORNEJA.—«Helios», II. Mayo, 1903.

PÁGINAS DOLOROSAS.—«Helios», III. Madrid, junio de 1903.

LOS RINCONES PLÁCIDOS.—«Helios», VI. Madrid, septiembre de 1903.

LETRAS DE AMÉRICA. UN LIBRO DE AMADO NERVO.—«Helios», VIII. Noviembre, 1903.

NOCTURNOS.—«Helios», VIII. Noviembre, 1903.

LOS LIBROS. VALLE DE LÁGRIMAS, DE RAFAEL LEYDA.—«Helios», VIII. Noviembre, 1903.

COPLAS DEL VALLE.—«Blanco y Negro», 639. Madrid, 1 de agosto de 1903.

AIRE DE ALDEA.—«Blanco y Negro», 694. Madrid, 14 de noviembre de 1903.

TROVAS DE ROSAS MUERTAS.—«Blanco y Negro». Madrid, diciembre de 1903.

ANDÉN.—«El Programa». Sevilla, 1906.

VERSOS ACCIDENTADOS.—«Renacimiento», I. Madrid, marzo de 1907.

DE «LAS ROSAS DE SEPTIEMBRE».—«Renacimiento», II. Madrid, abril de 1907.

PALABRAS ROMÁNTICAS. — «Renacimiento», III. Madrid, mayo de 1907.

SERENATA TRISTE. — «Renacimiento», V. Madrid, julio de 1907.

ELEGÍAS PURAS.—«Renacimiento», V. Madrid, julio de 1907.

PAISAJES LÍRICOS. — «Renacimiento», V. Madrid, julio de 1907.

HABLA EL POETA.—«Renacimiento», V. Madrid, julio de 1907.

PASTORALES. BALADAS DE PRIMAVERA. ELEGÍAS.—«Renacimiento». Julio de 1907.

La casa de la primavera (crítica).—«Renacimiento», IX. Noviembre de 1907.

1920 (libro inédito). — «La Pluma». Madrid, octubre de 1920.

En la rama del verde limón. «España». Madrid, 9 de octubre de 1920.

La realidad invisible.—«España». Madrid, 30 de octubre de 1920.

Disciplina y oasis.—«Indice». Madrid, 1921.

Disciplina y oasis.—«Indice», IV. Madrid, 1921.

Diario vital y estético de belleza.—«España». Madrid, 9 de octubre de 1923.

Diario vital y estético de belleza.—«España». Madrid, 3 de noviembre de 1923.

Diario vital y estético de belleza.—«España». Madrid, 17 de noviembre de 1923.

Colina del alto chopo.—«Revista de Occidente», II. Madrid, agosto de 1923.

Diario vital y estético de retratos y caricaturas sentimentales de españoles variados.—«España». Madrid, 5 de enero de 1924.

Elegía pura.—«España», 5 y 7. Madrid.

Diario vital y estético de canciones.—«España». Madrid, 12 de enero de 1924.

Diario vital y estético de canciones.—«España». Madrid, 2 de febrero de 1924.

Poeta de Antro y Dianche.—«La Gaceta Literaria». Madrid, 15 de noviembre de 1930.

Poesía escrita. Estado.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, 1930.

Poesía escrita. Fernando Villalón.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, abril de 1930.

Poesía escrita. Belleza mayor.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, 1930.

Poesía escrita. Hado español de la belleza.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, 1930.

Poesía escrita. Paso.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, 1931.

Poesía escrita. Rosalía de Castro.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, 1931.

Poesía escrita. Concha Menden Cuesta.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, 1931.

Poesía escrita. Ernesto Giménez Caballero.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, 1931.

Poesía escrita. José Ortega y Gasset.—«El Heraldo de Madrid». Madrid, 1931.

Héroes españoles variados. — «El Sol». Madrid, septiembre de 1931.

Héroes españoles variados.—«El Sol». Madrid, octubre de 1931.

Héroes españoles variados: José Gutiérrez Solana, Fernando de los Ríos, Ernesto Giménez Caballero.—«El Sol». Madrid, 1931.

Flor que vuelve.—«El Sol». Madrid, 1 de junio de 1933.

Héroes españoles variados. Benjamín Jarnés.—«El Sol». Madrid, 4 de junio de 1933.

El quincallero doble.—«El Sol». 11 de junio de 1933.

Sitio perpetuo.—«El Sol». Madrid, 15 de junio de 1933.

Héroes españoles variados: Nicolás Salmerón.—«El Sol». Madrid, 18 de junio de 1933.

Complemento estético.—«El Sol». Madrid, 25 de junio de 1933.

Poema inédito. Rosa íntima.—«El Sol», 28 de junio de 1933.

Prosa inédita (muertos transparentes). Gustavo Adolfo Bécquer.—«El Sol». Madrid, 2 de julio de 1933.

Con la inmensa minoría. Sonrisas de Fernando Villalón, con soplillo distinto.—«El Sol». Madrid, 1933.

Con la inmensa minoría (crítica).—«El Sol». Madrid, 29 de diciembre de 1934.

Versos inéditos. Belleza mayor.—«El Sol». Madrid, 1934.

Versos inéditos. Sitio perpetuo.—«El Sol». Madrid, 1934.

Con Feliciano Rolán.—«El Sol». Madrid, 28 de abril de 1935.

Fondos de héroes españoles. Un andaluz de fuego.—«El Sol». Madrid, 1935.

Con la inmensa minoría (crítica).—«El Sol». Madrid, 17 de noviembre de 1935.

El zaratán.—«El Sol». Madrid, 1935.

La estación total.—«El Sol». Madrid, 1935.

Prosa inédita. Complemento estético.—«El Sol». Madrid, mayo de 1935.

Mediodía. El ejemplo. Ser en flor. Mi eterna vida. El otoñado.—«El Sol». Madrid, noviembre de 1935.

Versos inéditos. La voluntaria (tres poemas).—«El Sol». Madrid, 1935.

Caricatura, Rudos y entrefinos (Sobre Juan J. Domenchina).—«El Sol». Madrid, 15 de diciembre de 1935.

La lengua de Valle Inclán. — «El Sol», 7 de enero de 1936.

Ramón del Valle Inclán (castillo de quema).—«El Sol». Madrid, 26 de enero de 1936.

Con la inmensa minoría (crítica).—«El Sol». Madrid, 23 de febrero de 1936.

Poesías completas (crítica a la obra de Antonio Machado).—«El Sol». Madrid, 26 de abril de 1936.

Recuerdo al primer Villaespesa (1899-1901).—«El Sol». Madrid, 10 de mayo de 1936.

Con la inmensa minoría. Crítica (última meditación dedicada a Miguel Hernández).—«El Sol». Madrid, 23 de febrero de 1936.

Crítica (sobre poesías completas de Juan José Domenchina).—«El Sol». Madrid, 1936.

Con la inmensa minoría. Teresa de la Parra. Cementerio del Este. Nicho 101.—«El Sol». Madrid, 24 de mayo de 1936.

Con la inmensa minoría (crítica sobre «Cántico», de Jorge Guillén).—«El Sol». Madrid, 1936.

Con la inmensa minoría. Poemas: El azul relativo. Luz y negro. La conquista. Vida, gracia, muerte. Ser súbito.—«El Sol». Madrid, 1936.

Con la inmensa minoría. Caricatura, rudos y entrefinos. Ramón de Basterra. Juan José Domenchina. Federico de Onís.—«El Sol». Mayo de 1936.

Poesía española contemporánea.—«El Sol». Madrid, 24 de mayo de 1936.

Caricatura lírica de Federico García Lorca.—«Revista Hispánica Moderna», Nueva York, año I, 1934-1935.

CARTA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ A EUGENIO FLORIT.—«Revista Hispánica Moderna». Nueva York, 1942.

POLÍTICA POÉTICA.—Conferencia leída en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes. Madrid, 1936.

EL SUR. PRESENCIA.—«Cuaderno de la Universidad Popular de Cartagena». Febrero de 1937.

RECUERDO AL PRIMER VILLAESPESA.—«Repertorio Americano». Costa Rica, 21 de julio de 1936.

TERESA DE LA PARRA.—«Repertorio Americano». Costa Rica, 1 de agosto de 1936.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, CON EL PUEBLO ESPAÑOL.—«Repertorio Americano», 17 de octubre de 1936.

EL HOMBRE INMUNE. — «Repertorio Americano». Costa Rica, 2 de octubre de 1937.

EL ÚNICO ESTILO DE EUGENIO FLORIT.—«Repertorio Americano». Costa Rica, 9 de octubre de 1937.

DE MI DIARIO POÉTICO.—«Revista Cubana». Enero-marzo de 1937.

EL TRABAJO GUSTOSO.—«Ultra». La Habana, enero de 1937.

EVOCACIÓN DE VALLE INCLÁN.—«Ultra». La Habana, febrero de 1937.

FESTIVAL DE LA POESÍA CUBANA. — «Ultra». La Habana, marzo de 1937.

POLÍTICA POÉTICA.—«Ultra». La Habana, julio de 1937.

BRAZO ESPAÑOL.—«Verbum». La Habana, julio de 1937.

LÍMITE DEL PROGRESO. — «Verbum». La Habana, julio-agosto de 1937.

DE MI DIARIO POÉTICO.—Universidad de La Habana. Noviembre-diciembre de 1937.

EL AUSENTE.—«Sur». Buenos Aires, diciembre de 1939.

EL AUSENTE.—«Sur». Buenos Aires, febrero de 1941.

LA GLORIA.—«Repertorio Americano», 27 de enero de 1940.

JOSÉ MARTÍ.—«Repertorio Americano». Costa Rica, 16 de abril de 1940.

PRÓLOGO DEL LIBRO «ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS».—«Repertorio Americano», 15 de marzo de 1941.

ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS: JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.—«Sur». Buenos Aires, abril de 1941.

CARTA A PABLO NERUDA.—«Repertorio Americano». Costa Rica, 17 de enero de 1942.

¿AMÉRICA SOMBRÍA? — «Repertorio Americano». Costa Rica, 14 de agosto de 1943.

DIARIO POÉTICO (fragmentos).—«Poética», I (número dedicado a J. R. J.). La Plata, 1943.

POESÍA Y LITERATURA: ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA. RAMÓN DEL VALLE INCLÁN (CASTILLO DE QUEMA).—Tres estudios en tirada aparte de University of Miami Hispanic-American Studies, núm. 2 (1941).

ESPACIO (una estrofa). Poema con un prólogo en prosa. «Cuadernos Americanos», 5, págs. 191-205. México, septiembre de 1943.

DIARIO DE VIDA Y MUERTE.—«Cuadernos Americanos», 4. México, septiembre-octubre de 1944.

ESPACIO (fragmento primero de la segunda estrofa).—«Cuadernos Americanos», 5, págs. 181-183. México, septiembre-octubre de 1944.

HISTORIA DE ESPAÑA Y MÉXICO. UN ENREDADOR ENREDADO (RESPUESTA CONCISA EN LETRA DE ARCHIVO).—«Cuadernos Americanos», III, núm. 4 (1944). Reproducido en «La Estafeta Literaria» el 15 de marzo de 1945.

TRES POETAS EN ANTONIO MACHADO.—«Revista de la Asociación Patriótica Española», núm. 207. Buenos Aires, 1945.

PUNTO.—«Revista de las Indias», núm. 64. Bogotá, abril de 1944.

EL ESPAÑOL PERDIDO.—«Rueca», año II, núm. 7. México, 1943.

DISTRITO.—«Rueca», año IV, núm. 14. México, 1945.

A LUIS CERNUDA.—«El Hijo Pródigo», año I, núm. 6. México, 1943.

LUNA DEL HOMBRE.—«Corcel». Valencia, junio de 1944.

HISTORIA DE ESPAÑA Y MÉXICO. CARTA OBLIGADA A MÍ MISMO.—«Letras de México», 1 de agosto de 1944.

CANTADA (fragmento).—«Litoral». México, julio de 1944.

EN LA ÚLTIMA PARED DE ENRIQUE DÍEZ CANEDO.—«Litoral». México, agosto de 1944.

Y EL ÁRBOL.—«Orígenes». La Habana, verano de 1944.

HACIA OTRA DESNUDEZ.—«Orígenes». La Habana, otoño de 1945.

HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE.—«Corcel». Valencia, diciembre de 1945.

ENCUENTROS Y RESPUESTA.—«Orígenes». La Habana, verano de 1946.

MELODÍA.—«Proel». Santander, junio-agosto de 1945.

HISTORIA Y LEYENDA. — «Revista de Guatemala», julio-septiembre de 1945.

POESÍA Y EFIGIE DE TERESA WILMO MONTT.—«Caballo de Fuego», núm. 2. Buenos Aires, 1945.

ALERTA.—«Revista de América». Bogotá, agosto de 1945.

DOS ASPECTOS DE BÉCQUER.—«Revista de América», mayo de 1946.

EL MODERNISMO POÉTICO EN ESPAÑA Y AMÉRICA.—«Revista de América». Bogotá, abril de 1946.

CANTO.—«Indice», núm. 10. Madrid, 1946.

SOL DE LA TARDE.—«Atracción». Valencia, agosto de 1947.

ANIMAL DE FONDO.—«Orígenes». La Habana, verano de 1948.

CARTA A CARMEN LAFORET.—«Insula», 25, pág. 1. Madrid, 15 de enero de 1948.

EN LOS ESPACIOS DEL TIEMPO.—«Asomante», IV, núms. 3, 5 y 6. San Juan de Puerto Rico, 1948.

TODAS LAS NUBES ARDEN.—«Revista de la Universidad». Buenos Aires, julio-septiembre de 1948.

ANGELUS. MARIPOSAS BLANCAS. MI REINO. — «Quaderni Ibero Americani», I. Torino, 1946.

DIOS DESEADO Y DESEANTE.—«Caballo de Fuego». Buenos Aires, diciembre de 1949.

AL CENTRO RAYEANTE.—«Insula». Madrid, febrero de 1949.

SOY ANIMAL DE FONDO.—«Insula». Madrid, diciembre de 1949.

Y EN ORO SIEMPRE LA CABEZA ALERTA.—«Asomante». Puerto Rico, septiembre de 1949.

ANIMAL DE FONDO. CON LO ACTIVO INTACTO.—«Verbo». Alicante, marzo-abril de 1949.

EN SU COPA DE GLORIA.—«Isla de los Ratones». Santander, julio-septiembre de 1949.

DEL BAJO TAKOMA.—«Número». Montevideo, septiembre-octubre de 1949.

¿QUIÉN SERÁ?—«Reseña», núm. 4. Buenos Aires, noviembre de 1949.

EN LOS ESPACIOS DEL TIEMPO.—«Inventario», año II. Milán, 1949.

LA RAZÓN HEROICA (primer fragmento).—«El Tiempo». Bogotá, 30 de enero de 1949.

NOTAS SOBRE POESÍA Y POETAS.—«Proel». Santander, primavera-estío de 1950.

DOS POEMAS.—«Platero». Cádiz, mayo de 1951.

REQUIEM. — «Asomante». Puerto Rico, abril-junio de 1952.

DE MI SER NATURAL.—«Numero». Montevideo, octubre-diciembre de 1952.

OCTUBRE.—«Caracola», núm. 2. Málaga, diciembre de 1952.

ECO DE DAMA DE SOLEDAD.—«Poesía Española», núm. 12, pág. 1. Madrid, 1952.

CRÍTICA PARALELA. — «Orígenes», núm. 34. La Habana, 1953.

TRES CANTOS REVIVIDOS.—«Indice». Madrid, febrero-marzo de 1953.

CARTA DE JUAN RAMÓN.—«Indice». Madrid, marzo-abril de 1953.

JUAN RAMÓN HABLA DE POESÍA: UNA LECCIÓN Y CASI UN MANIFIESTO SOBRE LOS POETAS VOLUNTARIOS Y DOCENTES.—«Indice». Madrid, abril-mayo de 1953.

NUEVA CARTA DE J. R. J.—«Indice». Madrid, julio de 1953.

CARTA A EMILIO ABREU GÓMEZ.—«Indice». Madrid, diciembre-enero de 1953.

DE RÍOS QUE SE VAN.—«Insula», núm. 85. Madrid, enero de 1953.

ISLA DE LA SIMPATÍA Y EL PRIMOR.—«Asomante», páginas 5-14. Puerto Rico, enero-marzo de 1953.

PORQUE TE VI TAN VACÍO.—«Isla de los Ratones», números 21-22. Santander, 1953.

CINCO POEMAS.—«Platero», núm. 18. Cádiz, 1953.

CASA AZUL MARINO.—«Platero», núm. 19. Cádiz, 1953.

PALOMA OFENDIDA.—«Platero», núm. 20. Cádiz, 1953.

RETABLILLO DE LOS JUGLARES. Antonia Calderón y José Jordá.—«Caracola», núm. 7. Málaga, 1953.

SI LA BELLEZA INMENSA ME RESPONDE O NO.—«Poesía Española», núm. 16. Madrid, abril de 1953.

POESÍA CERRADA Y POESÍA ABIERTA.—«La Torre», núm. 1. Puerto Rico, enero-marzo de 1953.

CUANDO YO ERA EL NIÑO DIOS.—«Caracola», núm. 5. Málaga, 1953.

NOCTURNO.—«Macanaz», núm. 6. Albacete, abril-junio de 1953.

LAS PALOMAS.—«Estría», núm. 5. Salamanca, mayo de 1953.

RECUERDO A ORTEGA Y GASSET.—«Clavileño», núm. 24, págs. 44-49. Madrid, 1953.

EL COLOR DE TU ALMA.—«Mairena», núm. 1. Buenos Aires, 1953.

SOBRE MIS LECTURAS EN LA ARGENTINA.—«La Nación». Buenos Aires, 13 de marzo de 1949.

ROMANCE SON DE MIS VENAS.—«La Nación». Buenos Aires, 18 de septiembre de 1949.

VIVIENDA Y MORIENDA.—«La Nación». Buenos Aires, 30 de octubre de 1949.

OLVIDOS DE GRANADA.—«La Nación». Buenos Aires, 22 de enero de 1950.

LEYENDA DE UN HÉROE HUECO.—«La Nación». Buenos Aires, 11 de enero de 1953.

NOTAS GENERALES.—«Universidad». Puerto Rico, 25 de febrero de 1953.

EL NIÑO NEGRO, DE WILLIAM BLAKE (traducción).—«Universidad». Puerto Rico, 30 de marzo de 1953.

RETRATO, DE PARMENIA MIGUEL (traducción).—«Universidad». Puerto Rico, 18 de mayo de 1953.

ROMANCES REVIVIDOS DEL TIEMPO DE PLATERO (1903-1905). «Platero», núm. 18. Cádiz, 1953.

YO LO QUIERO ESE ORO.—«Buenos Aires Literario». Enero de 1953.

EL CAOS DE POE.—«Buenos Aires Literario». Abril de 1953.

La menuda floración.—«Buenos Aires Literario». julio de 1953.

Toda la luz nunca vista.—«Insula», núm. 92, pág. 5. Madrid, 1953.

Una carta y tres cantos revividos de muertes y resurrección.—«Indice», núm. 60, págs. 1-19. Madrid, 1953.

Vida inédita: continente de estrellas.—«Caracola», núm. 6. Málaga, 1953.

Respuesta anticipada de Juan Ramón.—«Indice», número 72. Madrid, 1954.

Muerte es beldad. Un hermoso poema de Macedonio Fernández.—«Indice», núms. 74-75. Madrid, 1954.

Márgenes propias y ajenas.—«Asomante», núm. 1, páginas 5-11. Puerto Rico, 1954.

Respiración total de nuestra entera gloria.—«Isla de los Ratones», núm. 23. Santander, 1954.

La palma seca.—«Platero», núm. 23. Cádiz, 1954.

Un amanecer con Cristo.—«Platero», núm. 24. Cádiz, 1954.

Autocrítica.—«Caracola», núm. 16. Málaga, 1954.

Seguidillas del tiempo de Moguer.—«Caracola», número 17. Málaga, 1954.

Estás cayendo siempre hasta mi imán.—«Caracola», núm. 18. Málaga, 1954.

Dos cartas de mis veintitrés años.—«Caracola», número 21. Málaga, 1954.

Los dos en realidad.—«Poesía Española». Madrid, enero de 1954.

Espacio (el poema completo).—«Poesía Española». Abril de 1954.

Ideología lírica.—«La Torre», núm. 5, págs. 54-62. Puerto Rico, 1954.

Ideología.—«Cuadernos Hispanoamericanos», núm. 52. Madrid, abril de 1954.

Poema inédito. Orfeo.—«Yauco». Puerto Rico, abril de 1954.

De ríos que se van: las piedras constantes.—«Ketama». Tetuán, junio de 1954.

TRES POEMAS INÉDITOS DE «DIOS DESEADO Y DESEANTE».—«Correo Literario», julio de 1954.

CARTA A TRINA MERCADER.—«Almotamid», núm. 28. Tetuán, septiembre de 1954.

CRÓNICA AMERICANA.—«El Tiempo». Bogotá, 20 de junio de 1954.

HOMBRO COMPASIVO.—«El Comercio». Lima, 5 de septiembre de 1954.

EPISTOLARIO.—«Cuadernos Hispanoamericanos», XX, páginas 167-177. Madrid, 1954.

RESPUESTA A «CARACOLA» (sobre la poesía actual).—«Caracola», 9.° supl., núm. 20. Málaga, 1954.

VINO, PRIMERO, PURA...—«Caracola», núm. 27. Málaga, 1954.

RIOMIO DE MI HUIR.—«Caracola». Málaga, agosto de 1955.

DEL ALMA.—«Caracola». Málaga, octubre de 1955.

PORQUE TODO ES VERDAD.—«Aljibe». Sevilla, marzo de 1955.

A «CARACOLA», DE MÁLAGA.—«Marcha». Montevideo, 15 de abril de 1955.

LÍMITE DEL PROGRESO O LA DEBIDA PROPORCIÓN.—«El Nacional». Caracas, 3 de junio de 1956.

ANTOLOGÍA (diez poemas).—«Caracola», 49. Málaga, noviembre de 1956.

MELANCOLÍA. EN TREN. ETERNIDADES (AURORAS). EL TREN PERDIDO. AURORAS DE MOGUER (MARISMAS). AURORAS DE MOGUER (RÍO TINTO).—«Revista Trenes», núm. 62, dedicado al tren en la poesía. Mayo de 1956.

BREVE ANTOLOGÍA.—«Ya». Madrid, 28 de octubre de 1956.

TROVA DE ROSAS MUERTAS.—«A B C». Madrid, 26 de octubre de 1956.

ANTOLOGÍA POÉTICA.—«Clavileño», 42. Madrid, noviembre-diciembre de 1956.

SU SITIO FIEL.—«Mirador del Mundo», I. Madrid, mayo de 1957.

ANTOLOGÍA DE J. R. J.—«Insula», 128-129. Madrid, 1957.

EL JARDINERO SEVILLANO. — «Mirador del Mundo», 5. Madrid, 1957.

TRADUCCIONES

(Incluyendo su colaboración con Zenobia Camprubí de Jiménez)

VIDA DE BEETHOVEN, por Romain Rolland.—Traducción de... Con un prólogo de Romain Rolland. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Imp. Clásica Española. Madrid, 1915.

LA LUNA NUEVA, por Rabrindanath Tagore.—Traducción de Zenobia Camprubí Aymar, con un prólogo de... Imprenta Clásica Española. Madrid, 1915.
Segunda edición: Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra. Madrid, 1922.
Tercera edición: 1930.
Cuarta edición: 1935.
Quinta edición: Editorial Hispánica. Madrid, 1943.
Sexta edición: Igual a la anterior.

EL JARDINERO, por Rabindranath Tagore.—Traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez, con un poema de J. R. J. Imp. Fortanet. Madrid, 1917.
Segunda edición: Signo. Madrid, 1935.
Tercera edición: Editorial Losada. Buenos Aires, 1943 (2.ª y 3.ª ediciones de Losada, de 1949 y 1953).

EL CARTERO DEL REY, por Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J., con un poema de J. R. J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1917.
Segunda edición: Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra. Talleres Poligráficos. Madrid, 1922.
Tercera edición: Losada. Buenos Aires, 1938 (2.ª edición de Losada, 1941).

PÁJAROS PERDIDOS, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J., con un poema de J. R. J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1917.

Segunda edición: Signo. Madrid, 1934.

La cosecha, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J., con un prólogo de J. R. J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1917.

Segunda y tercera ediciones: en Madrid.

Cuarta edición: Losada. Buenos Aires, 1945.

El asceta (Sanyasil), de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J., con un poema de J. R. J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1918.

Segunda y tercera ediciones: en Madrid.

El rey y la reina, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J., con un poema de J. R. J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1918.

Segunda y tercera ediciones: Iguales a la anterior, en Madrid.

Cuarta edición: Con «Malini» y «El Asceta», con tres poemas de J. R. J. Losada. Buenos Aires, 1943.

Malini, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J., con un poema de J. R. J. Tip. Angel Alcoy. Madrid, 1918 (dos ediciones).

Ofrenda lírica (Gitanjali), de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J., con un poema de J. R. J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1918 (dos ediciones).

Tercera edición: Editorial Hispánica. Madrid, 1943.

Las piedras hambrientas, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1918 (tres ediciones).

Cuarta edición: Afrodisio Aguado. Madrid, 1955.

El rey del salón oscuro, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1919 (tres ediciones).

Cuarta edición: Losada. Buenos Aires, 1946.

Sacrificio, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Tip. de Angel Alcoy. Madrid, 1919 (dos ediciones).

Morada de paz, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Imp. Fortanet. Madrid, 1919.

Segunda edición: Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra. Imprenta Zoila. Madrid, 1925.

Tercera edición: Signo. Madrid, 1933.
Cuarta edición: Losada. Buenos Aires, 1948.

REGALO DEL AMANTE, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Imp. Fortanet. Madrid, 1919.

CHITRA, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Imp. Fortanet. Madrid, 1919.
Segunda edición, con «Pájaros perdidos»: Losada. Buenos Aires, 1948.

MASHI Y OTROS CUENTOS, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Imp. Fortanet. Madrid, 1920.
Segunda edición: Losada. Buenos Aires, 1944.

EL GIRASOL Y LA ESPADA, de John M. Synge. JINETES HACIA EL MAR.—Traducción de Z. C. de J. y J. R. J. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra. Imp. Fortanet. Madrid, 1920.

LA HERMANA MAYOR, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra. Imp. Fortanet. Madrid, 1921.
Segunda edición: Losada. Buenos Aires, 1948.

LA FUGITIVA, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra. Talleres Poligráficos. Madrid, 1922.

LA FUGITIVA II, de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez, editores de su propia y sola obra. Talleres Poligráficos. Madrid, 1922.

VERSO Y PROSA PARA NIÑOS, de Rabindranath Tagore.—Selección de la obra traducida por Z. C. de J., con dos poemas de J. R. J. y nueve ilustraciones de artistas indios. Edición escolar con vocabulario y notas. La Habana, 1937.

OBRA ESCOGIDA de Rabindranath Tagore.—Traducción de Z. C. de J. Biblioteca Premios Nobel. Aguilar. Madrid, 1955.

ESTUDIOS SOBRE JUAN RAMON JIMENEZ

Libros, ensayos, conferencias, antologías...

AZORÍN: «Los valores literarios».—Renacimiento, páginas 199-204. Madrid, 1913.

AZORÍN: «Clásicos y modernos».—Madrid.

BLEIBERG. Germán y Marías, Julián: «Diccionario de la Literatura española».—Revista de Occidente, páginas 384-387. Madrid, 1953.

BO, Carlo: «La poesía con Juan Ramón Jiménez».—Firence, 1941.

BO, Carlo: «La poesía de Juan Ramón Jiménez». Traducción española de Isabel de Ambía. Prólogo de José María Alfaro. Antología de J. R. J. hecha por J. Guerrero Ruiz.—Edit. Hispánica. Madrid, 1943.

CASARES, Julio: «Crítica efímera».—Espasa Calpe. Madrid, 1944.

CONDE, Carmen (con seudónimo de Florentina del Mar): «Juan Ramón Jiménez».—Ensayo crítico (1952).

CYRIA, Sor Mary: «A Bibliography of Juan Ramón Jiménez» (tesis).—The Catholic University of America. Junio de 1944.

CYRIA, Sor Mary: «Juan Ramón Jiménez Theory of Poetry».—Washington, febrero de 1945.

DÍAZ PLAJA, Guillermo: «Historia de la Literatura española».—Edit. «La Espiga». Barcelona, 1943.

DÍAZ PLAJA, Guillermo: «La poesía lírica española».—Labor. Barcelona, 1917.

DÍAZ PLAJA, Guillermo: «Modernismo frente a noventa y ocho».—Espasa Calpe. Madrid, 1951.

DÍAZ PLAJA, Guillermo: «Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel». Conferencia pronunciada en la Biblioteca Museo Balaguer.—Villanueva y Geltrú, diciembre de 1956.

DIEGO, Gerardo: «Poesía española».—Antología. Madrid, 1934.

DIEGO, Gerardo: Sobre Juan Ramón Jiménez en conferencia pronunciada en Buenos Aires y recogida después en la revista «Verbum».

DÍEZ CANEDO, Enrique: «Juan Ramón Jiménez en su obra».—El Colegio de México. México, 1944.

GALLO, Hugo: «Storia della Letteratura Spagnola».—Academia. Milano, 1952.

GARCÍA VIDELA, Miguel: «Platero, personaje literario» (tesis).—Buenos Aires, 1942.

GARFIAS, Francisco: «Moguer en la poesía de Juan Ramón Jiménez».—Publicaciones de «Cuadernos de Literatura», fasc. 22-23-24, págs. 235-248. Julio-diciembre de 1950.

GARFIAS, Francisco: «El paisaje en la creación poética de Juan Ramón Jiménez».—Conferencia pronunciada en el Instituto de Enseñanza Profesional y Media de Manzanares, 8 de diciembre de 1956.

GASPARINI, Mario: «Poesía di Juan Ramón Jiménez». Poeti spagnoli contemporanei. Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1947.

GASTÓN FIGUEIRA: «Juan Ramón Jiménez, poeta de lo inefable».—Montevideo, 1944.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: «Juan Ramón Jiménez». Retratos contemporáneos (americanos y españoles), primera serie. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1941.

GONZÁLEZ RUANO, César: «Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana», págs. 159-175.—Edit. Gustavo Gili. Barcelona, 1946.

GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás: «La Literatura española», páginas 211-213.—Ediciones Pegaso. Madrid, 1943.

GUILLÉN, Alberto: «La linterna de Diógenes».—Lima, 1923.

IZQUIERDO, José María: «Divagando por la ciudad de la gracia».—Sevilla, 1914.

LEPERA, José: «Juan Ramón Jiménez, poeta spagnoloelogio».—Vesubio. Napoli, 1928.

MACRI, Oreste: «Antologia della poesia spagnola contemporanea».—Guarda. Parma, 1952.

MACRI, Oreste: «Poesia spagnola del novecento».—Guarda. Modena, 1952.

MILLÁN, Rafael: «Antología de la poesía española».—1955».—Aguilar. Madrid, 1955.

MILLÁN, Fafael: «Antología de la poesía española».—Aguilar. Madrid, 1956.

MONTESINO, J. F.: «Die moderne spanische ditchtung».

MORENO, Alfonso: «Poesía española actual».—Editora Nacional. Madrid, 1946. Págs. 79-102.

MORENO BÁEZ, Enrique: «Antología de la poesía lírica española».—Revista de Occidente, págs. 508-511. Madrid, 1952.

MORENO BÁEZ, Enrique: «La poesía de Juan Ramón Jiménez». Moguer, 1948. Conferencia pronunciada en «Fuentepiñas» el 13 de septiembre de 1947 y publicada en homenaje al poeta por el Ayuntamiento de Moguer.

NEDDERMANN, Emmy: «Die Symbolistischen stilemente im werke von Juan Ramón Jiménez». Hamburger Studieu Zu Volgstum und Kultur des Romanen. Hamburgo, 1935.

OLIVER, Antonio: «José Gálvez y el Modernismo». Tesis con capítulos dedicados a J. R. J. por el caso Georgina Hübner. Madrid, noviembre de 1954.

ONÍS, Federico: «Antología de la poesía española hispanoamericana».—Centro de Estudios Históricos. Madrid, 1934.

PALMA CHAGUACEDA, Antonio: «Juan Ramón Jiménez». Conferencia pronunciada en Fuentepiñas en homenaje al poeta. Madrid, 1946.

PALAU DE NEMES, Graciela: «Juan Ramón Jiménez», págs. 16-19.—Books Abroad. Norman (Oklahoma), 1952.

PALAU DE NEMES, Graciela: «Juan Ramón Jiménez. Su vida y su obra» (tesis).—Universidad de Maryland, 1952.

PALAU DE NEMES, Graciela: «Vida y obra de Juan Ra-

món Jiménez. — Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1957.
PESADO, Mercedes: «Juan Ramón Jiménez y su influencia en el grupo de contemporáneos».—México, 1940.
REYES, Alfonso: «Juan Ramón y los duendes» en «Dos caminos», págs. 63-67.—Madrid, 1923.
ROMO, Josefina: Sobre Juan Ramón Jiménez en conferencia pronunciada en el Instituto Italiano de Cultura con el título de «Poesía española contemporánea».—Madrid, 1950.
ROMO, Josefina: «Momento y momentos de J. R. J.». Conferencia pronunciada en el Palacio de América. Madrid, 17 de noviembre de 1956.
RÍO, Angel del: «Historia de la Literatura española». Nueva York, 1948.
SAINZ DE ROBLES, F. C.: «Diccionario de la Literatura española», tomo II, págs. 811 - 815.—Aguilar. Madrid, 1949.
SAINZ DE ROBLES, F. C.: «Historia y antología de la poesía española», págs. 211-212 y 1225-1246.—Aguilar. Madrid, 1950.
SALINA, Pedro: «Literatura española. Siglo xx».—Colección Lucero. Séneca. México, 1941.
SEGOVIA, Tomás: «Actualidad de Juan Ramón».—Cuadernos Americanos, XIII, núm. 2. México, 1954.
SOUBIRÓN, Rosermary: «Juan Ramón Jiménez» (tesis). Universidad de México, 1948.
TORRE, Guillermo de: «Literatura europea de vanguardia».
TORRE, Guillermo de: «Juan Ramón Jiménez y su estética».—Revista Nacional de Cultura, IX, núm. 70, págs. 36-47. Caracas, 1948.
TORRENTE BALLESTER, G.: «Panorama de la Literatura española contemporánea», págs. 223-232 y 256-575. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1956.
UREÑA, Enrique: La obra de Juan Ramón Jiménez en «Cursos y conferencias».—Buenos Aires, 1919.
VALBUENA PRAT, Angel: «Historia de la Literatura española», tomo II, págs. 935-950.—Edit. Gustavo Gili. Barcelona, 1946.

ARTICULOS, POEMAS SUELTOS

ABRIL, Manuel: *La figura literaria, J. R. J., publica «Platero y yo»*.—«La Tribuna». Madrid, diciembre de 1916.

ACACIO, Jesús: *Por la piel de España* (poema).—«Poesía Española», 60 (número dedicado a J. R. J.). Diciembre de 1956.

ALBAREDA, Ginés: *Mensaje navideño a J. R. J.*—Radio Nacional de España. Madrid, 24 de diciembre de 1947.

ALBAREDA, Ginés: *Gabriela Mistral y Juan Ramón Jiménez*.—Antología breve de «Ya». Madrid, 21 de febrero de 1954.

ALBAREDA, Ginés: *Moguer* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

ALBERTI, Rafael: *Imagen primera de...* Editorial Losada. Buenos Aires, 1945.

ALBERTI, Rafael: *J. R. J.*, poema en *Retorno de lo vivo lejano*.—Buenos Aires, 1952.

ALCAIDE, Juan: *Platero, visto por V. Villanueva y J. Alcaide*.—«Frente literario». Madrid, mayo de 1934.

ALCÁNTARA, Manuel: *Los discípulos, poetas de hoy, dicen*.—«La Estafeta Literaria». Madrid, 27 de octubre de 1956.

ALCÁNTARA, Manuel: *De llama blanca y verde* (poema). «Poesía Española» (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

ALCÁNTARA, Manuel: *Pintaba los crepúsculos*.—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

ALFARO, José María: Prólogo al libro de Carlo Bo *La poesía de Juan Ramón Jiménez*.—Editorial Hispánica. Madrid, 1943.

ALICIA, Violeta: *Ha muerto Zenobia Camprubí.*—«El día». Puerto Rico, 2 de noviembre de 1956.

ALTAMIRA, Rafael: *Un libro para niños: «Platero y yo».* «El Siglo. Montevideo, 15 de mayo de 1915.

ALONSO, Dámaso: *Juan Ramón Jiménez juzgado por sus contemporáneos y discípulos.*—«A B C». Madrid, 26 de octubre de 1956.

ALVAREZ, Carlos Luis: *Zenobia Camprubí de Jiménez.* «El Español». Madrid, 10 de noviembre de 1956.

ALVAREZ, Carlos Luis: *Crónica del homenaje nacional.* «A B C». Madrid, 4 de diciembre de 1956.

ALVAREZ, Carlos Luis: *Tres o cuatro cosas más de Juan Ramón.*—«A B C». Madrid, 26 de diciembre de 1956.

ALVAREZ DE URIBARRI, Gabriel: *Juan Ramón y Moguer.* «Odiel». Huelva, 1 de noviembre de 1956.

ANDERSON IMBERT, Enrique: *Juan Ramón Jiménez.*—«Sur», págs. 123-124. Buenos Aires, 1953.

ANDÚJAR, Lubián: *Soneto a J. R. J.*—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

ANÓNIMO: *Del momento, Platero y ellos.*—«El Correo de Andalucía». Sevilla, 8 de octubre de 1931.

ANÓNIMO: *Zenobia y Juan Ramón.*—«Sábado Gráfico». Madrid, 3 de noviembre de 1956.

APARICIO, Antonio: *La orgullosa tradición.*—«Cultura Universitaria», 58. Caracas, noviembre-diciembre de 1956.

APARICIO, Francisco: *Notas de lector al último libro de J. R. J.*—«Razón y Fe», CXLIII, 293-304. Madrid, 1951.

APARICIO DÍAZ, Francisco: *Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura.*—«Caracola», 49. Málaga, noviembre de 1956.

ARACELI, Gabriel: *Motivos de los gris y de lo humilde. Los hermanos de Platero.*—«La Libertad». Madrid, 15 de mayo de 1915.

ARCINIEGAS, Germán: *Elogio del provinciano Universal.* «Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico), 1957.

AZCOAGA, Enrique: Mensaje navideño a J. R. J.—Ra-

dio Nacional de España. Madrid, 24 de diciembre de 1947.

AZCOAGA, Enrique: *Carta imposible a Juan Guerrero Ruiz.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

AZORÍN: *Platero, Platerillo.*—«Blanco y Negro». Madrid, 28 de febrero de 1915.

AZORÍN: *Sobre Juan R. Jiménez.*—«Alma Española». Madrid, 1915.

AZORÍN: *Juan Ramón Jiménez juzgado por sus contemporáneos y discípulos.*—«A B C». Madrid, 26 de octubre de 1956.

BABIN, María Teresa: *El animal en la poesía de Juan Ramón Jiménez.*—«Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico), 1957.

BALLESTER SEGURA, Luis: *Los discípulos, poetas de hoy, dicen.*—«La Estafeta Literaria». Madrid, 27 de octubre de 1956.

BALSAÍN, Juan: *Elogio del pollino.*—«La voz de España». San Sebastián, 25 de diciembre de 1944.

BARCELÓ, Pedro: *El Premio Nobel de Literatura, para Juan Ramón Jiménez.* — «Alcázar», 25 de octubre de 1956.

BARGA, C.: *Sobre Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala y Gabriel Miró.*—«El Sol». Madrid, 1928.

BARGA, Luis de: *Homenaje a Juan Ramón Jiménez en Roma.*—«Odiel». Huelva, 23 de diciembre de 1956.

BELLO, Luis: *Laberinto.*—«Revista de Libros». Madrid, julio de 1913.

BELLO, Luis: *Carta a Juan Ramón Jiménez.*—«El Sol». Madrid, 1931.

BENGOECHEA, Javier de: *Poema amarillo a Juan Ramón Jiménez.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

BERGAMÍN, José: *Poesía de verdad.*—«Luz». Madrid, 29 de enero de 1934.

BERTOLI RANGEL, Juan: *Una entrevista con Juan Ramón Jiménez.*—«La Prensa». Buenos Aires, 1 de febrero de 1953.

BIANCHINI, Angela: *Animali di fondo.*—«Quaderni Ibero-Americani», III, núm. 17, págs. 66-69. Firenze, 1955.

BLEIBERG, Germán: *El lírico absoluto: Juan Ramón Jiménez.* — «Clavileño», 10, págs. 33-38. Madrid, 1951.

BO, Carlo: *Sobre Juan Ramón Jiménez.*—«Universidad», VI, núm. 4 (número extraordinario dedicado a J. R. J.). Río Piedra, 1951.

BOTELLO, Fausto: *Zenobia Camprubí, mujer para un poeta.*—«La Estafeta Literaria». Madrid, 3 de noviembre de 1956.

BRAVO VILLASANTE, Carmen: *Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel 1956.*—«Teresa». Madrid, noviembre de 1956.

CÁDIZ SALVATIERRA, José: *Segunda glosa a Juan Ramón.* «Odiel». Huelva, 31 de octubre de 1956.

CAMPMANY, Jaime: *El poeta Juan Ramón Jiménez.*—«Arriba». Madrid, 25 de octubre de 1956.

CAMPOS, Jorge: *Cuando Juan Ramón empezaba.*—«Insula», 128-129.

CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ: Zenobia: *Juan Ramón y yo.*—«Américas». Washington, 10 de octubre de 1954.

CANALES, Alfonso: *Jardín lejano.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

CANO, José Luis: *Juan Ramón Jiménez y la revista «Helios».* — «Clavileño», 42. Noviembre - diciembre de 1956.

CANO, José Luis: *Nuevas ediciones de J. R. J.*—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.

CARDENIO: *Juan R. Jiménez.*—«La Provincia». Huelva, 16 de febrero de 1912.

CASAMASO, Francisco: *Recuerdo estremecido a Juan Ramón Jiménez.*—«Géminis», 29 de noviembre de 1956.

CASONA, Alejandro: *Sobre J. R. J. y Platero.*—«Indice Literario». Caracas, 13 de noviembre de 1956.

CASTELLANOS, Enrique: *Sobre J. R. J.*—«Indice Literario». Caracas, 30 de octubre de 1956.

CASTILLO, Arturo: *Juan Ramón Jiménez y Carmen Sevilla, los dos personajes españoles más populares de 1956.*—«La Actualidad Española». Madrid, 27 de diciembre de 1956.

CASTILLO PUCHE, José Luis: *El burrillo Platero, personaje universal.*—«Cuadernos Hispanoamericanos», 84. Madrid, diciembre de 1956.

CASTRO, Carmen: *Zenobia.*—«Informaciones». Madrid, 1 de noviembre de 1956.

CATARINÉU, Dolores: *El faro* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

CELA, Camilo José (sobre Juan Ramón Jiménez): *Papeles de Son Armadán.*—Palma de Mallorca, diciembre de 1956.

COBOS, Pablo de A.: *Intuiciones* (sobre J. R. J.).—«Indice», 97. Madrid, enero 1957.

COMÍN, Alfonso Carlos: *Juan Ramón Jiménez y la última generación universitaria.*—«Géminis», 29 de noviembre de 1956.

CONDE, Carmen: *Radiografía distante de una visita al Cansado de su nombre.*—«La Verdad». Murcia, 1930.

CONDE, Carmen: *Juan Ramón Jiménez.* — «Semana». Madrid, agosto de 1956.

CONDE, Carmen: *A Juan Ramón Jiménez* (poema).—«Poesía Española» (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

CONDE, Carmen: *Zenobia.*—«Poesía Española». Madrid, enero de 1957.

CONDE RIVERA, L.: *Crónica del homenaje nacional.*—«Informaciones», 3 de diciembre de 1956.

CONTIOSO FLEMING: *Juan Ramón, el moguereño universal. Ahora que todos escriben.*—«Odiel». Huelva, 2 de diciembre de 1956.

CONTIOSO FLEMING: *Platero como símbolo. La cobardía de la crueldad.*—«Odiel». Huelva, 14 de diciembre de 1956.

CORBALÁN, Pablo: *El poeta de la belleza inteligente.*—«Informaciones». Madrid, 25 de octubre de 1956.

CORBALÁN, Pablo: *Perfil apresurado de Juan Ramón*

Jiménez.—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

CREMER, Victoriano: *Animal de fondo* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

CUBILÉS, José Antonio: *Juan Ramón con la música.*—«La Hora». Madrid, noviembre de 1956. «Poesía Española» (número homenaje a J. R. J.).

CHAMPURCIN, Ernestina: *A Platero, en silencio* (poema).—Págs. 32-35. Madrid, 1926.

CHAMPURCIN, Ernestina: *Españoles de tres mundos* (crítica).—«Rueca». México, 1942.

CHIBAS, Eddy: *Una entrevista con Juan Ramón Jiménez.*—«Bohemia». La Habana, 19 de mayo de 1937.

DARÍO, Rubén: *Atrio* en *Ninfeas.*—Tip. Moderna. Madrid, 1900.

DARÍO, Rubén: *La tristeza andaluza. Un poeta.*—«La Nación». Buenos Aires, 1904.

DARÍO, Rubén: *Obras de Juan R. Jiménez.*—«Renacimiento», V. Madrid, julio de 1907.

DAROCA DE VAL, Alejandro: *Júbilo en Moguer.*—«Arriba». Madrid, 26 de octubre de 1956.

DAVID LEY, Charles: *A Juan Ramón Jiménez* (poema). «Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

DÍAZ PLAJA, Guillermo: *Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío.*—«Clavileño», 42. Noviembre-diciembre, 1956.

DIEGO, Gerardo: *La nueva arte poética española.*—«Síntesis», VII. Buenos Aires, 1929.

DIEGO, Gerardo: Cita a J. R. J. en *Gabriel Miró.*—«Cuadernos de literatura contemporánea», 5-6. Madrid, 1942.

DIEGO, Gerardo: *Nostalgia de Juan Ramón Jiménez.*—Radio Nacional de España. Madrid, 24 de diciembre de 1947.

DIEGO, Gerardo: *Juan Ramón Jiménez, juzgado por sus contemporáneos y discípulos.*—«A B C», 26 de octubre de 1956.

DIEGO, Gerardo: Cuartillas leídas en el gran Teatro de

Huelva durante el homenaje nacional (3 de diciembre de 1956).

DIEGO, Gerardo: *Canción de la pena abrileña*. Con Juan Ramón Jiménez.—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

DIEGO, Gerardo: *Premio Nobel a J. R. J.*—«Clavileño», 42. Madrid, noviembre-diciembre de 1956.

DIEGO, Gerardo: *Con la «Tercera Antología»*.—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.

DÍEZ CANEDO, Enrique: *Baladas de primavera* (elegías). «La Lectura». Madrid, 1907.

DÍEZ CANEDO, Enrique: *Poesías por Juan R. Jiménez*.—«La Lectura». Madrid, 1910.

DOMIN, Hilde: *Recuerdo a una gota de agua*.—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, T.: *Por nuestro poeta*.—«La Provincia». Huelva, 29 de febrero de 1912.

DUQUE, Aquilino: *Sevilla 1898 y J. R. J.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

E. N. E.: *El Nobel en la crítica y muerte de Zenobia*.—«Mundo Hispánico», 105. Madrid, diciembre de 1956.

ENGUIDANOS, Miguel: *Juan Ramón Jiménez se siente acabado* (conversación con el poeta en la playa del Dorado).—«Indice», VI, núm. 4. Madrid, 1951.

FERNÁNDEZ, Joaquín: *Noticia a Juan Ramón a través de Platero*.—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Juan Ramón Jiménez*. «A B C». Madrid, 26 de octubre de 1956. «Poesía Española (número homenaje a J. R. J.).

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *El Andaluz Universal*. «El Norte de Castilla», octubre de 1956.

FERNÁNDEZ CUENCA, Carlos: *En torno a Juan Ramón Jiménez y su premio Nobel*.—«Ya». Madrid, 28 de octubre de 1956.

FERNÁNDEZ FIGUEROA, J.: *J. R. auténtico*.—«Indice», 97. Madrid, enero de 1957.

FERRARO, Sergio: *Una nota sobre «Platero y yo»*.—«Quaderni Ibero-Americani», 16, 519-524. Torino, 1954.
FIGUEROA, Diego José: *Al paso del poeta*.—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.
FLERY: *Huelva, presente en el homenaje a Juan Ramón Jiménez*.—«Odiel», 2 de diciembre de 1956.
FLERY: *Juan Ramón, Moguer y Huelva, en Madrid*.—«Odiel», 1 de noviembre de 1956.
FLERY: *Derivaciones del homenaje a Juan Ramón Jiménez*.—«Odiel», 14 de diciembre de 1956.
FLORIT, Eugenio: *Crítica a «Animal de fondo»*.—«Revista Hispánica Moderna», núms. 1-4. New York, enero-diciembre de 1949.
FLORIT, Eugenio: *Crítica a «Fifty Spanisch Poems» de J. R. J.*—«Revista Hispánica Moderna», núms. 1-4. New York, enero-diciembre de 1951.
FOGELQUIST, Donald F.: *Juan Ramón Jiménez en Italia*. «Cuadernos Americanos», 4, págs. 232-236. México, julio-agosto de 1955.
FOGELQUIST, Donald F.: *Bibliografía italiana de J. R. J.* «Cuadernos Americanos», igual que el anterior.
FONT ESPINA, J.: *El Premio Nobel y el que no lo fué*. «Garbo», 10 de febrero de 1956.
FRANK, Waldo: *Virgin Spain*.—London, 1926. Págs. 290-292.
FROLDI, Rinaldo: *Introduccione a «Animale di fondo»*. Casa Editrice Sausoni. Firenze, 1954.
FUENTES, Magdalena S.: *Lecturas infantiles* (sobre «Platero y yo»).—«La Lectura», tomo IV, págs. 441-42. Madrid, 1915.
G.: *La poesía de Juan Ramón está llena de nostalgia, de melancolía y de añoranza auténtica por su Moguer nativo*.—«Odiel». Huelva, 2 de diciembre de 1956.
G. M. B.: *50 Spanish Poems Juan Ramón Jiménez*.—«Quaderni Ibero-Americani», 64. Torino.
G. N.: *Trece pasos en Palos de Moguer evocando a Juan Ramón Jiménez*.—«La Estafeta Literaria». Madrid, 8 de diciembre de 1956.
GALLEGO, José Luis: *Homenaje filial a Juan Ramón*

Jiménez.—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

GALLEGO MORELL, Antonio: *Otra vez Platero.*—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

GALLEGO MORELL, Antonio: *Tres revistas poéticas de J. R. J.*—«Insula», 128-129.

GALLEGO MORELL, Antonio: *Juan Ramón y el segundo Siglo de Oro.*—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

GAOS, Alejandro: *Juan Ramón acusa.*—«Indice», números 65-66. Madrid, 1953.

GARAGORRI, Paulino: *Palabras sobre Juan Ramón.*—«Insula», 128-129 (1957).

GARCÉS, Jesús Juan: *Poema ante un otoño a Juan Ramón Jiménez.*—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

GARCÍA BLANCO, Manuel: *Juan Ramón Jiménez. Cartas y libros de un poeta.* — «Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico), 1957.

GARCÍA BAENA, Pablo: *Jardín Galante (J. R. J.).*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

GARCÍA GÓMEZ, José Manuel: *Interpretación humana de Juan Ramón Jiménez.*—«El Diario de Cádiz». Cádiz, 1 de diciembre de 1956.

GARCÍA GÓMEZ, José Manuel: *Tres temas juanramonianos.*—«Ayer». Jerez de la Frontera, 2 de diciembre de 1956.

GARCÍA ESCALERA, Inés: *Una lección sobre Juan Ramón Jiménez.*—Instituto de Alcalá de Henares, 25 de noviembre de 1956.

GARCÍA ESCUDERO, José María: *Tiempo* (dedicado a J. R. J.).—«Arriba». Madrid, 15 de noviembre de 1956.

GARCÍA LORCA, Federico: *Tres retratos con sombra.*—«Obras completas». Aguilar, 1954.

GARCÍA NIETO, José: *¿Será para Juan Ramón el Premio Nobel de Literatura?*—«La Estafeta Literaria», septiembre de 1956.

GARCÍA NIETO, José: *Los discípulos, poetas de hoy, dicen.*—«La Estafeta Literaria», 27 de octubre de 1956.

GARCÍA NIETO, José: *El árbol puro.* Poema leído en el homenaje nacional en Moguer y Huelva y publicado en «Poesía Española», núm. 60 (dedicado a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

GARCÍA NIETO, José: *Juan Ramón Jiménez por correspondencia.*—«Clavileño», 42, noviembre-diciembre de 1956.

GARCIASOL, Ramón de: *Carta abierta a Ricardo Gullón.* «Insula», 15 de marzo de 1948, y «Poesía Española», 60.

GARCIASOL, Ramón de: *Homenaje y llanto a Juan Ramón Jiménez.*—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

GARCIASOL, Ramón de: *Juanramoniana.*—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.

GARCIASOL, Ramón de: *A Juan Ramón Jiménez por su "Estación total".* — «Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

GARFIAS, Francisco: Cuartillas leídas en Fuentepiña en un acto homenaje a Juan Ramón Jiménez. Septiembre, 1944.

GARFIAS, Francisco: *Borradores silvestres.*—Radio Nacional de España. Madrid, 28 de septiembre de 1946.

GARFIAS, Francisco: *En torno a Juan Ramón Jiménez.* Radio Nacional de España. Madrid, 17 de octubre de 1947.

GARFIAS, Francisco: *Carta abierta a Juan Ramón Jiménez.*—Montemayor. Moguer, septiembre de 1955.

GARFIAS, Francisco: *J. R. J.* Poema leído en el homenaje nacional, en Moguer y Huelva, publicado en «Odiel» y en «Poesía Española», 60 (número dedicado a J. R. J.).

GARFIAS, Francisco: *Juan Ramón y la Navidad.*—«Odiel». Huelva, 24 de diciembre de 1956.

GARFIAS, Francisco: *El paisaje de Moguer en la obra de J. R. J.*—«Clavileño», 42 (1957).

GARFIAS, Francisco: *A Zenobia.*—«Caracola», 60-61 (ho-

menaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

GASTÓN FILGUEIRA: *Sobre el pleito Neruda-Jiménez.*—«Marcha», 613. Montevideo, 1952.

GAYA, Ramón: *Juan Ramón Jiménez: españoles de tres mundos.*—«Letras de México, año V, 24 de diciembre de 1942.

GAYA, Ramón: *Animal de fondo.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: *Nota sobre Juan Ramón Jiménez.*—«Caracola», 10. Málaga, 1953.

GÓMEZ ALFARO, Antonio: *Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de España.*—«La Estafeta Literaria», 27 de octubre de 1956.

GÓMEZ NISA, Pío: *Perfil de Juan Ramón.*—«Caracola», 21. Málaga, marzo de 1954.

GÓMEZ NISA, Pío: *Notas para un itinerario juanramoniano.* — «Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar: *Responso a Juan Ramón.* «Informaciones», Madrid, 7 de febrero de 1945.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: «*Las hojas verdes*» y «*Elegías puras*», *dos libros admirables del admirable Juan R. Jiménez.*—«Prometeo». Madrid, 1909.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: *Juan Ramón, poeta.*—Gil Blas. Madrid, 27 de julio de 1915.

GONZÁLEZ, José Antonio: *Zenobia Camprubí.*—«Géminis», 29. Noviembre, 1954.

GONZÁLEZ BLANCO, Andrés: *Sobre Juan R. Jiménez.*—«Los Contemporáneos». París, 1906.

GONZÁLEZ BLANCO, Andrés: *Figuras literarias: Juan R. Jiménez. Melancolía.*—«Mercurio», 26 de octubre de 1913.

GONZÁLEZ BLANCO, Andrés: *Literatura: Juan R. Jiménez.*—«Ateneo». Madrid, 1912.

GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás: *Mensaje navideño a J. R. J.*—Radio Nacional de España. Madrid, 24 de diciembre de 1947.

González Ruiz, Nicolás: *Patriarca de la poesía española actual.*—«Ya». Madrid, 26 de octubre de 1956.
Gorostidi, Juan de: *Este triste Premio Nobel.*—«Odiel». Huelva, 31 de octubre de 1956.
Gouffon, Claude: *Sobre J. R. J.*—«Figaro Litteraire». París, noviembre de 1956.
Guerrero Ruiz, Juan: *Platero y yo.*—«Polytechnicum», 114. Murcia, junio de 1917.
Guerrero Ruiz, Juan: *A Jorge Guillén de Juan Guerrero Ruiz* (sobre J. R. J.).—Alicante, julio de 1933.
Guerrero Ruiz, Juan: *Palabras a Juan Ramón Jiménez.*—Radio Nacional de España. Madrid, 24 de diciembre de 1947.
Guerrero Ruiz, Juan: *Sobre un poema de Juan Ramón Jiménez.*—«Clavileño», núm. 27, págs. 37-42. Madrid, 1954.
Guerrero Ruiz, Juan: *Impresiones* (1913).—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.
Guillén, Jorge: *Carta de Jorge Guillén.*—«Indice», 97. Madrid, enero de 1957.
Guillén, Jorge: *Poeta y mar.*—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.
Guillén, Jorge: *Mal vivir* (en el homenaje a J. R. J.). «Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.
Guillén, Jorge: *Estrella de mar.*—«Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico), 1957.
Gullón, Ricardo: *El dios poético de Juan Ramón Jiménez.*—«Cuadernos Hispanoamericanos», núm. 14, págs. 343-349. Madrid, 1954. «Poesía Española» (número homenaje a J. R. J.).
Gullón, Ricardo: *Vivir en poesía.*—«Clavileño», 42. Madrid, noviembre-diciembre de 1956.
Gullón, Ricardo: *Juan Ramón en su laberinto.*—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.
Gullón, Ricardo: *Esbozo para un retrato de Juan Ramón.*—«Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico), 1957.
Guzmán, Félix: *Carta a Juan Ramón Jiménez con una postdata para Platero.*—«Cultura Universitaria», 58. Caracas, noviembre-diciembre de 1956.

GUZMÁN, Martín Luis: *En torno a «Laberinto».*—«El Figaro». La Habana, 1917.

HERNÁNDEZ AQUINO, L.: *El español de los Boricuas impresiona a Juan Ramón Jiménez.*—«El Mundo». San Juan de Puerto Rico, 17 de enero de 1953.

HERNÁNDEZ AQUINO, L.: *Noticia reciente de Juan Ramón Jiménez.*—«Correo Literario», IV, 64 (1953).

HERNÁNDEZ AQUINO, Luis: *Dos elegías.*—«Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico), 1957.

HIERRO, José: *Juan Ramón, comparado.*—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.

HIERRO, José: *Cestillo de flores a J. R. J. y Z. C. A.*—«Poesía Española», 60. Diciembre de 1956.

INSÚA, Alberto: *En Moguer.*—Madrid, 21 de noviembre de 1956.

INSÚA, Alberto: *La gloria de Juan Ramón.*—«La Vanguardia Española». Barcelona, noviembre de 1956. «Poesía Española» (número homenaje a J. R. J.).

J. M. A.: *Juan Ramón Jiménez y los Estados Unidos.* «Noticias de Actualidad». Madrid, 10 de diciembre de 1956.

JARNÉS, Benjamín: *Letras. Llama verde con sol* (sobre «Platero y yo»).—«La Vanguardia». Barcelona, 16 de diciembre de 1934.

JIMÉNEZ, Salvador: *Amor y poesía.*—«Arriba». Madrid, 26 de octubre de 1956.

JIMÉNEZ, Salvador: *Crónica del homenaje nacional.*—«Arriba». Madrid, 4 de diciembre de 1956.

JIMÉNEZ, Salvador: *Cuando supo mi nombre* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

JIMÉNEZ MARTO, Jesús: *Poema a la barba de Juan Ramón Jiménez.*—«Arcángel». Córdoba, enero de 1956.

L. Z.: *Ideario estético de Juan Ramón Jiménez.*—«Poética», I (número dedicado a J. R. J.). La Plata. Argentina, 1943.

LABARCA, Hubertson, Amanda: *Sobre Juan Ramón Jiménez.* — «Impresiones de juventud». Santiago de Chile.

LACALLE, Angel: *Significación poética de Juan Ramón.* Valencia, octubre de 1956.

LAFFON, Rafael: *Semblantes de J. R. J.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

LAGOS, Concha: *Los discípulos, poetas de hoy, dicen.* «La Estafeta Literaria», 27 de octubre de 1956.

LAGOS, Concha: *Desde la espera* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

LAGOS, Concha: *Ayer fué primavera y Juan Ramón perdura.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

LANDINES, Luis: *Juan Ramón y nosotros.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

LARA, José Manuel: *Campo de Moguer.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

LAUREIRO, Alejandro: *Españoles de tres mundos: Juan Ramón Jiménez.*—«Alfar», 28. Montevideo, 1943.

LÁZARO CARRETER, Fernando: *Juan Ramón, Antonio Machado y García Lorca.*—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.

LEÓN, Joaquín: *Platero* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

LEÓN, Ricardo: *Jardines lejanos. Crítica.*—«El Cantábrico». Santander, 1904.

LÓPEZ, Mario: *Los carros.*—«Caracola», 60-61 (homenaje a J. R. J.). Málaga, octubre-noviembre de 1957.

LÓPEZ ANGLADA, Luis: *A Juan Ramón Jiménez* (poema). «Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

LORENZO, Felipe: *La gloria de Moguer.*—«La Tarde», 2 de noviembre de 1956.

LUCIENTES, Francisco: *Cariñoso recuerdo de Juan Ramón a Menéndez Pidal.*—«Arriba». Madrid, 26 de octubre de 1956.

MACHADO, Antonio: *Arias tristes*.—«El País». Madrid, 1904.

MACHADO, Antonio: *A Juan Ramón Jiménez. Los jardines del poeta*.—«Renacimiento», IX, noviembre de 1907.

MACHADO, Antonio: *Mariposa de la sierra* (al poeta J. R. J. por su «Platero y yo»).—«La Lectura». Madrid, 1916.

MACHADO, Manuel: *Sobre «Rimas»*.—«El País». Madrid, 1902.

MAGARIÑOS, Santiago: *Juan Ramón Jiménez y su "España peregrina"*.—«Cultura Universitaria», 58. Caracas, noviembre-diciembre de 1957.

MANFREDI CANO, Domingo: *Juan Ramón Jiménez y los poetas nuevos a través de los fondistas de Moguer*.—«La Estafeta Literaria», 20 de noviembre de 1942.

MANRIQUE DE LARA, José Gerardo: *A Juan Ramón Jiménez*.—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

MANZANO, Rafael: *El otro Juan Ramón Jiménez*.—«Odiel». Huelva, 31 de octubre de 1956.

MANZANO, Rafael: *Moguer, viaje al mundo de Juan Ramón Jiménez*.—«Revista». Barcelona, noviembre de 1956.

MANZANO, Rafael: *Platero en la gloria de Juan Ramón Jiménez*.—«Gaceta ilustrada», 10 de noviembre de 1956.

MARÍA, Julián: *Las adivinaciones*.—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.

MARRERO, Carmen: *El Premio Nobel me produce tristeza por enfermedad de mi esposa*.—«El Imparcial». San Juan de Puerto Rico, 26 de octubre de 1956.

MARTÍ, Sancho: *Juan Ramón, el Andaluz Universal*.—«Mundo Hispánico», 105. Madrid, diciembre de 1956.

MARTÍN VIVALDI, Elena: *Atardecer*.—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

MARTÍNEZ BERBEITO, Carlos: *La vida literaria: J. R. J.* «Informaciones». Madrid, 1 de noviembre de 1956.

MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio: *Sobre «Jardines lejanos»*. Motivos. París, 1906.

MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio: *Recuerdos sentimentales.*—«Renacimiento». Madrid, 1 de marzo de 1907.
MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio: *Sobre Juan Ramón Jiménez.* Motivos. Guarnier. París.
MAS Y PI, Juan: *Juan R. Jiménez.*—«Letras Españolas». Buenos Aires, 1911.
MASSIP, Jesús: *A Juan Ramón Jiménez: a su modo* (poema).—«Géminis», 21 de noviembre de 1956.
MASSIP, Jesús: *Breve noticia de conocimiento de Platero.*—«Géminis», 21 de noviembre de 1956.
MASSIP, José María: *Juan Ramón Jiménez, visitado por el corresponsal de «A B C» en Washington.*—«ABC», 27 de octubre de 1956.
MATEO, Lope: *Juan Ramón, Premio Nobel.*—«La Vanguardia». Barcelona, 27 de octubre de 1956.
MATEO, Lope: *El año literario.*—«Odiel». Huelva, 30 de diciembre de 1956.
MAZPULE, Jesús S.: *Juan Ramón a la vista.*—«Informaciones». Madrid, 25 de octubre de 1956.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Juan Ramón Jiménez, juzgado por sus contemporáneos y discípulos.*—«A B C». Madrid, 26 de octubre de 1956.
MILLÁN, Rafael: *A Juan Ramón Jiménez* (poema).—«Laberinto», noviembre de 1951.
MILLÁN, Rafael: *A Juan Ramón Jiménez* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.
MILLÁN, Rafael: *Poema.*—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.
MIRÓ, Clemencia: Cita a Juan Ramón en el prólogo de las «Obras completas» de Gabriel Miró.—Biblioteca Nueva. Madrid, 1943.
MOLINA, Rodrigo de: *Cosas del Bachiller J. R. J.*—«A B C» de Sevilla, 8 de noviembre de 1956.
MONTERO GALVACHE, Francisco: Charla sobre Juan Ramón Jiménez en Radio Nacional de España en Sevilla. Octubre de 1956.
MONTERO GALVACHE, Francisco: *Sobre Juan Ramón.*—«A B C» de Sevilla, noviembre de 1956.
MONTERDE, Francisco: Cita a J. R. J. en *Obras de los*

poetas españoles en América.—«Cuadernos Americanos». México, mayo-junio de 1955.

MONTESINO, Rafael: *Cuatro canciones para mi hijo con un homenaje a Juan Ramón.*—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

MORALES, Rafael: *Los discípulos, poetas de hoy, dicen.* «La Estafeta Literaria», 27 de octubre de 1956.

MORALES, Rafael: *Juan Ramón, Premio Nobel.*—1 de noviembre de 1956.

MORALES, Rafael: *Juan Ramón Jiménez. Notas sobre un proceso de depuración estilística.*—«Nuestro Tiempo». Madrid, 29 de noviembre de 1956.

MORALES PADRÓN, Francisco: *El último Juan Ramón.* «La Estafeta Literaria». Madrid, 1 de febrero de 1958.

MORGADO, Pedro A.: *Notas de Arte.*—«La Palma». Huelva, 1911.

MORGADO, Pedro A.: *Platero y Juan Ramón.*—«A B C» en Sevilla, noviembre de 1956.

MORENO VILLA, José: *Platero y yo. Carta a Juan Ramón Jiménez.*—«El País». Madrid, 7 de enero de 1915.

MUELA, Federico: *Los discípulos, poetas de hoy, dicen.* «La Estafeta Literaria», 27 de octubre de 1956.

MURCIANO, Antonio: *En su copa, su gloria* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

NEDDERMANN, Emmy: *Juan Ramón Jiménez, sus vivencias y sus tendencias simbolistas.*—«Nosotros». Buenos Aires, abril de 1936.

NÚÑEZ, Vicente: *Aria triste a Juan Ramón Jiménez.*—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

OCTAVIO: *Historia de un retrato de Juan Ramón Jiménez.*—«Odiel». Huelva, 2 de diciembre de 1956.

OLIVER, Antonio: *Georgina Hübner no ha muerto: el cónsul del Perú me lo dice.*—«Destino», 739. Barcelona, 1953.

OLIVER, Antonio: *Juan Ramón Jiménez y los poetas murcianos.* — «La Verdad». Murcia, noviembre de 1956.

OLIVER, Antonio: *A Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico.* Poesía leída en Radio Intercontinental en el 70 aniversario del poeta y publicada en «Poesía Española» (número homenaje a J. R. J.).
OLIVER, Antonio: *Juan Ramón Jiménez y el Rector Jaime Benítez.*—«Poesía Española», enero de 1957.
ONÍS, Federico de: *Juan Ramón Jiménez* (A Critical Introduction to «Platero y yo»).—Boston, 1922.
ONÍS, Federico de: *Juan Ramón Jiménez.*—«Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico), 1957.
ORS, Eugenio d': *Las obras y los días: «Platero y yo».* «España», 2. Madrid, 5 de febrero de 1915.
ORTIZ DE PINEDO, J.: *Juan R. Jiménez.*—«Renacimiento», V, julio de 1907.
ORTIZ DE PINEDO, J.: *El libro de una vida.*—«Helios», XI. Madrid, 1904.
OSVALDO NESSI, Angel: *Leyendo a Platero.*—«Renacimiento», I. La Plata, abril de 1940.
PACHECO PRADO, A.: *Muere Zenobia Camprubí de Jiménez.*—«El Mundo». Puerto Rico, 29 de octubre de 1956.
PALENCIA, Benjamín: *Juan Ramón Jiménez, juzgado por sus contemporáneos y discípulos.*—«A B C», 26 de octubre de 1956.
PANIAGUA, Domingo: *La intimidad del matrimonio Jiménez-Camprubí en el recuerdo de cuatro mujeres.*—«Ya». Madrid, 27 de octubre de 1956.
PANIAGUA, Domingo: *Juan Ramón, vecino de Moguer.* «Arriba». Madrid, 26 de octubre de 1956.
PANIAGUA, Domingo: *Ha muerto Zenobia Camprubí.*—«Ya». Madrid, 30 de octubre de 1956.
PANIAGUA, Domingo: *Un Nobel desarbolado.*—«Odiel». Huelva, 30 de octubre de 1956.
PANIAGUA, Domingo: *Juan Ramón, de Moguer, Premio Nobel de Literatura.*—«Punta Europa», 31 de octubre de 1956.
PANIAGUA, Domingo: *Crónica del homenaje nacional.* «Ya». Madrid, 4 de diciembre de 1956.
PARDO BAZÁN, Condesa de: *Sobre Juan Ramón Jiménez.*—«La Revue». París, 1906.

PASEYRO, Ricardo: *La poesía trágica de Juan Ramón.* «Indice», 97, enero de 1957.
PEDRO, Valentín de: *J. R. J. España renaciente.*—Espasa Calpe, 1922.
PEMÁN, José María: *A Juan Ramón Jiménez* (poema). «Caracola». Málaga, 1955.
PEMÁN, José María: *Juan Ramón Jiménez, juzgado por sus contemporáneos y discípulos.*—«A B C». Madrid, 26 de octubre de 1956.
PEMÁN, José María: *Juan Ramón Jiménez.*—«Odiel». Huelva, 31 de octubre de 1956.
PEMÁN, José María: *Una poética como moral.*—«A B C». Madrid, 2 de diciembre de 1956.
PEMÁN, José María: Cuartillas leídas en el Gran Teatro de Huelva en el homenaje nacional (3 de diciembre de 1956).
PEMÁN, José María: *Elegía a Zenobia.*—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.
PENAGOS, Rafael: *Imagen fugaz de Juan Ramón Jiménez.*—«Arriba». Madrid, 25 de octubre de 1956.
PENAGOS, Rafael: *La sonrisa de Zenobia.*—«A B C», 30 de octubre de 1956.
PENAGOS, Rafael: *Monumento a J. R. en Puerto Rico.* «Clavileño». Madrid, noviembre-diciembre de 1956.
PEPE, Inoria: *Caratteri del Modernismo spagnol.*—«Quaderni Ibero-Americani», 16. Torino, 1954.
PÉREZ BOMFILL, Manuel: *La estación total de Juan Ramón Jiménez.*—«Géminis», 29 de noviembre de 1956.
PÉREZ CLOTET, Pedro: *A Juan Ramón Jiménez* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.
PÉREZ CREUS, Juan: *Invocación a Platero* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.
PÉREZ HERRERO, Miguel: *El Cansado de su nombre.*—«A B C», 7 de noviembre de 1946.
QUESADA, Alonso: *«Platero y yo». Elegía para niños, pero quizá más para hombres.*—Las Palmas de Gran Canaria, 1917.
QUESADA, Francisco: *Juan Ramón Jiménez, estudiante*

en el Colegio de los Padres Jesuítas del Puerto de Santa María.—«A B C», 28 de diciembre de 1956.

QUEREDA, José: *El mar de Juan Ramón en mí* (poema). «Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

QUIÑONES, Fernando: *Tres notas rápidas a la poesía de J. R. J.* — «Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

RAMÍREZ DE LUCAS, Juan: *La luz está en Moguer.*—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

RAMOS, Vicente: *Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel.* «Idealidad», 32. Alicante, septiembre-octubre de 1956.

RAYNARD, Marcelle: Nota sobre Juan Ramón Jiménez y traducciones de *Platero y yo.*—«Europa», 85. París, 1930.

REVUELTAS, José: *Un juicio de Juan Ramón Jiménez.*—«Repertorio Americano». Costa Rica, 9 de mayo de 1942.

REYES, Raimundo de los: *«Platero y yo». Glosas y sugerencias.*—«La Verdad». Murcia, 4 de enero de 1935.

RIBED, Ignacio: *Sombras de «Platero» en los caminos de Huelva.*—«Ateneo», 61. Madrid.

RIBERA MÉNDEZ, Iris: *Zenobia Camprubí de Jiménez.*—«El Imparcial». Puerto Rico, 30 de octubre de 1956.

RIVERA, Rurico E.: *Juan Ramón no sabe si irá a recibir el Nobel.*—«El Mundo». Puerto Rico, octubre de 1956.

RIVERA, Rurico E.: *«Universidad» rinde tributo al ganador del Premio Nobel.*—«El Mundo». San Juan de Puerto Rico, 26 de octubre de 1956.

RODO, José Enrique: *Sobre Juan Ramón Jiménez.*—«El Mirador de Próspero». Montevideo, 1916.

RODRÍGUEZ CÁNOVAS, José: *Figuras literarias: «Platero».* «República». Cartagena, 12 de julio de 1932.

RODRÍGUEZ PUGA, Miguel: *Juan Ramón Jiménez.*—«Abside», XI. México, 1947.

RODRÍGUEZ SPITERI, Carlos: *Juan Ramón Jiménez.*—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

ROIG, R.: *J. R. J., Nobel 1956.*—«Razón y Fe», 710. Madrid, marzo de 1957

ROMÉU, José: *Tres notas a propósito de Juan Ramón.* «Caracola», 60 - 61. Málaga, octubre - noviembre de 1957.

RUEDA, Salvador: *Sobre «Rimas»* (crítica).—«Heraldo de Madrid», 1902.

RUIZ CASTILLO, José: *Los libros* (sobre J. R. J.).—«Helios», XI, 1904.

SAINZ DE ROBLES, F. C.: *Juan Ramón Jiménez.*—Madrid, 26 de octubre de 1956.

SALAZAR BONDY, Sebastián: *Ante Hispanoamérica.*—«Indice», 97, enero de 1957.

SALAZAR CHAPELA, Esteban: *Juan Ramón en inglés.*—«El Nacional». México, 29 de julio de 1951.

SALINAS, Pedro: *Sobre Juan Ramón Jiménez.*—«Indice Literario». Madrid.

SALMERÓN, Tomás: *Poeta* (poema).—«Revista Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

SÁNCHEZ, Antonio Octavio: *Juan Ramón, el cuarto Premio Nobel.*—«Alcázar», 26 de octubre de 1956.

SÁNCHEZ MAZA, Rafael: *Juan Ramón Jiménez, juzgado por sus contemporáneos y discípulos.*—«A B C», 26 de octubre de 1956.

SÁNCHEZ SILVA, José María: *El cuarto Nobel español.* «Arriba». Madrid, 25 de octubre de 1956.

SÁNCHEZ TRINCADO, José Luis: *Juan Ramón Jiménez y los niños.*—«Frente Literario». Madrid, mayo de 1934.

SANIN CANO, B.: *Sobre Juan Ramón Jiménez.*—«Hispania». Londres, 1 de mayo de 1915.

SANTOS TORROELLA, Rafael: *Poética en J. R. J.* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

SANUY, Ignacio María: *Crónica del homenaje nacional.* «Alcázar». Madrid, 4 de diciembre de 1956.

SAORI, Mercedes: *A Juan Ramón en recuerdo a Zenobia.*—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

SCHULTZ DE MANTOVANI, Fryda: *Sobre Juan Ramón Jiménez: Antología para niños y adolescentes.*—«Sur», núm. 200, 93-95. Buenos Aires, 1954.

SCHULTZ DE MANTOVANI, Fryda: *Volviendo a Platero.*—«Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico), 1957.

SIERRA, Juan: *La Belleza en Juan Ramón.*—«A B C». diciembre de 1956.

SEGOVIA, José María: *Buenos días, «Platero».*—«Odiel». Huelva, agosto de 1956.

SEGOVIA, José María: *Interpretación lírica de Moguer.* «Odiel». Huelva, noviembre de 1956.

SEGOVIA, Antonio: Palabras pronunciadas en el homenaje nacional. Huelva, 2 de diciembre de 1956.

SENTÍS, Carlos: *«Platero y yo» en las librerías de París.*—«A B C». Madrid, 18 de diciembre de 1956.

SERRAHINA, Maurici: *Juan Ramón Jiménez.*—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

SERRANO, Eugenia: Crónica del homenaje nacional en Moguer y Huelva.—«Pueblo». Madrid, 10 de diciembre de 1956.

SERRANO PONCELA, S.: *Sobre Juan Ramón Jiménez.*—«Universidad», VI, núm. 4 (número extraordinario dedicado a J. R. J.). Puerto Rico, 1951.

SORDO, Enrique: *Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel.* «Revista». Barcelona, 1956. Y «Poesía Española» (número homenaje a J. R. J.).

SORDO LAMADRID, Felipe: *En su paisaje.*—«Caracola», 60-61. Málaga, octubre-noviembre de 1957.

SOUVIRON, José María: *Postal con recuerdo para J. R. J.* (poema).—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

SUÁREZ LEÓN, S.: *El libro de un poeta: «Platero y yo».* «El Tribuno». Las Palmas de Gran Canaria, 26 de abril de 1915.

SUBIRA, José: *«Platero y yo»: Elegía andaluza.*—«Nuestro Tiempo». Madrid, mayo de 1915.

TEJERO, Isabel: *Gloria española.*—«Odiel». Huelva, 1 de noviembre de 1956.

TORRE, Alfonsa de la: Cita a J. R. J. en crítica a la

obra de Jaime Delclaux. «Cuadernos de Literatura contemporánea», I.

TORRE, Elia: *Los niños y el poeta.*—«Insula», 128-129.

TREND, J. B.: *Juan Ramón Jiménez.*—«Boletín del Instituto de las Españas», núm. 5, 7-11. New York, 1948.

UNAMUNO, Miguel de: *Carta a Juan R. Jiménez.*—«La Torre», núm. 1. Puerto Rico, enero-marzo de 1953.

VALBUENA PRAT, Angel: *Sobre Juan Ramón Jiménez.* «Poética», I (número dedicado a J. R. J.). La Plata, Argentina, 1943.

VALENTE, José Angel: *Juan Ramón Jiménez, en la tradición poética del medio siglo.*—«Indice», 97, enero de 1957.

VALERY, Paúl: *A Juan Ramón Jiménez, que me envió tan frescas rosas.* — «Poética», I (número dedicado a J. R. J.). La Plata, Argentina, 1943.

VALLE, Adriano del: *Soliloquio del ruiseñor. En la soledad de Juan Ramón.*—«Poesía Española», 60 (número homenaje a J. R. J.). Madrid, diciembre de 1956.

VÁZQUEZ DÍAZ, Daniel: *Juan Ramón Jiménez, juzgado por sus contemporáneos y discípulos.*—«A B C». Madrid, 26 de diciembre de 1956.

VÁZQUEZ DÍAZ, Daniel: *Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel 1956.*—«A B C». Madrid, 11 de noviembre de 1956.

VÁZQUEZ DÍAZ, Daniel: *Iconografía de J. R. J.*—«Mirador del Mundo», 5, 1957.

VERGÉS, Gerardo: *A Juan Ramón Jiménez, poeta.*—«Géminis», 29 de noviembre de 1956.

VIENTÓS, Nilita: *Zenobia.*—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.

VILANOVA, Antonio: *Juan Ramón Jiménez en su primera época.*—«Destino». Barcelona, 17 de noviembre de 1956.

VILLAESPESA, Francisco: Atrio en *Almas de violeta.*—Tipografía Moderna. Madrid, 1900.

VITIER, Cintio: *Homenaje a Juan Ramón Jiménez.*—«Asomante», 2. San Juan (Puerto Rico», 1957.

VIVANCO, Luis Felipe: *La plenitud de lo real en la poesía de Juan Ramón.*—«Insula». Madrid, enero de 1957.
VOLTES, Pedro: *Triunfo de la luz, la bondad y la llaneza.*—«La Vanguardia». Barcelona, 26 de octubre de 1956.
XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe: *Juan Ramón y su Moguer.*—«Gran mundo ilustrado». Madrid, 29 de marzo de 1958.
YNDURÁIN, Francisco: *De la sinestesia a la poesía de Juan Ramón.*—«Insula», 128-129, julio-agosto de 1957.
ZAMORANO, Manuel: *Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel y poeta del color.*—«Destino». Barcelona, 17 de noviembre de 1956.
ZARDOYA, Concha: *El dios deseado y deseante de «Animal de fondo».*—«Insula», 128-129. Madrid, julio-agosto de 1957.
ZEPEDA HENRÍQUEZ, Eduardo: *Retrato de poeta.* Poema leído en el homenaje nacional en Moguer y publicado en «Odiel», Huelva, el 4 de diciembre de 1956.
ZIA, Lisardo: *J. R. J.* (poema).—«Poética», I (número dedicado a J. R. J.). La Plata, Argentina, 1943.
ZITO: *Juan Ramón.*—«Alcázar». Madrid, 26 de octubre de 1956.

HOMENAJES

En revistas y periódicos

ORTO. La Habana. Núm. 5, mayo de 1939. Homenaje a J. R. J.
REPERTORIO AMERICANO. Costa Rica. Núm. 883, 27 de enero de 1940. Con poesías de los poetas jóvenes.
ESPUELA DE PLATA. La Habana. Febrero-marzo de 1940. Homenaje a J. R. J.
POÉTICA. La Plata (Argentina). Año I, núm. 1 (1943). Homenaje a J. R. J.
LOS ANALES DE BUENOS AIRES. Núm. 23 (1948). Dedicado a J. R. J.

POETRY. Chicago. Núm. 4, julio de 1953. Dedicado a Juan Ramón Jiménez.

UNIVERSIDAD, periódico estudiantil de la Universidad de Puerto Rico. Julio de 1951. Suplemento dedicado a Juan Ramón Jiménez.

POESÍA ESPAÑOLA. Madrid. Núm. 60, diciembre de 1956. Dedicado íntegramente a J. R. J.

CLAVILEÑO. Año VII, núm. 42, noviembre-diciembre de 1956. Dedicado a J. R. J.

INSULA. Madrid. Año XII, núms. 128-129, julio-agosto de 1957. Homenaje a J. R. J.

MIRADOR DEL MUNDO. Madrid, octubre de 1957. Número dedicado a J. R. J.

ASOMANTE. San Juan (Puerto Rico). Año XIII, núm. 2, abril-junio de 1957. Dedicado íntegramente a J. R. J.

Actos

ATENEO DE SEVILLA (1912): Homenaje a J. R. J., con intervención de J. M. Romero Martínez, Juan González Olmedilla, Antonio M. Puelles y Juan Fernández Espinosa.

UNIVERSIDAD DE DUKE (Carolina del Norte, 1947): Homenaje a J. R. J. The School of Spanish Studies, Sixth annual session June-July. Con un elogio de José A. Balseiro.

FUENTEPIÑA (Moguer): Homenajes anuales desde 1944. Se celebran en septiembre, y en ellos han tomado parte los profesores de la Universidad de La Rábida, con la colaboración de los alumnos.

MOGUER (1947): Inauguración de la Biblioteca «Juan Ramón Jiménez».

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES (Buenos Aires, 18 de agosto de 1948): Homenaje a J. R. J.

LA CIUDAD DEL BOSQUE (La Plata, agosto de 1948): Homenaje a J. R. J.

MONTEVIDEO (1948): Homenaje a J. R. J. en el Senado uruguayo.

THE HISPANIC SOCIETY OF AMERICA (Nueva York, 1949): Concesión de la medalla de la Institución a J. R. J.

UNIVERSIDAD DE MÉXICO (1951): Es nombrado J. R. J. doctor *honoris causa*.

II BIENNALE INTERNATIONALE DE POÉSIE (Knokke. Le Zoute, septiembre de 1954): Mensaje de admiración de todos los participantes a J. R. J.

HUELVA (Diputación Provincial): Se acuerda adquirir la casa número 10 de la calle Cánovas, en Moguer, para convertirla en museo y biblioteca con el nombre de «Casa de Juan Ramón Jiménez».

SEVILLA (1956): Homenaje a «Platero» en el aniversario de su muerte.

PREMIO NOBEL: La Academia sueca otorga a J. R. J. el Premio Nobel el 25 de octubre de 1956.

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO (26 de octubre de 1956): Homenaje a J. R. J.

HOMENAJE NACIONAL EN MOGUER Y HUELVA. Con la participación de los poetas españoles Gerardo Diego, Luis Rosales, José Hierro, Joaquín Romero Murube, Rafael Manzano, Adriano del Valle, Fernando Quiñones, Francisco Garfias...; la colaboración de los hispanoamericanos Eduardo Carranza y Eduardo Cepeda; del profesor Jorge Mañach, y un ofrecimiento de José María Pemán.

PARÍS (Embajada española. 29 de noviembre de 1956): Homenaje a J. R. J., con intervención de José Luis Messía, consejero cultural; Salvador López de la Torre y Jean Babelon.

BARCELONA (30 de octubre de 1956): Homenaje a Juan Ramón del S. E. U. barcelonés.

SALAMANCA (9 de noviembre de 1956): Homenaje de la Universidad a J. R. J.

ICONOGRAFIA

Primer retrato conocido del autor, hecho por Ricardo Baroja para la portada de «Ninfeas». Madrid, 1900.

Primer retrato pintado por Joaquín Sorolla. Madrid,

1910 (?). Sentado, apoyado en una mesa con libros y vestido de blanco.

Retrato del poeta por Emilio Sala. De la misma época que el anterior.

Segundo retrato de Joaquín Sorolla (Madrid, 1916), pintado para la Hispanic Society of America, de Nueva York. Vestido de negro, con jardín al fondo.

Primer retrato de Daniel Vázquez Díaz. Madrid, 1917. Dibujo de la cabeza del poeta.

Retrato por Echevarría. De la misma época, aproximadamente, que el anterior.

Segundo retrato de Daniel Vázquez Díaz (1920), pintado en la casa del poeta, en la calle Conde de Aranda. (Quedó inconcluso.)

Tercer retrato de Daniel Vázquez Díaz (1931), expuesto por vez primera en la Esposición homenaje a Juan Ramón y Baroja, en el Ateneo madrileño, en enero de 1957.

Retrato pintado por Juan Bonafé en Madrid, 1927.

Cuarto retrato de Daniel Vázquez Díaz (1932), adquirido por el Museo de Caracas.

Homenaje a Juan Ramón Jiménez. Dibujo alegórico de Gregorio Prieto.

Oleo con motivos juanramonianos, de Gregorio Prieto.

Ilustraciones de «Platero» y otros personajes juanramonianos, de Fernando Marco, A. Rossi, Norah Berges, Alberto Beltrán, José Mompou, Luis Vigil, José Caballero, Eduardo Vicente, Lobo, Caballero, Gregorio Prieto, Alvarez Ortega, Del Moral, Zamorano...

INDICE

	Págs.
Prólogo	9
Vagos ángeles malvas	13
Borradores silvestres	29
Y apareció desnuda toda	69
La alegría de Zenobia	97
La luz con el tiempo dentro	125
Conciencia poética	155
Dios deseado y deseante	171
Las lágrimas del Nobel	187
Bibliografía	205

ESTA OBRA SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL DIA 25 DE ABRIL DE 1958
EN NUEVAS GRAFICAS, S. A.
ANDRES MELLADO, 18
M A D R I D



PERSILES